

Selección RNR

Una nueva oportunidad

Laura Maqueda



Romance Actual

UNA NUEVA OPORTUNIDAD

Laura Maqueda

1.^a edición: abril, 2016

© 2016 by Laura Maqueda

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-418-3

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

Epílogo

Agradecimientos

—Vamos, bonito, arranca. Arranca, por favor...

Phoebe giró de nuevo la llave en el contacto y el viejo motor de su coche comenzó a rugir con un ronroneo incesante más propio de un león con asma que de un bravo felino. Unos segundos después lo intentó de nuevo, pero su Chevrolet Monte Carlo del 97' se resistía a obedecer las órdenes de su dueña. El fuerte olor a quemado que precedió a la pequeña explosión que se produjo bajo el capó, hizo saber a Phoebe que aquella mañana le sería imposible conducir su coche. El motor estaba muerto, caput, quemado. Roto del todo. Por mucho que lo intentara no conseguiría mover una rueda a menos que llamase a una grúa, y Phoebe no tenía tiempo ni siquiera para marcar el número de teléfono.

—Martes trece...—murmuró mientras dejaba caer la cabeza sobre el volante desgastado—. ¿Qué más me puede pasar?

Y es que aquel no estaba siendo un día de suerte para Phoebe. Que el coche se estropeara justo cuando ella más lo necesitaba no era más que la guinda de la tarta más desastrosa de toda la historia pastelera. No habían pasado ni siquiera dos horas desde que sonara el despertador esa mañana y Phoebe había perdido ya, además del coche, el empleo.

Cuando recibió la llamada del señor Matthews mientras tomaba un bol de cereales como desayuno, Phoebe supo que algo nada bueno había sucedido, pues su jefe nunca contactaba con ella fuera de su jornada laboral. Hacía ya un año y medio que trabajaba en la galería de arte de la que el señor Matthews y su esposa eran los propietarios; era ella quien se encargaba de los trámites de venta de las pinturas que allí exponían, así como del mantenimiento y limpieza del local. Una chica para todo, como solía llamarse a sí misma, y, sin embargo, no le importaba, pues estar rodeada de arte era recompensa suficiente para ella después de soportar a los exigentes clientes que acudían a la galería. Pero ahora la señora Matthews había

descubierto que su negocio funcionaría mucho mejor en la Gran Manzana de lo que lo hacía en un pequeño local de Middlefield Road, en Palo Alto, de modo que en el plazo de dos semanas los Matthews empacarían sus pertenencias para poner rumbo a la otra costa.

Phoebe le había suplicado a su jefe y a punto estuvo de ponerse de rodillas si con eso conseguía no perder su trabajo, pero la decisión estaba tomada y ya nada podía hacer para cambiar el parecer del matrimonio. Así que ahora, sin un trabajo, le sería muy difícil pagar la avería de su Monte Carlo y, por si no fuera suficiente, llegaba tarde a la conferencia que organizaba la universidad y en la que estaba verdaderamente interesada.

Acababa de empezar su segundo año como estudiante de medicina en la Universidad de Stanford, en el estado de California, y para ella su día a día era esfuerzo tras esfuerzo. Había conseguido una plaza en tan prestigiosa universidad gracias a una beca de estudios que le abrió las puertas al futuro, ya que de lo contrario sus padres jamás hubieran podido hacerse cargo de una formación tan costosa. Ser una reputada doctora no era lo que Phoebe había soñado cuando era una niña, pero sabía lo orgullosos que se sentían sus padres al ser ella la primera Hadley en entrar en la universidad, y no quería arrebatárselos esa alegría. La cuantía de la beca era bastante aceptable, pero el dinero le llegaba lo justo para pagar un piso que compartía con una compañera y para un par de salidas al mes, por eso necesitaba un trabajo.

Mientras caminaba hacia la parada de autobús —gratuito para los estudiantes, gracias a Dios— que la llevaría directa a la universidad, hizo un cálculo mental del dinero que guardaba en la cuenta corriente del banco, y llegó a la conclusión de que necesitaba encontrar con urgencia un nuevo empleo.

A esa hora de la mañana, cuando las clases habían comenzado hacía ya más de una hora, el autobús hacia la universidad estaba prácticamente vacío, y tan solo un par de estudiantes ocupaban los asientos del fondo. Phoebe odiaba tener que usar el transporte público, pues siempre que se había

visto en la obligación de tener que hacerlo había tenido que soportar al típico salido de turno que le entraba de la manera menos original que todos los tíos conocían para alabar sus atributos físicos. Por suerte para ella, los dos chicos que viajaban en el autobús parecían estar inmersos en sus pensamientos con la música de sus auriculares como única compañía y se despreocupó de ellos. Ironías del destino, la voz de Adam Levine cantando *Misery* le llegó a sus oídos desde la radio del conductor.

—Genial... —murmuró Phoebe—. Por si no fuera ya lo suficientemente miserable por hoy.

El timbre de campanillas que usaba como tono de llamada en su móvil comenzó a sonar dentro de su bolso, interrumpiendo así el discurso de Phoebe compadeciéndose de su mala fortuna. Tardó casi un minuto entero en rebuscar en el interior hasta conseguir dar con el teléfono, y para entonces incluso uno de los chicos del fondo se había quitado un auricular de la oreja para lanzarle una mirada asesina, dejándole claro que su torpeza comenzaba a molestarle.

Sintiéndose triunfante por su pequeña victoria entre bolso, teléfono y humana, descolgó sin molestarse en mirar quién la reclamaba.

—Te he llamado tres veces esta mañana —le llegó la voz de su madre al otro lado de la línea—. ¿Dónde te habías metido?

Phoebe puso los ojos en blanco al escuchar a Abigail Hadley sermoneándola a través de la línea telefónica. Su madre estaba en lo cierto y había olvidado devolverle la llamada, pero después de los últimos acontecimientos, Phoebe apenas había tenido tiempo para mirar el reloj.

—Perdona, mamá —se excusó, mientras retorció entre los dedos un mechón de su pelo castaño—. He tenido un pequeño altercado y lo he olvidado por completo.

—¿Qué quieres decir con altercado? —inquirió su madre—. ¿Va todo bien?

—El coche me ha dejado tirada. —Evitó mencionar aquel pequeño detalle sobre la pérdida del trabajo—. Nada que no pueda solucionar, tranquila.

—Pues espero que encuentres pronto un buen mecánico, hija. Recuerda que todos te esperamos en casa el fin de semana. Es el cumpleaños de tu padre y tienes que venir.

—¡Mierda! —Y tuvo que llevarse una mano a los labios cuando se oyó a sí misma pronunciando en voz alta sus pensamientos. Había olvidado por completo el cumpleaños de su padre y ahora, con el coche averiado, le resultaría casi imposible poder ir a casa.

Half Moon Bay era su localidad natal, una pequeña ciudad costera del condado de San Mateo que se encontraba a menos de una hora de distancia de la Universidad de Stanford. Phoebe bien podía haber accedido a los deseos de su familia de continuar viviendo en la casa familiar mientras terminaba sus estudios, pero ella necesitaba sentirse libre e independiente, y por ello decidió vivir por su cuenta durante el curso. Tuvo suerte, pues apenas una semana después de haber empezado a buscar piso conoció a Madison, su compañera de alquiler. Madison se había convertido en su mejor —y podría decirse que única— amiga y las dos disfrutaban de su mutua compañía en un pequeño pero coqueto piso en la calle Emerson, en Palo Alto. A sus padres les resultó difícil aceptar su decisión de independizarse, pero Phoebe no les dio otra alternativa.

Recordando que tenía a su madre al teléfono, trató de inventarse una excusa que sonara lo más convincente posible.

—Verás, mamá... Igual no puedo pasarme. Ya sabes, con el trabajo y las clases no tengo tiempo para mucho y...

—Tienes que venir, Phoebe —insistió su madre—. A papá le hará bien verte. Te echamos de menos.

Su madre tenía razón. Desde hacía unos años su padre se había convertido en un hombre taciturno y solitario que apenas salía del garaje en el que trabajaba haciendo Dios sabía qué.

Tal vez una pequeña fiesta con familia y amigos le hiciera bien.

—Te llamaré para confirmar ¿de acuerdo? —Colocándose el teléfono entre la oreja y el hombro, Phoebe bajó con cuidado del autobús cuando este llegó a su destino; con su falta de equilibrio debía poner toda su atención en mirar por dónde pisaba—. Te quiero mamá.

—Y yo a ti, cielo. Recuerda que te esperamos.

Se sintió una miserable por mentir a su madre y ocultarle información, pero no tenía tiempo de escuchar cómo se lamentaba por ella. Ya llegaba espantosamente tarde, y las grandes distancias entre los edificios del complejo universitario no le facilitaban llegar a tiempo a la conferencia.

El prestigioso obstetra Paul Graham, director de la clínica de fertilidad *Fertility House*, ofrecía una interesante ponencia acerca de los métodos de fecundación in vitro más recomendables para la mujer, brindando un seguimiento personalizado para cada paciente. Ya que las mujeres habían retrasado más de una década el momento de ser madres, resultaba imprescindible la ayuda de la ciencia para aquellas que decidían tener un hijo cumplidos ya los cuarenta. A Phoebe la maternidad le parecía la rama más fascinante de la medicina, y era probable que se especializara en ginecología al terminar sus estudios. Por eso se dirigía a toda prisa al aula *NovoEd* donde ya habrían empezado la ponencia.

Cuando se cerró la puerta tras ella, sintió que centenares de pares de ojos estaban clavados, fijos, en su persona. Acababa de interrumpir un interesante coloquio e incluso había llamado la atención del profesor Graham. *Tierra trágame*, pensó.

—Perdón. Yo... lo siento. —Se disculpó, agachando la cabeza y deseando hacerse pequeña e invisible mientras subía los escalones que la llevaban al asiento que Madison le había guardado.

—¿Dónde demonios te habías metido? —la acusó su amiga cuando estuvo convenientemente sentada.

—El motor del coche se ha muerto y he tenido que venir en autobús —le explicó; el revuelo que los susurros de ambas hacía mientras Phoebe sacaba una libreta se ganó el profundo carraspeo del profesor, que las llamaba al orden—. ¿Qué me he perdido? —susurró—. ¿Quién es ese?

A unos metros hacia adelante, después de descender siete filas de cabezas frente a ella, se encontraba el tipo más atractivo que Phoebe y muchos de sus compañeros y compañeras habían visto con anterioridad, sin contar a los actores, cantantes y famosos que aparecían en la prensa, por supuesto. Tras el atril, un hombre alto y delgado, aunque de estructura musculosa oculta tras unos vaqueros bien planchados, una camisa cerrada hasta el cuello a falta del último botón y cubierta por un jersey azul marino, se dirigía a la multitud de estudiantes allí congregados relatándoles las últimas y pioneras técnicas en fecundación que se conocían.

A simple vista podía considerarse un madurito interesante, pero cuando se giraba hacia un lado y la luz del proyector incidía sobre el lateral de su rostro, se podía apreciar el perfil de una nariz recta y perfecta, situada entre un par de ojos grandes y azules. La voz era profunda y seductora, pero delataba el nerviosismo que sentía cuando establecía contacto visual con alguno de los estudiantes y se rascaba varias veces la barba castaña que cubría sus mejillas antes de recuperar su discurso. Una simple mirada bastaba para saber que era joven y guapo, pensó Phoebe removiéndose en su asiento. Muy guapo.

—Ese probablemente sea el tío más asquerosamente perfecto que conocerás en toda tu vida. —La voz de Madison, deformada por el lápiz que sostenía entre los dientes mientras se comía con los ojos al ponente, sacó a Phoebe de la vorágine de sus pensamientos—. Fíjate qué culo le hacen esos pantalones.

Madison no tenía remedio; ella era así, impulsiva y totalmente sincera y Phoebe debía reconocer que en aquella ocasión su amiga estaba en lo cierto. Una podía llegar a pensar

que ante sus ojos se encontraba el hombre perfecto. Y sí, los vaqueros le sentaban de muerte.

Chasqueando la lengua, Phoebe trató de restarle importancia al atractivo del ponente, menospreciando así el comentario de Madison.

—Quiero decir que ese no es el doctor Graham. ¿Han cambiado la conferencia o algo así?

—Es el doctor Graham —le aseguró Madison con una media sonrisilla pícara en los labios—. Y está buenísimo.

Pero aquel no podía ser el famoso obstetra Paul Graham. Phoebe había estado informándose acerca del doctor y la clínica que dirigía, había visto fotografías suyas, y aunque debía reconocer que Paul Graham se conservaba bastante bien para su edad, la persona que en ese momento hablaba para la multitud era al menos treinta años más joven. A no ser que...

—Es su hijo, boba —la acusó Madison, golpeándola en el hombro con un dedo—. Al parecer el padre ha sufrido una especie de infarto o algo así y es su hijo quien lo sustituye. Es nuestro día de suerte ¿eh?

Phoebe estuvo a punto de gritarle que precisamente su día no había estado rodeado de buena suerte pero el sonido de las campanillas anunciando una nueva llamada en su móvil impidió que dijera una sola palabra y, de nuevo, la sala volvió a quedar en silencio por su causa.

—Mierda —masculló—. Lo siento, lo siento...

Avergonzada y ruborizándose de los pies a la cabeza, se apresuró a sacar el móvil del bolso mientras por el rabillo del ojo veía a Madison riéndose de su torpeza. Antes de pulsar el botón para rechazar la llamada tuvo tiempo de ver quién la requería y frunció el entrecejo, pues hablar con él era lo último que le apetecía aquella mañana.

—Si ya ha terminado, ¿podemos continuar?

Al mirar hacia adelante, se encontró con los ojos azules, ligeramente grises, del doctor Graham —hijo— clavados en

ella, así como los del resto de alumnos. Definitivamente, decidió, el día no podía ir peor para ella. Abochornada, asintió brevemente y bajó la cabeza deseando que el asiento la engullera.

—Imagina que te dice eso en la cama —le susurró Madison al oído.

—Cállate.

* * *

—¡Será gilipollas! —exclamó Madison después de que Phoebe le contara su repentina pérdida de empleo—. Eso es despido impropio, es... Seguro que su mujer quiere llevárselo de aquí para evitar que pases demasiado tiempo con su maridito. Aunque hay que tener estómago para acostarse con él, estoy segura de que su fofa barriga impide que *se la vea* cuando mira hacia abajo.

Phoebe a punto estuvo de escupir la *Coca-Cola* que acababa de beber. Después de la conferencia, las dos chicas habían decidido tomarse un merecido descanso en la cafetería. Madison siempre era capaz de hacerla reír, incluso cuando las circunstancias no se lo ponían fácil. Era la única buena amiga que tenía y, para ser sinceros, le había sorprendido gratamente lo bien que habían congeniado desde el principio.

Cuando comenzó a buscar pisos de alquiler para compartir, Madison fue la primera en contactar con ella desde Boston, y le aseguró que las cuotas mensuales que tendría que pagar eran lo que menos le importaba, pues ella no se haría cargo del alquiler. Los padres de Madison se divorciaron cuando ella tenía doce años y desde entonces habían estado disputándose el cariño de su única hija. Fines de semana dignos de una princesa con papá, el vestido más caro para el baile de graduación regalo de mamá, un precioso coche cuando cumplió los dieciocho... Ahora era su padre quien le costaba el piso mientras duraran sus estudios, así que no tenía por qué preocuparse. Hacía años que había comprendido que sus padres nunca cambiarían y decidió que lo mejor era que

siguieran peleándose por comprar su cariño y disfrutar de los extras que a ella le reportaban.

De modo que las dos habían conectado desde la primera vez que se vieron y después de dos cursos académicos conviviendo, ambas comprendían que siempre estarían ahí la una para la otra.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Buscar otro trabajo, supongo —suspiró Phoebe; lo acontecido en las últimas horas comenzaba a dejar un cansancio en su cuerpo—. No puedo pagar la reparación del coche si no tengo un empleo. Y luego está mi madre, que se empeña en que vaya a casa este fin de semana.

—Sabes que te dejaría el mío, pero he quedado con mi padre en San Francisco el sábado. Quiere presentarme a su nueva supermodelo barra novia de veinticinco años.

—Lo sé, no te preocupes por eso. Ya se me ocurrirá algo.

—¿Y si pruebas aquí? —sugirió Madison—. Muchas chicas trabajan en la cafetería después de clase, y con los turnos partidos tal vez haya alguna vacante.

—¿Y aguantar a babosos bebidos? No, gracias.

—¿Qué tal si vendes algunas de tus pinturas? Tienes talento, estoy segura de que si ponemos un anuncio en internet tendrás a un montón de compradores.

—No soy tan buena. Además, te recuerdo que vivimos en una ciudad repleta de universitarios. ¿Quién va a querer comprar uno de mis cuadros?

—Vale, está bien. ¡Dimito! —exclamó Madison, alzando las manos hacia arriba—. Hoy estás imposible, señorita *todo love negro*. ¿Pues sabes qué te digo? Me niego a que sigas con esa actitud.

Acabándose el refresco de un trago, Madison se puso en pie.

—¿Qué haces?

—Buscar la solución a tus problemas.

Phoebe la vio caminar hacia el tablón de anuncios situado en la pared del fondo de la cafetería. Estaba, como siempre, repleto de papeles de colores que colocaban diariamente los estudiantes para buscar compañero de piso, anunciar una de las muchas fiestas que organizaban, reparar alguna consola, algunos incluso para buscar novia... Había de todo.

—¡Bingo! —Madison extrajo un papel escrito con una descuidada caligrafía y se lo tendió a Phoebe cuando regresó a la mesa—. Acabo de encontrarte un trabajo.

—¿De canguro?

Phoebe prestó especial atención a las palabras escritas, pues el mensaje en sí era un galimatías y había que esforzarse si uno quería descifrarlo. Decía algo así como:

Busco niñera: Busco niñera responsable, no fumadora, con experiencia en el cuidado de bebés. Trabajo a largo plazo. En horario de lunes a viernes todas las tardes y algunas noches al mes que estarían por concretar.

Y aparecía un número de teléfono al que llamar para concertar una entrevista con el nombre de Marcus escrito al lado. Podría compaginar las clases por la mañana con aquel trabajo por la tarde y, además, siempre le habían gustado los niños, de modo que no parecía que hubiera ningún inconveniente. Miró a Madison, indecisa, y su amiga le puso los ojos en blanco.

—¡Venga ya, Phoebe! A lo mejor es uno de esos pervertidos que quieren una canguro para ellos ¿y qué? Lo mandas a paseo y buscamos otra cosa. Pero no pierdes nada por intentarlo.

—¿Estás segura?

Madison le tendió su teléfono móvil y asintió.

—Llama.

El día no podía haber empezado peor para Marcus.

El despertador no había sonado a la hora programada pero, gracias a la Providencia, el llanto de su hija de nueve meses le había sacado de un reconfortante sueño en el que se encontraba rodeado de esbeltas mujeres que le masajearon el cuerpo en una playa desierta. ¡Bendita infancia! Su hija le salvaba de llegar espantosamente tarde a trabajar. Después de preparar a toda prisa café para él y un biberón de leche con cereales para ella, la pequeña escogió ese momento para que su redondeada carita adquiriera un color de un profundo tono escarlata y un pequeño rugido salió de su garganta cuando apretó la tripita.

—¡Oh venga, no me fastidies! —Marcus a punto estuvo de derramar el café sobre la camisa de cuadros que llevaba cuando percibió el inconfundible olor de un bebé que acaba de hacer sus necesidades en el pañal—. No le hagas esto a papá, Violet. Ahora no.

La pequeña reconoció su nombre entre todas las palabras que su padre había pronunciado y gorjeó contenta, mientras le alzaba los bracitos para reclamar su atención. Aquel comenzaba a ser un día de mierda, se dijo Marcus mientras cambiaba a la pequeña. Adoraba a su hija y ser padre era lo mejor que le había ocurrido en sus treinta años de vida, pero odiaba tener que cambiar pañales cargados hasta arriba de porquería. Para eso nadie te prepara.

Y para terminar de adornar una mañana nefasta, su niñera habitual le llamaba para comunicarle sin previo aviso que renunciaba al trabajo, ya que partía ese mismo día hacia el sur para casarse con su novio cubano al que había conocido a través de internet. ¡El mundo se había vuelto loco! ¿Qué iba a hacer él ahora con un bebé cargado de mierda si ya llegaba tarde a la conferencia que tenía que impartir?

Toda la culpa había sido de su padre, pensó Marcus. No es que le culpara por la angina de pecho que había sufrido tres

semanas atrás, pero sí era el responsable de que él tuviera que dar una charla sobre fertilidad en Stanford a unos estudiantes a los que probablemente no les importaba lo que tuviera que decirles. Marcus tenía que reconocer que la presión que sus padres ejercieron sobre él le hizo claudicar, y es que siempre había sido un hombre muy fácil de convencer.

Ahora, después de cambiar a su hija y dejar al bebé con el culito limpio, le quedaban treinta minutos para buscar una sustituta a la niñera antes de partir hacia Stanford, y Marcus no tenía ni idea de a quién recurrir. Podría llamar a su madre para que se hiciera cargo de su hija, pero Violet se alteraba cada vez que pasaba más de una hora en compañía de su abuela y a él no le apetecía tener que soportar el llanto de su hija además de las quejas de su madre sobre lo mal que administraba su tiempo como padre soltero. ¡Como si fuera tan fácil compaginar trabajo y paternidad en solitario!

Una vez descartada su madre como canguro, tan solo le quedaba recurrir a la única persona que sabía que tendría el día libre y que, a pesar de todo, nunca le había fallado. Tomó el teléfono móvil y se armó de paciencia; después del séptimo tono, la voz somnolienta de Liam contestó:

—Mmmm... ¿sí?

—Más te vale estar despierto porque te necesito en mi casa en media hora.

—¿Papá?

—Oh, por Dios... —Marcus comenzaba a dudar de que Liam fuera la persona adecuada para cuidar de su hija, pero no tenía más alternativa que confiar en su amigo—. ¿Te parece que soy tu padre? Soy Marcus, animal. Dime que solo estás dormido y que no bebiste anoche más de la cuenta.

—Joder, tío. Me has dado un susto de muerte. —Al otro lado de la línea se pudo escuchar claramente el bostezo de Liam—. Solo a ti se te ocurre despertar a un pobre hombre del sueño más guarro de toda su vida. Te recuerdo que es mi día libre, ¿qué quieres?

—Necesito que cuides de Violet por unas horas mientras estoy en Stanford.

—¡Venga ya, tío! Por fin he conseguido convencer a la rubita de admisión para salir a almorzar.

Marcus puso los ojos en blanco; lo de Liam ya no tenía remedio. Era ver una nueva falda y su amigo perdía el norte, se volvía completamente loco y se obsesionaba hasta que conseguía a la chica. Debía reconocer que Liam tenía gancho con las mujeres, sabía llevárselas a su terreno y prácticamente todas acababan sucumbiendo a sus encantos, aunque la relación nunca durase más que un par de meses. Liam era lo que se conocía como un mujeriego empedernido pero con un gran corazón, por eso Marcus lo consideraba su mejor amigo.

—No me falles, tío —le suplicó Marcus—. Te lo compensaré, te lo prometo.

—¿Poniéndote tetas?

Los dos rompieron a reír a carcajadas e incluso Violet los acompañó cuando escuchó las risas de su padre. Oír el gorjeo de su ahijada acabó por ablandar a Liam y al final claudicó.

—Me doy una ducha y estoy allí en quince minutos.

Cumpliendo con lo prometido, Liam se presentó en el apartamento de Marcus convenientemente aseado y listo para cumplir con su obligación de tío putativo.

—Dame a mi chica —dijo nada más entrar por la puerta y prácticamente arrancó a Violet de los brazos de su padre—. Tienes suerte de ser tan rubia como la chica a la que tu padre me ha obligado a dar plantón, *garbancito*. ¿Preparada para tu cita con el tío Liam?

Marcus decidió hacer como si no lo hubiera escuchado y se dispuso a recoger los documentos en los que llevaba escrito su discurso para la conferencia. Estaba seguro de que se dejaba algo, así que se palpó el pecho, los bolsillos de los vaqueros y el trasero. Todo en orden, lo que realmente le preocupaba era dejar a su pequeña en compañía del *tío* Liam.

—¿De qué vas disfrazado? —preguntó Liam, divertido.

Marcus lo miró sin entender

—¿Tengo pinta de ir disfrazado?

—Con ese jersey que llevas solo te faltan las gafitas para hacerte el profesor interesante y ligarte a las alumnas. Oye, ¿estás seguro de que no puedo acompañarte?

—¿Y tu cita?

—¿Qué cita?

Poniendo los ojos en blanco, Marcus besó a su hija en la cabeza y murmuró:

—Pórtate bien.

—Hasta que me deje el regalito en los pañales, claro que se portará bien. —contestó Liam.

—Me refería a ti.

* * *

Por fortuna el tráfico era fluido y Marcus pudo relajarse por fin aquella mañana. Viajando hacia Stanford mientras disfrutaba de la música de *The Eagles* y el solo de guitarra en *Hotel California*, se recordó a sí mismo unos años atrás, cuando aún era un estudiante de medicina y podía permitirse desconectar los fines de semana de los apuntes y de las clases en alguna de las muchas fiestas que organizaban sus compañeros de habitación. Probablemente aquellos fueran los mejores años de su vida, donde su única preocupación era la de estudiar para los exámenes finales y nadie lo ataba a nada; era libre y podía hacer lo que le viniera en gana. Sonrió con nostalgia al recordar que con las chicas tampoco le iba nada mal; durante sus años universitarios salió con un par de compañeras de clase antes de conocer a Amelia y también tuvo un par de relaciones que no fueron nada serio pero sí muy satisfactorias.

Pero después se enamoró, por primera y única vez en su vida.

Amelia era la hija de un senador republicano de California y, por supuesto, provenía de una familia bastante conocida por la sociedad. Se conocieron en la fiesta anual que organizaba su madre para recaudar fondos destinados a la fundación infantil de oncología del Hospital General de San Francisco. Podía decirse que lo suyo con Amelia había sido un flechazo. Desde aquella primera noche prácticamente no se habían separado y su relación iba afianzándose día tras día, hasta que durante unas vacaciones de invierno en Aspen, Marcus le pidió matrimonio. Ella dijo que sí, por supuesto, y en las siguientes semanas que siguieron al compromiso Marcus se sintió el hombre más feliz del planeta. Hasta que ella descubrió que estaba embarazada; y es que para Amelia era un embarazo no deseado. Él sabía que su prometida carecía de instinto maternal pero pensó que, con el tiempo, se animaría a formar una familia.

No fue así y, durante los nueve meses de embarazo, Amelia se convirtió en una mujer irascible a la que le molestaba que todo el mundo se preocupara por su estado y por el bebé, y ya ni siquiera buscaba la intimidad con Marcus. Fue él mismo quien preparó la habitación de la pequeña, quien se encargó de todos los preparativos para el nacimiento y quien se vio apartado a un lado cuando Amelia se puso de parto. Cuando Violet nació, los sentimientos de Amelia no cambiaron ni siquiera después de ver la carita de su hija, y un mes después de dar a luz renunció a todo derecho materno; incluso devolvió a Marcus el anillo de compromiso. Simplemente no estaba hecha para la vida familiar y Marcus se encontró solo con una hija recién nacida.

Pero salieron adelante y ahora su hija ocupaba toda su vida y su tiempo. Solo esperaba que no se produjera en su apartamento una catástrofe del tamaño del huracán Katrina mientras Liam cuidaba de ella.

Al llegar al edificio *NovoEd* y descubrir que el aforo del aula estaba prácticamente completo, Marcus sintió miedo escénico. Lo suyo era la medicina, no hablar en público; de nuevo maldijo mentalmente a su padre por meterle en aquel

lío. Marcus no trabajaba en la clínica de su padre, no conocía bien las técnicas de fertilidad que empleaban; él tan solo se ocupaba de pasar consulta ginecológica en el hospital público y atender las urgencias durante su turno de noche, nada más.

Llenándose de aire los pulmones para infundirse valor, repasó una vez más los apuntes que su padre le había pasado y se dispuso a comenzar la conferencia.

Todo iba sobre ruedas hasta que los estudiantes comenzaron a intervenir, haciéndole preguntas sobre esto y aquello; Marcus sentía que el cuello de la camisa le oprimía la garganta impidiéndole respirar y como pudo contestó cada una de las cuestiones que iban formulándole.

Pero después llegó aquella chica, veinte minutos tarde, y parecía tan abochornada que sintió lástima por ella. *No soy el único que tiene un mal día*, pensó. Era bonita de una manera natural, sin los artificios que las veinteañeras solían usar para ocultar las imperfecciones de sus rostros con la intención de tratar de atraer la atención de los hombres. Eran universitarias, por el amor de Dios, y lo único que tenían en la cabeza era fiesta y sexo, claro que se fijarían en ellas. Pero aquella chica había captado su atención por algún motivo que Marcus desconocía y cuando estuvo acomodada en un asiento libre intentó olvidarse de ella.

Hasta que volvió a interrumpir su ponencia, esta vez con el estridente tono de su teléfono. La vio forcejear con su bolso hasta dar con el móvil y rechazar la llamada, bajo la atenta mirada de todos sus compañeros y tuvo que apretar los labios para contener la sonrisa, pues le parecía tremendamente divertido ver a la muchacha tan avergonzada; *por qué no*, se preguntó Marcus y la llamó al orden para mayor bochorno de ella.

Y desde entonces no había podido sacársela de la cabeza. No entendía por qué, pues no la conocía en absoluto y ni siquiera era su tipo; a él le iban las mujeres rubias y seguras de sí mismas y la chica desconocida tenía una larga melena lisa y castaña, la piel muy pálida y los ojos del azul más claro que

había visto nunca, pero como ya se había dicho a sí mismo, lo que le atraía no era su físico, sino lo que sus gestos decían de ella. Sabía que no volvería a verla, de modo que se guardó su imagen en la memoria para recordarla más tarde en la soledad de su habitación.

Dos horas después del comienzo de la conferencia, los alumnos y parte del profesorado que habían estado escuchándole atentamente, se despidieron de él entre aplausos que Marcus esquivó en cuanto pudo marchándose del edificio. No había ido tan mal como había imaginado; prueba superada. Ahora tan solo le quedaba comprobar que su apartamento aún seguía en pie. Sacó el móvil del bolsillo y rezó en silencio para que Liam le confirmara que todo estaba en orden. Su amigo, como siempre, esperó al último tono para contestar.

—¿Se puede saber dónde te metes? —le acusó Marcus—. ¿Es que no escuchas el teléfono?

—Uau, papá enfadado —se defendió Liam—. ¿Estás paranoico porque no sabes qué estamos haciendo tu hija y yo?

—No estoy paranoico, pero no puedes culparme por preocuparme. He dejado a mi hija contigo.

—Vale, golpe bajo. Pero no te lo tendré en cuenta. Eres un cabrón ¿lo sabías? Has estado dos horas comiéndote con los ojos a todas esas crías con faldita. ¿Tienes el número de la de rojo? Me está poniendo ojitos.

—¿Qué? —Marcus comenzó a mirar de un lado a otro, buscando a su amigo entre la multitud de estudiantes que se congregaban a su alrededor—. ¿Dónde estás?

—Mira al frente, papá.

Marcus así lo hizo; a unos metros de distancia localizó a su amigo, apoyado sobre el capó de su Mercedes negro con su hija en brazos. Liam agitaba los dedos con los que sujetaba el teléfono a modo de saludo y Violet dio una palmadita con sus manos cuando su padre al fin se acercó a ellos.

—Tengo que hacerme con uno de estos —le dijo Liam, después de guardarse el móvil en el bolsillo trasero de sus

pantalones. Evidentemente, por *esto* se estaba refiriendo al bebé—. ¿Tienes idea de cuántas tías me han mirado desde que salimos de casa? Todas.

—Eres un salido sin remedio. Dame a mi hija.

Liam puso los ojos en blanco cuando vio que su amigo casi se come a besos a la pequeña, que no hacía más que reír, encantada con las atenciones que recibía por parte de su padre.

—Un día no disfrutarás tanto cuando sea el otro el que la besuquee así —comentó—. Vamos a tomar algo, invito yo.

Los tres se dirigieron hacia la cafetería, Liam maravillado ante las descaradas miradas que recibían por parte de las estudiantes.

—En serio, tío, dame a la niña. O mejor, quédatela tú. Dios sabe que necesitas mojar más que yo.

—¿Es que no tienes otro tema de conversación? —le preguntó Marcus una vez estuvieron sentados en una mesa.

—El sexo ocupa el noventa por ciento de mi tiempo. ¿En serio no te has fijado cómo nos miran? Se nos comen con los ojos, tío.

—O piensan que somos una pareja gay, cariñito.

La mueca de fastidio de Liam le sacó una carcajada a Marcus, que se vio recompensado por los aplausos de Violet.

—Ahora en serio, gracias por cuidar de ella esta mañana. No tenía a quién recurrir.

—No hay problema. Pero sabes que solo ha sido temporal. ¿Qué vas a hacer con ella?

—No lo sé —suspiró; le agobiaba no tener a nadie que pudiera hacerse cargo del cuidado de su hija—. Las mañanas no son un problema, he pensado en usar el servicio de guardería del hospital. Pero las tardes...

—¿Vas a aceptar trabajar en la clínica? —quiso saber Liam.

Después de que sufriera la angina de pecho, su padre había reducido su actividad en la clínica de fertilidad que dirigía. Él afirmaba que se encontraba perfectamente, pero su esposa le había presionado para que se tomara las cosas con más calma, de modo que ahora intentaban que fuera él quien lo sustituyera. A Marcus no le apetecía lo más mínimo, pero no podía dejar tirada a su familia cuando más necesitaba su ayuda. Paul Graham había tardado en comprender que su hijo prefiriera la sanidad pública en lugar de disfrutar de un puesto asegurado y bien pagado en su clínica, pero era la madre quien aún no comprendía la decisión de su hijo. Y seguía intentando hacerle cambiar de parecer. El susto con la salud de su marido le había dado la excusa perfecta para hacerle ceder.

—Solo será temporal —le dijo Marcus—. Hasta que se recupere del todo.

—Pues necesitarás una niñera, tío.

—No sé a quién recurrir. La última vez me costó semanas contratar a alguien.

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. —Liam sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa—. Dame un papel.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú observa al maestro. —Tomando la hoja en blanco que Marcus le ofrecía, comenzó a escribir. Al acabar le tendió la nota a su amigo—. ¿Qué te parece?

Marcus leyó las líneas que Liam había escrito deprisa y con una letra tan desastrosa que él apenas si podía leer.

Busco niñera: Busco niñera responsable, atractiva, con experiencia en el cuidado de bebés y padres solteros necesitados de cariño. Trabajo a largo plazo. En horario de lunes a viernes todas las tardes y algunas noches al mes que estarían por concretar. Se ofrece cama y compañía. Abstenerse mayores de 25.

—¿En serio?

—Vale, de treinta. Pero no subo más.

—Eres imposible. —Rascándose la barba, Marcus leyó el anuncio de nuevo—. Tal vez pueda servir. Pero quita lo de atractiva y joven. Y nada de poner lo de padre soltero necesitado que busca compañía en la cama.

—Te cargas lo mejor —se quejó Liam—. Hecho, ¿algo más?

—Que no sea fumadora. ¿Crees que funcionará?

—Tú confía en mí. Antes de que acabe el día tendrás tu canguro.

3

—¿Vas a llamar de una vez o no?

Madison comenzaba a impacientarse a causa de la indecisión de su amiga. Phoebe llevaba dándole vueltas al anuncio que habían recogido en la cafetería desde aquella mañana; las dos chicas habían ido a comer, luego decidieron que pasarían la tarde estudiando —en realidad era Phoebe la que estudiaba, puesto que Madison fingía hacerlo mientras veía transcurrir las horas mirando webs de moda— y ahora, después de haber tomado un baño relajante y unos sándwiches como cena, su amiga aún no se había decidido a llamar.

—No esperarás que llame yo ¿verdad? —le preguntó.

—Es que no me convence, Madison. ¿Y si es un perverso? Tú misma lo dejaste caer esta mañana.

Madison puso los ojos en blanco y continuó cambiando canales en la televisión solo por pasar el rato, pues ninguno duraba puesto más de cinco segundos. Si la indecisión fuera persona, pensó, sería sin duda Phoebe.

—O puede ser un padre desesperado que necesita ayuda y ¡qué casualidad! Tú necesitas un trabajo —le rebatió—. No me estás escuchando. ¿Qué demonios estás haciendo?

Madison se incorporó en el sofá donde ambas estaban sentadas y trató de ver el dibujo que su amiga estaba realizando en ese momento en el bloc que solía utilizar para los primeros esbozos de sus pinturas. Sin embargo, Phoebe fue más rápida y consiguió volver el cuaderno antes de que Madison pudiera ver nada.

—Aún no está terminado —señaló al tiempo que trataba de ocultar su dibujo—. Además, es solo una tontería sin importancia.

—¿Y qué? Has pasado la página y nunca lo haces cuando trato de ver lo que dibujas. Me estás ocultando algo y acabas de despertar al monstruo de la curiosidad.

—No es cierto.

—Sí que lo es. Déjame verlo —insistió.

—¿Para qué quieres verlo? —Phoebe se hizo un ovillo en un extremo del sofá y abrazó contra su pecho el cuaderno de dibujo para evitar que Madison se lo arrebatara—. Ni siquiera sabes dibujar, Maddy.

—Te has puesto roja. ¿Has dibujado un tío en pelotas?

—¡No! ¡Maddy, no!

Y estalló en carcajadas cuando su amiga comenzó a hacerle cosquillas en los costados. Madison sabía que ese era su punto débil y no dudaba en utilizarlo en su favor cada vez que quería conseguir algo. No es que le importase la pintura de Phoebe o si estaba bien o no realizada, lo que de verdad había acabado por intrigarla era el secretismo que su amiga había creado. ¿Por qué tanto revuelo? Tan solo era un dibujo. Cuando al fin consiguió su objetivo y el cuaderno se encontró en sus manos lo comprendió todo.

—Vaya, vaya... Sí que era un tío —comentó divertida—. Espera, ¿no es el profe sexy de esta mañana?

—Devuélvemelo, Madison. Ya te he dicho que no está acabado.

Pero Madison logró zafarse de las manos de Phoebe antes de que estas le arrebataran el cuaderno. En una de sus hojas, pintado con unos ligeros trazos a lápiz, podía distinguirse perfectamente el perfil del doctor Graham junior, como Madison había decidido llamarlo. No podía negarse que era él: aquella nariz fina y recta, los ojos grandes, aquella sombra de barba sobre sus mejillas...

—Podías haberlo pintado de cuerpo entero —se quejó mientras le devolvía el bloc—. Tiene un culito como recién horneado que pide a gritos *cómeme, cómeme*.

—Es solo un dibujo —repitió Phoebe, un tanto molesta. Decidió que era mejor hacer oídos sordos a su amiga.

—Ya, es solo un dibujo... Pero lo has dibujado a él, no a otro. Te gusta, ¿eh?

—Oh, venga ya. —Phoebe acabó por levantarse del sofá y dejar el cuaderno cerrado sobre la mesa. Con el dibujo oculto era como si nunca hubiera existido, así que decidió cambiar de tema—. Dame el teléfono, voy a llamar al tío del anuncio.

—No se me va a olvidar... —canturreó Madison mientras se lo lanzaba.

Como no quería seguir escuchando las indirectas de su amiga, Phoebe acabó por encerrarse en su habitación. Lo último que necesitaba era soportar los comentarios maliciosos de Madison mientras trataba de ser lo suficientemente convincente como para conseguir el trabajo. O al menos conseguir una entrevista. En otra ocasión, Phoebe se hubiera reído con ella, pero aquel había sido probablemente uno de los peores días de su vida y su humor se había visto afectado a causa de ello.

Antes de tumbarse en la cama, decidió encender el reproductor de música y al cabo de unos segundos la voz de Elvis y su *Are you lonesome tonight?* comenzaron a sonar como música de fondo. Elvis siempre conseguía calmar sus nervios y lanzó una plegaria para que no decidiera empezar a fallarle ahora que realmente lo necesitaba.

Tenía sus esperanzas puestas en que el tal Marcus fuese un hombre normal y corriente; tal vez un padre divorciado desesperado por encontrar ayuda. Mientras esperaba a que alguien contestara a su llamada, rezó para que no se tratase de uno de sus muchos compañeros de universidad que se dedicaban a gastar bromas para ligar. Cuando por fin descolgaron el teléfono al otro lado de la línea, la manera de saludar del hombre la dejó sin saber qué decir.

—Seas quien seas, no cuelgues —le dijo una voz masculina—. Estoy contigo en un segundo.

Phoebe oyó el sonido de un grifo y al instante el correr incesante del agua seguido de las maldiciones entre dientes del

hombre y un ¡auuu! que le hizo saber que había recibido un golpe. Todo aquello acompañado de la risilla contagiosa de un niño pequeño. Ella misma tuvo que contener la risa que aquella extraña situación le provocaba; tenía que reconocer que era la primera vez que la recibían así a través del teléfono.

—Todo tuyo —susurró de nuevo la voz masculina sobre su oído, solo que esta vez la sobresaltó un poco; ¿ya tenía antes ese matiz sexy?—. Siento la espera. Ha sido una mala idea dejar el plato de pasta cerca de un bebé todoterreno. ¿En qué puedo ayudarte?

—Eee... —¿Por qué demonios no conseguía pronunciar una palabra?—. Llamaba por el anuncio.

¡Genial!, se reprendió a sí misma. Muy original, sí señor. ¿Y qué otra cosa podía decir? Por suerte para ella, el hombre pareció alegrarse realmente al escuchar su escueta frase.

—¿El anuncio? —Notando la esperanza en su tono de voz, Phoebe sonrió al oírle resoplar de alivio—. Gracias a Dios que llamas. Empezaba a pensar que poner el anuncio había sido un fracaso. Eres la primera en llamar.

Nota mental, se dijo Phoebe: no arrancar los anuncios del tablón nunca más. Bastaba con apuntar los datos.

—Es una suerte para mí, entonces —consiguió decir ella—. Me gustaría saber más acerca del puesto, si es posible.

—Claro. Verás, necesito a alguien que cuide de Violet mientras yo cubro mis turnos en el hospital por las tardes y bueno... Puede que también alguna que otra guardia nocturna —comentó él con cautela—. ¿Sería un inconveniente?

—Por supuesto que no. ¿Eres médico, entonces?

—Trabajo en el Hospital General de San Francisco. ¿Puedo saber yo a qué te dedicas?

—Pues ya es casualidad. Estudio medicina en Stanford, por eso vi el anuncio esta mañana en la cafetería.

Sintiéndose cada vez más cómoda en la conversación, Phoebe se tumbó boca arriba sobre la cama y comenzó a

enroscar un mechón de su pelo castaño entre los dedos mientras sostenía el teléfono con la mano libre y dejaba la vista fija en el techo.

—No fumo, estoy sana, me encantan los niños y, aunque mi experiencia se limita a ejercer como canguro varias noches al mes durante mi etapa de instituto, puedo asegurarte que cuidaré muy bien de tu hija. Violet ¿verdad?

—Violet — le confirmó él—. Y tú eres...

—Phoebe Hadley, candidata al puesto de niñera.

El tono jovial con que ella le contestó le hizo sonreír y su risa acabó por contagiar a Phoebe. Aunque pudiera parecer extraño, ambos se sentían cómodos hablando el uno con el otro, de la misma manera en que dos completos desconocidos se encuentran de manera casual y descubren que sus caminos estaban predestinados a cruzarse. Ambos se dieron cuenta de que, a pesar de no conocerse, escuchar la voz del otro era capaz de transformar un día nefasto en uno que verdaderamente había merecido la pena.

—Bien, Phoebe Hadley. Yo soy Marcus y me gustaría que concertáramos una cita mañana por la noche.

Phoebe se incorporó de golpe y quedó sentada sobre la cama, con la espalda erguida y el teléfono prácticamente pegado a su oreja. ¿Aquel tipo la estaba invitando a salir? Madison tenía razón, ¡era un perverso!

—¿U... una cita?

— Quisiera que primero conocieras a Violet —le explicó él—. No quiero tomar una decisión precipitada y, ya que pasaríais mucho tiempo juntas, me gustaría que las dos conectarais antes de contratar a alguien.

Sintiéndose como una estúpida por haber malinterpretado las palabras de Marcus, Phoebe se golpeó en la frente con la palma de la mano. Iba a matar a Madison por meterle ideas extravagantes en la cabeza.

—Por supuesto, claro que sí. Dime una dirección y allí estaré.

—Toma nota.

Marcus procedió a darle la dirección de su apartamento en San Francisco, situado en la parte alta de la ciudad.

—¿Sobre las ocho te viene bien? Es un poco tarde pero...

—No hay problema —le aseguró ella—. Allí estaré. Bien, pues... hasta mañana, Marcus.

—Hasta entonces, Phoebe.

Ninguno de los dos supo que, al colgar el teléfono, ambos sonreían.

* * *

Después de dormir a Violet en sus brazos —tarea que le había llevado más de media hora y agotado casi todas sus reservas de invención de cuentos—, Marcus la había acostado en su cunita y él se había dado una ducha para acabar de eliminar las manchas que la salsa de tomate había dejado sobre su cuerpo, después de que su hija decidiera que los espagueti eran un nuevo juguete.

Había sido un día intenso y sentía agarrotados todos los músculos del cuerpo mientras el agua caliente lo recorría de pies a cabeza. Ese era el único momento del día en el que Marcus se sentía como un hombre y no solo como un papá, pues ni siquiera cuando se acostaba en su cama dejaba de ejercer como padre. Lo primero que hacía al entrar en su dormitorio era colocar el *walkie* sobre la mesita de noche; y aunque no lo admitiera en voz alta, esperaba que Violet no se despertara de madrugada y él tuviera que llevarla consigo a la cama para acabar con los gemidos lastimeros de su hija que conseguían chantajearle emocionalmente. Pero tenía que reconocer que la respiración de su pequeña junto a su oído le reconfortaba, pues a veces la soledad de su cama hacía que se sintiera un poco más miserable de lo que ya pensaba que era.

Hacía más de un año que no se acostaba con una mujer y a veces, solo a veces, Marcus reconocía que extrañaba el contacto femenino. Era un hombre, después de todo, y tenía sus necesidades. Dirigiendo la mirada hacia abajo, hacia su solitario miembro dormido, Marcus chasqueó la lengua, compadeciéndose de su mala suerte.

—Lo siento, amigo —murmuró—. Aún no ha llegado tu momento.

Al salir de la ducha se puso una camiseta ancha y cómoda con la que solía dormir desde que se convirtiera en padre. Incluso ese hábito había cambiado; él, que siempre había preferido dormir en completa desnudez, ahora lo hacía como un cincuentón hastiado de su rutina. *Así es la vida*, se dijo, y se obligó a reprimir ese ataque de autocompasión repentina que experimentaba.

Así pues, tomó su maletín y extrajo de él las notas que había utilizado esa mañana para la conferencia en Stanford. Al hacerlo, inevitablemente acudió a su cabeza la imagen de aquella chica morena que había interrumpido su discurso en dos ocasiones y que había conseguido atraer su atención. Sin haber sido llamada, su entropiada comenzó a despertarse con un suave hormigueo que le hizo dar un pequeño salto en la cama; debía reconocer que la chica era preciosa y que no le habría importado abordarla tras la ponencia si otras hubieran sido las circunstancias. Aunque a lo mejor tenía suerte y la nueva niñera se parecía a ella.

La chica, Phoebe, le había dicho que estudiaba medicina en Stanford así que cabía la posibilidad de que fuera ella. ¿Y si lo era? Por Dios, ya era bochornoso admitir que una estudiante había despertado su apetito sexual, de modo que no sabría cómo lidiar si, además, aquella resultaba ser la nueva niñera de su hija. Debía apartar a la joven de su mente si quería conciliar el sueño aquella noche.

Tras apagar las luces de la habitación, Marcus se estiró todo lo largo que era y llenó su mente con biberones, pañales, cremas infantiles... Pero cuando el sueño llegó a él, una mujer

de larga melena castaña se coló en su inconsciente para hacerle pasar la noche más sensual de su vida.

* * *

Madison cantaba a pleno pulmón al compás de la música que sonaba en el reproductor de CDs mientras conducía su *Mini* azul último modelo por las empinadas cuestas de San Francisco. Acababan de enfilarse su camino en dirección a la zona de Nob Hill, una de las áreas más acomodadas de la ciudad y donde residían familias de clase alta, así como gran cantidad de jóvenes que revitalizaban el barrio.

Mientras Phoebe no dejaba de morderse las uñas, presa del nerviosismo, Madison no parecía darse cuenta del momento que estaba viviendo su amiga, que iba sentada en el lugar del copiloto. Phoebe no había tenido que rogarle mucho para convencerla de que le hiciera de chófer para llevarla a su *entrevista* de trabajo, pues la naturaleza cotilla de Madison se había impuesto. Por nada del mundo se hubiera perdido aquello.

Las dos sentían gran curiosidad por saber quién se escondía detrás de la sugerente voz del tipo que buscaba una canguro y, aunque se habían convencido de que seguramente fueran exageraciones por parte de ambas, era mejor que Madison la esperase en el coche, tan solo como precaución por si el tío resultaba ser un enfermo mental o algo parecido.

—*Come on leave me breathleeeess!!*

La voz de Madison imitando los agudos de Andrea Corr en su grupo casi dejó sorda a Phoebe y tuvo que bajar el volumen del reproductor para no perder los nervios antes de encontrarse con su *cita*.

—Por Dios, Maddy —se quejó—. ¿No te parece que ya estoy lo suficientemente nerviosa?

—Solo intentaba calmar los ánimos. Además, ya estamos llegando.

Madison giró el volante hacia la derecha hasta llegar a la avenida Van Ness y silbó entre dientes al contemplar la hilera

de preciosas y carísimas casas que se arremolinaban a ambos lados de la calle. La avenida era inmensa y, a pesar de que la noche había caído sobre la ciudad, las luces de los comercios y los viandantes que se congregaban alrededor de estos un poco más adelante, le otorgaban vida. Avanzaron unos metros más hasta que Madison detuvo el coche frente a un elegante edificio de cinco pisos de color blanco con las escaleras de emergencia visibles en la fachada principal. Las dos levantaron la vista hasta el cielo nocturno de San Francisco y Madison volvió a silbar cuando vio a una pareja vestida de fiesta subiéndose a un taxi que el portero había parado.

—Nena, te ha tocado el premio gordo.

Phoebe la miró con los grandes ojos azules brillantes y muy parecidos a los del gato con botas en la película *Shreck*.

—Maddy, ¿de verdad tengo que subir?

—No seas gallina. —Y le abrió la puerta del copiloto, empujándola para que saliera del coche—. Recuerda esto: si es un capullo integral o un salido, patada en los huevos. Y si intenta propasarse, *spray* de defensa y patada en los huevos. ¿Dejo el coche arrancado?

—Oh, por Dios. Acabemos con esto de una vez.

—¡A por él, nena!

Madison la vio salir del coche e infundirse valor antes de entrar en el edificio. Phoebe se había puesto una falda burdeos con algunas flores estampadas que le llegaba hasta los tobillos, una camiseta simple de color blanco y una cazadora vaquera encima con el bolso colocado en bandolera sobre el pecho. Se había dejado suelta la melena, sin ningún tipo de artificio, pero su rostro había perdido todo rastro de color a causa de los nervios. Al cruzar el umbral descubrió un cartel en el ascensor que decía *fuera de servicio*, de modo que no le quedaba más opción que subir a pie... hasta un quinto piso.

—Tenía que ser el último... —murmuró entre dientes, y se armó de valor.

Para cuando llegó a la puerta del apartamento del misterioso Marcus, estaba sin resuello y sentía que le faltaba el aliento. Se reprendió a sí misma por no hacer más deporte y es que siempre había una buena excusa para no salir a correr. Si conseguía el trabajo más le valía ponerse en forma o las escaleras acabarían con ella.

Llenando cuanto pudo sus pulmones de aire, usó sus nudillos para llamar a la puerta y tras esta se escuchó el inconfundible llanto de un bebé al que acababan de despertar de un placentero sueño. Culpa suya, se dijo, así que se dispuso a llamar nuevamente solo que de un modo algo más suave. No tuvo opción a volver a rozar siquiera la madera de la puerta, pues se abrió de golpe, descubriendo así a un atractivo hombre de treinta y pocos años, alto y delgado con una barba de al menos una semana cubriéndole las mejillas. Era el rostro más apuesto que había visto nunca. Aunque en realidad sí que lo había visto...

Los ojos azules de los dos, de diferentes tonalidades, se abrieron desmesuradamente cuando se reconocieron. Él rompió el silencio que les otorgaba la pausa en el llanto de la pequeña y susurró:

—Tenías que ser tú...

Debía tratarse de una pesada broma, pensaron los dos. No era posible que se encontraran en aquella irónica situación, y menos después de que uno hubiera soñado con la otra durante toda la noche y de que ella le hubiera dibujado en su cuaderno, pues había tenido su imagen grabada en la cabeza desde que se vieron el día anterior en la universidad.

Marcus no daba crédito a lo que sus ojos veían; frente a él tenía a la muchacha que había estado perturbándole durante las últimas veinticuatro horas y, aunque en su fuero interno deseaba fervientemente que la nueva canguro fuera ella, jamás hubiera pensado que sus deseos pudieran hacerse realidad. Simplemente no podía tener tanta buena suerte.

Pero allí estaba, y parecía tan sorprendida como él. Phoebe miró a ambos lados del recibidor esperando encontrar una cámara oculta, pero no vio ninguna. Aquel hombre al que encontró tan peligrosamente atractivo hacía un día, ahora estaba a escasa distancia de ella y le pedía que fuera la canguro de su hija. Empezaba a entenderlo todo, por supuesto; además de leer que el doctor Graham era un prestigioso médico especializado en obstetricia, Phoebe también leyó algunos artículos relacionados con su vida privada y todos ellos decían que el doctor y su esposa, Bianca Graham, eran padres de un hijo llamado Marcus, un prometedor muchacho que había seguido los pasos de su padre y ejercía como especialista en ginecología en el hospital de San Francisco. El mismo Marcus que había dado la conferencia sustituyendo a su padre; el mismo que ahora ella tenía delante.

Aunque esperaba que Marcus no la hubiera reconocido como la chica torpe que interrumpió su ponencia, sus esperanzas se desvanecieron cuando le oyó murmurar:

—Tenías que ser tú...

—Marcus Graham, ¿verdad?

—Y tú eres la chica de las campanitas en el móvil.

Por segunda vez en dos días, Phoebe deseó que la tierra se la tragase. ¿Había algo más embarazoso que un hombre que, además era guapo, te reconociera a causa de tu torpeza? Ella no había sido la primera ni la última persona que se dejaba el teléfono encendido cuando debía estar apagado, pero al parecer su error se había quedado grabado en la memoria de Marcus. ¿Dónde estaba el hombre de voz aterciopelada y con sentido del humor con el que habló la noche anterior?

—Culpable —murmuró ella, encogiéndose de hombros y alzando la mano—. Me llamo Phoebe...

—Sé quién eres, Phoebe —la interrumpió él y le dedicó una sonrisa ladeada que a punto estuvo de quitarle el aliento—. No he olvidado nuestra conversación de anoche. No te quedes ahí, por favor —y Marcus se hizo a un lado para permitirle entrar—. Adelante.

Phoebe dio un paso indeciso hacia el frente hasta adentrarse en el recibidor mientras se frotaba las manos de manera compulsiva, siendo además muy consciente de la presencia de Marcus a su espalda.

Lo que al principio le había parecido un apartamento práctico y no demasiado grande, una vez estuvo en su interior se convirtió en un piso de grandes dimensiones que casi la dejaron con la boca abierta. Si dirigía la vista hacia adelante, al fondo podía verse un espacioso salón decorado de manera minimalista, de paredes gris perla y suelo enmoquetado con un par de sofás blancos organizados en forma de *ele* y frente a estos una mesita baja de cristal. En la pared frente a ellos se encontraba una chimenea de color blanco muy poco práctica en una ciudad como San Francisco y sobre esta la televisión plana más grande que había visto nunca. No había fotografías en la habitación, pero sí gran cantidad de juguetes infantiles que ocupaban desde el suelo hasta la mesa de comedor situada a la derecha. El espacio de un hombre joven y soltero padre de una hija, pensó, y se sintió cómoda de inmediato.

—¿Te apetece tomar algo? —La voz de Marcus a su espalda la sobresaltó y casi choca contra su pecho cuando se

dio la vuelta para quedar frente a él—. ¿Una copa de vino, cerveza...?

—Un poco de agua estará bien, gracias.

—Agua, bien. Ponte cómoda, volveré en seguida.

Phoebe se quitó el bolso y la chaqueta vaquera mientras lo veía perderse por el pasillo que debía conducir a la cocina, y dejó ambas cosas a su lado cuando se sentó en el sofá. Se preguntó dónde estaría la pequeña; la había escuchado llorar cuando llamó a la puerta pero ahora no se oía ni un solo murmullo de bebé en toda la casa. Tal vez hubiera vuelto a dormirse.

Cuando Marcus regresó junto a ella, Phoebe le sonrió como agradecimiento cuando le entregó el vaso de agua y a punto estuvo de derramarla cuando sus dedos se rozaron sin querer con los de él. ¿Qué había sido eso?, se preguntó cuando él retiró la mano tan rápido como ella. ¿Acaso también había sentido esa corriente eléctrica que fluía entre ellos? Sacudió la cabeza a ambos lados para liberar su mente de aquellos pensamientos y vio que Marcus se sentaba a su lado, a una distancia prudencial. De repente, los dos se sentían incómodos y violentos y ninguno se atrevía a romper el silencio en el que estaban sumidos. Se suponía que aquello era una entrevista de trabajo ¿no? El bebé era su punto de unión, así que Phoebe se decidió a utilizarlo.

—¿Dónde está Violet? —preguntó después de aclararse la garganta con un poco de agua.

—¿Violet?

—Tu hija —le recordó ella, apretando los labios para evitar que la sonrisa que le había provocado la pregunta de él la delatara—. Porque tienes una hija, ¿verdad?

—Por supuesto, sí. Claro que sí. —Phoebe le vio frotarse las manos contra los muslos cubiertos por la gruesa tela de los vaqueros.

Desde que llegara al apartamento, había tenido ocasión de observarlo atentamente en un par de ocasiones y debía

reconocer que el look informal de Marcus le gustaba tanto o más que el que usaba para dar conferencias. Vestía unas cómodas zapatillas deportivas, vaqueros oscuros y una camiseta blanca de manga corta con un cuello que acababa en pico. Un completo adefesio...

—Soy padre.

Ella no pudo evitar reír en aquella ocasión y, para su alivio, Marcus lo hizo con ella.

—Perdona —se disculpó él, al tiempo que se rascaba la mejilla cubierta de barba—. Esto no está funcionando. Empecemos de nuevo. Me llamo Marcus Graham, soy ginecólogo y un padre soltero que necesita una canguro. Y me conociste ayer cuando me interrumpiste en la conferencia.

—¡Yo no hice tal cosa! —Él la miró con la ceja levantada—. Bueno, al menos no fue aposta. Está bien, me toca. Phoebe Hadley, encantada de conocerte. —Alzó la mano y tomó la de él para estrechársela. Ella se quedó prendada del tacto suave que le proporcionaba su cálida palma y de la caricia de sus dedos cuando se separaron—. Estudiante de medicina arrepentida que busca empleo desesperadamente.

—Disculpas aceptadas. ¿Te gustan los niños?

—Me encantan.

—¡Contratada!

La risa de ella era contagiosa, pensó Marcus y, además, arrugaba los ojos de una manera adorable cada vez que sonreía. Era desconcertante comprobar lo cómodos que podían llegar a sentirse estando juntos del mismo modo que le impresionaba la tensión que se instalaba entre ellos cuando se miraban a los ojos y se hacía el silencio. La risa de ambos perturbó la paz de Violet, que no dudó en hacer notar su presencia usando el modo más eficaz de llamar la atención que poseía un bebé: el llanto en su forma de grito agudo.

—Y esa es tu jefa —señaló Marcus al tiempo que se ponía en pie—. ¿Te apetece conocerla?

Phoebe se mordió los labios y asintió. Sabía que la pequeña era la prueba de fuego para conseguir el puesto, y no es que quisiera conseguirlo para poder estar cerca de Marcus, realmente necesitaba ese trabajo. Se dirigieron juntos por el pasillo que antes había recorrido Marcus, siguiendo el llanto de Violet hasta su habitación. Se trataba de un dormitorio pequeño en el que había el espacio justo para una cuna, el cambiador, una pequeña mesita infantil con dos sillas a juego y una mecedora junto a la ventana. Estaba pintada en tonos azules con unos simpáticos búhos blancos para animar la estancia; a Phoebe le encantó la decoración y aún más, se quedó prendada del bebé que se removía inquieta en su cunita.

Violet era una preciosa niña de un pelo tan rubio que casi parecía blanco y que además era muy rizado. Las regordetas mejillas estaban sonrojadas a causa del esfuerzo que le suponía el llanto y trataba de aferrarse a los barrotes de su cuna para ponerse en pie. Cuando Marcus y ella llegaron a su lado, Phoebe pudo ver que la pequeña tenía los mismos ojos cautivadores que su padre.

—Pero bueno, señorita —le reprendió su padre cuando la tomó en brazos—. ¿Qué manera es esa de recibir a una invitada?

—Creo que intenta advertirme de lo que me espera —murmuró Phoebe. Se acercó un poco más a Marcus y acarició la manita de la pequeña. Le encantaban los niños y aún más los bebés. Tenían un olor tan peculiar que siempre le había transmitido mucha paz. Violet dejó de llorar cuando sus ojitos se clavaron en Phoebe y, al no reconocerla, escondió el rostro en la curvatura del cuello de su padre—. Tenemos a una pequeña vergonzosa por aquí. —Le sonrió—. Es preciosa.

—Lo es —afirmó Marcus, al tiempo que besaba a su hija en la cabeza—. No creas que se comporta siempre así. Últimamente intenta ponerse en pie por sí misma pero cuando intentamos andar unos pasos no consigo despegarle el pañal del suelo. Acabamos los dos frustrados compartiendo un helado.

Phoebe sonrió y se dedicó a acariciar la espalda de la pequeña, que permanecía en los brazos de su padre.

—Será un placer cuidar de ella, Marcus. ¿Cuándo quieres que empiece?

—¿Qué te parece mañana? Sé que es un poco precipitado, pero necesito un poco de ayuda.

—Mañana será perfecto —le aseguró ella.

Dejaron a Violet, ya más calmada, de nuevo en su cunita y ambos regresaron al salón. La tensión inicial parecía haber desaparecido y ahora los dos eran capaces de lidiar con los silencios que se producían entre ellos.

—En cuanto al sueldo —comenzó a decir él, mientras veía a Phoebe colocarse la chaqueta y el bolso en bandolera. El fino cordel de este se acomodaba justo entre sus pechos, marcándolos así en su camiseta. De inmediato apartó la mirada; ¿en qué estaba pensando, por el amor de Dios?— ¿Mil quinientos te vienen bien?

El gesto de Phoebe para sacarse el pelo del interior de la chaqueta vaquera se quedó a medio camino y miró a Marcus con la boca entreabierta.

—¿Mil quinientos? —le preguntó ella—. ¿Hablas en dólares?

—La última vez que lo comprobé en el banco seguíamos usando el dólar, sí.

—¿Estás de broma? ¿Vas a pagarme mil quinientos dólares al mes?

—Bueno, podemos negociarlo. —Marcus empezó a frotarse la nuca, nervioso. Esperaba que el dinero no fuera un problema entre ellos—. Estoy dispuesto a llegar hasta los dos mil si crees que es lo mejor.

—¡No digas bobadas! —exclamó; no pudo reprimir el impulso que la llevó a rodear los hombros de Marcus con las manos y besarlo en la mejilla—. Perdona, yo... Me he dejado llevar por la emoción. —Se separó de inmediato de él,

poniendo una prudencial distancia de seguridad entre ellos—. Mil quinientos es más que suficiente, Marcus. Ya verás, seré la envidia de todas las canguros. Lo haré tan bien que no querrás cambiarme por otra jamás.

Él sonrió, contagiado de su entusiasmo juvenil.

—No me cabe duda de ello. ¿Tienes cómo volver? Si vives cerca, Violet y yo podemos acercarte... ¿Qué pasa? —preguntó al ver la mueca que hizo Phoebe al torcer los labios.

—No vivo lo que se dice precisamente cerca. —Y encogiéndose graciosamente de brazos añadió—. Vivo en Palo Alto, ya sabes, está cerca de la universidad.

—¿Y vendrás desde allí cada día?

Parecía que Marcus realmente se preocupaba por ella; había más de una hora de trayecto entre Palo Alto y San Francisco y Phoebe tendría que hacer el camino sola y prácticamente de noche.

—Soy una chica aventurera. —Le sonrió—. Justo se acaba de estropear mi coche, pero hay autobuses y no es como si viviéramos en estados diferentes. Además, mi compañera de piso está abajo esperándome.

—¿Estás segura? —preguntó él, no muy convencido.

—Estoy completamente segura de que esto funcionará —lo tranquilizó.

Marcus la acompañó hasta la puerta y apoyó el antebrazo sobre el marco de esta. Desde fuera podía decirse que se trataba de una despedida entre una pareja.

—Entonces, hasta mañana.

—Buenas noches, Marcus.

Si media hora antes, al llegar, subir a un quinto piso le había supuesto escalar el Everest, ahora en cambio había bajado los escalones como si fuera flotando en una nube. Phoebe no podía creer la suerte que había tenido al cruzarse con Marcus y su oportuno anuncio cuando tanto lo necesitaba.

¡Mil quinientos dólares al mes! Podría comprar material nuevo para pintar, reparar su coche y puede que ahorrar para hacer algún que otro viaje. Marcus Graham era su salvador, uno guapísimo, a decir verdad. Había sentido una extraña conexión con él y, aunque al principio pensó que aquello no iba a funcionar, estaba claro que una vez roto el hielo inicial se entendían a la perfección. Además, Violet era una ricura de cría y estaba segura de que las dos se llevarían bien. Solo necesitaba tiempo.

Madison la estaba esperando en el interior de su Mini, mirándose en el espejo retrovisor mientras hacía una gigantesca pompa rosa con el chicle que estaba masticando; esta estalló cuando Phoebe entró en el coche, asustando así a la propietaria, que tenía aquella goma pegajosa cubriéndole los labios y parte de la barbilla.

—Joder, me has dado un susto de muerte —se quejó Madison—. ¿Qué tal ha ido?

Cuando Madison vio la enorme sonrisa que recorría el rostro de su amiga de oreja a oreja se dio cuenta de que su pregunta estaba de más. Era evidente que la entrevista había ido más que bien pero quería saber mucho más.

—¡Venga, habla! —la azuzó.

—¡He conseguido el trabajo! —exclamó Phoebe—. ¡Y no te lo vas a creer!

—Si no lo sueltas ya, me haré pis encima. ¡Dilo de una vez!

—¿Recuerdas al tío de la conferencia de ayer? ¿El hijo del doctor Graham?

—¿Al que dibujas en tu cuaderno y por el que estás loquita aunque no lo reconozcas? Sí, me acuerdo.

—¡Eso no es verdad! —se quejó, dándole un golpe a Madison en el brazo—. Yo no estoy loca por él. Además, ahora es mi jefe y cualquier tipo de relación entre los dos debe quedarse en el plano profesional.

—Espera, espera, espera... ¡¿QUÉ?! —el grito que dio Madison obligó a Phoebe a taparse los oídos; aunque sabía que su amiga estaba loca, temía que sus voces llegaran al último piso, a oídos de Marcus—. Te estás quedando conmigo. ¡Venga ya! ¿Tu jefe?

—Baja la voz, ¿quieres? Y arranca de una vez antes de que te escuchen todos los vecinos.

—De eso nada. —Madison le apartó la mano cuando Phoebe trató de hacer girar la llave en el contacto—. Vas a contármelo todo ahora mismo.

—¿Qué? ¿Aquí?

Chasqueando la lengua, Madison abrió la ventanilla y escupió el chicle hacia la calle; después puso el coche en marcha.

—Eres una incívica.

—Y tú una guarra con suerte. ¡Ese tío bueno es tu jefe! ¿Está casado?

—No lo está —contestó Phoebe de mala gana—. ¿Adónde me llevas?

—A celebrar tu jodida buena suerte.

Avanzaron un par de calles hacia el sur por las concurridas avenidas del San Francisco nocturno. Era una ciudad impresionante que parecía que nunca dormía; sus empinadas cuevas no hacían más que embellecerla y las fachadas de las coloridas casas en tonos pastel colocadas en hileras descendentes a ambos lados de las largas calles invitaban a pensar en el futuro e instalarse en ellas para formar una familia. Para alguien como Phoebe, que era una amante del arte, ya fuera en forma de cuadro o fotografía, San Francisco le ofrecía múltiples oportunidades para plasmar los diferentes escenarios que la conformaban.

Las puertas de madera envejecida del *Copacabana's Pub* estaban pintadas de un intenso color verde brasileño y sobre el letrero luminoso se encontraban pintadas varias parejas de

aves exóticas que daban la bienvenida a los clientes. El local no era muy grande pero resultaba acogedor y a Phoebe siempre le había dado la sensación de encontrarse en un pedacito de Brasil en mitad de California. Al tratarse de un día entre semana no había demasiada clientela y ambas pudieron elegir dónde sentarse. Madison y ella se acomodaron en uno de los sillones que se separaban del resto por unos biombos de hojas de bambú y un espectacular camarero mulato de ojos verdes y melena oscura, recogida en un moñito sobre la cabeza, se les acercó para tomar nota de su pedido.

—Dos *caipirinhas* —señaló Madison levantando dos dedos—. Pero especiales ¿eh? Que estamos de celebración. — Y le guiñó un ojo al chico—. Seguro que las haces muy ricas.

El camarero se marchó con una sonrisa en los labios que mostraba unos dientes blanquísimos, y Madison tuvo que hacer frente a la mirada reprobatoria de Phoebe.

—¿Qué? ¿En este local está prohibido flirtear? —resopló—. ¿Has visto cómo está el tío? Ah no, claro. Tú ahora solo tienes ojos para tu jefe. Que por cierto, se parece una burrada al tío de las *Cincuenta sombras*.

—Eres una salida ¿lo sabías? —A pesar de intentar aparentar estar molesta, Phoebe no pudo evitar reírse de las ocurrencias de su amiga. Cuando el camarero les sirvió las *caipirinhas* y un bol de palomitas que corría por cuenta de la casa, Madison volvió a guiñarle un ojo y ella a punto estuvo de atragantarse cuando bebió de la pajita—. Solo una ¿de acuerdo? Tenemos que conducir de vuelta.

—No seas aguafiestas. —Y alzando su copa, proclamó—. Por mi amiga Phoebe. Una mosquita muerta a la que un día de mierda se le convierte en el cuento de *Pretty Woman*.

—¿*Pretty Woman* es un cuento?

—Te ha llovido del cielo un trabajo y un tío que está para lamerlo de arriba abajo las veinticuatro horas del día.

—Y que me paga una pasta, además.

Cuando Phoebe le dijo la cantidad comprobó que su amiga no tenía su capacidad de contención y acabó con la camiseta mojada en ron cuando Madison le escupió la bebida.

—¡Maddy!

—Joder, perdona. —Tomando una servilleta, trató de limpiar las manchas que acababa de hacerle—. ¿Mil quinientos, en serio? ¿Estás segura de que no tienes que hacerle favores extras?

—Quita, lo estás empeorando. —Decidiendo hacer oídos sordos a su último comentario, Phoebe se levantó para limpiarse—. Voy al baño a intentar arreglarme. —Y la señaló con el dedo—. Deja al pobre camarero en paz.

Esperando no tener que sacar la lengua de su amiga de la garganta del mulato atractivo a su vuelta, entró en el baño del local para arreglar el desaguisado en que Madison había convertido su camiseta, pero no tuvo tiempo de humedecer las manchas de alcohol con un poco de agua, pues su teléfono móvil comenzó a sonar en aquel momento.

—¿Diga? —contestó.

—¿Dónde mierda te habías metido?

La enfurecida voz de Álex consiguió demudar la expresión de su rostro, que hasta entonces había permanecido ruborizado. Había olvidado llamar a su novio a pesar de que tenía un par de llamadas perdidas suyas del día anterior y a Álex no le gustaba que le obviaran; debía ser más cuidadosa con eso.

—Álex, perdona... Ayer se me pasó devolverte la llamada.

—Dirás las llamadas. ¿Qué estabas haciendo, Phoebe? ¿Ya no te acuerdas de que tienes novio?

—No, claro que no. No es eso. —Suspiró y apoyó la espalda contra la pared del baño. Hablar con Álex siempre la dejaba sin fuerzas—. Tuve un día desastroso: el coche se estropeó, llegaba tarde a clase, perdí mi trabajo...

—¿Has perdido el trabajo? Nena ¿qué has hecho?

—Yo no he hecho nada, te lo juro. Los Matthews cierran el local y yo no puedo irme a Nueva York y dejarlo todo.

—Me dejaste a mí aquí cuando te marchaste a la universidad ¿recuerdas?

—Álex, por favor. Ya hemos hablado de eso. Tú tienes tu trabajo en Half Moon Bay y yo tengo que estar aquí.

—Lo sé, maldita sea —le gruñó él—. Escucha, he estado con tus padres esta tarde y quieren que te acuerdes que te esperamos este fin de semana para celebrar el cumpleaños de tu padre.

—No puedo ir, Álex. Acabo de decirte que el coche está roto y, además, no les he contado lo del trabajo.

—¿Me estás diciendo que no vas a venir? Genial, Phoebe. Eres única para destrozar a las personas. ¿Sabes las ganas que tenemos de verte?

—Álex, yo...

—Busca un trabajo, nena. Y vuelve a casa.

Y entonces él colgó el teléfono. Phoebe no tuvo valor para decirle que ya tenía un nuevo empleo; conocía a su novio y sabía que montaría en cólera cuando supiera que su nuevo jefe era un hombre guapo y triunfador y que tendría que pasar mucho tiempo a solas con él y su hija. Era mejor esperar un poco para contar la verdad.

Sintiéndose como si la hubiera sacudido un terremoto, salió del baño fingiendo una sonrisa que en realidad no sentía. Por fortuna, Madison permanecía quietecita en su asiento comiendo palomitas.

—¿Te importa si nos marchamos, Maddy? Estoy algo cansada y me duele la cabeza —se excusó como pudo.

—¿Ahora? Pero ¡si acabamos de llegar! —se quejó su amiga, y mirando hacia la barra añadió—. Y quiero dejarle mi teléfono apuntado en la servilleta.

—Por favor, Maddy.

—De acuerdo. Pero con la condición de que mañana me cuentes todos los detalles de ese tío bueno con el que vas a pasar tanto tiempo.

—Te lo prometo.

—¡Esa es mi chica!

Acababa de despachar la parte que más odiaba de su trabajo. Como ginecólogo, Marcus estaba acostumbrado a tratar con todo tipo de situaciones; la mayoría de ellas solo aportaban alegría y felicidad a sus pacientes, pero otras los convertían en unos desgraciados. A pesar de haber asistido decenas de partos desde que se graduó, para Marcus la mayor satisfacción era comunicar el embarazo a los entusiasmados padres que esperaban recibir la feliz noticia; pero no siempre era así y él acababa de confirmarlo.

Aquella mañana, una pareja de adolescentes había acudido al hospital alarmados por el sangrado de la chica; Marcus no tuvo más opción que examinarla para comprobar que no sufriera ningún daño importante, a pesar de que la muchacha estaba muerta de vergüenza por tener que desnudarse frente a un desconocido. El novio no se apartó de su lado en ningún momento y, cuando les confirmó a ambos que la chica esperaba un hijo, tuvo que hacer de tripas corazón para mantenerse fuerte mientras la joven pareja lloraba frente a él. No podían tener más de diecisiete años y ahora les correspondía a ellos la decisión de continuar o no con un bebé que cambiaría sus vidas para siempre. Después de facilitarles toda la información posible, Marcus se despidió de ellos, sintiendo la misma sensación de desolación que los muchachos. No podía ni siquiera imaginar lo que debían estar experimentando, y pensar que algún día tal vez podría ser Violet la que se encontrase en aquella situación le hacía temblar de pies a cabeza.

Tan centrado estaba en sus pensamientos sobre la joven pareja que no se dio cuenta de que Liam estaba intentando atraer su atención desde el otro lado del pasillo hasta que sintió su mano sobre el hombro.

—Tierra llamando a Marcus —le dijo su amigo al tiempo que le palmeaba la espalda—. Uy, esa cara... ¿Día de mierda?

—Un par de críos embarazados —fue la respuesta de Marcus.

—Uf, tema jodido. Te invito a comer. Me muero de hambre y, además, se me ha fastidiado el plan de esta tarde.

Marcus lo miró divertido con una de sus cejas levantadas, sin llegarse a creer del todo lo que le decía Liam.

—¿Tú con un plan fastidiado? Vaya, eso es algo nuevo.

—Sí, amigo, sí. Aunque parezca incomprensible, a veces a los tíos irresistiblemente encantadores y guapos como yo también nos sale una princesa rana.

—¿Quién ha sido esta vez? —preguntó sin ocultar su sonrisa, mientras ambos se dirigían a la zona de vestuarios—. ¿Lucy, la nueva residente?

—Su hermana —respondió Liam—. Más bien su marido. ¡Estamos en pleno siglo veintiuno! La gente joven ya no se casa.

—No todo el mundo es un espíritu libre como tú.

—Eso es porque tengo mucho amor que repartir, amigo.

Después de recoger a Violet del servicio de guardería que ofrecía el hospital, los tres montaron en el monovolumen SUV plateado de Marcus para buscar un sitio en el que poder despejarse y tomar algo para comer.

—¿Qué tal te fue con la canguro? —quiso saber Liam, mientras cambiaba sin parar de canal en la radio—. Antes no te he preguntado. ¿Está buena?

—¿Quieres dejar de hacer eso? —Marcus le apartó la mano de la radio con un golpe—. Violet está a punto de ponerse a llorar, estate quieto.

—Esta le gusta. —Liam sonrió cuando a través del retrovisor vio a la pequeña mover la cabecita de un lado a otro al ritmo de *Sugar*, de *Maroon 5*—. A tu hija le va la marcha. Sale al tío Liam.

—¡Que Dios me ayude!

—Bueno, ¿qué? —insistió Liam—. ¿Está buena?

—¿Quién?

—La Virgen María. ¡Quién va a ser! Te estoy hablando de la canguro, tío.

Marcus resopló y tardó unos segundos en contestar. ¿Qué podía decir? Desde luego no podía decirle a Liam que la chica era joven y preciosa y que había soñado varias veces con ella; conocía a su amigo y sabía que si Liam se enteraba de aquello podrían ocurrir dos cosas: que lo azuzara a tener algo con Phoebe o que él mismo se la ligara.

—Es guapa —se limitó a decir—. Pero no la he contratado por eso. Necesito ayuda y parece que Violet y ella se entienden.

—Ya. ¿Edad?

—Estudia en Stanford ¿qué edad quieres que tenga?

—Una estudiante —se animó Liam, revolviéndose en su asiento—. Preséntamela.

—¿Qué? ¿Estás loco? Ni de coña.

—¿Has oído eso, Violet? A papá se le remueve la cosita cuando piensa en la chica nueva.

—¿Quieres que te eche del coche?

—No.

—Pues deja de comportarte como un imbécil —resopló y después bajó el freno de mano—. Ya hemos llegado —anunció y señaló a Liam con el dedo—. Pagas tú.

A esa hora del día, el *Sutter St. Café* estaba a rebosar de comensales que, como ellos, disfrutaban de un respiro en sus trabajos para tomar algo como almuerzo antes de regresar a sus obligaciones, y es que el local en plena Union Square, donde se congregaba el centro de la vida de San Francisco, se había convertido en uno de los sitios de moda de la ciudad a causa de la buena comida, que además presumía ser orgánica en casi toda la carta, y los mejores sándwiches que ofrecía.

Tanta era la fama del café que ni Marcus ni Liam encontraron un hueco en la barra del bar en el que colocar a Violet mientras ellos comían un par de sándwiches, de modo que ya estaban a punto de marcharse cuando Marcus escuchó que alguien pronunciaba su nombre.

Una mujer para ser más exactos.

Al girarse se encontró con la sonrisa de Phoebe al otro lado de la sala, sentada en uno de los cómodos sillones rojos frente a una amiga; ella le saludaba con la mano mientras que la otra muchacha permanecía impassible mirándolos con la boca abierta. ¿Se habría recortado la barba de manera desigual aquella mañana? Mientras se rascaba una mejilla, hizo un gesto a Liam con la cabeza para que le siguiera hacia la mesa que ocupaban las mujeres.

—Qué casualidad encontrarnos aquí —comentó Phoebe con una sonrisa cuando tuvo a Marcus al lado—. ¿Ya os ibais? Mi amiga Madison y yo estábamos tomándonos algo antes pasarme por tu casa.

—De hecho acabamos de llegar pero, ya ves, está todo lleno —contestó él, correspondiéndole la sonrisa; luego centró su atención en Madison—. Encantado de conocerte, Madison. Creo que nos vimos hace unos días.

—¡La leche! Quiero decir... —Madison parpadeó varias veces y reprimió un grito cuando recibió la patada que Phoebe le dio bajo la mesa—. Es un placer, profesor. Quiero decir, doctor...

—Llámame Marcus.

—Y a mi podéis llamarme como más os guste. —Liam, al ver a las dos bellezas que tenía delante, no se lo pensó dos veces y apartó a Marcus a un lado mientras le colocaba a su hija en los brazos—. Qué callado te lo tenías, doctor Graham. Veréis, chicas, Marcus ha olvidado contarme que tiene unas amigas tan guapas.

—Y este ¿de dónde ha salido? —preguntó Madison con descaro y malas maneras cuando Liam se hizo hueco junto a

Phoebe.

—En realidad no somos amigos —puntualizó Phoebe mientras le lanzaba una mirada asesina a Madison—. Marcus es mi jefe.

El aludido le lanzó una tímida sonrisa y ella, al verlo, se ruborizó. Estaba claro que Liam lo avergonzaba un poco con su comportamiento descarado al igual que a ella le ocurría a veces con Madison, de modo que decidió echarle una mano.

—Marcus ¿qué te parece si pides algo para llevar mientras yo voy al servicio? Así empiezo cuanto antes mi tarde con Violet.

—Me parece una idea estupenda —coincidió Marcus, mostrándose visiblemente aliviado—. Nos veremos fuera, si te parece.

—Pero no podéis marcharos tan pronto —se quejó Liam; no quería perder su oportunidad de ligar, si no con las dos, al menos sí con una de las preciosidades que tenía a su lado—. Marcus, no he traído mi coche.

—Estoy segura de que Madison podrá llevarte —terció Phoebe—. No te importa, ¿verdad que no, Maddy?

Su amiga le lanzó una mirada asesina, pero no tuvo opción a réplica puesto que Phoebe aprovechó que Marcus se retiraba a la zona de la barra para deslizarse rápidamente al servicio. De modo que Maddy tuvo que respirar hondo para serenarse y no gritarle cuatro cositas al baboso que tenía delante. Aunque debía admitir que el tío estaba bueno; Liam no llegaba a ser el bellezón del doctor Graham pero no estaba mal. Era algo más bajo de estatura, pero tenía una espesa mata de pelo oscura bien peinada, una ligera sombra de barba en sus mejillas y los ojos celestes brillantes propios de un seductor nato.

—Y bien, Madison. —Liam le estaba dedicando esa peligrosa sonrisa ladeada que a buen seguro había empleado con centenares de chicas antes que ella—. ¿Te apetece que nos larguemos de aquí y busquemos algo más íntimo? Este sitio

está abarrotado de gente y apenas podremos escucharnos. Y es una lástima, porque estoy deseando saber más de ti.

—Apuesto a que sí, campeón. Déjame adivinar: podemos ir a tu casa. No vives muy lejos de aquí ¿no es cierto? Seguro que te mueres por probar tu picadero de machote conmigo.

Noqueado por su sorprendente respuesta, Liam tuvo que parpadear varias veces mientras intentaba obligar a su cerebro a que procesara bien las palabras de la chica. ¿Cómo era posible que una muchacha de apariencia dulce y cándida como Madison, con aquella melena de un pelirrojo oscuro que prometía los más ardientes placeres, y ese flequillo que ocultaba parcialmente sus ojos verdes gatunos, lo hubiera calado tan pronto?

—Me temo que no va a poder ser, guapetón. —Madison se puso en pie con la intención de marcharse, bajo la incrédula mirada de un Liam que había enmudecido de repente—. Es una lástima, pero resulta que ya estoy comprometida.

—¿Qué? —consiguió balbucear él—. Pero no... No puedes irte todavía...

Phoebe apareció en ese momento, esquivando cuerpos que iban y venían de una en otra dirección.

—¡Qué despiste! Casi me olvido el bolso. —Al ver las intenciones de su amiga, preguntó—. ¿Te vas?

—Nos vamos, cariño. —Y, sin pensárselo dos veces, le plantó un beso en los labios a Phoebe—. Hasta la próxima, Liam.

Y se marchó dejándolos a los dos con la boca abierta y sin saber qué decir. Liam se debatía entre el subidón que le producía ver a dos mujeres besándose y la sorpresa al descubrir que las chicas eran lesbianas. Phoebe, por su parte, no pudo más que despedirse del hombre con un gesto de la mano. ¿Es que Madison se había vuelto loca?

Marcus la estaba esperando sentado tras el volante del SUV plateado dando buena cuenta de su sándwich doble especial de la casa mientras Violet dormía en su sillita

colocada en el asiento trasero. Cuando Phoebe subió al coche, él tuvo que masticar con cuidado de no atragantarse antes de preguntar la razón por la que el rostro de la chica parecía tan asustado.

—¿Va todo bien? Estás pálida ¿qué ocurre?

Ella negó con la cabeza mientras se ajustaba el cinturón de seguridad; luego miró a Marcus y le preguntó:

—¿Crees que ha sido buena idea dejarlos a los dos a solas?

Marcus pareció considerar su pregunta durante casi un minuto, el tiempo necesario para acabar con el último bocado de su sándwich.

—¿Confías en Madison? —le preguntó al final.

—¿Al cien por cien? Por supuesto que no —respondió Phoebe; acababa de comprobar que su amiga se había vuelto definitivamente loca—. ¿Y tú en Liam?

—No. —Marcus no tardó en contestar, pero una sonrisa tranquilizadora acompañó su negativa—. No te preocupes, estoy seguro de que sabrán arreglárselas sin nosotros.

—Eso espero.

Phoebe no estaba tan segura de ello pero dio gracias a Madison por haberse marchado de la cafetería antes de que ella y Liam cometieran alguna insensatez. No le apetecía perder el empleo en su primer día porque su amiga decidiera meter la pata con el mejor amigo de su jefe. Estaba tan enfrascada en sus pensamientos, preocupada por lo que Madison pudiera haber dicho en su ausencia, que ni siquiera se dio cuenta de que Marcus había detenido el coche frente a su casa pocos minutos después.

—Eh, oye. —Sintió los dedos de él recogándole un mechón de pelo tras la oreja; el gesto sorprendió tanto a ella como a él, por lo que Marcus apartó la mano de inmediato y le sonrió, un tanto ruborizado—. No le des más vueltas, ¿de acuerdo?— ella asintió, no del todo convencida y extendió la mano cuando él le colocó un juego de llaves sobre la palma—.

Te he hecho una copia de las llaves de mi casa, por si os apetece dar un paseo o cualquier otra cosa.

—Vaya, ¿tanto confías en mí como para dejarme el primer día a tu hija y las llaves de tu casa? —le preguntó ella, sin perder la sonrisa.

Él ladeó la cabeza y le respondió de la misma manera provocadora que ella.

—Confío en ti —fue su respuesta—. Intentaré no regresar muy tarde. No quiero que se te haga de noche para volver a casa.

—No te preocupes por eso. —Phoebe salió del coche y abrió la puerta trasera para tomar en brazos a Violet; la pequeña aún estaba adormecida, de modo que apoyó la cabecita en su hombro y se metió el pulgar en la boca—. Dile adiós a papá, cariño. Adiós, papá.

Marcus se las quedó mirando embelesado. Phoebe había tomado la manita libre de su hija y la agitaba hacia los lados para que se despidiera de él. Era la primera vez desde que Violet nació que Marcus era testigo de una imagen tan cotidiana, tan normal, un momento que seguramente muchas familias no sabían apreciar pero que para él significaba mucho más de lo que hubiera podido imaginar alguna vez.

Con una sonrisa en los labios puso rumbo a la clínica de su padre, sintiéndose un hombre feliz.

* * *

Después de pasar dos horas en el despacho de su padre peleando con el sistema informático en una lucha encarnizada en la que salió victorioso el programa de red, Marcus trató a varias pacientes que requerían de la ayuda de la reproducción asistida para convertirse en madres. Algunas de ellas acudían a la clínica en compañía de sus maridos o parejas; otras, en cambio, eran mujeres solteras a las que el paso del tiempo les impedía ya ser madres y necesitaban de la ayuda de la ciencia.

Acababa de implantar una pareja de embriones fecundados a una paciente cuando recibió la llamada de Liam que, según

palabras de él, estaba a punto de volverse loco.

—Necesito la verdad —le exigió su amigo—. No dejo de darle vueltas a lo de esta tarde y está a punto de darme un ataque.

—¿Quieres tranquilizarte? —Marcus tuvo que sujetar el teléfono entre el hombro y la oreja mientras se quitaba los guantes de látex con los que había estado trabajando—. ¿Qué demonios te ha pasado?

—Es lesbiana ¿verdad? No me mientas, Marcus Graham, o te juro por Dios que pierdes un amigo.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Quién es lesbiana?

—Pues tu canguro ¿quién va a ser? —Liam estaba tan alterado que aquello último lo dijo gritando.

—¿Phoebe? —Cambióse el teléfono de oreja, Marcus se dejó caer de golpe sobre la silla de escritorio del despacho; no contó con que tenía ruedas y acabó golpeándose la cabeza contra la pared que tenía a la espalda—. ¿Te has vuelto completamente loco?

—Las he visto —respondió Liam, indignado—. Con mis propios ojos —matizó—. Mientras tú estabas esperando a Phoebe fuera del local, Madison le dio un pico. ¡Y en la boca! ¿Por qué no me dijiste que estaban liadas?

—Porque no tenía ni idea —Marcus había quedado noqueado; si había albergado un atisbo de esperanza de confraternizar con Phoebe, esta había desaparecido cuando Liam le confirmó que las chicas eran pareja—. ¿Estás seguro de lo que has visto?

—¡Qué desperdicio! —Liam continuó compadeciéndose de su mala suerte sin prestar atención a lo que su amigo le decía—. Encuentro a una tía guapísima con un toque de viciosilla y que además es lista y joven ¿y se lanza a mis brazos? Nooo, en lugar de eso se liga a otra. Creo que voy a emborracharme. Te veo mañana.

Marcus dejó el teléfono sobre la mesa cuando se dio cuenta de que Liam le había colgado y que él estaba hablando solo. ¿Phoebe, lesbiana? Jamás lo hubiera adivinado. No es que tuviera nada en contra de los homosexuales, al contrario, siempre los había apoyado, pero no podía evitar sentir una sensación de pérdida por ella, por una chica a la que ni siquiera había tenido.

Malditos fueran el karma y el destino, se dijo; tenía que empezar a pensar seriamente eso de convertirse en un monje. ¡Ya no quedaban mujeres disponibles!

* * *

Pasar la tarde con Violet había resultado ser una de las experiencias más gratificantes de la vida de Phoebe. La pequeña había dormido un poco cuando llegaron a casa, luego habían compartido juntas un bol de fruta mientras veían un poco la tele y habían jugado con unas marionetas que Phoebe se colocó en los dedos. Las diferentes voces que la muchacha ponía para cada personaje arrancaron alegres carcajadas a la pequeña y Phoebe descubrió lo que era el amor incondicional. Con una simple sonrisa y el sencillo gesto de acariciarle la mejilla como agradecimiento, Violet se le había colado en el corazón; era muy fácil hacer feliz a un niño, pensó y aún más simple conseguir que dé este su cariño.

Después de que Violet disfrutase de un relajante baño en el que también hubo tiempo para juegos, las dos tomaron un poco de puré de verduras como cena antes de la hora del cuento para irse a dormir. Phoebe eligió uno al azar titulado «*Adivina cuánto te quiero*» y descubrió que la pequeña historia la emocionaba a ella tanto como adormecía a Violet.

—«*A veces, cuando queremos a alguien mucho, mucho, intentamos encontrar el modo de describir el tamaño de nuestros sentimientos* —leía en susurros junto al oído de Violet. Estaba sentada en la mecedora con la pequeña en brazos, las dos relajadas—. *Pero como nos muestra esta maravillosa historia, el amor no es algo fácil de medir*>>.

<<*El amor no es algo fácil de medir*>>, repetía su cabeza una y otra vez. Curiosa, giró el libro para ver la portada; en ella, un papá liebre miraba embelesado a su hijito y, conforme iba pasando las escasas páginas del cuento, se dio cuenta de que se trataba de una historia para hijos de padres solteros. El papá liebre y su hijo intentaban demostrar cada uno cuánto se querían y a Phoebe aquello le pareció precioso. Imaginó a Marcus leyéndole aquel cuento a Violet cada noche antes de dormir y la ternura que embargó su corazón casi la hizo temblar. Aquel hombre estaba loco por su hija y no era consciente del buen trabajo que estaba haciendo con ella.

Violet aún no se había dejado vencer del todo por el sueño cuando Phoebe la acostó en su cunita, pero la pequeña estaba tan relajada que ni siquiera protestó cuando Phoebe la besó en la cabeza para darle las buenas noches. Al regresar al salón y comprobar su móvil descubrió que tenía varias llamadas perdidas de su madre y también de Álex, además de un mensaje de Madison que le decía con mayúsculas gritonas que pasaría a recogerla esa noche. Phoebe chasqueó la lengua, molesta porque su amiga fuese la que estaba enfadada de las dos. ¡Como si ella hubiera sido la que tuvo la idea de besarla!

No tuvo tiempo de pensar en una respuesta mordaz que enviarle, pues Marcus apareció en ese justo momento entrando por la puerta. Tenía aspecto cansado pero, a pesar de eso, se dijo, estaba tan guapo como siempre, vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca y simple con las mangas subidas hasta los antebrazos. Llevaba el teléfono en la mano y la mirada taciturna cuando se fijó en ella.

—¿Día duro, doctor?

Marcus hizo una mueca y resopló mientras se dejaba caer sobre el sofá. Ella soltó una risita y se acomodó a su lado.

—Si te sirve de consuelo, te he dejado algo de cena en la nevera. Algo me decía que ibas a necesitarla.

—Gracias. —Marcus colocó el brazo derecho sobre su frente y giró la cabeza para mirarla—, pero no tenías por qué molestarte. Con cuidar de Violet es suficiente.

—No ha sido ninguna molestia —se apresuró a decir—. He visto tu nevera ¿cómo puedes sobrevivir a base de congelados?

Por respuesta, Marcus se encogió de hombros y ambos acabaron riendo como dos críos.

—¿Qué tal se ha portado?

—Tienes la hija más buena del mundo —respondió Phoebe—. Hemos dormido, jugado un poco, cenado... Te la he dejado en la cuna.

—¿Duerme?

Phoebe negó con la cabeza.

—Está esperando a que su papá le dé las buenas noches.

—Gracias por todo, Phoebe. Sin tu ayuda no podría con todo. —Sintió deseos de alzar la mano y acariciarle la mejilla, pero tan pronto como lo pensó supo que no sería buena idea—. Pero no quiero entretenerte más. He visto a tu chica esperándote en el coche.

—¿Mi chica? —Phoebe lo miró sin comprender mientras se colocaba el bolso en bandolera.

—Madison ¿verdad?

—Así es, sí. Pero... Marcus ¿mi chica? —Y, sin poder evitarlo, rompió a reír—. ¿Piensas que somos lesbianas o algo así?

—¿No lo sois? —Marcus se puso en pie y caminó tras ella mientras Phoebe se dirigía a la puerta sin poder dejar de reír—. Liam me lo dijo, que sois pareja.

—Liam... —y entonces ella lo comprendió todo.

El amigo de Marcus había presenciado el beso que Maddy le había dado aquella tarde y, aunque ni siquiera ella entendió la razón del arrebató de su amiga, ahora lo veía claro. Maddy había querido darle esquinazo a Liam y la única manera que se le había ocurrido para lograrlo fue haciéndole creer que eran pareja

—Marcus, esta tarde Madison me besó, sí. ¿Es eso lo que te ha contado Liam?

—Dijo que os vio con sus propios ojos.

—Y es cierto —le confirmó ella, tratando de controlar el acceso de carcajadas que bullían en su garganta; no quería despertar a Violet—. Pero Maddy lo hizo para librarse del coqueteo de tu amigo.

—Entonces ¿vosotras dos no...? —Ella negó con la cabeza—. ¡Menudo capullo!

Y los dos estallaron en carcajadas aunque estas duraron poco, pues Phoebe no tardó en hacerle callar llevándose un dedo a los labios.

—Buenas noches, Marcus.

—Llámame *Doctor Metepatas* —le sonrió él desde la puerta—. Dulces sueños Phoebe.

Mientras Phoebe bajaba los escalones dando saltitos tuvo tiempo de enviarle un mensaje a Madison:

—<<¡¡ESTA ME LA PAGAS!!>>

6

Después de un par de días ejerciendo como niñera, Phoebe se sentía como pez en el agua junto a Violet. Las dos habían creado un vínculo tan especial que hacía parecer que habían estado juntas desde el nacimiento de la pequeña, nueve meses atrás. La niña la había aceptado sin tan siquiera un solo lloriqueo, como era costumbre cuando algún desconocido se cruzaba en su camino; se hacían reír mutuamente y Phoebe disfrutaba con cada nuevo descubrimiento que hacía la pequeña. Y cuando Marcus llegaba a casa y las encontraba tomando la cena o leyendo un cuento antes de dormir, sentía una dicha que pocas veces había experimentado y que se veía empañada cuando Phoebe tenía que marcharse.

Marcus estaba convencido de que cualquier desconocido que tuviera la suerte de verlas juntas pensaría que se trataba de una joven madre junto a su hija y él no podía evitar desear que así hubiera sido. Le encantaba verlas juntas y disfrutaba aún más de los pequeños momentos que compartía a solas con Phoebe antes de que esta se fuera a casa: ella le ponía al corriente de lo que Violet y ella habían hecho juntas durante el día y se preocupaba por preguntarle a él qué tal le había ido en el trabajo y Marcus, por su parte, se interesaba por sus clases y su vida. Phoebe había tomado por costumbre dejarle algo de cena en esos últimos días y desde entonces Marcus y su estómago se iban mucho más felices a la cama.

Era en esos momentos cuando la mente de Marcus vagaba libremente y se permitía soñar con la canguro. En la soledad de su dormitorio recordaba que era un hombre joven y sano y que había ciertas necesidades que llevaba tiempo sin cubrir. Necesidades íntimas masculinas. Se preguntaba si ella también sentía esa corriente eléctrica que corría entre ellos cada vez que estaban en la misma habitación, cuando se sonreían o en aquellos momentos en que compartían roces fortuitos. Marcus sabía que estaba mal, pero no podía evitarlo. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía realmente atraído por una mujer y no le importaba la diferencia de edad, los moralismos sociales

o el hecho de que ella fuera su canguro. Phoebe era preciosa por fuera pero en el poco tiempo que hacía que la conocía había tenido la oportunidad de apreciar su belleza interior.

Había algo en Phoebe que le decía que la chica no era del todo feliz y Marcus se preguntó qué podría hacer él para remediarlo. Tal vez con un poco de tiempo ella llegase a confiar lo suficiente en él como para hablarle de su vida, que pudieran llegar a ser amigos o... algo más. Ni siquiera sabía si ella tenía novio y lo más probable es que así fuera, pues era imposible ser heterosexual y no fijarse en ella.

De modo que así estaban las cosas; Marcus no podía dejar de pensar en Phoebe y no conseguía sacársela de la cabeza ya fuera de día o de noche. Tal era su despiste que la tarde anterior estuvo a punto de inseminar a una mujer casada con el semen de un donante anónimo —gracias a la atenta enfermera que le dio un toque de atención no llegó a inseminar a la mujer, pero faltó poco—, pero sí que había olvidado comentarle a Phoebe que el viernes se celebraría un congreso médico de hospitales californianos en el hotel Fairmont de San Francisco, uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad, y él estaba obligado a asistir. Para su sorpresa, la chica no puso objeción alguna a tener que quedarse a pasar la noche con Violet con tan poco tiempo de preaviso. Es más, diría que incluso se mostró entusiasmada.

Así pues, la chica llegó puntual a su apartamento luciendo la sonrisa más bonita que Marcus había visto nunca.

—Llegas justo a tiempo —le dijo mientras caminaba hacia su habitación con Phoebe pisándole los talones.

Ella ya había estado antes en su dormitorio, pues su naturaleza curiosa la había llevado a echar un vistazo a lo que ella llamaba <<*la caverna del hombre*>>.

La habitación de Marcus estaba decorada con diversos tonos de marrón, usando el más claro en las paredes. La cama presidía la estancia y, a decir verdad, Phoebe no creía que se tratara de una cama normal y corriente. Era una de esas camas modernas que se encuentran a escasos centímetros del suelo y

en la que se podría acostar toda una familia al completo. Tenía un cabecero de madera oscura a juego con un par de mesitas de noche colocadas a ambos lados; sobre ella había tres fotografías en blanco y negro que habían captado la atención de Phoebe desde el principio. En la primera de ellas podía apreciarse un niño de unos tres años jugando con un tren de plástico y en la siguiente aparecía un hombre joven, en la plenitud de la vida, compartiendo sonrisas con una hermosa mujer. Pero la tercera era su preferida, ya que el rostro surcado de arrugas de un anciano que acariciaba una antigua fotografía con su mano ajada por el paso del tiempo la había cautivado por completo. *Las edades del hombre*, pensó Phoebe.

Al ver que Marcus se paseaba de un lado a otro por la habitación, Phoebe se dio cuenta entonces de lo guapo que estaba. Aquella noche, mientras contemplaba el atardecer a través de la gran ventana del dormitorio, encontraba a Marcus realmente atractivo; llevaba un esmoquin negro y una camisa blanca como contraste e iba descalzo. Le vio mirarse en el espejo y luego le escuchó maldecir entre dientes mientras sujetaba los pliegues de la pajarita con ambas manos.

—Justo a tiempo ¿eh? —Sonrió al ver que él era incapaz de anudarla—. ¿Te echo una mano?

—Por favor.

Phoebe dejó su bolso sobre la cama y luego caminó hacia él. Estaban tan ceca que ella notó lo alto y apuesto que era y al respirar no pudo evitar inhalar su aroma, mezcla de jabón, colonia cara y algo más... El olor íntimo de Marcus.

Sintió que la cabeza le daba vueltas y tuvo que contenerla para no cometer una locura mientras le anudaba la pajarita.

—Ya está —susurró, aturdida—. Perfecta.

Estaba tan bonita mientras le pasaba las manos por las solapas de la chaqueta que Marcus no podía pensar en otra cosa que no fuera estrecharla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento. <<¿Y qué pasa si lo haces?>>, lo azuzó una vocecita en su cabeza, << es una mujer y tú un hombre.

Fíjate en cómo le tiemblan las manos, lo está deseando tanto como tú>>. Se sintió completamente ridículo, como uno de esos dibujos animados a los que les aparece la figura del diablo sobre el hombro. Tenía que apartarse de Phoebe cuanto antes o de lo contrario se abalanzaría sobre ella y, que Dios lo asistiera, no saldrían de la cama en semanas.

—¿Seguro que no te importa quedarte esta noche? — Marcus se sentó a los pies de la cama para colocarse los relucientes zapatos negros. De pronto su voz sonaba mucho más ronca mientras miraba a Phoebe moverse por su habitación—. Olvidé por completo comentártelo.

—No pasa nada, Marcus. —Phoebe le restó importancia, tan centrada como estaba en doblar una camiseta que Marcus había dejado tirada de cualquier modo sobre la cama—. ¿Sabes si llegarás muy tarde? No es que tenga prisa, pero me gustaría saberlo para no atacarte con un paraguas al confundirte con un ladrón.

La risita de ella le hizo sonreír a él e incluso sintió un hormigueo extraño en la boca del estómago; había tomado un sándwich antes de ducharse, de modo que no podía ser de hambre.

—Verás... —Phoebe lo vio despeinarse, como siempre hacía cuando estaba nervioso y no sabía cómo contarle lo que estaba punto de decir. Simplemente, le pareció adorable—. La organización ofrece una habitación a los médicos asistentes, así que lo más probable es que me quede allí con Liam. Además, no podría hacerte dormir en el sofá. —Se puso en pie y se acercó a ella—. Quédate toda la noche, por favor.

Aquella invitación, casi una súplica por su parte, hizo que a Phoebe le temblaran las piernas. En otras circunstancias le hubiera parecido el momento más romántico que había tenido en toda su vida y, para decirle que sí, se le hubiera colgado del cuello. Pero no era más que la canguro y tan solo le estaba ofreciendo su cama mientras cuidaba de su hija en su ausencia.

—Claro. —Phoebe tragó saliva varias veces y se aclaró la garganta antes de contestar—. Nos veremos por la mañana,

doctor.

Él le sonrió y alzó una mano hacia la mejilla de ella, que acarició suavemente deslizándole el pulgar por el pómulo hasta la barbilla.

—Es una suerte que no hayas tenido planes ¿verdad? — comentó Marcus mientras salía de la habitación y se dirigía hacia la de su hija con Phoebe a la zaga—. ¿Qué haría sin ti, Phoebe?

En realidad, ella sí que tenía planes. Madison tenía una cena con su padre y la nueva novia de este, pero se había pasado el día suplicándole que lo llamara para decirle que estaba enferma y así las dos podrían pasar la noche comiendo palomitas y viendo películas antiguas. Pero, finalmente, su responsabilidad como hija había acabado por ganar la batalla a sus deseos y Maddy había acudido a la cita con su padre. Además, su propia madre había vuelto a llamarla para reprocharle que no hubiera asistido a la celebración del cumpleaños de su padre, así que Phoebe no había tenido otra alternativa y acabó hablándole del despido y de su nuevo trabajo. Que Marcus le pidiera que ejerciera de canguro aquella noche le sirvió de excusa perfecta y así además se ahorraría tener que pasar la noche sola en su habitación.

—No crea que todo es por usted, doctor —le dijo desde la puerta, viendo cómo Marcus besaba a su hija para despedirse—. Solo lo hago por el dinero.

Él le sonrió y ella hizo lo mismo mientras lo acompañaba hasta la puerta.

—Violet ha tenido algunas décimas de fiebre esta tarde — le informó Marcus, colocándose el abrigo—. No es nada importante, pero me preocupa.

—Estaré atenta a cualquier cambio, no te preocupes.

—Tienes mi número y te he dejado apuntado el del Fairmont en la nevera. Llámame si hay alguna novedad, por favor.

—Váyase tranquilo, doctor. Está todo bajo control.

Marcus resopló, no del todo seguro de ello. Pero confiaba en Phoebe y eso era suficiente.

—¿Qué tal estoy?

—¿Estás de broma? Marcus, estás guapísimo, estás... Quiero decir... —rectificó, aclarándose la garganta. Elegante. Estás muy elegante. Y ahora vete ya o llegarás tarde. Buenas noches, doctor Graham.

* * *

En el salón principal del hotel Fairmont se congregaban centenares de doctores de diversas especialidades médicas procedentes de la costa oeste de Estados Unidos, aunque la mayoría de ellos tenían sus puestos de trabajo en prestigiosos hospitales del estado de California.

A pesar de que el fin de aquella reunión era la de informar a los doctores acerca de las nuevas mejoras tecnológicas realizadas por los investigadores californianos en el campo de la medicina, a nadie le pasaba por alto que aquello no era más que una simple excusa y que todos los allí presentes se disponían a pasar una noche agradable en uno de los hoteles más exclusivos de toda la ciudad, bebiendo licores caros, intentando conseguir un ascenso o, por qué no, flirtear con las jóvenes doctoras que esa noche habían cambiando el uniforme médico por cortos vestidos y altísimos tacones. Incluso Marcus las encontraba absolutamente deseables y tenía que reconocer que alguna de sus compañeras había conseguido captar su atención; por ese mismo motivo no lograba comprender por qué Liam se encontraba tan apesadumbrado aquella noche.

Habían llegado juntos al hotel en el coche de Marcus y desde entonces Liam no se había acercado a ninguna mujer ni tampoco había hecho alguno de sus típicos comentarios acerca de la indumentaria de una o el escote de otra. Por el contrario, se había sentado en la barra del bar y ya iba por su tercer whisky cuando Marcus se sentó a su lado, después de saludar a unos cuantos colegas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Le palmeó la espalda a Liam, que permanecía con los antebrazos apoyados en la barra y los hombros caídos—. Esta noche no estás siendo tú mismo.

—No quieras saberlo. —La lengua de Liam comenzaba a tener problemas a la hora de articular palabras a causa del alcohol; se incorporó un poco y miró a su amigo, con los ojos azules un tanto vidriosos—. ¿Qué cojones te pasa a ti? Has puesto cara de... —Intentó buscar una palabra que se adecuara—. Estreñado.

—No estoy estreñado, estoy preocupado —se quejó Marcus—. Esta noche he dejado a Violet a cargo de Phoebe. Ha tenido fiebre esta mañana y me preocupa que no se encuentre bien.

—Y si está enferma ¿por qué la has dejado a cargo de la cría?

—Haznos un favor y deja de beber ¿quieres? —Marcus le apartó el vaso con el licor ambarino—. Estoy hablando de Violet, es ella quien está resfriada.

Liam resopló y se aflojó el nudo de su pajarita; con los dedos torpes como los tenía acabó por deshacerla del todo.

—¿Quieres saber una cosa, Marcus? Eres un completo gilipollas.

Marcus se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos por la sorpresa. No es que fuera la primera vez que su amigo lo insultaba, pero siempre había sido desde el cariño que otorga la amistad y no se lo tenía en cuenta, ya que esa era la forma de ser de Liam. Esta vez, en cambio, había algo en la forma de comportarse de su amigo que le hizo ver que estaba hablando completamente en serio.

—¿Y esto a que viene, si se puede saber?

—Mírate. —Liam lo señaló con la mano—. Tienes en tu casa a una chica preciosa que probablemente esté durmiendo en bragas en tu cama ahora mismo y tú estás aquí tan tranquilo. No, no —negó con la cabeza—. Rectifico: estás

preocupado por un par de décimas de fiebre de tu hija. Gilipollas, eso es lo que eres. Un gilipollas obseso del control.

—Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado? Estás borracho, Liam. Deja que te lleve a casa.

Liam se zafó del brazo de su amigo cuando este trataba de ayudarlo a ponerse en pie. Puede que hubiera bebido un poco más de la cuenta y además con el estómago vacío, pero era muy consciente de lo que decía.

—No voy a irme a ningún sitio. Voy a quedarme aquí, justo aquí. —Señaló con un dedo el mármol de la barra—. Y pienso beber hasta que consiga olvidar a esa chica.

—¿Qué chica? —preguntó Marcus, a punto de perder la paciencia.

—¡Madison, quién va a ser! —exclamó, consiguiendo así que varias de las personas que estaban a su alrededor se los quedaran mirando—. Madison, la pelirroja peligrosa de ojos verdes que, además, es lesbiana con pareja.

Marcus no tenía ni idea de que la chica hubiera afectado tanto a Liam. Apenas se habían visto unos minutos pero, al parecer, había sido la primera mujer en mucho tiempo en pararle los pies antes de que Liam pudiera invitarla a tomar una copa. A decir verdad, Marcus pensó que harían buena pareja pero decidió no sacar a Liam de su error y dejar que siguiera pensando que la chica era lesbiana. No le vendría mal obtener un poco de su propia medicina.

—Creo que estás exagerando —le dijo en su lugar, mientras marcaba en su móvil el número de Phoebe para comprobar que todo estaba en orden—. No le des más vueltas, tan solo es una chica más.

—Tú no lo entiendes. Es *la* chica, Marcus. Esa carita de corderito con la que me miró... Y luego sacó las uñas como una gata salvaje. Es... ¿me estás escuchando?

Incluso Liam, que estaba medio achispado, notó que Marcus no había oído ni una sola palabra de lo que acababa de

decir. Estaba enfrascado en su teléfono, frunciendo el entrecejo mientras golpeaba de forma insistente la pantalla.

—Oye, que estoy aquí —se quejó.

—Phoebe no contesta a mis llamadas.

—Pues llámala a casa.

—Ya lo he hecho. —Marcus resopló y trató de buscar una explicación coherente al motivo por el que Phoebe no respondiera al teléfono—. ¡Maldita sea!

Dando un golpe seco a la barra, comenzó a caminar a grandes zancadas hacia la puerta, con Liam siguiendo sus pasos aunque no en línea recta.

—Espera. Marcus ¿adónde vas?

—A casa —contestó, sin molestarse en mirarlo—. Tú quédate aquí y prométeme que no beberás más. Te llamaré cuando sepa algo.

—Padres... —masculló Liam cuando lo vio subirse al SUV y arrancar a toda prisa.

* * *

Completamente despeinado, con la pajarita desatada descansando a ambos lados de su cuello, la camisa abierta hasta la mitad del pecho y el rostro demudado por la preocupación, Marcus entró en su apartamento como alma que lleva el diablo. Cerró la puerta con un fuerte golpe y sus ojos buscaron de un extremo a otro del salón alguna señal de movimiento que le hiciera saber que las chicas estaban en casa. Pero no las encontraba; la luz estaba encendida y no se oía el más mínimo ruido. Llevándose las manos a la cabeza, Marcus se temió lo peor. Violet podría haber empeorado y Phoebe habría tenido que llevarla al hospital para que le bajaran la fiebre. Pero ¿por qué no cogía el teléfono? Lo intentó una vez más y cuando escuchó la señal de llamada, pudo dejar escapar todo el aire que habían contenido sus pulmones cuando Phoebe apareció en su campo de visión.

—Marcus —susurró ella, llevándose una mano al pecho—. Qué susto me has dado. He escuchado un golpe y no sabía qué ocurría. Has llegado muy pronto ¿te encuentras bien?

Marcus era muy consciente del aspecto que debía tener, parecido al de un loco que se ha escapado del manicomio, pero estaba seguro de que Phoebe no se había preocupado de la imagen que ofrecía su cuerpo cuando había salido para descubrir de dónde provenía el ruido.

Estaba vestida únicamente con una de las camisetas que él usaba los domingos por la mañana cuando salía al parque con Violet y podía disfrutar de la visión de las largas y torneadas piernas desnudas de Phoebe. Maldijo a Liam en su mente al recordar el comentario que su amigo había hecho sobre ella acostada en bragas en su cama. Iba descalza y el pelo mojado le caía sobre el pecho, humedeciéndole la camiseta hasta conseguir que los pezones se le marcaran bajo la tela.

Marcus se obligó a bajar la vista cuando sintió crecer la tirantez de su bragueta y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Siento haberte asustado —se disculpó—. Pero te he llamado varias veces y no me contestabas. Me preocupé y... —suspiró—. Aquí estoy.

Phoebe ladeó la cabeza y se lo quedó mirando. Una sonrisa apareció en sus labios cuando la ternura que le despertaba ver a Marcus preocupado le llegó al corazón. Era un buen hombre, además de un tío guapísimo. Lo que realmente había hecho que se fijara en él había sido su interior honesto y un corazón repleto de amor que compartir.

—Estamos bien —le aseguró ella mientras se le acercaba—. A Violet le subió un poco la fiebre, así que decidí que sería buena idea darnos un baño para mantenerla a raya. Debiste llamar mientras estábamos en el baño y por eso no he escuchado el teléfono.

Marcus la miró fijamente, con los ojos brillantes de preocupación.

—¿Violet está...?

—Durmiendo como una bendita —le aseguró Phoebe y no fue consciente de que había alzado la mano hasta que sintió entre sus dedos el cabello de Marcus—. Tranquilo, papá.

Él cerró los ojos y suspiró, visiblemente aliviado. Luego los dos se miraron a los ojos; estaban tan cerca que podían respirar el aliento del otro. Y entonces Phoebe supo que iba a besarla y que ella esperaba que lo hiciera. Los dos lo deseaban, pero no podía ser. Phoebe dio unos pasos hacia atrás y sonrió mientras cambiaba de tema.

—Siento haber cogido una de tus camisetas —se disculpó—. No sabía que tendría que pasar toda la noche aquí, así que no he traído nada para dormir.

—Te queda mejor que a mí. —Él le sonrió; y era cierto. Marcus era de los que pensaban que cuando una mujer lleva la camiseta de un hombre (la camiseta y nada más) es cuando más atractiva está—. Siento haberte despertado. Vamos, vuelve a la cama.

—¿Y tú? ¿Vas a volver al hotel?

—No lo creo. —Marcus se sentó en el sofá y comenzó a desatarse los zapatos—. Es tarde y ya me han visto suficiente. Dormiré aquí, en el sofá.

—Puedo irme a casa, Marcus —empezó a decir ella—. No puedes dormir en el sofá en tu propio apartamento.

—Y yo no voy a permitir que te marches sola a estas horas de la noche.

Phoebe cruzó los brazos a la altura del pecho, marcando sus senos un poco más bajo la camiseta mojada, y lo miró del mismo modo que una madre mira a un hijo cuando este intenta discutirle algún tema.

—Pues entonces, duerme conmigo.

El zapato que Marcus acababa de quitarse cayó sobre el suelo de madera de manera ruidosa y rompió el silencio que reinaba en el apartamento. ¿Había oído mal o Phoebe acababa de invitarlo a pasar la noche con ella?

—Tu cama es tan grande que podríamos dormir los tres juntos y aún sobraría espacio —continuó ella—. Prometo que ni siquiera te rozaré.

Definitivamente, debía de haberse pasado con las copas aquella noche. No podía ser que Phoebe estuviera hablando en serio. Dormir juntos no era buena idea y menos esa noche, cuando él la encontraba tan deseable y ciertas partes de su anatomía se habían despertado haciendo el saludo militar sin intención de bajar el asta de bandera. Lo más sensato era negarse y asegurarle a Phoebe que estaría muy cómodo en el sofá, pero él quería dormir con ella, quería despertarse a su lado y ¡por el amor de Dios!, quería hacerle la cucharita por detrás mientras dormían.

—¿Estás segura? —se escuchó preguntar.

Phoebe asintió. Con una sonrisa, se acercó a él y le tendió la mano.

—Ven conmigo.

La cabeza estaba a punto de estallarle. En apenas media hora, Madison se había acabado de un solo trago el segundo *Cosmopolitan* que le habían servido para intentar tranquilizarse pero no había sido suficiente; le había quedado claro que necesitaba algo más fuerte.

A pesar de que se había mentalizado de que esa noche iba a ser una tortura para ella, la realidad estaba superando con creces lo que había imaginado. Estaba a punto de cumplirse una hora de reloj desde que su padre y su nueva novia habían llegado al restaurante del hotel Fairmont y Madison pedía a gritos con cada silenciosa mirada que le lanzaba al camarero que le llevara una pistola con la que pegarse un tiro. Tiffany, que así era como se llamaba la nueva novia de su padre, era una escultural rubia teñida y operada desde la raíz del pelo hasta los juanetes de los pies. Por si no fuera suficiente, en el interior de la cabeza de la chica había tan poca materia gris que Madison casi sintió lástima por ella. Su futura nueva madrastra —Madison estaba segura de que conseguiría convertirse en la siguiente señora Carter— lucía un ceñido, escotado y cortísimo vestido de color azul eléctrico junto a unos brillantes zapatos negros con un tacón de vértigo. En resumen: parecía sacada de la mansión PlayBoy.

Tiffany hablaba sin parar del único tema que, al parecer, controlaba a la perfección: la moda. Y a menos que su interlocutor fuera una *Barbie* con un escaso gusto a la hora de vestir, todo lo que Tiffany pudiera decir no tenía interés para una chica como Madison, que dejó de escucharla en cuanto empezó a relatarle las ventajas de vestir el estampado de leopardo que tan de moda se había puesto. Para colmo, su padre no dejaba de prodigarle caricias mientras le susurraba palabras al oído que, para disgusto de los demás comensales, le arrancaban estridentes risitas. Ver así a su padre la hacía enfermar. ¿Cómo podía creer que estaba enamorado de *esa*? Desde luego, el babero que su progenitor se anudó al cuello cuando le sirvieron el marisco le venía como anillo al dedo; de

lo contrario hubiera acabado por babearse la corbata después de cada caidita de ojos que su novia le dedicaba.

Desesperada, Madison alzó la mano para atraer la atención del camarero con la intención de pedir una copa de algo más fuerte con lo que poder evadirse (a ser posible un whisky doble) cuando de repente su mirada se cruzó con la de Liam, que estaba sentado en un taburete de la barra del bar contemplando las mesas del restaurante.

Al principio, la expresión de su cara casi la hizo reír a carcajadas, pues era evidente que Liam se había tomado una copa de más y no lograba ubicarla en su memoria. Pero después él se fijó un poco más hasta que al fin consiguió reconocer a la pelirroja que lo miraba tan detenidamente. Madison tuvo la sensación de estar siendo testigo de una de esas escenas de película en la que el chico se acercaba como levitando hacia la protagonista. Tuvo que morderse los labios para no sonreír cuando pensó que ella era esa protagonista de una mala comedia. Al menos tenía que reconocer que Liam estaba guapísimo esa noche, vestido con un elegante esmoquin con la pajarita deshecha y ligeramente despeinado. Casi sintió lástima por haberle hecho creer que era lesbiana. Pero no soportaba a los gallitos que creían sabérselas todas acerca de las mujeres. No iba a consentir que Liam se la ligase.

Pero cuando él llegó hasta la mesa que ocupaban ella, su padre y la *Barbie*, una idea pasó por su mente.

—Madison, qué sorpresa encontrarte aquí. Yo... no esperaba volver a verte.

Liam tuvo que aclararse la garganta varias veces antes de hablar; sentía la lengua pastosa a causa del alcohol y las mariposas que se habían instalado en su estómago cuando sus ojos vieron a Madison sentada en una mesa tan cerca de él. Ni siquiera se había fijado en sus acompañantes, pues ella sola lo eclipsaba todo. Llevaba la larga melena pelirroja sujeta en lo alto de la cabeza con un moño informal y el flequillo se le abría sobre la frente, despejando así sus preciosos ojos verdes. Estaba irresistible aquella noche, y su vestido blanco con

escote palabra de honor dejaba a la vista sus hombros desnudos y el inicio del pecho.

Liam sintió que el corazón se saltaba un latido y aquello rara vez le ocurría. Llevándose una mano al pecho tuvo que reconocer que había sufrido un segundo flechazo con ella.

—¿A qué viene eso, cariño? No irás a decirme que habías olvidado nuestra cita.

Liam se quedó clavado en el sitio cuando Madison dejó la servilleta sobre la mesa, se levantó y, para su eterna sorpresa, le deslizó un brazo alrededor del cuello y lo besó de forma profunda en la boca. Definitivamente había bebido demasiado.

—Pero, ¿qué coño...? —trató de decir él, pero de su garganta tan solo salían balbuceos ininteligibles que Madison acalló.

—Sígueme la corriente —le susurró ella y le dedicó la mirada más dura que tenían sus ojos verdes. Luego se abrazó a la cintura de él al tiempo que se colocaba la masculina mano en el trasero—. Papá, Tiffany, os presento a Liam. Mi novio.

—¿Tu novio?! —preguntaron Liam y el señor Carter al unísono.

—Eso he dicho. —Y mirando a Liam, le dio un apretón en el costado al mismo tiempo que volvía a besarlo—. Liam, te presento a mi padre George y a su *amiga* Tiffany. ¡Sorpresa!

Y tanto que lo fue. Mientras estrechaba la mano del señor Carter y miraba a la chica que lo acompañaba, Liam lo comprendió todo.

Madison lo estaba usando para no tener que verse obligada a soportar la compañía de su padre y la novia de este, casi de la misma edad que su propia hija. Sin saber qué decir, se vio empujado por Madison hasta quedar convenientemente sentado a su lado, mientras que ella no dejaba de acariciarle el brazo al tiempo que utilizaba la otra mano para jugar con el pelo que le rozaba la nuca.

—Si no dejas de hacer eso ahora tendrás que acabar lo que has empezado más tarde —le susurró él al oído.

Sin comprender del todo lo que quería decir, Madison siguió la dirección que le indicaba la mirada de Liam hasta posarla sobre la bragueta de sus pantalones. Abriendo mucho los ojos, ahogó una exclamación y le tiró un poco del pelo.

—Tengo que reconocer que hasta hace un minuto no sabía de tu existencia, Liam —le dijo el padre de Madison—. Bien, chicos, ¿cómo os conocisteis?

—Verá, señor Carter —comenzó a explicarse, sin tener la más mínima idea de qué decir. ¿Es que aquel hombre no sabía que a su hija le iban las mujeres?—. Su hija y yo...

—Llámame George, por favor.

—De acuerdo. Verá George, nosotros...

—Liam es médico —le interrumpió Madison—. Y uno muy bueno, ¿verdad que sí, cariño?

—Muy bueno, sí... —era lo único que Liam podía decir, pues Madison había vuelto a besarlo y esta vez había sentido la caricia de su lengua en el labio inferior.

—Nos conocimos en la universidad —continuó Madison, haciendo oídos sordos a las risitas de Tiffany, que al parecer encontraba tremendamente divertido que ella tuviera novio—. Liam estaba dando una conferencia, yo intervine...

—Más bien me discutió los puntos de mi discurso —apuntó él—. Tu hija es una mujer muy dura, George.

—Es que no lo estabas diciendo bien, cariño —se quejó ella, apartando la mano que él había colocado sobre su rodilla—. El caso es que intercambiamos los teléfonos, tuvimos una cita y...

—Y una cosa llevó a la otra... ¡Au! —se quejó Liam cuando ella le clavó el tacón en el pie—. Lo siento.

—¿No estás contento por mí, papá? Estamos muy, muy enamorados.

—Muy enamorados, es cierto —reafirmó Liam, deslizando un brazo sobre los femeninos hombros desnudos; luego aprovechó el momento y la besó bajo la oreja. Sonrió satisfecho cuando comprobó que la piel de Madison se erizaba bajo su contacto—. Voy muy en serio con su hija, se lo aseguro.

El señor Carter pareció pensárselo seriamente mientras miraba intensamente a Liam, decidiendo si era un buen partido para su hija, pero acabó por sonreír para tranquilidad de la pareja. Al parecer, estaba tan contento de que su hija le hubiera presentado al fin a un hombre que se dejó llevar y acabó por besar a su novia en los labios. A Liam no se le pasó por alto la mueca de disgusto que hizo Madison a su lado y él le apretó la mano por debajo de la mesa para darle ánimo.

La velada acabó antes de lo esperado, ya que Madison se inventó que habían quedado con unos amigos para poner pies en polvorosa y marcharse de allí antes de que sirvieran el segundo plato del menú. Abandonaron el restaurante juntos cogidos de la mano pero, nada más salir del campo de visión del señor Carter, Madison se soltó de su agarre tan rápido como si Liam fuera de una especie extraterrestre cuyo cuerpo incubaba una enfermedad contagiosa.

—¿De qué iba todo eso? —le preguntó Liam, caminando tras ella.

Madison se paró en seco y le entregó al aparcacoches su ficha para que le trajera su coche; se estaba abrazando a sí misma, pues las temperaturas habían descendido un poco al ponerse el sol y su vestido corto resultaba insuficiente incluso para la noche californiana. Al verla, Liam se le acercó y tras quitarse la chaqueta se la colocó a ella sobre los hombros.

Madison se lo agradeció asintiendo con la cabeza.

—Mira, Liam, te agradezco lo que has hecho por mí ahí dentro. Pero será mejor que te olvides de todo ¿de acuerdo? Lo que ha pasado esta noche nunca ha sucedido.

—A ver si lo he entendido: me abor das en mitad de la cena, te me echas encima, me besas y me presentas a tu padre como si fuera tu novio y estuviéramos enamorados. ¿Y pretendes que me olvide?

—Eso es justamente lo que te he pedido, sí. —Madison miró a su alrededor, empezando a impacientarse porque su coche no llegaba. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Pues no pienso hacerlo.

—¿Qué? —Se giró para mirarlo—. Mira, tú y yo no tenemos por qué volver a vernos. Tú tienes tu vida y yo la mía, y lo de esta noche no ha pasado.

—¡Y una mierda! —se quejó—. Además, ¿tú no eras lesbiana?

Madison le puso los ojos en blanco y resopló.

—Dime una cosa, Liam. ¿Todos los tíos sois igual de capullos?

—¿Disculpa?

—¡Te mentí! —le gritó ella y dio una patada al suelo con sus altos tacones—. Te vi venir, sabía cuáles eran tus intenciones y no me apetecía tener que aguantar tus babas, así que me inventé el rollo de chica lesbiana.

—Entonces, ¿tú y Phoebe no estáis...?

—¡Ya te he dicho que no, imbécil!

Liam se la quedó mirando; tenía las mejillas ruborizadas y no precisamente por el frío. Estaba enfadada y no entendía bien el motivo, aunque comprendía que no estuviese entusiasmada al ver a su padre liado con una mujer tan joven. Su rechazo no tenía que ver solo con él.

—Así que te lo inventaste para evitar que me acercara a ti.

—Y ya ves para lo que ha servido —se quejó ella. Liam no pudo evitar sonreírle mientras se le acercaba—. ¿Qué haces?

—¿Sabes qué? Me gustas, Madison.

Ella lo miró con la ceja alzada y las manos en las caderas.

—Dime algo que no sepa. ¡Por Dios! ¿Siempre tardan tanto en traer un puñetero coche?

—Dame una oportunidad —continuó él—. Sal conmigo una noche.

—¿Qué? ¡Ni de coña, tío!

—¿Por qué? —Liam la miraba como un perrito desvalido al que le dolía en lo más profundo su rechazo—. Dame al menos una razón.

Madison suspiró; no iba a quitarse de encima a Liam hasta que le contara la verdad. Y ella solo quería irse a casa y olvidarse de aquella noche.

—Muy bien. —Acercándose más a él, le preguntó—. ¿Con cuántas mujeres has salido este mes?

Liam no contestó de inmediato, todo lo contrario. Su silencio mientras intentaba hacer memoria le confirmaba a Madison que eran más de las que podía recordar.

—Por eso no salgo contigo.

El aparcacoches llegó en ese momento conduciendo el *Mini* de Madison. Ella le dio las gracias al chico junto a una propina y se dispuso a subir al vehículo.

—¿Me estás diciendo que te niegas a salir conmigo porque no recuerdo las mujeres con las que he salido en este mes? ¿En serio?

—Tú te lo has buscado —le respondió ella, mientras cerraba la puerta del coche y bajaba la ventanilla.

—¿Y si te dijera que puedo cambiar? Que puedo ser el chico bueno del que presumías delante de tu padre.

—¿Crees que soy idiota?

—Venga, Madison. Dame una oportunidad —le suplicó él, desesperado—. Por ti, te juro que cambiaré.

Ella pareció pensárselo unos segundos, después arrancó y lo miró, traviesa.

—Vas a tener que currártelo mucho. Te advierto que no soy una chica fácil.

—No espero que lo seas. —Le sonrió él—. Entonces ¿eso es un sí?

—Es un <<*ya te llamaré*>>. Hasta la vista, campeón.

Liam se quedó mirando cómo el coche que conducía Madison se alejaba por las empinadas cuestas de San Francisco. No le había dado su número de teléfono pero cuando quiso recuperar su móvil una sonrisa apareció en sus labios.

Se lo había dejado en la chaqueta del esmoquin que ella llevaba puesta.

—Marcus, ¿estás dormido?

Aunque sentía el cuerpo de Phoebe moverse al otro lado de la cama cuando la chica se giró hacia él, Marcus decidió hacer como si no la hubiera escuchado. Por supuesto que estaba despierto y, a pesar de que hacía ya un par de horas que se habían ido a la cama, él no había sido capaz de conciliar el sueño. Era muy consciente de la presencia de Phoebe a escasos palmos de distancia de su cuerpo y, además, el atuendo para dormir que ella llevaba no le ayudaba en absoluto a relajarse. Esa noche él había optado por ponerse una camiseta al meterse en la cama como deferencia a la muchacha, pero sus piernas, al igual que las de ella, permanecían desnudas. Cada uno se había acostado en un extremo de la cama y Marcus no había cambiado de posición por temor a su reacción si la rozaba con aquella parte de su anatomía que había decidido despertarse sin haber sido llamada.

—¿Marcus?

Esta vez Phoebe le colocó la mano sobre el hombro y lo zarandéó suavemente para atraer su atención. Todo su cuerpo se estremeció cuando los dedos de ella le rozaron la curva del cuello, por lo que tuvo que respirar hondo para tratar de relajarse. Estaba atrapado y lo sabía; sentirse atraído por la joven canguro de su hija no iba a traerle más que problemas, pero no podía evitarlo.

—Estoy despierto —murmuró al fin con un suspiro. Al volverse hacia Phoebe la descubrió más cerca de lo que había esperado, encontrándose así con una bonita sonrisa que iluminaba la habitación en penumbra—. ¿Te ocurre algo?

Ella negó varias veces con la cabeza. Luego volvió a recostarse sobre el costado derecho y se abrazó a la almohada mientras miraba a los ojos a su compañero de cama.

—Estoy muy despierta. Tal vez si te apetece podamos...

—Podamos ¿qué? —preguntó Marcus, de repente alarmado por la tirantez que sentía bajo los bóxers.

—Me apetece charlar —contestó Phoebe—. Pero si estás muy cansado podemos dejarlo para otro momento.

Marcus se removió hasta que los dos quedaron frente a frente en el centro de la cama, separados sus cuerpos por escasos centímetros. Le apeteecía tanto besarla que él mismo se sorprendió ante la magnitud de su deseo, pues hacía ya mucho tiempo que una mujer no conseguía atraerlo de ese modo.

—En realidad no tengo sueño —fue su respuesta; por nada del mundo perdería la oportunidad de conocerla un poco más—. ¿De qué quieres hablar?

—No lo sé. —La sonrisa de Phoebe era preciosa y Marcus acabó contagiándose de ella—. ¿Por qué te hiciste ginecólogo?

Él pareció pensárselo unos segundos pero luego se acercó un poco más a ella y, sonriendo con nostalgia al recordar, le susurró:

—Yo siempre he admirado a mi padre. No es un cirujano que salva vidas ni un científico que descubre la cura de alguna enfermedad, pero da esperanza a muchas parejas que la han perdido.

—Te refieres a aquellos que no pueden tener bebés.

—A los que tienen dificultades para concebir —matizó Marcus—. Mi madre fue su principal paciente ¿sabes? Cuando descubrieron que les sería muy difícil tener un hijo de manera natural, ella cayó en una depresión tras otra. Por eso mi padre abrió la clínica —le explicó—. No soportaba ver a mi madre derrumbada por no poder quedarse embarazada. Pero al final consiguieron concebirme.

—Así que, a pesar de todo, fuiste un milagro —susurró Phoebe con una sonrisa.

Él se rio bajito.

—Aquí me tienes. Podría decirse que fui el impulsor de la clínica de mi padre —se rio.

—Hacéis un trabajo muy bonito y muy importante también. Y además... A mí me parece que eres un hombre muy responsable que adora a su hija. —Phoebe se atrevió a colocar una mano sobre el brazo de Marcus y se sorprendió y maravilló a partes iguales al descubrir lo duro que estaba—. No es fácil lo que haces, Marcus.

Él se la quedó mirando, debatiéndose internamente entre el impulso de estrecharla contra su pecho y besarla hasta hacerla jadear de deseo y el pensamiento racional que le obligaba a actuar en consecuencia. Ni siquiera podía decirse que fueran dos amigos contándose secretos en mitad de la noche. Conocidos, tal vez. Pero la abstinencia a la que había sometido a su cuerpo durante los últimos meses comenzaba a hacersele cuesta arriba.

Tragando saliva varias veces, Marcus consiguió serenarse. Un poco.

—Al principio fue difícil —le aseguró—. Ahora estamos bien.

—No tienes por qué hablar de ello si no quieres —se apresuró a decir Phoebe.

Pero Marcus sentía que debía contarle su historia. Quería que ella supiera de su pasado, que llegara a conocerlo a él como hombre y no solo como padre. Tal vez si confiaran lo suficiente el uno en el otro podrían llegar a ser amigos.

—Conocí a Amelia mientras estudiaba en la universidad —comenzó—. Ella era de buena familia, nos sentíamos cómodos juntos y nos enamoramos. Bueno —matizó—, al menos creí que estábamos enamorados. Ella no acabó la universidad y cuando yo me gradué nos fuimos a vivir juntos. Todo iba genial, nuestras familias encajaban e incluso le pedí matrimonio. —Al ver la cara de asombro de Phoebe, le sonrió—. Como ya he dicho, pensé que nos queríamos. Pero todo cambió cuando Amelia descubrió que estaba embarazada.

—¿Ella no quería tener hijos?

Marcus negó con la cabeza antes de continuar.

—Nunca lo habíamos hablado en serio, pero yo sabía que Amelia no tenía instinto maternal. Pensé que eso cambiaría con el embarazo, pero ella no estaba dispuesta a continuar adelante con él. Por supuesto, no podía impedir que lo hiciera. Ese hijo también era mío y yo deseaba ser padre. Supongo que fue un gesto egoísta por mi parte.

—No, Marcus. —Al darse cuenta de que Marcus se sentía verdaderamente culpable de aquel pasado que le había cambiado la vida, Phoebe no pudo evitar compadecerse de él y le colocó la mano sobre la mejilla, deslizándole los dedos por la barba—. Tú también tenías derecho; era tan hija tuya como de ella. Y si no tomasteis precauciones fue responsabilidad de los dos. Tú no eres el culpable.

Él le sonrió, agradeciéndole sus palabras en silencio. Para él significaban más de lo que Phoebe lograba entender.

—Renunció a sus derechos como madre ¿verdad?

Marcus asintió y ella retiró suavemente la mano que tenía en su rostro.

—El embarazo fue un infierno. No me permitía estar con ella como antes. Ya me entiendes... —Comprendiendo que Marcus se refería a su vida sexual, Phoebe asintió—. Tampoco pude estar con ella durante el parto. Amelia decía que no quería que la viera así. —Suspirando, finalizó su relato—. Estuvo con nosotros un mes después de que Violet naciera, luego firmó los papeles de renuncia, me devolvió el anillo y se marchó. No he vuelto a saber nada más de ella.

—Lo siento —susurró Phoebe—. Debió de ser muy duro para vosotros. Para ti.

—Estamos bien —le aseguró Marcus, con una sonrisa—. ¿Y qué me dices de ti?

—¿De mí? Yo no tengo hijos ni un novio a la fuga.

Los dos rompieron a reír hasta que recordaron que un bebé dormía plácidamente en la habitación de al lado y se obligaron a reprimir su diversión.

—Pero estás estudiando medicina. ¿Por qué? ¿Qué te llevó a elegir esa carrera y no otra?

Phoebe se removió, inquieta, y uno de sus pies acabó enredado entre las piernas de Marcus. Él no quiso moverse por temor a que ella se apartara. Pasaron segundos, tal vez un par de minutos, hasta que comenzó a mover el pie arriba y abajo por la pierna de Marcus, que a punto estuvo de lanzar un gemido si ella no hubiera decidido hablar en ese justo momento.

—Soy la primera Hadley en ir a la universidad ¿sabes? Para mis padres es un orgullo y cuando me concedieron una beca para estudiar organizaron una pequeña fiesta para los amigos. —Le sonrió—. Es difícil de explicar, Marcus. Ocurrió algo en el pasado que nos cambió a todos y a mí no me quedaban muchas opciones. Así que, después de un año, rellené la matrícula y vine aquí a estudiar. Aunque no era exactamente eso lo que esperaban en casa.

—¿A qué te refieres?

Ella lo miró con la ceja alzada, como si fuera algo obvio después de lo que iba a contarle.

—Mi familia vive en Half Moon Bay, en San Mateo. Es un viaje muy corto hacia Stanford, así que esperaban que siguiera viviendo en casa mientras acababa la carrera. Pero yo quería más, quería independencia, quería...

—Libertad —le susurró él, comprendiendo lo que quería decir.

—Sí, quería sentirme libre. —Le sonrió—. No voy a casa todo lo a menudo que ellos quisieran, pero quiero a mis padres y les echo de menos, solo que aquí soy feliz. Y, además, me encanta cuidar de Violet.

Lo dijo con una sonrisa que a Marcus le pareció el gesto más seductor que Phoebe le había dedicado hasta la fecha. Su pie continuaba perdiéndose entre sus piernas, subiendo hasta la rodilla para volver a descender hasta el tobillo. Al parecer,

aquello la relajaba y no sería Marcus quien le pidiese que parara.

—Me alegra saber que te sientes cómoda con nosotros — murmuró él; de repente, la voz susurrada de Marcus se había vuelto algo ronca, tornándose sensual y seductora—. A mí también me gusta que estés aquí.

Phoebe le sonrió, pero después bajó la vista y acabó mordiéndose el labio inferior. ¿Eran imaginaciones suyas o sus palabras ocultaban algo más? Una nueva intimidad crecía entre ellos pero ninguno de los dos tenía intención de sacarla a la luz por el momento.

—¿Sabes lo que realmente me gusta hacer? —le preguntó Phoebe y no le dio oportunidad de contestar—. Me gusta dibujar, plasmar en papel cosas que veo o que me imagino. Me gusta pintar paisajes y que me emocionen después. Antes trabajaba en una galería de arte y durante horas disfrutaba observando los cuadros que se exponían.

Al ver la pasión con la que Phoebe hablaba sobre pintura, Marcus supo que algo no iba del todo bien. Le acababa de confesar cuál era su pasión, lo que verdaderamente la entusiasmaba, y él estaba seguro de que la medicina no era lo que ella quería para su futuro. Tal vez fuesen esas esperanzas que sus padres habían depositado en ella, ese pasado del que no le había contado nada y que al parecer la había marcado para siempre, pero Marcus tenía la certeza de que Phoebe no había elegido su camino sino que este le había sido impuesto. Era una buena chica con un corazón tan noble que prefería hacer felices a sus seres queridos antes que tomar una decisión propia que pudiera defraudarlos. Marcus deseó poder ayudarla, poder infundirle ese valor que le faltaba para lograr ser feliz.

Animado por la intimidad que los envolvía y por las caricias que ella le regalaba, se animó a intentarlo.

—Me encantaría ver alguna de tus obras. De hecho, ¿por qué no tomas algún curso? Algo me dice que te encantaría ser una de esas artistas que se pasan el día encerradas en su estudio pringadas de pintura pero satisfechas consigo mismas.

—No puedo —fue la triste respuesta de ella—. Mi padre no lo entendería y mi... —Negando con la cabeza decidió que era mejor cambiar de tema—. Tengo que acabar este curso y después decidiré especialidad. —Mirándolo a los ojos, le sonrió para aliviar la tensión que se había instalado de repente entre ellos—. De hecho, puede que me decida por la ginecología.

Él correspondió a su sonrisa y le dio un toquecito en la nariz, comprendiendo que no debía presionarla; Phoebe se abriría a él cuando estuviera preparada.

—Estoy seguro de que conseguirás todo lo que te propongas.

—¿De verdad lo crees?

Ella permanecía expectante, esperando que él confirmara lo que acababa de decir. Phoebe era de esa clase de personas que no soportan ver la decepción en los ojos de un ser querido y él sospechaba que habían sido pocas las veces que alguien la había animado a perseguir sus sueños.

—No lo creo —le susurró—. Estoy completamente seguro de ello.

Phoebe tenía los pies fríos a pesar de que había estado frotándose contra sus piernas desde hacía largo rato. Marcus sintió deseos de acurrucarse junto a ella y susurrarle al oído que todo iría bien, que sería feliz, pero si lo hacía ella podría malinterpretar sus intenciones y aquella noche que para él estaba siendo perfecta acabaría convirtiéndose en una pesadilla.

Permanecieron unos segundos en silencio mientras ella recuperaba la calma y conseguía controlar la emoción que se había instalado en su garganta impidiéndole respirar. Cuando Marcus la miraba a los ojos sentía que llegaba verla tal y como era en realidad, con sus defectos y virtudes, con sus miedos y esperanzas. Él la comprendía; por loco que pudiera parecer, había conseguido en una noche lo que ni siquiera Madison

había logrado que admitiera en voz alta en dos años de amistad y Phoebe se sentía protegida, querida incluso. Se sentía en paz.

Cuando ella se le acercó un poco más, tanto que su fina nariz casi roza su garganta, notó cómo el cuerpo Marcus se ponía en tensión y sonrió cuando le vio tragar saliva.

De repente, Phoebe sintió deseos de besar el pulso que latía en el cuello de Marcus y tuvo que morderse los labios para refrenarse. Cuando se sintió un poco más serena, le susurró:

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro que sí. Somos amigos ¿no?

Ella volvió a sonreír y se humedeció los labios antes de hablar.

—Entonces, como amigos, ¿te importaría abrazarme esta noche, Marcus?

Su petición lo pilló desprevenido. A decir verdad, ni siquiera él mismo sabía lo que iba a pedirle; tal vez ayuda para algún trabajo, prácticas en la clínica de su padre... Pero ella le pedía que durmieran abrazados, le pedía el calor de su cuerpo, le pedía cariño... ¿Cómo iba a negarse?

Asintiendo con la cabeza una vez, oyó que ella murmuraba un tímido *gracias* mientras se giraba para quedar de espaldas. Marcus, obediente como era, encajó su cuerpo al de ella. Le rodeó la cintura con un brazo y dejó descansar la mano sobre su vientre; después Phoebe se la cubrió con la suya hasta que sus dedos quedaron entrelazados.

Marcus sabía la imagen que debían dar si alguien los sorprendía por la mañana, pero no le importaba. En aquel momento tenía entre los brazos a la chica que quería y había sido ella quien le había pedido que la cobijara con su cuerpo.

Cálmate Marcus, le susurró una vocecita en su cabeza. Tenía la entrepierna encajada contra el trasero de Phoebe; no era buen momento para una erección.

Luego ella comenzó a trazarle círculos con los dedos sobre el dorso de la mano y aquel gesto tan simple y a la vez tan íntimo consiguió serenarlo. Juntos se sumieron en el sueño más relajante que habían tenido en meses.

* * *

Phoebe no se despertó a causa de la luz que entraba a través de la ventana ni por los rayos de sol que incidían directamente sobre su cara, sino por la ausencia de Marcus a su lado en la cama.

Después de haber pasado la noche durmiendo entre sus brazos extrañaba el calor de su cuerpo y había sido la falta de este lo que la había despertado. Al darse la vuelta descubrió que su lado de la cama estaba frío, de modo que debía de hacer ya largo rato que la había dejado sola, así que decidió ir a buscarlo; tal vez le hubiera vuelto a subir la fiebre a Violet y estuviera con ella intentando serenarla. Pero tampoco lo encontró en la habitación de la pequeña; tampoco Violet estaba en su cuna y ella comenzó a asustarse. La alarma le duró poco, pues al llegar al salón encontró a padre e hija plácidamente dormidos sobre el sofá.

Marcus estaba tumbado bocarriba y tenía un brazo bajo la cabeza mientras que con el otro rodeaba el pequeño cuerpo que dormía sobre su pecho. Sin hacer ruido, Phoebe se acercó con sus pies descalzos hacia ellos y se sentó en la mesa de centro que había frente al sofá. No pudo evitar sonreír enternecida cuando contempló la misma expresión en el rostro de los dos mientras dormían; Violet era una niña preciosa con el cabello muy rubio y rizado. Una muñequita idéntica a su padre.

Con cuidado de no despertarlos, inclinó su cuerpo hacia adelante hasta que sus labios rozaron la frente de la pequeña para comprobar que no hubiera empeorado durante la noche. Por suerte, la fiebre había desaparecido y Phoebe pudo respirar tranquila.

La imagen que tenía ante ella era preciosa y reflejaba amor desde todos los ángulos por los que se la mirase y no pudo

resistirse a la tentación de dibujarlos. Se levantó con cuidado y cogió de su bolso un pequeño cuaderno de dibujo que siempre llevaba con ella; con dedos ágiles y trazos ligeros comenzó a dibujar un boceto de lo que pretendía ser su mejor obra.

Para cuando Marcus abrió los ojos, ella ya había guardado el cuaderno y volvía a estar sentada sobre la mesa contemplándolos dormir. Parpadeando un par de veces, él trató de orientarse mirando alternativamente a su hija y a Phoebe y cuando esta le alzó las cejas y lo miró divertida, Marcus no pudo más que sonreír.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Yo podría hacerte la misma pregunta —le contestó ella—. Me he despertado y no estabas.

Marcus trató de incorporarse, pero el peso de Violet dormida sobre su pecho se lo impedía, así que acabó por pasarse una mano por la cara para despertarse del todo y luego por la cabeza, despeinándose aún más.

Phoebe soltó una risita al verlo. La escena era tan cotidiana que rozaba lo surrealista, ya que a fin de cuentas no eran una familia ni ellos una pareja.

—No quería despertarte —le dijo él—. Me levanté para comprobar que Violet estaba bien y ya ves donde hemos acabado.

—Me has dejado por otra chica —lo acusó Phoebe, sin perder la sonrisa—. Tendrás que pensar el modo de compensarme.

Marcus no tuvo ocasión de pensar una respuesta ingeniosa ya que Violet despertó de su sueño, poniendo así punto y final a la conversación entre adultos. Agradeciéndole a Phoebe que tomara a su hija en brazos, él se estiró todo lo largo que era sobre el sofá mientras las veía darse arrumacos mutuamente. Phoebe besó varias veces el cuello de su hija y esta estalló en alegres carcajadas.

—Está mejor —murmuró Phoebe mientras le hacía cosquillas en la tripa—. Qué susto me has dado, señorita.

Algo extraño, no sabía muy bien qué, golpeó a Marcus directamente en el corazón y tuvo que llevarse una mano al pecho cuando Violet sostuvo el rostro de su canguro entre las manitas y depositó un cariñoso beso en la mejilla de la chica. Él quería vivir eso todas las mañanas, verlas a las dos juntas riendo y dedicándose gestos de cariño y también quería tener a Phoebe a su lado. Era egoísta y poco acertado por su parte, teniendo en cuenta su relación con Phoebe y el poco tiempo que hacía que se conocían, pero habían llegado a conectar y ella le hacía volver a tener esperanzas en el amor.

—¡Mamá!

La voz aguda de Violet los sorprendió a los dos por igual y no por el grito precisamente, sino por la palabra que había empleado. Phoebe lo miró, con sus grandes ojos azules muy abiertos y sin saber qué decir. Al cuerno con la mañana perfecta, pensó Marcus. La palabra que él más temía que su hija aprendiera había aparecido en el momento más inoportuno.

Levántandose del sofá, se acercó a ellas y tomó a Violet de los brazos de Phoebe.

—No, cariño —le susurró a su hija contra la cabeza—. Phoebe no es mamá.

—Marcus, no pasa nada —le dijo ella, colocándole una mano en el brazo.

—Lo siento. Es una edad difícil y ella...

—En serio —le insistió Phoebe, sonriéndole nuevamente—. Lo entiendo y no tienes de qué disculparte.

—Pero te debo una —le recordó él, haciendo referencia a lo que ella le había dicho hacía solo unos minutos, cuando le hizo ver que debía compensarla por haberla dejado sola en la cama.

—Así es, doctor. ¿Cómo piensas compensarnos?

—¿A las dos?

Phoebe asintió y volvió a tomar a Violet en sus brazos.

—Puedes empezar por prepararnos el desayuno. Violet y yo vamos a ponernos guapas.

* * *

Después de un desayuno en el que Marcus se había esmerado especialmente mientras oía a las chicas reír desde la habitación y que Violet volviera a llamar *mamá* un par de veces más a Phoebe, él se había ofrecido a llevarla de vuelta a casa, ya que Phoebe continuaba sin su coche.

—Puedo coger el autobús —le había dicho ella.

Pero Marcus ya la esperaba en la puerta con las llaves en la mano.

—Es lo menos que puedo hacer después de lo de anoche.

—¿Y qué pasó anoche?

La mirada que le lanzó Phoebe hizo que casi se le olvidara respirar y se le cayeran las llaves al suelo. Ella soltó una carcajada y tomó a Violet en brazos.

—Anda, vamos, papá.

En el coche, de camino a Palo Alto, Phoebe le envió un mensaje a Madison diciéndole que estaba bien y que pronto llegaría a casa y le contaría novedades. Estar junto a Marcus y su hija la relajaba, hacía que se sintiera ella misma y no ese alguien que todos esperaban que fuera. Él no la juzgaba y la veía tal y como era, sin artificios.

La noche anterior la había abrazado como nadie hasta entonces lo había hecho y no se había separado de su lado hasta que ella había abierto los ojos por la mañana. Con Marcus era libre y se sentía segura. Acomodándose en el asiento, giró la cabeza para mirarlo conducir. Había algo muy *sexy* en un hombre al volante y a Marcus había que sumarle un plus: era tremendamente guapo y la pasada noche ella había comprobado que la naturaleza había sido muy generosa con él al otorgarle ciertos atributos íntimos de gran tamaño. Se sonrojó al recordar cómo su cuerpo se amoldaba al de ella aunque no hubieran hecho otra cosa que dormir juntos. No

quería ni imaginar cómo encajarían si él hubiera estado encima, entre sus piernas abiertas y hubiera...

—¿En qué estás pensando?

Ups, pillada. Intentando serenarse, Phoebe buscó cualquier cosa que le sirviera como excusa al rubor de sus mejillas.

—Pensaba en lo agradable que fue dormir anoche contigo. Gracias por abrazarme, lo necesitaba.

Él se puso tenso y sujetó el volante con ambas manos; recordarla entre sus brazos no era muy conveniente cuando debía concentrarse en la conducción y no en sus cuerpos casi desvestidos de cintura para abajo abrazados en la cama.

—No me des las gracias —le dijo Marcus, después de aclararse la garganta—. Yo también he dormido muy bien.

—No ha sido raro que hicieramos la *cucharita* ¿verdad? Por cierto, es aquí.

Marcus frenó en seco, más a causa de la pregunta de Phoebe que por su brusca indicación, y no supo qué decir cuando ella soltó una risita al ver su reacción.

—Gracias por el viaje, doctor Graham.

La observó bajarse del coche como si fuera un adolescente embelesado por su primera chica y estaba a punto de arrancar cuando vio que un tipo la abordaba de repente, la sujetaba de los brazos y la acorralaba contra la pared de ladrillo del edificio.

Phoebe estaba en problemas.

Lo último que Phoebe esperaba aquella mañana era que Álex se presentara en su casa y la abordara de aquel modo tan brusco nada más poner un pie fuera del coche de Marcus. Aunque debía haber advertido que sería muy probable, dado el carácter hostil de su novio; además, hacía ya varios días que no le devolvía las llamadas, de modo que Álex había decidido ir en su busca.

En los últimos años su relación de pareja se había enfriado de manera considerable y Phoebe era consciente de que en gran medida había sido por su causa. Ya no sentía lo mismo por Álex, a pesar de que él le repetía una y otra vez que era la mujer de su vida y que nunca toleraría que nadie la apartara de su lado. Era un buen chico, o al menos lo había sido en el pasado. Álex ya no era el mismo, y cuando Phoebe regresaba a casa temía el momento de encontrarse con él, pues Álex no perdía ocasión de recriminarle su marcha a la universidad en lugar de permanecer a su lado como una buena novia.

La mayoría de sus amigos ya se habían casado, algo muy común en una pequeña ciudad como Half Moon Bay y, a pesar de que Álex se le había declarado ya en varias ocasiones, ella las había declinado todas de manera cuidadosa. Simplemente no se imaginaba compartiendo el resto de su vida con Álex. Y su falta de valor para tomar la decisión de romper con él de forma definitiva la había llevado a aquella situación.

La había sobresaltado cuando se abalanzó sobre ella en la misma puerta de su edificio. Al principio Phoebe pensó que se trataba de un violador, de un ladrón tal vez, pero reconoció los ojos verdosos inyectados en rabia que se encontraban a tan solo un palmo de distancia de su rostro. Precisamente había sido su mirada intensa lo que la había enamorado cuando tan solo tenía quince años.

Ahora todo era muy distinto.

—¿Qué cojones se supone que estás haciendo? —le gritó él.

Phoebe gimió cuando su espalda golpeó violentamente contra la pared del edificio y se mordió los labios con tanta fuerza que acabó sintiendo el sabor salado de la sangre. Álex la mantenía fuertemente sujeta por los brazos y ella era incapaz de moverse. Tuvo que tragar saliva varias veces para tranquilizarse y reunir las fuerzas suficientes para poder hablar.

—Álex, me estás haciendo daño. —Intentó zafarse de su agarre pero su novio apretó sus brazos un poco más—. Por favor —le suplicó—, suéltame para que podamos hablar.

—¡No me has contestado, maldita sea!

El puñetazo que Álex, fuera de sí, dio a la pared de ladrillo consiguió que el escaso valor que le quedaba a Phoebe se desvaneciera como el humo y un profundo sollozo escapó de su garganta cuando vio los nudillos ensangrentados de su novio.

—Álex, por favor...

—¡Cállate, cállate! —volvió a gritarle él—. ¿Qué estás haciendo, nena? ¡¿No ves que me estoy volviendo loco por ti?! No contestas mis llamadas y, ahora que vengo a buscarte te encuentro con otro tío, saliendo de su coche como si fueras una puta.

El odio con que Álex había pronunciado esa palabra acabó por matar cualquier resto de amor que aún pudiera sentir por él y, sin ser consciente de ello, más lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas.

—No es lo que tú piensas... —consiguió murmurar, con labios temblorosos—. Cálmate y deja que te explique, por favor.

—¡¿Que me calme?! ¡Por Dios, Phoebe! ¿En quién te estás convirtiendo? Ya ni siquiera puedo reconocer a mi novia cuando te miro.

Apenas tuvo tiempo de dar una bocanada de aire para recuperar el aliento cuando de repente vio que Marcus

aparecía de la nada y con un rápido movimiento consiguió apartarle a Álex de encima.

—Vamos, ¡suéltala! —lo oyó gritar.

Con los ojos anegados y la vista borrosa, Phoebe tuvo que limpiarse el torrente de lágrimas para poder ver a los dos hombres que se empujaban mutuamente frente a ella. Tenía que hacer algo; conocía a Álex y sabía que si comenzaban una pelea Marcus no saldría bien parado. Era un buen hombre y aquel era asunto suyo; no podía involucrarlo.

—¿Y tú quién cojones eres? —exigió saber Álex entre gritos—. No me lo digas... Ahora eres el que le calienta la cama mientras su novio la espera en casa ¿no es así?

—¿De qué coño estás hablando? —Marcus retrocedió varios pasos para evitar que el puño de Álex le golpeará directo en el pómulo y luego miró a Phoebe sin entender nada—. ¿Quieres que llame a la policía?

—Oh, sí. ¡Llamemos a la policía! —Empujando a Marcus en el pecho, Álex se dirigió hacia Phoebe con una sonrisa torcida en los labios—. Es así como se defiende tu fulano ¿eh?

—Álex, por favor —le suplicó ella—. Déjale ir, por favor. No es lo que te piensas. Marcus solo es mi jefe.

Mirándola a ella y a Marcus de manera alternativa, Álex sopesó la situación durante unos segundos. Había permanecido oculto mientras ella se despedía de aquel tipo en el coche y a juzgar por lo que sus ojos habían visto, aquellos dos compartían algo más que una simple relación laboral. Y él no podía quedar como un cornudo.

Pasándose una mano por el pelo, con lo que solo consiguió despeinarse aún más y asemejarse más a un demente que a un novio preocupado, Álex caminó en silencio alrededor de Marcus y Phoebe antes de decir:

—Tu jefe...

—Es la verdad, Álex. —Acercándose a su novio con paso indeciso, Phoebe consiguió colocarle una mano en el brazo—.

Marcus tan solo estaba acompañándome a casa. Por favor, subamos al apartamento para que podamos hablar.

Marcus permanecía alerta; no le gustaba verla tan cerca del tipo violento que según había entendido parecía ser su novio. Había dejado a Violet en el coche porque no podía permitir que el tal Álex le hiciera daño a Phoebe.

Sin previo aviso, y sin que ninguno de los dos lo esperase, Álex apartó a Phoebe de un empujón y propinó un fuerte derechazo en la mandíbula izquierda de Marcus.

—¡Y una mierda es tu jefe! —les gritó.

Marcus intentó mantener el equilibrio pero el golpe lo había pillado por sorpresa y acabó cayendo de espaldas al suelo. Al verlo sangrando y con el labio roto, Phoebe corrió a arrodillarse a su lado; aquel simple gesto no dejó lugar a dudas a Álex y decidió de inmediato que su novia le era infiel.

—No eres más que una zorra —le espetó.

Ella se lo quedó mirando sin dar crédito a lo que sus ojos veían y sus oídos escuchaban. Se había enamorado una vez de un chico dulce y amable y ahora tenía ante sí a un hombre violento por el que solo sentía lástima y también miedo.

—¡Largo de aquí, Álex! —le gritó ella a su vez, mientras ayudaba a Marcus a ponerse en pie—. ¡Hemos terminado!

A él parecieron divertirle sus palabras porque soltó una amarga carcajada que la hizo estremecer.

—No nena, no. Soy yo el que te deja a ti. —Acercándose a ella, alzó una mano para acariciarle la mejilla pero la fuerte mano de Marcus lo agarró por la muñeca impidiendo que llegara a tocarla—. Sabréis de mí —amenazó—. Recuerda mis palabras, nena. Esto no se ha acabado.

Ni Marcus ni Phoebe dijeron nada mientras le veían marcharse. Apenas habían sido unos minutos pero habían dejado muchas preguntas por responder y ella sabía que le debía una explicación. Si Marcus no hubiera aparecido tal vez las cosas se hubieran puesto mucho más feas y ella le

agradecía mucho más de lo que podía expresar con palabras que él hubiera recibido aquel golpe por ella.

Con una mano sobre el pecho de Marcus y la otra en la mejilla magullada, Phoebe acercó los dedos hasta el labio hinchado.

—¿Te duele? —le susurró.

Sintió la lengua de Marcus moverse bajo la mejilla donde ella tenía los dedos y a pesar del gesto de dolor que él hizo, negó con la cabeza.

—He dejado a Violet sola en el coche.

Apartando las manos de Phoebe de su rostro, Marcus comenzó a caminar hacia el coche, sin saber que a ella le dolió más que le diera la espalda que la escena que Álex acababa de organizar.

—Marcus, espera por favor.

No era momento para pensar en la repercusión de sus acciones, no después de lo ocurrido; Phoebe tan solo podía sentir y dejarse llevar, por eso no podía permitir que Marcus se marchara sin darle ninguna explicación.

Deslizándole las manos por la espalda mientras él sacaba a Violet del coche, le suplicó en silencio que se quedara con ella. Y Marcus así lo hizo; sujetando a su hija con un brazo, se dio media vuelta y tomó una de las heladas manos de Phoebe entre las suyas.

—Era tu novio ¿verdad?

Ella no pudo más que asentir; bajó la vista, avergonzada y, al morderse los labios sintió un ligero escozor. Había olvidado que se los había cuarteado cuando Álex la empujó contra la pared.

—¿Es la primera vez que se comporta así?

—Es la primera vez que llega tan lejos —fue la respuesta de Phoebe—. Álex y yo... Es complicado.

—Ya veo. —Jugueteeando con los dedos de Phoebe, la soltó poco a poco y le dio un toquecito en la mejilla para buscar su mirada—. No me ha gustado lo que he visto. Si quieres contarme qué es lo que ha pasado, yo...

—Se ha acabado —lo interrumpió ella—. Es duro decirlo, pero esta era la excusa que necesitaba para romper con él.

Phoebe alzó la mano para acariciar nuevamente la mejilla de Marcus. Él, por su parte, ladeó la cabeza para facilitarle el contacto.

—Deberías subir a casa y dejar que te cure el labio.

Él declinó la invitación negando con la cabeza.

—Sobreviviré, tranquila. ¿Me llamarás si necesitas hablar con alguien?

Ella asintió y le aseguró que así lo haría.

—Gracias por lo que has hecho, Marcus. Eres un amigo.

Marcus le restó importancia pero no pudo evitar que el beso en la mejilla que ella le dio como despedida le supiera a algo más, a algo que tal vez estuviera a punto de surgir entre ellos. Solo el tiempo podría decidir qué ocurriría a partir de ese momento.

Después de despedirse de ellos, Phoebe trató de serenarse antes de subir a su apartamento. Sería un milagro que Madison no hubiera escuchado los gritos de Álex desde la calle, pero sabía que a su amiga no le pasarían desapercibidos sus ojos llorosos y sus manos temblorosas. Y de hecho así fue; Madison tan solo tuvo que levantar la vista del portátil en el que trabajaba cuando Phoebe entró por la puerta para saber que algo malo había sucedido.

—Tú has estado llorando —le dijo.

Después de que dejara las llaves sobre la mesita situada frente al sofá, Madison le dio uno de esos abrazos de oso tan suyos, tan reconfortantes, y Phoebe no pudo evitar que toda la tensión acumulada se le derramara por los ojos.

—Shh, tranquila —le susurró Maddy, que le acariciaba el pelo y la mecía para tratar de calmarla—. Cuéntame qué ha pasado.

Entre hipidos y sollozos, Phoebe le narró la escena que había ocurrido hacía tan solo unos minutos a las puertas de su casa. Madison abrió mucho los ojos, sin acabar de dar crédito a lo que escuchaban sus oídos; tan solo había visto a Álex un par de veces, pero nunca había tenido reparo en decir lo poco que le gustaba el novio de su amiga.

—Malnacido, gilipollas, acosador de mierda... —Las palabras salían de la boca de Madison sin que tuviera control sobre ellas—. ¡Ese hijo de puta se las va a tener que ver conmigo! Marcus es un caballero pero yo pienso darle una patada en las pelotas que lo deje inservible de por vida.

Sorbiendo por la nariz una vez pasado el llanto, Phoebe sonrió tímidamente; a pesar de lo tensa de la situación su amiga siempre tenía la habilidad de sacarle una sonrisa.

—Ya no importa —le aseguró Phoebe—. He roto con él y no pienso volver a verlo.

—¿Estás segura de que tus padres no intentarán que os reconciliéis?

Madison tenía razón; sus padres —sobre todo su padre— siempre habían celebrado que ella y Álex fueran pareja y a él lo consideraban casi como un hijo. Tendría que hablar con ellos seriamente y explicarles la situación.

—Ya me encargaré de ellos. —Suspiró, dejándose caer en el sofá—. ¿Cómo un día que empezó tan bien puede haberse convertido en una pesadilla?

Sentándose a su lado, Madison recogió las piernas de su amiga y se las colocó en el regazo, dándoles unas suaves palmaditas para demostrarle su apoyo.

—Así que hay algo más que contar ¿eh?

Madison alzó las cejas varias veces de manera pícaro y Phoebe no pudo evitar reír ante aquel gesto tan cómico.

Después de lanzarle un cojín, le explicó que había compartido cama con Marcus y que había sentido una conexión especial entre ellos.

—Ese tío te pone, reconócelo.

—¡No! Me parece que es una buena persona y un gran padre.

—¡Venga ya, Phoebe! ¿Me estás diciendo que te has metido en la cama con un tío que está buenísimo y que no has sentido nada?

—Yo no he dicho eso...

—¡Ajá! —Madison se puso de pie sobre el sofá, justo encima de Phoebe—. ¡A por él, nena! ¡A por él!

—Estás loca. —Phoebe no pudo más que reír a carcajadas. Acomodándose en el sofá, se fijó en el teléfono móvil que Madison había dejado junto a su portátil—. ¿Y este móvil?

Volviendo a tomar asiento, Madison le restó importancia con un gesto de la mano.

—Ah, eso. Es de Liam. Se lo dejó anoche en el bolsillo de la chaqueta que me dejó.

Alzando su famosa ceja inquisidora, Phoebe se la quedó mirando. Madison resopló, sin poner mucho interés en explicarle a su amiga lo ocurrido la noche anterior.

—Me encontré con Liam anoche y digamos que me echó una mano con un asunto delicado. Luego me entró frío, me dejó su chaqueta y ahí estaba su teléfono. Fin de la historia.

Como si lo hubieran invocado, el teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa y Madison, con un gesto de fastidio, rechazó la llamada no sin que antes Phoebe alcanzara a ver la pantalla.

—Seis llamadas perdidas, ¿en serio?

—Ignóralo, yo lo hago. Ese tío es una pesadilla, lleva toda la mañana llamando.

—¿Y por qué no contestas? —preguntó Phoebe, divertida
—. Es obvio que le interesas. ¿Quién sabe? A lo mejor es el chico de tu vida.

—¿Vas a acostarte tú con Marcus?

—¡No!

—Pues yo no pienso salir con Liam. ¿Te apetecen burritos para comer?

* * *

Al mediodía, el barrio chino de San Francisco estaba a rebosar de turistas que se agolpaban en los mercadillos y alrededor de los diversos puestos que ocupaban toda la calle; por aquella razón, Liam había decidido reservar una mesa en su restaurante chino favorito antes de tener que comer cualquier producto de dudosa categoría animal en los puestos para extranjeros. Llevaba veinte minutos sentado en su mesa esperando a que Marcus apareciera, durante los cuales había comprobado su móvil de emergencia al menos una docena de veces. No es que esperara que Madison le devolviera las llamadas pero al menos sí un mensaje que lo mandara a la mierda por pasarse la mañana acosándola con sus llamadas. No le pedía tanto, tan solo una cita, pero ella se negaba. ¿Cómo demonios iba a demostrarle que estaba cambiando si ella se negaba a quedar con él?

Antes de que sus pensamientos acabaran por volverlo loco, Marcus entró en el local con Violet sentada en su carrito. Su amigo no dijo ni una sola palabra, ni siquiera para disculparse por su retraso, pero mientras sentaba a su hija en la sillita para bebés, Liam pudo ver la mandíbula amoratada y el corte en su labio inferior.

—¿Qué demonios te ha pasado en la cara?

Marcus tomó asiento frente a Liam; tenía aspecto cansado y, cuando el camarero se acercó hasta ellos, no dudó en pedir una cerveza. Marcus rara vez bebía alcohol.

—¿Me lo vas a contar o qué?

Sin ganas de entrar en detalles y fastidiado porque Phoebe no lo hubiera llamado al menos para decirle que se encontraba bien, Marcus le contó por encima su encontronazo con el violento ex novio de Phoebe y cómo este la había tratado.

—Joder —resopló Liam después de escuchar a su amigo y alzó su vaso vacío para indicarle al camarero que necesitaba otro trago—. Dime que ese gilipollas ha acabado peor que tú.

Marcus dio un largo trago a su cerveza y dejó que su espalda resbalara por el respaldo del sillón de plástico que imitaba al cuero rojo en el que estaba sentado.

—No me esperaba su reacción, eso es todo —contestó.

—¡Venga ya, tío! —se quejó Liam—. ¿Le dejaste ir sin más?

—¿Y qué querías que hiciera? Es asunto de Phoebe, no mío.

—Al menos ella fue a auxiliarte ¿no? —insistió Liam—. El pobre Marcus desvalido y golpeado, tirado en el suelo y en brazos de la damisela en peligro.

—Cállate. —Colocándose la fría jarra sobre su magullada mejilla, Marcus resopló de alivio—. Ni siquiera sabía que tenía novio —se quejó—. Anoche casi la beso y no sabía que tenía novio.

Al escuchar a Marcus, Liam terminó por atragantarse con la cerveza y consiguió así arrancar las alegres carcajadas de Violet, que miraba a su tío divertida.

—Espera, ¿qué? ¿Casi besas a Phoebe anoche?

—Pasamos la noche juntos en mi cama —dijo Marcus por toda respuesta.

—¡¿QUÉ?!

Los clientes del resto de las mesas colocadas en el pequeño local se giraron hacia ellos cuando Liam gritó su pregunta, y Marcus se preguntó en silencio si algún día a Liam le

funcionaría el filtro entre cerebro y boca y que otorga discreción.

—¿Te has acostado con ella?!

—Dilo un poco más alto —respondió Marcus, malhumorado—. Creo que el cocinero no te ha oído.

—¿Sí o no?

Al borde de perder la paciencia, Marcus se obligó a calmarse.

—La respuesta es no. Solo hemos dormido juntos.

—Ya... y abrazaditos ¿a que sí? Tío, tienes unos huevos de piedra. Yo en tu lugar me hubiera pasado la noche entera empalmado como un adolescente.

Preocupado por el interés que su hija parecía tener en la conversación, Marcus la entretuvo dándole un panecillo para evitar que el soez vocabulario de Liam acabara por traumatizarla.

—¿Y qué querías que hiciera? No podía dejarla dormir en el sofá.

—Qué fuerza de voluntad. —Metiéndose la mano en el bolsillo de los vaqueros, Liam extrajo un par de paquetitos plateados que deslizó discretamente sobre la mesa—. Quédatelos, algo me dice que te harán falta.

Al darse cuenta de que Liam acababa de pasarle un par de condones, Marcus estuvo a punto de estrangularlo.

—¿Te has vuelto loco? No pienso cogerlos.

—¿No acabas de decir que ha roto con el gilipollas de su novio? Ya habéis dormido juntos una vez, campeón. Tienes hecho lo más fácil; quédatelos.

Marcus acabó por guardarse los preservativos antes de que el camarero decidiera echarlos del restaurante por escándalo público.

—Si te la tiras... ¡Ay! —se quejó Liam, cuando el pie de Marcus casi aplasta el suyo—. Quiero decir, si al final le haces el amor, quiero algo a cambio.

—¿El qué? ¿Montar una orgía?

Liam hizo caso omiso del sarcástico comentario de Marcus y prosiguió.

—Quiero una cita con Madison.

—¿La amiga de Phoebe? ¿Por qué no se la pides tú?

—Porque lleva dándome esquinazo desde que nos conocimos. —Chocando su copa con la de Marcus, acabó por decir—. Amigo, esas mujeres van a cambiarnos la vida.

Marcus no quería que su vida cambiara. Lo único que quería era escuchar la voz de Phoebe susurrándole que todo iría bien. Que juntos estarían bien.

Tal y como Phoebe había esperado, la noticia de su ruptura con Álex no fue bien recibida por su familia, en especial por su padre. Obviando los detalles que la habían llevado a acabar con su relación —no quería que tuvieran que preocuparse por la actitud violenta de Álex— Phoebe les explicó que la decisión estaba tomada y que no había vuelta atrás. Ella ya no estaba enamorada y usó la excusa de la distancia y la falta de tiempo para verse como los culpables de su ruptura.

Por fortuna, su madre no insistió en conocer más detalles pero sí que le hizo prometer que iría a casa durante aquel fin de semana para asistir al famoso *Festival Anual del Arte y de la Calabaza* que se celebraba desde hacía ya varios años en Half Moon Bay durante la temporada de la cosecha. Siendo una niña, a Phoebe le encantaba asistir al festival subida sobre los hombros de su padre, y puede que en aquella etapa de su vida le hiciese bien recordar tiempos pasados en los que se sentía feliz y a salvo entre sus seres queridos. Además, también tendría tiempo para pensar en Marcus.

Desde que él se interpusiera entre ella y Álex, evitando así que el golpe que Marcus había recibido fuera para ella, se había establecido una nueva conexión entre los dos. A la innegable tensión sexual que ambos experimentaron desde el primer encuentro había que sumarle algo más; ahora cada movimiento, cada gesto, cada roce fortuito estaba en consonancia con el otro.

Sin necesidad de hablarlo ni de explicar los nuevos sentimientos que nacían entre ambos, Marcus y ella comenzaron a comportarse como una pareja. Cuando él volvía a casa después de cubrir su turno en la clínica, ella preparaba la cena para los dos mientras Marcus acostaba a Violet, que siempre caía rendida en su cunita después de las largas y divertidas tardes de juego que pasaba con la canguro. Mientras devoraban la cena, hablaban de esto, de aquello, de lo de más allá... hasta que Phoebe recordaba que era momento de

regresar a casa. Por suerte para ella, se había acordado de recoger su coche del taller, pues de otro modo habría perdido el último autobús, y sabía lo que ocurriría si se quedaba a pasar otra noche con él. Ninguno de los dos podría mantener las manos quietas. Así que cuando se acostaba sola en su cama, lo último que hacía antes de dormir era llamar a Marcus y escuchar su voz dándole las buenas noches.

No sabía cuánto tiempo más podrían mantener aquel tira y afloja en el que ninguno de los dos se decidía a dar el primer paso. Phoebe era consciente de los nueve años de diferencia que los separaban y también sabía que empezar una relación con él sería muy diferente a lo que ella había conocido con Álex. Marcus era un hombre hecho y derecho, con los pies en el suelo y las ideas muy claras, y que además era el total responsable de una hija. Al contrario de lo que pudiera parecer, a Phoebe no le asustaba el pasado de Marcus ni las responsabilidades que traía consigo; ella estaba preparada para asumirlas con él y, si era justa, también debía admitir que el inocente deseo que había sentido por él cuando le creía un desconocido había ido en aumento día tras día hasta casi acabar por consumirla.

Quería acostarse con él y eso era algo totalmente nuevo para alguien como ella, que nunca había vivido el sexo como algo mágico y placentero; pero estaba segura de que con Marcus sería diferente y que conseguiría experimentar esa sensación tan maravillosa que el mundo conoce como orgasmo.

—Con él todo sería diferente —se decía a sí misma cada vez que pensaba en Marcus.

Así que con la llegada del último fin de semana de Octubre, tal y como le había prometido a su madre, Phoebe se marchó a Half Moon Bay sintiendo que a la vuelta todo sería diferente.

* * *

Cada vez que iba a la casa que sus padres poseían en el prestigioso y exclusivo barrio de *Russian Hill* Marcus sentía

que se asfixiaba y, a cada bocanada de aire que tomaba, tenía la sensación de que no era suficiente para llenar sus pulmones. Pero para ser justos —y normalmente Marcus lo era— hacía ya un par de semanas que Violet no veía a sus abuelos, de modo que ese había sido el único motivo por el que accedió ir a comer aquel sábado en la residencia Graham. Su madre, por supuesto, le había reprochado la falta de consideración que tenía para con ella por no permitirle disfrutar de su única nieta tanto como ella quisiera, pero al sostener a Violet entre sus brazos el enfado de Bianca Graham se hizo a un lado para dejar paso a la alegría de poder pasar unas horas en compañía de la pequeña.

Mientras nieta y abuela disfrutaban jugando en el jardín trasero de la casa, Marcus puso al día a su padre sobre las nuevas pacientes que acudían a diario a la clínica, así como del buen funcionamiento de esta. Su padre tenía buen aspecto aquel día, pensó Marcus, y estaba seguro de que al verlo nadie podría averiguar que había estado a punto de sufrir un ataque al corazón unas semanas atrás. A pesar de haber sobrepasado la barrera de los sesenta, Paul Graham seguía siendo un hombre atractivo de intensos ojos azules y una bonita mata de pelo rubia y barba a la moda, rasgos que había heredado su único hijo. A pesar del susto, el doctor Graham aún tenía energía suficiente como para continuar al frente de su clínica.

—Parece que lo tienes todo bajo control —le señaló su padre después de echar un vistazo a los informes clínicos de las últimas semanas—. Sé que estás haciendo esto por mí, hijo, y te lo agradezco. Pero sé que no quieres dedicarte a ello durante el resto de tu vida.

Sentado a su lado en la salita de estar, Marcus agradeció las palabras de su padre dando una palmada en su pierna.

—No te preocupes por eso —le aseguró—. Tómame tu tiempo para recuperarte. No tienes por qué incorporarte tan pronto, papá.

—Si no lo hago tu madre acabará por volverme loco —y bajó la voz al ver que su esposa entraba en la sala con Violet

en brazos—. ¿Tú me ves como un lisiado?

—¿Murmurando a mis espaldas?

Bianca colocó una mano sobre el hombro de su hijo antes de besarlo en la mejilla.

—Marcus, no escuches a tu padre. Lo único que le importa es esa clínica y no su corazón.

Al ver que su padre ponía los ojos en blanco, Marcus no pudo más que sonreír mientras tomaba a Violet en brazos. La pequeña era el juguete de sus abuelos y siempre iba de unos brazos a otros; no había hecho más que acomodar a Violet en su regazo cuando su padre se la arrebató para disfrutar de su nieta.

—No soy un moribundo, Bianca —se quejó su marido, mientras dejaba que su nieta le sujetara el rostro entre sus manitas regordetas—. Quiero trabajar y Marcus no puede hacerse cargo de la clínica. Recuerda que él ya tiene un trabajo.

—¡En un hospital público!

Bianca nunca perdía ocasión para mostrar su descontento en cuanto al trabajo de su hijo. Para ella, un médico tan brillante como su hijo merecía un puesto mucho mejor que el que tenía en aquel momento. Pero él siempre lo había tenido muy claro y desoía las quejas de su madre, aunque en esa ocasión no había sido premeditado, pues Marcus sonreía como un colegial a su teléfono móvil. Acababa de recibir una fotografía de Phoebe en la que aparecía ella mostrándole una diminuta gorra con forma de calabaza, perfecta para Violet. El corazón de Marcus se aceleró al ver a la mujer que desde hacía unas semanas ocupaba sus pensamientos.

—Marcus, ¿estás escuchando lo que te digo?

Guardándose el móvil en el pantalón a toda prisa, al igual que hacía cuando era un adolescente y Bianca lo pillaba ojeando alguna revista que no debía, Marcus se disculpó ante su madre.

—Te decía que sigo sin comprender ese empeño tuyo por contratar una canguro cuando puedes dejarnos a Violet a nosotros mientras tú estás en la clínica. No me gusta que mi nieta pase tanto tiempo con una desconocida.

—Phoebe no es una desconocida, mamá. Y deberías ver el cariño que Violet le tiene. —Sin pretenderlo, una sonrisa apareció en sus labios al recordarlas juntas el día anterior, mientras Phoebe sujetaba la manita de Violet para guiar el lápiz con el que trataban de pintarle un retrato—. Sí, nos va muy bien a los tres juntos.

—¿A los tres?

A Paul no le había pasado desapercibida la sonrisa bobalicona que apareció en el rostro de su hijo cuando este hablaba de su nueva canguro. Lo conocía bien y sabía que era probable que hubiera algo más. A su madre, en cambio, no pareció divertirse mucho la mirada cómplice entre padre e hijo.

—¿Qué es eso de los tres? —Levantándose de su asiento, Bianca se colocó frente a su hijo lanzándole una mirada muy seria—. Marcus, no puedes estar hablando en serio. ¿Y qué pasa con Violet?

—Yo no he dicho nada, mamá. Pero es obvio que los tres hemos encajado muy bien, y... además ¿qué habría de malo en ello? ¿Y con Violet? ¿Qué insinúas, madre?

Cruzando los brazos sobre el pecho, Bianca intentó elegir las palabras de modo que su hijo no se sintiera ofendido. Por nada del mundo querría causarle más dolor.

—Ella ya tiene una madre —dijo al fin.

—Bianca...

Su marido intentó advertirle para que no siguiera por aquel camino, pero su esposa, además de tener un gran corazón, era tremendamente testaruda y aún no había superado la marcha de Amelia.

—No me puedo creer que hayas dicho eso, mamá. —Poniéndose en pie para tomar a su hija en brazos, Marcus

recogió sus cosas y enfiló el camino hacia la puerta—. ¿Cuándo entenderás que Amelia no va a volver, mamá?

—Espera, Marcus. —Caminando deprisa tras su hijo, Bianca trató de impedir que se marchara—. No sabemos nada de ella, puede que esté arrepentida y no sepa cómo acercarse a vosotros.

Besando a su madre en la mejilla, se despidió de su padre con un gesto de su mano. Paul Graham le lanzó a su hijo una mirada de resignación.

—Te quiero, mamá.

Bianca contempló la marcha de su hijo tras una cortina de lágrimas que se arremolinaban tras sus ojos azules. Se aferró a la mano que su esposo le colocó sobre el hombro y no tuvo más opción que la de asentir cuando Paul le dijo:

—El chico tiene razón, cariño. Y ya es hora de que sea feliz.

* * *

Cuando Phoebe recibió la inesperada llamada de Marcus preguntándole si podía acompañarla aquel día en Half Moon Bay se sintió tan sorprendida como ilusionada por volver a verlo después tan pocas horas separados. Aunque había planeado pasar un fin de semana tranquilo junto a su familia para poder pensar y aclarar sus ideas, no podía negar que la idea de pasar tiempo con él la hacía muy feliz. Ya de nada le servía esconder que se sentía atraída por Marcus y que esperaba que él quisiera lo mismo que ella; no le importaban los comentarios de los demás ni el hecho de que él tuviera una hija de una relación anterior. Adoraba a Violet y cuando los tres pasaban tiempo juntos ella sentía que pertenecía a un lugar. Sentía que tenía una familia.

Así pues, una hora después de que ella y Marcus hablaran por teléfono, Phoebe los esperaba al inicio de Main Street, la calle principal de Half Moon Bay, rodeada por todo el bullicio que traía el festival y un sinfín de turistas ansiosos por conocer la cultura local. Le hubiera gustado arreglarse un poco más

para dejarlo impresionado, pero luego pensó que no sería ella misma, de modo que cuando Marcus la vio con aquellos vaqueros oscuros y ajustados y una blusa de un fresco tejido de color blanco y amarillo sin mangas, se quedó literalmente sin habla y la sonrisa de los dos al reconocerse entre la multitud fue tan amplia que estuvieron a punto de contagiarla a toda la ciudad.

Violet extendió los bracitos hacia Phoebe nada más verla y la pequeña se vio recompensada con un cariñoso abrazo y las pedorretas que Phoebe le hacía en el cuello.

—No esperaba encontrarme con usted este fin de semana, doctor Graham. Ha sido toda una sorpresa.

Marcus se obligó a sí mismo a recuperar el habla después de que Phoebe le dedicara su sonrisa más radiante y seductora. Estaba preciosa aquel día y se la veía fresca, alegre.

Feliz.

Pasar el día con ella y su hija era lo que realmente quería; Violet y Phoebe eran sus chicas y él pensaba hacerlas sonreír durante el tiempo que estuvieran juntos.

—Ha sido todo un poco improvisado —mintió, mientras tomaba las gafas de sol que colgaban del cuello de su camiseta y se las colocaba sobre los ojos—. ¿Te pillamos en mal momento?

—Para nada, pero creí que tenías una comida con tus padres.

—Cambio de planes. —Le sonrió, al tiempo que se acercaba a ella y le apartaba un mechón de pelo de la cara—. Estás preciosa hoy.

Phoebe lo recompensó con una enorme sonrisa acompañada de un guiño.

—Tú tampoco estás nada mal, doctor. ¿Estáis preparados para adentraros en el mundo de la calabaza?

—Después de ti.

Los tres juntos se perdieron entre la multitud de curiosos que llenaban las calles del centro de Half Moon Bay y Marcus realmente se sintió inmerso en un mundo de color naranja en el que la calabaza era la auténtica protagonista. Pudieron conocer a *Gourdy*, la mascota del festival que hacía las delicias de los más pequeños, y también disfrutaron de la gran variedad de pasteles elaborados con la tan famosa hortaliza. La pequeña Violet estaba impresionada al verse rodeada por tantos desconocidos, tan diversos olores, descubriendo nuevos sabores y disfrutando de las atracciones a las que su padre y Phoebe la llevaban. Phoebe incluso se animó a comprarle a la pequeña un gracioso disfraz de un naranja chillón para la tan cercana fiesta de Halloween.

Cuando decidieron acercarse a disfrutar del desfile de carrozas, Marcus se cargó a su hija sobre los hombros y Phoebe entrelazó sus dedos a la mano que le quedaba libre con la excusa de no perderlo entre toda la gente que hacía cola para disfrutar del espectáculo que ofrecían las calabazas bailarinas.

—¿Por qué tengo la sensación de que el entretenimiento somos nosotros y no el desfile? —le dijo Marcus al oído para hacerse escuchar sobre la música y los gritos.

Phoebe también había notado que muchos de los visitantes del festival no les quitaban la vista de encima, sobre todo desde que se habían cogido de la mano. Casi todos los curiosos eran vecinos a los que ella conocía desde que era una niña y a ojos de la mayoría, ella seguía siendo la chica Hadley que salía con el hijo de los Butler. Sin pretenderlo, acababa de convertirse en la comidilla del vecindario.

—¿Asustado? —preguntó ella con una sonrisa, mientras acariciaba los rizos rubios de la cabecita de Violet.

Él le devolvió la sonrisa.

—¿Bromeas? Pero algo me dice que tendrás que explicar algunas cosas a tus padres antes de que escuchen falsos rumores.

—¿Son solo rumores?

Marcus aguantó la mirada de Phoebe en silencio, mientras Violet aplaudía a la calabaza *Gourdy* que la saludaba desde la carroza. Aquella simple insinuación y su intensa mirada significaban mucho más de lo que podían decirse con palabras por el momento. Era la señal que él había estado esperando, una puerta abierta a una inminente relación entre los dos.

Cuando la última de las carrozas pasó ante ellos, Phoebe los arrastró hasta uno de los tres escenarios que llenaban las calles de la ciudad costera con distintos géneros musicales. Estaba pletórica y Marcus se dejaba llevar por su entusiasmo, que contagiaba incluso a su pequeña hija.

—Vamos a bailar, doctor —le dijo ella, tirando de su brazo.

—¡Pero es música country! —se quejó él—. Yo no sé bailar esto.

Pero a Phoebe no le importaba, es más, ni siquiera lo escuchaba, y acabó por arrastrarlo hasta el suelo de tarima que habían colocado frente al escenario. La voz de Emmylou Harris entonando las primeras letras de *Love Hurts* acabó por convencer a Marcus, que se dejó rodear por los brazos de Phoebe.

—Es la primera vez que bailo con un padre y su hija. —Le sonrió ella; luego colocó la mejilla sobre su hombro y rodeó a Violet con un brazo hasta apoyar la mano en la espalda de Marcus—. Me gusta.

—No es lo que se dice muy romántico.

Levantando la cabeza de su pecho, Phoebe se lo quedó mirando.

—Es muy romántico. —Y acariciándole la mejilla mientras se movían, añadió—. Es lo que eres, Marcus.

Él tragó saliva con dificultad. Ella lo aceptaba, con sus defectos y virtudes, con su pasado y su futuro, del que esperaba que ella formase parte. Mientras bailaban los tres al son de la balada country, Marcus pensó que era un tipo con suerte.

—Siguen mirándonos —le susurró él sobre la cabeza.

—Entonces ven a cenar a casa. Así te conocerán antes de que alguien les cuente ¿cómo era? Falsos rumores.

Los dos sonrieron al recordar las palabras de Marcus.

—¿Estás segura? —le preguntó él.

—Vamos a casa.

¿Cómo resistirse? Si aquel iba a ser el día en que comenzara su relación, quería hacer las cosas bien. Así que a una hora aún un poco temprana para la cena, Marcus se vio en el umbral de la casa de los Hadley, con su hija en brazos y Phoebe sujeta a su mano. Se sintió cómodo nada más poner un pie en el recibidor; la de los Hadley era la típica casa americana de dos pisos con un pequeño porche en la entrada y una distribución cómoda y familiar.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó Phoebe, mientras conducía a Marcus hacia la zona de la cocina—. Traigo visita.

Casi al instante, una mujer madura pero aún atractiva apareció ante ellos secándose las manos en la parte trasera de los vaqueros. Marcus no dudó ni un momento que aquella mujer era la madre de Phoebe. Abigail Hadley poseía los mismos rasgos delicados que su hija y compartían la misma melena castaña que las hacía parecer varios años más jóvenes de lo que en realidad eran.

—Él es Marcus, mamá —murmuró Phoebe mientras se acercaba a él un poco más—. Y su hija Violet. Marcus, ella es mi madre.

Marcus intentó soltarse de la mano que Phoebe mantenía sujeta, pero todo intento fue en vano ya que su gesto solo consiguió atraer la atención de la señora Hadley a sus manos unidas.

—Llámame Abby, por favor. Y esta pequeña. — Acercándose a ellos, no tardó en tomar en brazos a Violet—. Phoebe no me había dicho que fuera tan preciosa.

—Es un placer conocerla, Abby —murmuró Marcus, sintiendo que se ponía más nervioso que cuando presentó su doctorado ante un tribunal—. Siento no haber avisado de que nos apuntábamos a cenar. Ha sido todo un poco improvisado.

—No digas bobadas —Abigail le restó importancia con un gesto de la mano—. ¿Te apetece tomar algo? ¿Té frío, tal vez? Phoebe, ve a buscar a tu padre; está en el garaje. Marcus y yo te esperamos aquí.

Para cuando Phoebe regresó con su padre, Marcus ya había conseguido hacer reír a su madre con algún comentario ingenioso mientras Abigail disfrutaba con la pequeña Violet sentada en su regazo. Era un alivio para Phoebe ver que su madre aceptaba a Marcus tan poco tiempo después de su ruptura con Álex; con su padre, en cambio, no sería tan fácil. Fue testigo del tenso apretón de manos que los dos hombres se dieron y además, ella misma recibió la mirada acusadora de su padre cuando se fijó en Violet.

—Así que tú eres el jefe de Phoebe.

Marcus la miró a ella intentando buscar un poco de ayuda, pues no sabía muy bien qué responderle a un hombre para el que era obvio que su presencia estaba de más.

—A decir verdad... —comenzó a decir él, pero Phoebe lo interrumpió.

—Cuido de Violet por las tardes, papá. Ya lo sabes. Marcus y yo somos buenos amigos.

Nathan Hadley era un hombre alto y corpulento de cincuenta años que aún resultaba muy atractivo y cuyos ojos azules había heredado su hija, pero bastaba un simple vistazo para comprender que no era feliz. A Marcus le intimidaba el modo en que el padre de Phoebe lo miraba, acusándolo de algo que —aún— no había hecho con su hija.

—¿Y te parece oportuno traer a tu jefe a casa, Phoebe?

—Nate...

Pero a pesar del sutil toque de atención de su esposa, Nathan no iba a esconder su disconformidad para con el invitado.

—Papá, ya te he dicho que Marcus es...

—Un amigo, ya te he oído hija. —Mirando a Marcus, preguntó—. ¿Tan buen amigo como Álex?

—¡Papá! —se quejó su hija—. Lo siento, Marcus. A veces olvida lo que es tener modales.

—¿Que yo olvido lo que es tener modales?

Abigail y Marcus contemplaban de manera alternativa a padre e hija, como si se tratara de un disputado partido de tenis en el que en cualquier momento la pelota podía salir disparada en su dirección para acabar hiriendo a alguno de ellos.

—Hija, no soy yo el que ha traído a tu nuevo *amigo* a casa cuando tu novio vive tan solo unas casas más abajo.

El desprecio con el que su padre pronunció la palabra *amigo* para referirse a Marcus acabó por encender el enfado de Phoebe y sin importarle nada más, ni siquiera la pequeña Violet, estalló.

—¡Ya te he dicho que Álex y yo lo hemos dejado! No es buena persona, papá. ¿Es que no lo entiendes?

—Lo que no entiendo es por qué muestras tan poco respeto hacia el pobre muchacho. Dime, ¿qué crees que pensaría Ben de todo esto?

—¡Eso no es justo!

—Nate, ya está bien.

Su mujer decidió intervenir y reprender su comportamiento; entonces Marcus pudo ver que había lágrimas en los ojos de madre e hija.

—Discúlpanos Marcus, por favor. Mi marido normalmente no es así.

—¡Por el amor de Dios, Abby! —le gritó su esposo—. ¿Es que a ti tampoco te importa la memoria de Ben?

Perdido en mitad de la conversación pero intuyendo que se le escapaba algo importante, Marcus decidió preguntar:

—¿Quién es Ben?

Antes de que alguien pudiera contestar, Violet rompió a llorar como consecuencia de los gritos y sollozos de los adultos.

—Ben es el difunto hermano de Phoebe.

Y sin decir nada más, Nathan se marchó, dejándolo a los demás sumidos en un triste silencio solo roto por el llanto del bebé.

—Yo... Será mejor que me marche.

Tomando a su hija en brazos, Marcus se despidió de Abigail y caminó hacia la puerta sin decir nada más. Phoebe tardó unos segundos en reaccionar y luego lo siguió a toda prisa.

—Marcus, yo... No sé qué decir. Perdona a mi padre, perdóname a mí.

—Shh, no digas nada. —La silenció él y se atrevió a rozarle los labios con los suyos por primera vez en un beso que era más un consuelo que una declaración de amor—. Estaré en la ciudad cuando me necesites. No me des ninguna explicación ahora. Arregla primero la situación ahí dentro.

Asintiendo con la cabeza, Phoebe lo vio marcharse entre las lágrimas que se le escapaban de los ojos.

Más tarde aquella noche, acurrucada en la cama de su antigua habitación, Phoebe se dejó abrazar por su madre, que siempre le ofrecía el consuelo que necesitaba. Su padre había sido muy cruel con Marcus sin tan siquiera darle una oportunidad para conocerlo y ella estaba avergonzada. Además, nombrar a su hermano había sido un golpe muy bajo.

—Te gusta ese chico, ¿verdad? —le susurró Abigail al oído, mientras le acariciaba el pelo a su hija; Phoebe asintió—. Entonces no pierdas el tiempo, cariño. La vida es muy corta y mereces ser feliz.

A pesar de lo tarde que era, Phoebe abrazó a su madre y se despidió de ella para partir en busca de su felicidad. Se merecía una nueva oportunidad.

Madison se había propuesto pasar un fin de semana dedicado por completo a ella misma. Con Phoebe fuera de casa, tenía el apartamento para ella sola y, después de los acontecimientos de las últimas semanas, lo único que le apetecía era disfrutar de un poco de paz y tranquilidad mientras probaba nuevos tratamientos faciales, se hacía la pedicura y veía películas antiguas con la compañía de un buen bol de palomitas.

No quería saber nada del mundo y, en especial, de los hombres; después de dos días bombardeándola con incesantes llamadas, Liam se había cansado de intentar ponerse en contacto con ella y Madison daba gracias por esa tregua. No es que Liam no le gustase, todo lo contrario, era un tipo muy atractivo y la expresión de sus ojos, pícara y seductora al mismo tiempo, cada vez que la miraba provocaba temblores en sus rodillas. Pero era precisamente por esa razón, y porque sabía de su fama de mujeriego, por la que rechazaba salir con él cada vez que se lo proponía. Madison no era ninguna tonta y no tenía inconveniente en reconocer que era muy probable acabar colgada de él si le daba una oportunidad de acercársele, pero no quería acabar con el corazón roto. Ella era de esas chicas que se entregan a sus parejas al cien por cien y con Liam no estaba dispuesta a tener que compartirlo con ninguna otra mujer.

Hasta que sus padres le comunicaron la noticia de su divorcio, Madison siempre había pensado que la suya era una familia feliz, casi perfecta. Cuando era una niña, jamás había escuchado a sus padres discutir y, cuando pasaban tiempo juntos, se aseguraban de que a ella nunca le faltase el más mínimo capricho. Pero cuando su padre se marchó de casa, ella comprendió que toda su vida había sido una mentira, y que la familia perfecta en la que había crecido se desvanecía como un castillo de humo en el aire, puesto que jamás había existido. Las continuas infidelidades de su padre y el escaso interés que su madre había mostrado por los escauceos amorosos de su

marido eran los causantes de que, en el presente, ella no creyese en las relaciones y, cuando se decidía a conocer a un chico, tenía que ser o todo o nada. Era así de simple. No se conformaba con un rollo de una noche, algo que seguramente fuera lo que Liam quería de ella. Así que si el amigo del doctor Graham esperaba tener una oportunidad tenía que demostrarle que había cambiado.

El problema era que Madison no contestaba a sus llamadas y, por consiguiente, no tenían otro modo de comunicarse que no fuera a través de Phoebe y Marcus. ¿Por qué tenía que ser tan complicado eso de las relaciones? Ella misma era consciente de su atractivo, pues todos los hombres con los que se cruzaba giraban las cabezas para seguirla con la mirada; pero ninguno le había atraído tanto como Liam. Tenía la cabeza hecha un lío. Sabía que tenía que ceder para darle una oportunidad pero una vocecita en su cabeza le pedía prudencia.

Y para acabar de empeorar las cosas, como si no tuviera ya suficiente, había comenzado a sentir unas desagradables molestias íntimas desde la noche anterior. Al principio no le había prestado mayor atención de la debida, pero después de pasar toda la mañana recorriendo las empinadas calles de San Francisco mientras empleaba la tarjeta de crédito (regalo de su padre) en numerosas compras, el incómodo escozor se había convertido en una irritante quemazón que apenas podía soportar.

Como suele ocurrir en la mayoría de médicos, estos suelen ser los peores pacientes, y Madison, como estudiante de medicina, no era ninguna excepción. De modo que, alarmada como estaba por el imprevisto malestar, Madison pensó lo peor y, después de dejar las bolsas en el maletero de su Mini, condujo a una velocidad mayor de la permitida hasta el Hospital General.

A pesar de lo abarrotada que se encontraba la sala de espera de urgencias, no tardaron en acomodarla en un esterilizado box separado del resto de camas de enfermos por unas cortinas colocadas a ambos lados y otra más a los pies de la camilla para otorgar cierta intimidad al paciente. Ella, que

siempre había sido muy cuidadosa y que evitaba utilizar los baños públicos, no entendía cómo podía haber contraído lo que fuera que tuviese ahí abajo que le estaba provocando, a su juicio, un dolor terrible. Además, se sentía muy expuesta; después de que una enfermera afroamericana le indicara que podía desnudarse y vestirse con la poco favorecedora bata de hospital, Madison se había tumbado en la camilla y la mujer le había colocado las piernas separadas en los incómodos soportes de los sillones ginecológicos antes de marcharse, asegurándole que el doctor no tardaría en reconocerla.

—Que sea mujer —murmuraba Madison, con uno de los antebrazos tapándole los ojos; no quería ni pensar en la vergüenza que estaba pasando y menos en que el médico de urgencias fuera un hombre—. Por favor, que sea una mujer...

Llevaba retrasando la visita al ginecólogo desde que el período apareciese en su vida, hacía ya casi una década, pero la idea de que un desconocido la explorase de aquel modo tan íntimo nunca le había gustado. ¡Menuda doctora sería! Solo pedía que aquella primera vez en el ginecólogo la tratase una doctora.

—Si existes, Dios, por favor, que sea una mujer. Si es una doctora te juro que devuelvo todas las compras.

—¿Madison Carter?

La voz de barítono del doctor cuando describió la cortina del box acabó con todas sus esperanzas.

—¡Mierda! —murmuró, y sin apartar el brazo que le tapaba la visión, Madison alzó la otra mano y susurró—. Presente...

¿Cómo podía tener tanta mala suerte? A juzgar por la voz del doctor, se trataba de un hombre joven. ¿Qué más podía salirle mal?

—¿Madison?

Ante la insistencia del médico, no tuvo más opción que apartar el brazo de la cara y atreverse a mirarlo. Cuando sus

ojos se cruzaron con los de él, se quedó casi tan boquiabierta como lo estaba el hombre.

—¡Pero bueno! —se quejó al ver a Liam frente a ella, vestido con una bata blanca, estetoscopio al cuello y su historial médico en la mano—. ¿Me estás acosando o qué? ¿Qué demonios haces tú aquí?

Solo cuando Liam se repuso de la sorpresa inicial, fue consciente de que el destino volvía a ponerlos en el mismo camino y que en esa ocasión Madison solo llevaba un fino camisón de hospital. Sonrió sin poderlo evitar.

—¿Qué hago aquí? Este es mi trabajo, cariño. —Y dándole un golpecito con la carpeta del informe médico en la rodilla desnuda, añadió—. No finjas que no lo sabías. ¿Te ha dicho Marcus que este era mi turno?

—¡No me toques! —se quejó ella, tratando de taparse las piernas desnudas para que él no pudiese ver entre sus piernas—. Eres un presumido y un engreído si te piensas que he venido hasta aquí para verte. Intento evitarte, por si no te habías dado cuenta.

Divertido, Liam alzó las manos en señal de rendición.

—Lo que tú digas, Maddy. Pero por lo que he leído, necesitas un médico. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Al ver las cejas alzadas de Liam, ella se enfadó todavía más. El muy presuntuoso sabía lo que le ocurría, pero quería verla pasar el bochorno de tener que explicárselo. Inflando los carrillos para evitar gritarle a pleno pulmón, Madison negó con la cabeza.

—Quiero otro médico.

—Y yo quiero una cita contigo, pero no siempre tenemos lo que queremos ¿verdad que no? Has visto la sala de urgencias antes y sabes que estamos a rebosar. Yo soy el único disponible y, además, puedo ayudarte. ¿Qué te pasa?

Tragándose su orgullo, Madison dejó caer la espalda contra la camilla y soltó todo el aire que había guardado.

—Tengo molestias... ahí abajo.

Mientras le veía colocarse unos guantes de látex, Liam no dijo una sola palabra y ella se lo agradeció en silencio. Lo cierto era que su rostro había adquirido una expresión muy profesional mientras ojeaba su historial y tomaba asiento en un taburete.

—¿Desde cuándo las sientes?

—Desde anoche, pero esta mañana han ido a más. Me he asustado y por eso he decidido venir.

—De acuerdo. —Colocándole una mano sobre la rodilla, sus ojos azules la miraron directamente a los suyos, de color verde—. ¿Me dejas echar un vistazo?

Humedeciéndose los labios, Madison asintió, nerviosa.

Notando su nerviosismo, Liam le colocó sobre el regazo una sábana del mismo tono de azul que el pijama de hospital que ella llevaba. Antes de que pudiera introducir la mano entre sus piernas, ella se removió y a punto estuvo de darle una patada en la cabeza.

—¡Espera! —lo frenó ella—. Ten cuidado, por favor.

—Maddy, solo voy a echar un vistazo. Te prometo que no te dolerá.

Ella asintió nuevamente y volvió a colocarse el antebrazo sobre los ojos; no era capaz de mirar a Liam mientras tenía la cabeza entre sus piernas mirando sus partes más íntimas. A decir verdad, no creía que fuera capaz de volver a mirarlo a la cara; adiós a sus expectativas de tener una cita con él.

—No tiene buen aspecto —lo oyó murmurar—. ¿Usas lencería ajustada?

—¿Y a ti que te importa?! —exclamó ella, con el rostro ruborizado por completo.

—No soy yo el que está irritado. —Le sonrió—. Relájate, Maddy. Voy a tener que examinarte y no podré hacerlo si tienes el cuerpo en tensión.

Descubriéndose el rostro, Madison le lanzó una mirada asesina mientras él evaluaba el material médico.

—Como si fuera tan fácil —se quejó—. ¿Qué demonios haces?

Liam estaba extrayendo en ese momento un especulo desechable de su funda protectora y a punto estuvo de dejarlo caer al suelo al ver la alarma en los ojos de Madison.

—Aparta esa cosa de mí. ¡Ahora! —le gritó ella.

—¿Cómo pretendes que te examine si no es con esto?

—¿Estás ciego? —Instintivamente, Madison se llevó una mano a la entrepierna y trató de bajar las piernas al suelo—. No puedes meterme eso *ahí*.

—No seas mojigata. Apenas lo notarás —le aseguró—. Ni siquiera las adolescentes vírgenes se quejan tanto.

Ella apartó la mirada, muerta de vergüenza, y deseó que la tierra se la tragase. Liam acababa de pronunciar las palabras mágicas, aquello que nadie más que ella conocía y que tanto la avergonzaba. Y es que a los veinte años, Madison continuaba siendo virgen.

Liam esperaba una respuesta mordaz por parte de Maddy, pero esta nunca llegó; por el contrario, ella apartó la mirada y en sus ojos apareció un ligero brillo que anticipaba las lágrimas. No podía ser que ella fuera... ¿O sí?

—Maddy... —Dejando el especulo sobre la mesa, se acercó de nuevo a ella—. ¿Eres... eres virgen?

Sacando valor de no sabía dónde, Madison volvió la cabeza para mirarlo directamente.

—Si se lo cuentas a alguien te juro que me la pagarás.

Conmocionado por la sorpresa, él le aseguró que jamás desvelaría su secreto.

—No tienes por qué avergonzarte ¿sabes? —le aseguró—. Me parece muy tierno que estés esperando a alguien especial.

—¿No vas a burlarte de mí?

—¿Y jugarme las pelotas? —Se rio, consiguiendo contagiarle la sonrisa—. No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. Pero me gustaría examinarte.

Ella volvió a resoplar y tuvo que sorber por la nariz para no derramar ninguna de las lágrimas de vergüenza que habían acudido a sus ojos.

—¿Tienes que meterme *eso*?

Liam apretó los dientes para contener la sonrisa; a pesar de todo y de la ternura que Madison le despertaba, no podía evitar que su conversación le resultara cómica por el doble sentido de sus palabras.

—¿Me prometes que te relajarás? —Ella asintió—. Voy a usar un dedo ¿de acuerdo? Respira hondo. No va a dolerte, Maddy. Te lo prometo.

Liam metió la cabeza bajo la sábana que cubría el regazo de Madison, ninguno de los dos fue consciente del rubor que cubría las mejillas del otro; ella porque nunca antes nadie la había tocado de esa manera, ni siquiera sus propios dedos se habían adentrado en su cuerpo, y permitir que fueran los de Liam los primeros en conocerla significaba para ella algo más que una simple exploración médica. Para Liam supuso todo un cambio, y su corazón se aceleró cuando su dedo enfundado en látex se adentró entre las piernas de Madison, no por excitación, sino por nerviosismo. Que ella confiara en él después de lo que acababa de revelarle lo emocionada y no quería defraudarla.

—Ya está —murmuró, sonriéndole cuando acabó su examen, mientras se quitaba los guantes—. No ha sido tan terrible, ¿verdad?

—¿Es grave? —preguntó ella con la voz entrecortada.

Verla cubrirse las piernas y con las mejillas arboladas le ablandó el corazón a Liam.

—Nada que unos antibióticos no puedan solucionar. ¿Más tranquila?

Ella asintió, bajó las piernas y se cubrió tanto como pudo antes de ponerse en pie. Era consciente de que una nueva conexión se había establecido entre ella y Liam y en la mirada de él no encontró reproche ni censura, ni tampoco compasión. La ternura y dulzura con que los ojos de Liam la miraban consiguió provocarle mucho más que un simple temblor de rodillas. Le dio un vuelco el corazón.

—Siento haberte gritado antes —se disculpó ella.

—Bueno, tampoco es la primera vez que lo haces. —Liam le sonrió y ella bajó la cabeza, algo avergonzada—. Ahora entiendo que no quieras salir conmigo.

Entonces Madison levantó la mirada y en sus ojos verdes Liam atisbó el brillo decidido y arrojado de siempre en ella.

—No creerás que esto cambia las cosas entre nosotros ¿verdad? Porque si piensas eso, no puedes estar más equivocado.

—Yo no pretendía... —comenzó a explicarse él, pero Maddy lo interrumpió.

—Sigo sin fiarme de ti. ¿Quieres saber la verdad? Me gustas —se sinceró ella—. Pero no voy a acostarme contigo. Y ahora, ¿dejas que me vista para que pueda irme?

Conmocionado, Liam parpadeó varias veces para asimilar su discurso. Dejó su firma en el informe de Madison y en la receta de los medicamentos, dispuesto a marcharse sin saber qué decirle, pero la voz de ella lo detuvo antes de que pudiera poner un pie fuera del box.

—Me gusta la comida tailandesa y el helado de chocolate. A las siete en mi casa, ¿te viene bien?

Sonriendo como un colegial, Liam tan solo acertó a preguntarle cuál era su dirección.

Aquella noche, después de conseguir dormir a Violet y acostarla en su habitación, Marcus sintió el peso de la soledad sobre su espalda. Su cuerpo acusaba el cansancio acumulado de las últimas horas, no tanto físico como mental, provocado por el tumulto de sensaciones que se arremolinaban en su corazón y en su cabeza. Decidió que era un buen momento para hacer una excepción y tomarse una cerveza mientras se tumbaba en el sofá y dejaba que las imágenes atesoradas a lo largo del día se sucedieran una tras otra. En el equipo de música sonaba la candente melodía de *Secrets* bajo la voz sensual de Adam Levine hablando sobre deseos ocultos y secretos por descubrir e, irremediablemente, bajo sus párpados cerrados apareció la imagen de Phoebe, llenando cada espacio de su mente. Ya no podía sacársela de la cabeza y menos después del día que habían compartido juntos y del beso que él le había dado antes de marcharse.

Desde el mismo momento en que Phoebe entró en su vida, toda su establecida rutina y cómoda vida se habían venido abajo. La atracción inicial había dejado paso a la pasión y al deseo no solo de su cuerpo, sino de compartir con ella algo mucho más serio y duradero. Mientras paseaban de la mano por las calles de su ciudad natal, Marcus había tenido la sensación de que ella estaba preparada para dar el paso. Sabía que probablemente fuera una locura, pero los dos la compartían y estaban dispuestos a dejarse llevar. Disfrutó de cada momento a su lado, de cada roce de sus manos y de la sensación de tener su pequeño cuerpo curvilíneo pegado a su pecho mientras bailaban.

Desde que Amelia lo abandonara, Marcus había sentido la necesidad de una mujer, por supuesto, pero no con tanta intensidad. Hasta ese momento, había conseguido controlar la pulsión sexual que luchaba por ser saciada en compañía femenina; se había centrado en su deber como padre soltero, de modo que había resultado relativamente sencillo olvidarse de sus deseos como hombre. Pero con Phoebe era muy

distinto; la excitación y la pasión que sentía por ella lo estaban consumiendo por dentro y en las últimas semanas casi sufría erecciones espontáneas cada vez que ella le lanzaba una mirada. Era un hombre y ella una mujer, más allá de la diferencia de edad y los distintos tipos de vida que llevaban. Había percibido el deseo en ella y no tenía dudas de que si los acontecimientos de la noche los hubieran llevado por otra dirección, ahora los dos estarían retozando con los cuerpos desnudos y enredados en su propia cama.

Pero las cosas no salen siempre tal y como uno las ha planeado. Después de ser el blanco del desdén del padre de Phoebe y conocer la noticia de que había perdido a un hermano hacía no mucho tiempo, Marcus creyó que era un buen momento para marcharse del hogar de los Hadley y otorgar a la familia la privacidad que necesitaban para arreglar la delicada situación. Le había dolido tener que dejar a Phoebe en aquel estado, llorosa y con el cuerpo tembloroso a causa de la indignación que sentía por el comportamiento de su padre, así que él no había encontrado mejor modo de asegurarle que todo iría bien que con un suave beso en los labios. No era así como había imaginado precisamente que sería su primer beso, pero al menos había conseguido que dejara de llorar. Quiso llamarla para asegurarse de que se encontraba bien, pero luego pensó que probablemente no sería buena idea si su padre se enteraba. Esperaría a que fuera Phoebe la que se pusiese en contacto y tal vez pudieran quedar para verse al día siguiente y hablar sobre su relación, si es que esta llegaba a existir algún día.

La luz del apartamento fluctuó varias veces justo cuando estalló la tormenta, y el retumbar de las ventanas provocado por los truenos impidieron a Marcus escuchar la incesante llamada de unos nudillos contra la puerta. Sin embargo, la calma que siempre precede a una tempestad le permitió oír los golpes de lo que supuso sería algún vecino nervioso que acudía a él para pedirle prestada alguna vela o linterna antes de que se quedaran a oscuras.

Arrastrando los pies hacia el recibidor, y con la intención de despachar pronto a quienquiera que fuese el intruso, Marcus abrió la puerta de su apartamento. No pudo ocultar su asombro al encontrar a Phoebe frente a él, calada hasta los huesos y con la larga melena castaña goteando sobre el suelo. Ella lo miraba con sus grandes ojos claros mientras se abrazaba a sí misma, intentando controlar los temblores de su cuerpo. A pesar de lo preciosa que estaba, su atuendo no era el más adecuado en una noche de tormenta y estaba empapada de la cabeza a los pies.

—Phoebe... —murmuró cuando consiguió recuperar el habla—. ¿Ha pasado algo? ¿Estás...?

—¿Puedo pasar? —lo interrumpió ella, dando un paso hacia el frente.

Maldiciendo su torpeza, Marcus se hizo a un lado y cerró la puerta tras ella.

—Sé que es algo tarde. ¿He despertado a Violet? No sabía si debía venir o...

—Está todo bien —le aseguró—. Violet está durmiendo pero tú estás empapada. ¿Has venido corriendo bajo la lluvia desde casa de tus padres?

Ella se miró las puntas de sus bailarinas mojadas y se balanceó sobre los talones mientras se mordía los labios.

—Yo... Sentía que te debía una disculpa, Marcus —dijo al fin—. Siento la manera en que te ha tratado mi padre y siento haber estropeado el día. Todo estaba resultando perfecto y mi padre se ha comportado contigo como un auténtico cretino.

Levantándole la barbilla con una mano y usando el pulgar para evitar que se mordiera los labios, Marcus hizo que lo mirara directamente a los ojos.

—Escúchame —le susurró—. No ha sido culpa tuya.

—No quería que te marcharas. —Las palabras de Phoebe, pronunciadas en voz muy baja, hicieron estremecer a un Marcus que permanecía inmóvil mientras ella descansaba la frente en su barbilla—. No quería perderte.

Él intentó apartarse para poder verla y comprender lo que sus palabras susurradas intentaban decirle. La sentía temblar entre sus brazos y podía notar su pecho mojado subiendo y bajando muy rápido bajo su respiración acelerada.

Apartándole el pelo de la cara, Marcus le preguntó:

—Phoebe, ¿qué quieres decir?

Sin detenerse a pensar en lo que estaba haciendo, Phoebe se alzó sobre las puntas de sus pies, rodeó el cuello de Marcus con sus brazos y lo besó en la boca con tanta intensidad que él tuvo que retroceder varios pasos, mientras ella se asía a su cuerpo. La espalda de él se golpeó bruscamente contra la pared al recibir el impacto de la pasión de Phoebe; ella no quería darse la oportunidad de pensar en lo que estaba haciendo, solo quería sentir y dejarse llevar por lo que deseaba en ese momento, que no era otra cosa que entregarse a la pasión arrolladora que sentía por Marcus. No quería arrepentirse, solo lo quería a él.

Una vez repuesto de la sorpresa inicial, Marcus se dejó llevar y correspondió a cada beso de Phoebe y a la pasión con la que ella se aferraba a su cuerpo. Colocando las manos sobre su trasero para no dejarla caer, Marcus se lo acarició por encima del vaquero mojado y la movió un poco hasta que ella aflojó el agarre de sus piernas y sus sexos quedaron a la misma altura; la fricción de los dos cuerpos cubiertos aún con las ropas les arrancó a los dos un gemido desesperado.

Marcus nunca hubiera imaginado que Phoebe pudiera esconder tanta pasión en su cuerpo menudo. La forma que ella tenía de enredarle los dedos en el pelo mientras abría la boca para dejar que su lengua jugara con la de él lo estaba volviendo loco, y muy pronto aquellos besos dieron paso a la necesidad de algo más. Las manos de ella le tironeaban de los cortos mechones castaños que le rozaban la nuca mientras él le lamía un lateral del cuello hasta la garganta, desde donde brotaban los sensuales jadeos de Phoebe. Podía sentir su respiración acelerada cuando le rozó la clavícula con los dientes y el ronco gemido de ella cuando amasó uno de sus

pechos en la palma de la mano incidió directamente en la erección que cubría su bragueta.

—Vamos al dormitorio... —le susurró ella, sujetando el lóbulo de su oreja entre los dientes.

Soltando a regañadientes el seno hinchado de Phoebe, Marcus bajó la mano por su costado izquierdo hasta rozar la cinturilla de los vaqueros; una vez allí, la miró a los ojos e introdujo los dedos más allá de la barrera de sus braguitas. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no dejarse ir en ese mismo momento, cuando vio a Phoebe dejar caer la cabeza hacia atrás y lanzar un gemido mientras sus dedos la acariciaban de manera íntima.

—¿Estás segura?

A pesar de estar consumiéndose en llamas por el deseo y la excitación que Phoebe le provocaba, quería asegurarse de que ella estaba completamente segura de lo que hacían.

Sujetándole el brazo a la altura de la muñeca, Phoebe guió las caricias de su mano hasta aquella pequeña zona que vibraba bajo los masculinos dedos que presionaban y se movían de manera deliciosa. Cuando los dedos de Marcus encontraron su clítoris hinchado ella sintió que podría alcanzar el cielo con la mano. Ahogando un gemido, Phoebe lo miró a los ojos y asintió.

Marcus caminó a tientas por el pasillo hasta la habitación, golpeándose varias veces con la mesa del comedor y haciendo que Phoebe tuviera que sujetarse a las paredes para no perder el equilibrio cuando se sacó la blusa por la cabeza antes de que llegaran al dormitorio. Ninguno de los dos era consciente de la tormenta que se desataba sobre la ciudad de San Francisco, tan inmersos como estaban en su propia tempestad de pasión y deseo.

Cayeron juntos sobre la enorme cama, él sobre ella, sin romper el húmedo beso que unía sus bocas. Era como si ninguno de los dos tuviera suficiente; las manos ansiosas buscaban el contacto del otro, llenarse de las curvas de ella y

disfrutar de los músculos en tensión de él. Arrodillado entre las piernas de Phoebe, Marcus se quitó la camiseta con un rápido movimiento y aprovechó también para abrirle los vaqueros. Phoebe se lo puso fácil y levantando las caderas lo ayudó a dejarla desnuda, vestida únicamente con su ropa interior.

Marcus se permitió unos segundos para contemplar el femenino cuerpo retorciéndose bajo él, hasta que Phoebe se cansó de esperar y tiró de él, hasta que sintió el pecho desnudo de Marcus contra su estómago y las copas alzadas del sujetador.

—No imaginas cuánto tiempo llevo esperando este momento —le susurró él entre jadeos, mientras dejaba que las manos de ella le abrieran los pantalones.

A pesar de lo temblorosos que sentía los dedos, estos respondieron al instante a sus órdenes y no tardaron en desnudar a Marcus. Arrastrando pantalones y bóxers al mismo tiempo, Phoebe descubrió la gloriosa desnudez de Marcus ante ella. Sobre ella.

—¿Desde que me contrataste? —jadeó ella en su oído, deleitándose con el tacto de sus firmes nalgas.

Él lanzó un gruñido de excitación que arrancó la sonrisa de Phoebe. Luego ella separó más las piernas para permitirle que se encajara entre ellas. Nunca antes se había sentido tan excitada, nunca antes había experimentado el deseo tan ardiente de acostarse con un hombre. Necesitaba sexo, pero con Marcus era algo más que eso y estaba a punto de comprobarlo.

—Desde que irrumpiste en el seminario —le confesó él.

Levantándola con sus brazos como si no pesara más que una pluma, Marcus la situó en el centro de la cama y aprovechó para deshacerse del sujetador. Ella permitió que le mirara los pechos a placer y que se deleitara observando los rosados pezones que permanecían bien erguidos. La mirada de él se encendió mientras le devoraba los pechos con la vista y

ella aprovechó para acariciarle las mejillas mientras sentía cómo crecía su propia excitación.

—Adelante... —lo invitó.

Marcus no necesitó más. Inclinando la cabeza, se introdujo uno de los erectos pezones en la boca y lo succionó a placer. Hacía tanto tiempo... pensó. Sentir la dureza del pezón en el interior de su boca mientras lo lamía aumentó la erección que crecía entre sus piernas hasta el punto de sentir casi dolor.

Phoebe arqueó la espalda, entregándole todo cuando era y poseía; él, por su parte, lamió, chupó, succionó del pecho como si estuviera alimentándose de él. Era algo nuevo, completamente distinto para los dos, que nunca habían disfrutado tanto de la intimidad sexual como en aquel momento.

Tomando la mano libre de él, Phoebe la condujo hacia el otro pezón e hizo que se lo frotara entre los dedos mientras ella disfrutaba y gemía, rendida al placer. Estaba convencida de que si Marcus se lo proponía, era muy capaz de conducirla al orgasmo con tan solo excitarle los pezones. Phoebe incluso llegó a plantearse hacerle esa sugerencia pues la lengua de Marcus era tan diestra con sus pezones que no quería que se detuviera.

Cuando Marcus decidió que ya se había dado un festín con ese pecho, dejó el pezón erecto y mojado de saliva y se pasó al otro. Phoebe no pudo evitar soltar una risita.

—¿Te molesta? —preguntó él, levantando la mirada.

Ella negó con la cabeza y, arqueándose, le ofreció el pecho. La habitación no tardó en llenarse de los sonidos del sexo; succiones, besos y suaves jadeos interrumpidos por el potente gemido de Phoebe cuando Marcus metió la mano dentro de sus braguitas y comenzó a acariciarle el pubis. Ella ahogó un grito cuando Marcus empezó a masturbarla.

A pesar de ser la primera vez que se acostaban, Marcus no tardó en encontrar el punto mágico del interior de su cuerpo que la hacía estremecer. Era la primera vez que le ocurría.

—Marcus...

La voz de ella, entrecortada, lo asustó. Phoebe levantó las caderas hacia su mano cuando él la penetró con un dedo y cuando Marcus la miró estaba boqueando como un pez fuera del agua.

—¿Quieres que pare?

¿Que parara? Estaba a punto de darle el primer orgasmo de su vida y él quería detenerse. Negando compulsivamente con la cabeza, ella comenzó a mecer la cadera al ritmo que marcaban las penetraciones del dedo de Marcus. Cuando él lo hizo girar y lo curvó en su interior, Phoebe no pudo soportarlo más. Con un grito ahogado, se dejó arrastrar por el primer orgasmo de su vida y cayó desmadejada sobre las almohadas.

Marcus, sin embargo, no detuvo las caricias de sus dedos hasta que los últimos espasmos del sexo de ella cesaron; después, se alzó sobre su cuerpo y la besó con los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Pero ella no tenía palabras para expresar lo que sentía en aquel momento. Acariciándole las mejillas, acercó los labios hinchados de él a los suyos y lo besó tan profundo como pudo, agradeciéndole lo que acababa de hacer y entregándosele por completo.

Cuando Marcus comenzó a sentir que no podría aguantar mucho más sin penetrarla, sacó del cajón de la mesilla los condones que Liam —¡bendito fuera!— le había dado unos días antes y acabó de desnudar a Phoebe.

Hacía tanto tiempo que no se ponía un preservativo que los dedos le temblaban de anticipación y el miembro le dolía de tan duro como estaba. Mientras se protegía, Phoebe se deleitó con la imagen que el doctor Graham le regalaba. Completamente desnudo y excitado, con el miembro erecto y palpitante apuntando directamente hacia ella. Se mordió los labios al imaginar lo que estaba a punto de hacerle sentir.

Lamiéndole los labios mientras la miraba a los ojos, Marcus tomó su pene erecto en la mano y lo guió con cuidado hacia la entrepierna de Phoebe, dejándolo situado en posición. Quería mirarla mientras la penetraba, ver la expresión de su rostro al adentrarse en ella.

Cuando al fin la penetró, Phoebe no lo defraudó. Era tan estrecha que consiguió quitarle el aliento a la primera embestida y cuando comenzó a moverse para encajarse hasta el fondo, cada roce de sus íntimas paredes le hicieron saber que sería algo rápido pero intenso.

Colocando las manos sobre el trasero de él, Phoebe le apretaba las nalgas para animarlo a moverse más rápido, ya que tratar de embestirla más profundo sería imposible. Jamás nadie había estado tan clavado dentro de ella.

Sintiendo la urgencia de su amante, Marcus le levantó las piernas y se las colocó un poco más arriba de las caderas, de forma que sus rodillas le acariciaban la espalda. Juntos comenzaron a moverse al unísono, mientras sus bocas se alimentaban de los gemidos del otro y sus lenguas se enredaban en un baile sensual.

Cada vez que sus caderas se encontraban y acudían al encuentro del otro, Phoebe se sentía a punto de estallar. El placer que Marcus le estaba proporcionando no se parecía a ninguna otra sensación que ella hubiera experimentado antes. No solo era excitación; con cada caricia, cada roce de sus pechos, cada vez que su miembro se alejaba de ella para volver a adentrarse en lo más profundo de su cuerpo, Marcus le demostraba cuánto significaba para él. No era amor, por supuesto. Aún era demasiado pronto para esa palabra tan intensa; pero sí era algo parecido a ese sentimiento, pues aquel estaba siendo el momento en el que Phoebe se había sentido más amada por otra persona.

Marcus enterró la cara en su cuello para mordisqueárselo de forma suave; en ese momento Phoebe supo que quería eso durante el resto de su vida. Cerrando los ojos para evitar que la emoción se derramara a través de ellos, acarició la nuca y la

masculina espalda de duros músculos en tensión al tiempo que contraía su interior para él, ahogándole el duro miembro en las profundidades de su cuerpo.

Lo oyó pronunciar su nombre entre roncós gemidos que iban a parar directamente a su boca cuando la besaba. El placer que Phoebe le daba era el más potente que Marcus había sentido en toda su vida. Alzándose sobre el femenino cuerpo y levantándole las caderas todavía más, Marcus le acercó la pelvis, embistiéndola con la profunda y certera estocada de su pene erecto.

Cuando el orgasmo les sobrevino a los dos al mismo tiempo, y mientras los últimos espasmos de la pasión recorrían sus cuerpos, Marcus y Phoebe supieron que jamás encontrarían en otras personas la pasión que juntos acababan de experimentar porque algo tan intenso solo sucede una vez en la vida y es con la persona que nos completa.

Permanecieron unos minutos en silencio, disfrutando de los últimos vestigios del placer que acababan de compartir y asimilando también lo que acababan de hacer. Apenas les quedaban fuerzas para moverse, mientras sentían cómo sus cuerpos se relajaban a medida que se normalizaba el ritmo de sus respiraciones. Con los miembros laxos y con la sensación de encontrarse flotando, Phoebe reunió fuerzas para levantar un poco la cabeza y poder ver a Marcus. Sonrió al escuchar el suspiro relajado de él y se tumbó de nuevo de espaldas sobre la cama. Se sentía pletórica y estaba segura de que Marcus debía sentir lo mismo.

Después de alcanzar el orgasmo, él la había besado varias veces hasta que tuvieron que separarse para tomar aire, y entonces Marcus la abrazó, acomodando la mejilla con su barba de varios días sobre el vientre plano y suave de Phoebe. Ahora, mientras ella le enterraba los dedos en el pelo, ninguno de los dos se atrevía a ser el primero en romper el silencio. Habían sido solo amigos hasta hacía una hora escasa, y ahora el sexo había convertido su relación en algo mucho más personal donde los sentimientos jugaban un papel importante.

Mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas, Marcus respiró aliviado al escuchar a Phoebe hablar primero.

—Fue un accidente de coche —murmuró.

Marcus levantó la cabeza cuando las caricias de Phoebe se detuvieron; ella lo estaba mirando con una leve sonrisa en los labios y los ojos tristes.

—Ben era quien conducía.

Comprendiendo que ella necesitaba desahogarse, Marcus se incorporó un poco y volvió a recostarse en la cama junto a ella mientras que Phoebe se tendía sobre su costado izquierdo para poder mirarlo. Al contrario de lo que Marcus había pensado, Phoebe no se había mostrado tímida en ningún momento mientras hacían el amor y, ahora que la pasión había

pasado, ella no sentía la necesidad de cubrir su cuerpo desnudo. Con aquel simple gesto le hacía saber que confiaba en él y que se sentía cómoda a su lado.

—No tienes por qué contármelo si no estás preparada —le susurró él, mientras le acariciaba el pómulo con los dedos.

Ella cerró los ojos, relajándose bajo la caricia de los dedos de Marcus y también tomando valor de ella. Se humedeció los labios antes de continuar.

—Ben era un chico brillante, lleno de vida y de ilusión. — Acariciando la mano que Marcus mantenía sobre su mejilla, le sonrió—. Y me adoraba.

Él correspondió a esa sonrisa.

—No es de extrañar —le susurró Marcus—. Es muy fácil quererte.

Phoebe se mordió el labio ante semejante declaración. Desde la muerte de Ben, había pasado los últimos años buscando a alguien que la quisiese por lo que ella era en sí misma y no por lo que esperaban que fuera. Y por fin Marcus había aparecido en su vida.

—Yo tenía quince años cuando ocurrió —continuó—. Durante el verano la gente joven organiza fiestas en la playa casi cada noche. Ben estaba pletórico ¿sabes? Condujo hasta la playa junto a Álex. Los dos querían disfrutar de su último verano antes de entrar en la universidad.

—¿Álex tu...?

Phoebe asintió, y comenzó a enredar sus piernas entre las de Marcus hasta que sus pies comenzaron a frotárselas. Aquel gesto comenzaba a ser ya un viejo conocido para Marcus.

—Era el mejor amigo de Ben —le explicó—. Los dos eran inseparables. Imagínate la ilusión que me hizo cuando Álex se fijó en mí. Yo era una adolescente de catorce años, y que un chico de dieciocho te prestara atención era mucho más de lo que te atrevías a soñar.

—Comprendo...

Marcus asintió con la cabeza. ¿Qué otra cosa podía decir? Acababa de saber que Phoebe había compartido su vida con aquel tipo desde que era una adolescente y ahora esa relación se había acabado. No podía evitar sentir que él era la causa de esa ruptura.

—Eran buenos tiempos —murmuró antes de que su rostro se ensombreciera por la tristeza—. Hasta aquella noche. Conducían de vuelta a casa por la carretera de la costa; ya casi amanecía y Ben perdió el control del coche. Acabaron chocando con el guardarraíl. El airbag no saltó.

Marcus le enjugó las lágrimas que sin darse cuenta habían comenzado a deslizarse por sus mejillas. Recordar a Ben siempre era muy doloroso; su hermano tenía toda la vida por delante y le esperaba un gran futuro. Pero sus sueños se habían desvanecido en aquel accidente y ella había tenido que ocupar su lugar.

—Había bebido más de la cuenta —susurró Phoebe, después de que el nudo de tristeza que se había instalado en su garganta se desvaneciera poco a poco—. Álex pudo salir del coche pero tenía algunas costillas rotas y también una pierna. No pudo ayudar a mi hermano.

—Lo siento —susurró Marcus.

Cuando se acercó a ella y sus cuerpos desnudos se abrazaron, Phoebe sintió que por fin recibía el consuelo que tanto había necesitado desde el fallecimiento de su hermano. Con un simple *lo siento* y el calor de su cuerpo, Marcus le devolvía la paz a su mente y, sobre todo, a su corazón. Todavía más: se sentía querida, aunque pudiera resultar una locura dado el breve tiempo que hacía que se conocían, pero en Marcus había encontrado alguien que la amaba.

Después de besarse despacio, tomándose el tiempo que necesitaban para acariciar sus labios y disfrutar del calor de sus bocas, Phoebe se recostó sobre el pecho de Marcus y permitió que este la abrazara y acariciara su espalda desnuda hasta el inicio de sus nalgas.

—Desde que era pequeño, Ben siempre había querido ser médico —murmuró; sus dedos trazaban círculos sobre el pecho de Marcus, apenas cubierto por una suave capa de vello. Le besó un pectoral cuando notó que el vientre se le contraía al rozarle un moreno pezón—. Cada vez que me daba un golpe o me caía, él estaba ahí para curarme las heridas.

Apartándose un poco para mirarla, Marcus le preguntó:

—¿Por eso estás estudiando medicina?

Phoebe suspiró; era la primera vez que alguien le preguntaba por qué estaba en Stanford haciendo algo que en realidad no quería hacer. Pero ahora que le estaba abriendo su corazón no podía quedarse a medias; necesitaba liberarse y contarle la verdad.

—La muerte de Ben fue muy dura para mis padres, en especial para mi padre. Creo que aún no ha asimilado su pérdida. Estaban tan orgullosos de él que yo no podía defraudarlos después de que nos dejara. Perdí un año de instituto después del accidente y cuando regresé di lo mejor de mí hasta que me concedieron una beca.

—Pero no es lo que tú quieres —señaló Marcus y la besó en el pelo.

Phoebe negó con la cabeza.

—No es lo que quiero, pero es lo que se espera de mí.

—Estoy seguro de que a tu madre no le importaría si lo dejaras. Me ha parecido una mujer muy razonable y muy generosa.

—¿Y qué pasa con mi padre? —Phoebe suspiró, resignada—. Ya has visto cómo se ha comportado hoy. No lo entendería. Además, aún sigue bastante enfadado por mi ruptura con Álex.

—¿Le has contado lo que pasó?

El silencio de ella le dio la respuesta. La sentía temblar contra su pecho y no era porque tuviera frío. Marcus se dio cuenta de que estaba asustada y que la responsabilidad que había caído sobre sus hombros después de la muerte de su

hermano estaba comenzando a destruir el futuro que ella tenía por delante. Era una persona brillante pero el miedo a decepcionar a su padre estaba apagando ese brillo.

—Tal vez si tú y yo no nos hubiéramos conocido, Álex y tú aún seguiríais...

—No —se apresuró a negar ella—. Hacía ya tiempo que no sentía nada por él. Pero he pasado toda mi adolescencia con él, mis padres le quieren casi como al hijo que perdieron. Se sienten en deuda con él porque Ben era quien conducía aquella noche...

—¿Fue tu primera vez?

Marcus no se había dado cuenta de que había formulado la pregunta en voz alta hasta que vio la tristeza reflejada en los ojos de Phoebe. Algo dentro de su pecho le dijo que ella se arrepentía de habérselo entregado.

—Fue mi primera vez y el único hasta esta noche —le susurró; levantando la mano, ella le acarició la mejilla hasta el cuello—. Pero es a ti a quien tengo que darte las gracias.

—¿A mí? —Marcus la miró extrañado—. ¿Por qué?

La sonrisa que ella le dedicó entonces fue del todo sincera y Marcus juraría que había un pequeño destello de ilusión y felicidad en sus ojos azules.

—Nunca había tenido un orgasmo —le dijo en voz baja, casi como si estuviera avergonzada—. Y tú me has dado dos.

Sintiendo que el pecho se le llenaba de ese arraigado orgullo primitivo que todo hombre siente cuando su amante alaba sus proezas sexuales, Marcus curvó sus labios en una traviesa sonrisa ladeada y Phoebe no pudo más que soltar una carcajada al verlo tan satisfecho.

—Shh... —le siseó él al oído y su voz susurrada le erizó la piel—. No estamos solos.

Tapándose la boca con una mano, Phoebe recordó que Violet dormía en la habitación de al lado y se sintió un tanto

avergonzada por lo que acababa de hacer con el padre de la criatura.

—Ben querría que fueras feliz —le dijo él antes de besarla.

—Lo sé. —Phoebe suspiró, mientras sus manos acariciaban el apuesto rostro del hombre que tenía a su lado—. Quiero ser feliz, Marcus. Y que alguien un día me diga que me merezco la oportunidad de serlo, que todo saldrá bien.

—Todo saldrá bien —le susurró él.

Sonriéndole, Phoebe le agradeció con un tierno beso sus palabras. Pero ella quería más y tal vez en un futuro...

La voz de Marcus interrumpió el devenir de sus pensamientos.

—Así que dos, ¿eh?

—Ajá.

Con una sonrisa, ella separó las piernas para que Marcus se acomodara entre ellas.

Le vio extender el brazo hasta la mesilla de noche y tomar el paquetito plateado que protegía el preservativo. Acercándose, Marcus levantó una ceja y le susurró:

—Sería una pena desperdiciarlo ¿no te parece?

Sintiéndose atrevida, Phoebe deslizó una mano entre sus cuerpos hasta que sintió en la palma la calidez del pene de Marcus, que ya prometía una generosa erección. Comenzó a acariciárselo arriba y abajo mientras contemplaba, fascinada, la expresión de placer en el rostro de él. Lo estaba provocando y lo sabía, pero al masturbarlo, ella misma también se excitaba. Cuando lo escuchó gruñir su nombre, supo que estaba listo.

—¿A qué estás esperando, doctor?

Separando más las piernas de manera descarada, se ofreció a él. El placer que sintió cuando Marcus se coló dentro de ella, tras protegerse, la llevó al orgasmo con la primera acometida.

Si eso no era amor, Phoebe dudaba que pudiera encontrarlo en brazos de otro hombre.

* * *

Mientras una nueva pareja comenzaba a formarse y daba rienda suelta a la pasión a la que se entregaban sus cuerpos en una noche de tormenta, Madison rebuscaba entre los cajones de la cocina en busca de una linterna y un par de velas con las que poder alumbrar la oscuridad en la que se había sumido su apartamento.

Había soltado un juramento muy poco femenino cuando se fue la luz; no le apetecía tener que usar velas esa noche, ya que Liam podría llegar a pensar que aquello se trataba de una cita. Le había invitado a cenar solo porque se sentía culpable por el modo en que lo había tratado unas horas atrás, cuando él solo intentaba ayudarla a solucionar su pequeño problema íntimo. Liam podía ser un presuntuoso y un mujeriego, pero tenía que reconocer que como médico sabía lo que se hacía, ya que ella se encontraba mucho mejor.

Él había acudido puntual a su apartamento, cargado con varias bolsas del restaurante tailandés favorito de ella. En su favor, Madison tenía que decir que había sido un detalle que se preocupara por comprar una cena de buena calidad y que además se hubiera puesto tan guapo especialmente para ella. Liam llevaba una camisa celeste, abierta en el cuello, metida dentro de los vaqueros ajustados y una americana azul marino que le otorgaba un estilo muy atractivo a la vez que informal. Y aunque jamás lo admitiría delante de Liam, ella también se había preocupado por su atuendo. Después de probarse la mitad del armario, había optado por un sencillo vestido negro con topitos blancos que dejaba a la vista su largo tramo de piernas.

Al principio, los dos se sentían algo incómodos, pues no dejaban de ser dos desconocidos que quedaban para cenar sin saber demasiado el uno del otro. Y justo cuando acababan de emplatar la cena se había ido la luz, lo que le había dado a Madison la oportunidad de escapar a la cocina y poner en

orden sus ideas. ¿De qué demonios iban a hablar durante el resto de la noche y estando a oscuras? Si la tormenta continuaba arreciando era poco probable que la luz regresara.

—Deben de haber sido los plomos —le dijo ella, mientras regresaba al salón cargada con la linterna y las velas sin encender—. Este es un edificio viejo y ocurre a menudo cuando llueve.

Cuando clavó los ojos en Liam, vio que este se había quitado los zapatos y estaba cómodamente sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. En su ausencia había dispuesto varios cojines en el suelo, creando así un pequeño picnic improvisado. Cuando las dos velas estuvieron encendidas otorgaron el toque romántico que faltaba a la velada y Madison resopló fuerte para que no quedara duda de que no estaba de acuerdo con el giro que había tomado la noche.

—¿Qué se supone que haces?

Madison lo acusó con la mirada cuando le vio coger las velas para colocarlas artísticamente entre los platos.

—Crear un poco de ambiente. ¿No te gusta?

Ella puso los ojos en blanco y se colocó frente a él, con los brazos en jarras sobre las caderas.

—¿Estás intentando seducirme?

—Venga, Maddy. —Liam extendió los brazos a ambos lados y le dedicó su mirada más dulce—. Estamos a oscuras y tengo hambre. ¿Crees que voy a jugármela ahora que has accedido a cenar conmigo? Prometo ser del todo inofensivo esta noche.

Ella pareció pensárselo seriamente, pues aunque Liam parecía sincero, ella no acababa de confiar plenamente en él. Sin embargo, admitió que él tenía razón y, a pesar de que era evidente que Liam era un *adicto* a las mujeres, siempre había sido franco con ella desde que se conocieron. Le debía aquella cena, era cierto. De modo que asintió y tomó asiento a su lado,

con cuidado de que la falda del vestido no dejara ver el encaje de sus braguitas.

Al verla cubrirse las piernas recatadamente, Liam no pudo evitar sonreír.

—No sabía que fueras tan recatada después de lo de esta tarde.

Madison infló las mejillas y acabó golpeándolo en la cara tras lanzarle la servilleta de tela.

—¿Quieres que te eche de mi casa?

Liam levantó las manos en señal de rendición.

—Era una broma, una broma. —Tomando el plato de ella, le sirvió una buena cantidad de pollo satay y un poco de tempura con salsa agria. A Madison se le hizo la boca agua cuando Liam le entregó el plato—. ¿Cómo te encuentras?

Ella tardó unos segundos más de los esperados en contestar, tan absorta estaba en los movimientos de los dedos de Liam entre los palillos.

—Bien, gracias. —Tuvo que bajar la vista y tomar un poco de tempura con el tenedor para evitar que Liam notara su sonrojo—. Fuiste muy amable conmigo, a pesar de todo.

—¿A pesar de todo? —Liam intentó sonreír, pero había olvidado que tenía la boca llena—. Admítelo, Maddy. No te caigo bien.

Madison lo vio limpiarse con la servilleta y descubrió que Liam tenía una boca bonita para ser un hombre, formada por unos labios firmes pero carnosos. Se ruborizó un poco más al recordar que ella había tenido la ocasión de comprobar la suavidad de sus labios. Se aclaró la garganta varias veces, dispuesta a fingir que seguía enfadada con él.

—¿Qué parte de *me gustas* no entendiste en el hospital? El único problema eres tú —señaló, clavándole el dedo en el brazo musculoso—. Eso y que no me fío de ti.

—Eso me ha quedado muy claro. —Colocando un brazo sobre el sofá, Liam se giró hacia ella para verla mejor, y Maddy sintió el roce casual de sus dedos en el hombro—. Pero dime una cosa: ¿cómo pretendes que te demuestre que soy digno de tu confianza si te resistes a darme una oportunidad?

—Estamos cenando ahora —contraatacó ella—. Te advierto que no soy una chica fácil.

—Créeme, hoy me he dado cuenta de ello.

Madison estuvo a punto de atragantarse cuando comprendió que Liam se estaba refiriendo a su virginidad, pero no del modo que ella había esperado. Cualquier hombre en su lugar se hubiera burlado de ella o se habría llevado las manos a la cabeza, impresionado al descubrir que una chica atractiva de veinte años, y que además tenía carácter, pudiera ser virgen. Pero Liam no había hecho nada de eso; es más, Maddy tenía la impresión de que respetaba su decisión y que le parecía especial, significativo y poco corriente en la actualidad. Madison no pudo evitar que el respeto con el que Liam había tratado su situación le ablandara un poquito la coraza que protegía su corazón.

—¿Puedo preguntarte por qué? —murmuró Liam, sin mirarla. Parecía muy concentrado en su comida.

Ella suspiró hondo pero no le gritó, tal y como hubiera sido su reacción natural, sino que se tomó unos segundos para pensar una respuesta sincera.

—¿Qué es lo primero que pensaste sobre mí cuando nos conocimos?

Liam la miró, sorprendido, y ella lo animó a que respondiera.

—Que eras preciosa.

—Típico. —Maddy le puso los ojos en blanco—. ¿Y qué más?

—Pues... me pareciste una mujer con carácter que no me iba a poner las cosas fáciles —se sinceró—. Eras un reto y

tenía que conseguirte. Te muestras tan segura de ti misma que intimidas. Pero jamás hubiera pensado que seguías siendo virgen.

—Qué sincero. —Le sonrió—. Ese es el motivo por el que no me he acostado con nadie aún. Verás, no me gusta que los hombres se crean con más derechos que las mujeres solo por el hecho de ser hombres. Yo quiero comerme el mundo, pero también quiero ser especial para alguien. Y es difícil encontrar a un chico que te valore como mujer antes de tratarte como un trofeo que conseguir llevándote a la cama. —Lo señaló—. Tú quieres echarme un polvo y nada más.

Dejando el plato sobre la mesa, Liam se quitó la chaqueta, dejando ver los fuertes músculos que se ocultaban bajo la fina camisa. La sorprendió al tomarla de la mano antes de hablar.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de conocerte —respondió—. No has dejado de sorprenderme cada vez que nos vemos, Maddy. Primero me hiciste creer que eras lesbiana, después me presentaste como tu novio y me besaste delante de tu padre, ahora esto... Nunca he conocido a nadie como tú.

Madison bajó la vista y frotó nerviosamente los labios, sin saber qué decir. Era la primera vez que un chico la trataba de aquella manera y las barreras que ella misma había creado para evitar que la utilizaran y le rompieran el corazón estaban empezando a caer poco a poco.

La habitación se llenó brevemente de la luz de un relámpago cuando la tormenta arreció con fuerza en el exterior y a Madison se le erizó la piel sin saber si era producto de la tormenta o de la cercanía de Liam.

—¿Quieres decir que ya no soy un reto para ti? —le susurró.

—Lo eres. —Le sonrió Liam—. Pero no como antes. —Levantó la mano y le acarició la mejilla—. Si me devuelves el móvil, ¿responderás a mis llamadas?

Ella asintió sin dudarlo.

—Será mejor que me vaya antes de que el cielo se nos caiga encima.

Madison lo vio levantarse y ponerse la chaqueta. No quería que se marchara. En otro momento, si Phoebe se encontrase en casa, Madison estaría ansiosa por contarle las novedades. Pero su amiga estaba pasando el fin de semana con sus padres y a ella no le apetecía quedarse sola.

Sin pensar en ello, se escuchó a sí misma decir:

—Quédate.

Liam se giró para mirarla.

—Quiero decir... ¿Es que quieres matarte? — Levántandose también, Maddy comenzó a recoger los platos y fingió que volvía a ser la de siempre—. Si tienes un accidente y te mueres, tu fantasma me perseguirá durante toda la eternidad y no quiero eso. —Entregándole los platos a un descolocado Liam, añadió—: te toca recoger la cena, yo voy a buscarte una manta.

Sin saber qué decir, Liam se quedó clavado en el suelo con los platos de las sobras en las manos mientras veía a Madison moverse de un lado a otro.

—Y Liam...

Él se giró cuando ya iba de camino a la cocina.

—¿Sí?

—Duermes en el sofá.

Sonriendo, Liam negó varias veces con la cabeza, preguntándose en qué lío se había metido y comprendiendo al mismo tiempo la razón por la que estaba comenzando a enamorarse de la chica pelirroja.

Despertarse con los fuertes brazos de Marcus rodeándole el cuerpo y sintiendo el latir de su corazón contra la espalda le produjo a Phoebe una cálida sensación en el estómago que no era otra cosa que la felicidad más absoluta que jamás había sentido.

Después de volver a hacer el amor, los dos habían caído rendidos sobre la cama y, con los cuerpos saciados, no habían tardado en dormirse. La tormenta de la noche anterior había dejado paso a un precioso día de finales de octubre y los rayos de sol que se colaban por la ventana incidían directamente sobre su rostro, haciendo florecer a Phoebe. Se sentía relajada, pletórica, y todo gracias a Marcus.

Con cuidado de no despertarlo, se deshizo del brazo con el que Marcus la mantenía pegada a su pecho y salió de puntillas de la cama. Tuvo que taparse la boca para no reír cuando lo vio tan guapo y tan desnudo, completamente estirado sobre la cama. La duda o el arrepentimiento ni siquiera se habían pasado por su mente, pero ahora, al verle así, estaba más convencida que nunca de que lo suyo con Marcus tenía futuro.

Tras recoger del suelo toda la ropa que se habían arrancado mutuamente, decidió ponerse cómoda; asaltó el baño de Marcus y, después de refrescarse, se puso sus braguitas y una camiseta de él. Al mirarse en el espejo se fijó en que tenía los labios hinchados a causa de los besos de Marcus y un travieso rubor le cubría las mejillas. Deseó que ese día durara para siempre, puesto que entre esas cuatro paredes tenía todo cuanto ella deseaba de la vida.

Decidió dejar que Marcus descansara un poco más después de la intensidad de la pasión que habían compartido hacía apenas unas horas, así que, llena de energía, fue a buscar a Violet a su habitación.

La pequeña la esperaba despierta y sujeta a los barrotes de su cuna para mantenerse en pie. La sonrisa de felicidad que le regaló a Phoebe cuando la vio acercarse llenó de amor el

corazón de la joven. Tomándola en brazos, besuqueó el cuello y la carita de Violet mientras la pequeña no dejaba de lanzar divertidos grititos y reía, alegre.

—Shh, no queremos despertar a papá —le susurró, acariciando la nariz de la pequeña con la suya.

—¡Papá! —gritó Violet, y acto seguido se llevó un dedito a los labios para indicarle a Phoebe que guardara silencio.

La ternura que Phoebe sintió cuando la niña apoyó la carita contra la curva de su cuello la sorprendió y agradó a partes iguales. No solo quería a Marcus, también quería a su hija. En silencio, cerró los ojos y pidió a las fuerzas del destino que su relación con Marcus prosperase y que juntos pudieran formar una familia.

—Vamos a darle una sorpresa a papá ¿te parece?

Como si entendiera lo que Phoebe le decía, Violet dio unas palmadas con sus manitas y juntas, mientras escuchaban música y compartían risas y algún que otro arrullo por parte de la muchacha, prepararon un desayuno que conseguiría que Marcus no quisiera dejarla escapar jamás.

Dejando al bebé sobre el suelo enmoquetado del salón con algunos de sus juguetes preferidos, Phoebe colocó las tostadas con mantequilla y mermelada, los vasos de zumo de naranja, el café recién hecho y alguna galleta sobre una bandeja que encontró en la cocina y cargó con el desayuno hasta el dormitorio. Sonrió al comprobar que Marcus no se había movido en su ausencia y que continuaba profundamente dormido regalándole una bonita vista de su trasero desnudo.

Con cuidado, dejó la bandeja en el suelo y se sentó en la cama a su lado. No pudo resistir la tentación de alargar la mano y enterrar los dedos en su pelo despeinado; luego se inclinó hacia adelante y le mordisqueó la oreja para despertarlo.

—Buenos días, doctor Graham —le susurró—. Espero que tengas hambre.

Sonrió al ver cómo él curvaba los labios en una sonrisa; luego gruñó contra la almohada antes de abrir aquellos ojos tan grandes y grises que solían cambiar de color cuando la luz y la pasión incidían sobre ellos.

—He preparado el desayuno. —Le dijo sonriente, mientras le acariciaba la mejilla—. Me muero de hambre ¿y tú?

Dándose la vuelta hasta quedar bocarriba, Marcus mostró sin pudor su gloriosa erección matutina. Cuando ella bajó la vista a su entrepierna, no pudo contener la carcajada que salió de su garganta.

—Prefiero desayunarte a ti —le susurró Marcus.

Tirando del brazo de Phoebe, la tumbó sobre su pecho desnudo y se apoderó de su boca antes de que ella tuviera ocasión de replicar. Por supuesto no lo hizo, y se entregó gustosa a su beso, enredando la lengua a la de él en cuanto tuvo ocasión.

—Dios mío —murmuró Phoebe entre beso y beso—. He despertado a la bestia. ¡Ay!

Marcus se había despertado juguetón aquella mañana, como prueba de la palmada que acababa de darle en el trasero. Se le veía relajado y feliz y Phoebe se sintió orgullosa de sí misma por saberse capaz de provocar felicidad en otra persona.

Como pudo, se libró de las manos de pulpo que Marcus parecía haber desarrollado durante el sueño.

—Por muy tentador que me parezcas, doctor, estoy muerta de hambre. Y no estamos solos.

Levantándose de la cama, Phoebe le lanzó los pantalones para que se cubriera antes de llevar a Violet a la habitación.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto?

Cuando se giró hacia él, vio que Marcus estaba señalando su miembro alzado, dispuesto para un asalto matutino.

—Tienes cinco minutos, papá. No quiero que escandalices a la niña.

Mordiéndose los labios y tapándose los ojos, Phoebe salió de la habitación. Para cuando regresó, Marcus había conseguido relajar sus pasiones y sonrió cuando vio a su hija entrar en la habitación caminando de la mano de su chica.

Su chica, se dijo.

—Creo que es un buen momento para que empieces a pensar en poner cerrojo a las puertas —le dijo Phoebe, mientras ambas se sentaban en la cama—. Esta señorita se hace mayor.

Mientras padre e hija se daban los buenos días, Phoebe untó una tostada y la partió en dos. Entregó una mitad a Violet, que la miró preguntándose si no se habría vuelto loca y de verdad le permitía comer solita. Cuando sus mejillas y manos acabaron completamente pegajosas de mantequilla, Violet se vio recompensada con las risas de los dos adultos.

—Se te ve contenta esta mañana.

Marcus miraba a Phoebe embelesado mientras esta limpiaba a Violet con una servilleta. Durante la madrugada se había despertado creyendo que todo había sido un sueño y que Phoebe nunca se le había entregado. Pero al abrir los ojos y verla durmiendo desnuda a su lado, se había sentido el hombre más afortunado de la tierra. Y ahora podía disfrutar de las dos mujeres que más quería después de la noche de sexo apasionado que la joven le había regalado.

—Es que lo estoy —le respondió ella, con una sonrisa en los labios. Luego se puso de rodillas y se acercó a él hasta que sus labios se encontraron—. Y tú eres el culpable de mi felicidad.

A Marcus casi se le escapa el corazón del pecho al escucharla.

—Entonces, ¿eso quiere decir que nosotros...?

Sonriéndole y mordiéndose los labios, Phoebe asintió con la cabeza.

—Solo si tú estás de acuerdo, claro —se apresuró a decir—. Después de cómo te trató mi padre entendería perfectamente que no quisieras buscarte más problemas.

—Veamos. —Marcus extendió el brazo y le recogió el pelo tras la oreja—. Una chica preciosa aparece en mi vida, me cautiva y me regala la mejor noche de mi vida. Tienes razón. No eres más que un problema.

—Qué tonto. —Encantada, Phoebe lo recompensó con un beso apasionado—. ¿De verdad te he cautivado?

—Del todo —le aseguró él.

Reclamando la atención de la pareja, Marcus dejó que su hija le metiera una galleta en la boca mientras Phoebe conseguía que desayunara. Cualquiera persona que tuviera ocasión de verlos no tendría dudas en afirmar que se trataba de una familia feliz.

—Por cierto, no te he preguntado. —Phoebe se entretenía en acariciar los rizos dorados de Violet con los dedos—. Creí que ayer comías con tus padres. ¿Qué ocurrió?

Marcus resopló. Había olvidado la discusión con su madre y no le apetecía que el amargo recuerdo de su último encuentro empañara el mejor despertar de su vida.

—Mi madre y yo no siempre estamos de acuerdo en todo —se limitó a decir—. La adoro, pero es una mujer difícil.

—¿Qué me vas a decir! —Le sonrió—. No la conozco, pero creo que deberías llamarla y disculparte.

—No soy yo quien la ha cagado esta vez.

Phoebe se lo quedó mirando, con la ceja levantada. A pesar de los nueve años que los separaban, Marcus se comportaba igual que todos los hombres que ella conocía.

—Ve a verla, Marcus. Te sentirás mucho mejor.

Él puso los ojos en blanco y resopló, disgustado.

—Tengo una idea mejor. —Y se le acercó, zalamero—. ¿Por qué no te quedas y pasamos el día juntos?

Ella tuvo que morderse los labios cuando recibió la caricia de la boca de Marcus tras la oreja.

—No puedo —le dijo a su pesar—. Quiero llamar a casa y hablar con mi madre antes de que se presente en mi apartamento.

—Puedes llamarla desde aquí —se quejó él. Phoebe lo miró, esperando que la comprendiera. Al final, claudicó—. De acuerdo, te acompañaré a casa.

—No es necesario, de verdad. —Le sonrió—. Y tú prométeme que verás a tus padres ¿de acuerdo?

A regañadientes, Marcus no tuvo más opción que prometerle que iría a ver a su madre y le pediría perdón. No había nada que pudiera negarle.

—Te llamaré esta noche, te lo prometo.

Y ella lo besó, diciéndole con su boca lo que aún era demasiado pronto para pronunciar en voz alta.

* * *

Cuando Phoebe entró en su apartamento, lo último que esperaba encontrar era a Liam desperezándose en su sofá vistiendo únicamente unos bóxers de color negro. Pasada la impresión inicial, se aseguró de que se encontraba en su apartamento y que no se había equivocado. Respiró aliviada cuando vio aparecer a Madison en el salón, vestida con su minúsculo pijama, pero seguía sin comprender qué hacía el amigo de Marcus casi desnudo en su salón.

—¿Interrumpo algo?

Dos pares de soñolientos ojos se volvieron hacia Phoebe, reparando por fin en su presencia. Al parecer, ella no era la única que había disfrutado de una noche loca con un hombre atractivo.

Caminando unos pasos hacia Madison, interrogó a su amiga con la mirada.

—Puedo explicártelo —le aseguró esta—. Además, Liam ya se marcha. ¿Verdad que sí, Liam?

Interrumpiendo el bostezo antes de que finalizara, Liam se quedó mirando a Madison como si esta le hubiera hablado en cantonés, pero logró captar el mensaje cuando ella le arrojó la ropa.

—Que te largues —le dijo entre dientes—. Ahora.

Conteniendo la risotada por lo surrealista de la escena, Phoebe se dio la vuelta para otorgarle a Liam cierta intimidación mientras se colocaba la ropa. Madison iba a tener que explicarle muchas cosas.

—Siempre es un placer verte, Phoebe —le dijo Liam cuando pasó junto a ella. El chico se detuvo a su lado para mirar a Madison justo en el momento en el que se subía la bragueta—. Me llamarás ¿verdad?

—¡Piérdete! —le gritó ella—. Te he devuelto el teléfono ¿qué más quieres?

Con una sonrisa en los labios, Liam salió del apartamento cerrando la puerta a su espalda. A punto de soltar una carcajada, Phoebe miró a su amiga y casi le gritó:

—¡Te has acostado con Liam! Ya era hora, guapa. ¡Cuéntamelo todo!

Poniendo los ojos en blanco, Madison le dio la espalda y caminó en dirección a la cocina, con Phoebe pisándole los talones.

—Café primero —gruñó Madison y, al ver el brillo en los ojos de su amiga, arrugó la nariz y le dijo—. ¿A quién te has tirado?

—¿Qué? —Fingiendo no entenderla, Phoebe bajó la vista y negó con la cabeza—. No sé de qué me hablas.

—Te conozco y tu cara me dice que has pasado la noche con un dios del sexo y no durmiendo en tu camita infantil en casa de tus padres. —Después de chasquear la lengua, Madison se acercó a la nevera y sacó el helado de vainilla que guardaban para las noches de chicas—. ¿Peli moñas y helado?

—Pero solo si tú me cuentas lo que ha pasado con Liam.

—Hecho —aceptó Madison—. Y no te dejes nada. ¡Quiero saberlo con pelos y señales!

Juntas pasaron la mañana del domingo compartiendo confidencias y suspirando por una pareja de buenos amigos.

* * *

Liam aceptó, no sin cierta sorpresa, la invitación de Marcus a tomar una copa en uno de los clubes más exclusivos de San Francisco. Todo amante de la cerveza que se precie debe acudir al *Shotwell*, donde sirven la bebida de cebada más exclusiva de toda California, de modo que no era de extrañar que a los chicos les resultara casi misión imposible hacerse un hueco en la barra del local. Finalmente, y con dos jarras enormes de la mejor cerveza importada, Liam contempló, perplejo, cómo su amigo daba un largo trago a su bebida.

—¿Puedo saber qué celebramos?

Sonriéndole, Marcus le dio una amistosa palmada en la espalda.

—Celebramos que la vida es maravillosa y que tengo un buen amigo.

Sin llegar a comprender la extraña actitud de Marcus, Liam olisqueó su cerveza y luego la de su amigo.

—¿Te has drogado? ¿Has establecido contacto marciano? ¿Quién eres y qué has hecho con Marcus?

Soltando una carcajada, Marcus ni siquiera se molestó por los comentarios sarcásticos de Liam. Aquel estaba siendo el mejor día de su vida. Se había despertado al lado de una mujer preciosa que le hacía feliz, se había disculpado con su madre y

esta por fin había comprendido que debía rehacer su vida. ¿Qué más podía pedir?

—Me encuentro perfectamente —le aseguró Marcus—. Mejor que nunca, a decir verdad.

—Ajá... ¿Y puedo preguntar a qué se debe esa felicidad?

Marcus levantó las cejas y lo miró por encima del borde de la jarra.

—¿Recuerdas esos condones que me diste? —Liam asintió y la sonrisa ladeada de Marcus se lo dijo todo.

Comenzó a atar cabos. Maddy le había asegurado que Phoebe se encontraba visitando a sus padres y que no regresaría hasta esa misma noche; en cambio, ella había aparecido en el apartamento temprano esa misma mañana y tenía la expresión serena y relajada que luce toda mujer después de una increíble noche de sexo.

—¿Te has acostado con Phoebe?!

A pesar del poco tacto con el que Liam se lo había preguntado, y casi a voz en grito, Marcus no se lo reprochó. Al contrario; acabó sonriendo.

—Uff, no sabes el peso que me quitas de encima —le dijo Liam, llevándose una mano al pecho—. Ya pensé que te perdía.

—¿De qué estás hablando?

—¿De qué va a ser? Te has estado comportando como un monje desde que Amelia te dejó tirado —le hizo ver Liam, con su habitual forma franca de hablar—. Y dime ¿estuviste a la altura?

—No voy a entrar en detalles pero te diré que fue increíble.

Liam silbó entre dientes y vació la mitad del contenido de su jarra de un solo trago.

—Te ha dado fuerte ¿eh? Bien, me alegro. Ya era hora de que te buscaras novia.

—¿Y a ti cómo te va? —le preguntó Marcus—. Hace tiempo que no te escucho hablar de tu nueva conquista.

—Querido amigo, mi tiempo de *Casanova* ya pasó.

Marcus miró a su amigo sin dar crédito a lo que decía.

—¿Algo que deba saber?

—Pide otra ronda, esto va para largo. —Y levantando su cerveza, le dijo—. Por esas amigas que nos están cambiando la vida.

* * *

Ya tarde, por la noche, Phoebe se estremecía escuchando la voz de Marcus al otro lado del teléfono, mientras se acurrucaba en su cama deseando que él estuviera a su lado. Marcus le estaba contando el encuentro con sus padres y lo receptiva que había encontrado a su madre cuando le comunicó que estaba iniciando una relación con ella.

—¿Crees que lo acepta? —le preguntó ella.

—No tiene otra alternativa, aunque a mi madre le encanta elegirme las novias ella misma. —Suspiró—. Es una buena mujer pero le gusta tenerlo todo bajo control.

—Eres su único hijo —le hizo ver Phoebe—. Es normal que se preocupe por ti.

Marcus pensó en las palabras de su madre. Ella le había asegurado que solo quería que él y su nieta fueran felices. Sabía cuánto había sufrido cuando Amelia se marchó y comprendía su miedo a que alguien volviera a hacerle daño.

—Lo entenderá —le aseguró él—. Además, nos ha invitado a la cena que organiza para la fundación oncológica del hospital.

—¿Nos ha invitado?

Marcus sonrió al imaginarse a Phoebe incorporándose de golpe por la sorpresa.

—Le gustaría conocerte. Y yo estoy cansado de tener que acudir siempre solo.

—¿Y he de ir de etiqueta?

—El fin de la fiesta es recaudar fondos para la investigación contra el cáncer —le dijo, con su voz aterciopelada y seductora—. Y tú estás preciosa siempre, sin proponértelo.

—¿Ah, sí? —le preguntó ella, coqueta.

La voz de Marcus adquirió entonces un matiz oscuro y excitante cuando le susurró.

—Sobre todo desnuda.

Phoebe rio al otro lado.

—Si me presento desnuda a la cena tu madre no me aceptará nunca.

—Puede, pero causarías sensación. —Rio con ella y acto seguido le preguntó por sus padres.

—Mi padre necesita tiempo, pero acabará entendiéndolo. Te lo prometo.

—No nos pondrán las cosas fáciles ¿eh?

Ella deseó estar a su lado para abrazarse a su pecho. No habían pasado ni doce horas desde que se despidieron aquella mañana y ya lo echaba de menos.

—Soy muy cabezota, ¿te lo había dicho ya? —Él rio—. Por cierto, no me parece bien que me pagues por hacerte de canguro.

—¿Qué estás diciendo? Es tu trabajo, claro que voy a pagarte un sueldo.

—Marcus —suspiró ella—. Nos hemos acostado, y seguramente seguiremos haciéndolo. Si cuido de Violet es porque quiero ayudar a mi pareja.

—¿Qué sugieres entonces?

Ella pareció pensárselo.

—Pienso buscar otro trabajo. Uno que me guste de verdad.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto pienso disfrutar del tiempo que pasemos juntos —le susurró ella—. Ojalá estuvieras aquí.

Le oyó suspirar al otro lado. Era una locura, lo sabía, pero tenía la certeza de que los dos se estaban enamorando rápidamente. La evidencia de sus sentimientos le aceleró el corazón.

—Te veré mañana, cariño.

—Cariño... —A pesar de la distancia, Phoebe imaginó la sonrisa en el rostro de Marcus—. Me gusta.

—Y a mí. Buenas noches, Marcus.

Phoebe dejó caer la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que curvaba la espalda como si de un arco tensado se tratase y aceleró los movimientos de sus caderas. El suave vaivén que realizaba su pelvis mientras le hacía el amor a Marcus se había convertido ahora en un movimiento frenético, desesperado. El placer que estaba experimentando al ser ella la que guiaba la profundidad de las embestidas la dejaba sin aliento. Llevaban una semana acostándose, pasando juntos cada noche desde que dieran rienda suelta a su pasión unos días atrás, pero el placer del que estaban disfrutando era el más intenso que se habían dado hasta entonces.

Gimió quedamente, apretando los labios para no despertar al bebé que dormía en la habitación de al lado, cuando Marcus le recorrió la garganta con su lengua hasta llegar a los pechos. Había descubierto que su chico disfrutaba especialmente del sabor de sus senos, pues nunca perdía el tiempo cuando se le presentaba la ocasión de lamer el contorno de su pecho y succionar los pezones. Phoebe quiso gritar su nombre cuando sintió que se metía un pezón en la boca y jugaba con él usando la lengua. Ella, por su parte, adelantó las caderas para acudir al encuentro de sus envites, ansiosa de más.

En aquella postura, Phoebe descubrió que el miembro de Marcus llegaba más hondo y por ende, la excitación era aún mayor. Se sentía poderosa y él estaba más que complacido de entregarle a ella el control del sexo aquella noche.

Marcus gruñó, sujetando el femenino pezón entre los dientes, cuando sintió los dedos de ella clavándosele en la espalda. Tenía el cuerpo cubierto de sudor que se entremezclaba con el de ella, pero estaba dispuesto a alargar el momento tanto como pudiese. Aferrándose a la larga melena de Phoebe, le sujetó la nuca con una mano para llevarla al encuentro de su boca hambrienta. Ella gimió cuando le introdujo la lengua e imitó con ella los movimientos de su

pene. Excitada como nunca, Phoebe lo ahogó en su interior, arrancándole así un gemido casi felino.

Sonrió satisfecha cuando lo sintió convulsionar bajo ella antes de caer rendido sobre la cama. Sintiéndose más seductora que nunca, alzó los brazos y comenzó a danzar sobre el cuerpo de Marcus, con él aún encajado dentro de su cuerpo. Se excitó con las caricias de las manos de él sobre su vientre, luego sobre los pechos, y entonces su pelvis comenzó a moverse rápida, desesperadamente, en busca del potente orgasmo que liberaría su deseo.

Se mordió los labios cuando alcanzó la cima del intenso clímax, dejándose caer sobre el pecho de Marcus, sintiéndose completamente satisfecha. Nunca en toda su vida se había encontrado tan eufórica, a pesar de que no se creía capaz de mover un solo dedo. Su corazón latía desbocado contra el cuerpo de su amante, del hombre que amaba. Ese pensamiento la golpeó de manera inesperada, pero la certeza de su amor era ya innegable. Jamás se había sentido así y dudaba que otro hombre pudiera provocarle ese sentimiento.

Ronroneó como un gatito cuando Marcus comenzó a trazarle círculos sobre la espalda desnuda y ella le correspondió besándole amorosamente el pecho, allí donde su corazón latía relajado. Cuando sus ojos se encontraron, se sonrieron, y él le apartó el pelo de la cara.

—Eres una caja de sorpresas —le susurró Marcus—. Has estado...

A falta de una palabra que se acercara a lo que Phoebe le hacía sentir, Marcus cerró los ojos y suspiró.

Ella rio, encantada.

—Sí que sabes cómo hacer un cumplido a una mujer —le dijo ella, inclinándose para mordisquearle la barbilla—. Pero el mérito es todo suyo, doctor Graham. Jamás me había sentido como cuando estoy contigo.

Él le peinó el cabello con los dedos; tenían los rostros separados por escasos centímetros y Marcus no pudo contener

las ganas de besarla. Phoebe tenía los labios hinchados y enrojecidos a consecuencia de sus besos, pero le correspondió más que gustosa.

Cuando se dejó caer a su lado, él aprovechó para deshacerse del preservativo usado. Después de haber sido padre junto a la mujer que él pensó que era su alma gemela y haberla perdido poco tiempo después, Marcus volvía a sentirse como un joven enamorado y lleno de vitalidad. Phoebe le demostraba con cada mirada, con cada caricia, con el mismo beso que le estaba dando en la espalda antes de que él volviera a tumbarse a su lado, lo importante que era para ella. Saber que aún podía hacer feliz a otra persona le emocionaba y enorgullecía a partes iguales.

—Háblame de la fiesta que organiza tu madre —le pidió.

Él acomodó la espalda contra la almohada mientras Phoebe recostaba la mejilla sobre su pecho y le acariciaba el esternón.

—Cuando decidí que no quería trabajar en la clínica junto a mi padre y me ofrecieron un puesto como especialista en el hospital, a mi madre casi le da un ataque —le contó él, y sonrió al recordar—, así que decidió investigar por su cuenta para comprobar por sí misma dónde me estaba metiendo.

—Seguro que estás exagerando —lo acusó ella, riendo.

Al parecer, la madre de Marcus era tan generosa como entrometida.

—Ya lo comprobarás por ti misma. Lo que ocurrió fue que descubrió el ala de oncología infantil del hospital. —Marcus se movió un poco para poder mirarla a los ojos—. Y cuando Violet nació y nos quedamos solos, a mi madre se le ablandó un poquito más el corazón. Así que decidió organizar fiestas benéficas para recaudar fondos para los niños.

—Me parece algo muy noble.

Aún sin conocer a la señora Graham, Phoebe decidió que no era justo juzgarla por su aparente exceso de control sobre su hijo. Bianca era una mujer generosa que se preocupaba por los demás y eso la honraba. De pronto, Phoebe descubrió que

se trataba de un acto para recaudar fondos y aunque ella hubiera sido invitada como pareja del hijo de los anfitriones, no tenía ni idea de cómo podía contribuir a la causa.

—Marcus. —Levantando la cabeza, lo miró con los ojos muy abiertos—. No me has dicho cómo puedo colaborar.

Comprendiendo cuál era su preocupación, Marcus le sonrió para tranquilizarla y le restó importancia con un apasionado beso en los labios.

—Eres mi invitada y mi acompañante —le susurró él—. No tienes por qué preocuparte de eso. Pero me gustaría que disfrutaras de la noche conmigo.

—Creía que siempre disfrutabas conmigo —le hizo ver ella, con un guiño travieso.

Él rompió a reír hasta que Phoebe lo acalló con un beso para evitar que despertara a Violet.

Permitiendo que Marcus se colocase encima para un nuevo asalto, se dijo que al día siguiente pensaría la manera de colaborar en la fiesta. De momento tenía asuntos más importantes de los que ocuparse; en concreto: un hombre terriblemente sexy y excitado que le estaba haciendo el amor.

* * *

Phoebe decidió que ya que su fortuna no podía compararse a la de los Graham y que probablemente ni siquiera pudiera pagar el precio del cubierto, colaboraría con los pequeños enfermos con lo mejor que podía ofrecer de sí misma: su arte.

Hacía mucho tiempo, demasiado quizá, que no se enfrentaba al reto que supone un lienzo en blanco, pero en aquella ocasión tenía muy claro lo que quería pintar. Ya había elaborado un esbozo con anterioridad, de modo que al cerrar los ojos la pintura aparecía en su mente tal y como quería plasmarla con el pincel.

Durante lo que restaba de semana hasta que tuviera lugar la cena benéfica de los Graham, Phoebe no hizo otra cosa más que aprovechar todo su tiempo libre para dedicárselo a su

nuevo reto. Sin embargo, este no era mucho, ya que pasaba todas las tardes cuidando de Violet mientras Marcus trabajaba en la clínica y las noches... Bueno, basta con decir que el doctor Graham tenía mucho amor que dar y la mantenía despierta hasta altas horas de la madrugada. A pesar de todo, se sentía agradecida con los padres de Marcus por haberla invitado a un acontecimiento tan importante sin haber llegado a conocerla primero, y ella no quería parecer una jovencita maleducada que no contribuía a la noble causa de recaudar fondos.

Así pues, el tiempo que necesitaba para acabar su pintura lo consiguió al suprimir las clases en la universidad de su día a día. Phoebe sabía que no estaba bien y que corría el riesgo de perder la beca que le permitía cursar sus estudios en Stanford, pero mientras pintaba no era capaz de pensar en nada más. Mezclar colores que daban como resultado otros nuevos y que la llevaban a insólitas gamas pictóricas que solo los verdaderos artistas apasionados con sus obras son capaces de conseguir. Las posibilidades eran infinitas y el resultado final era impredecible. Todo dependía de la imaginación y la creatividad del artista.

En medicina todo era muy distinto, pensó. No había margen de error y todo debía estar milimétricamente calculado. Cualquier fallo, por mínimo que fuera, marcaba la diferencia entre la vida y la muerte. Por ese motivo, Phoebe respetaba tanto a aquellos que decidían dedicar su vida a salvar las de los demás. Empezaba a plantearse seriamente y por primera vez la posibilidad de abandonar medicina. ¿Realmente estaba preparada para ejercer como doctora en un futuro? ¿Y si fallaba? No soportaría perder a un paciente y si además sucedía por un error suyo, jamás podría perdonárselo. Puede que no se le diera mal, pero no era su verdadera vocación. Era el sueño de Ben, no el suyo.

Al pensar en su hermano tuvo que detenerse unos momentos que aprovechó para contemplar el desarrollo de su trabajo. Ben tenía un don para sanar a los demás al igual que ella lo tenía para captar momentos y emociones a través de los

diversos colores que se formaban en su paleta y el trazo de su pincel. Si él no hubiera muerto en aquel terrible accidente de tráfico, Phoebe estaba segura de que la animaría a perseguir sus sueños, tal y como estaba haciendo Marcus.

Hasta el momento en que el joven doctor Graham entró en su vida, Ben había sido su referente, la persona más importante para Phoebe aunque ya no estuviera vivo. Sonrió con nostalgia al pensar que a Ben le hubiera gustado conocer a Marcus. Pero él ya no estaba a su lado y nunca regresaría por más que ella lo deseara; no tenía sentido sacrificar su vida y sus sueños por cumplir las expectativas de sus padres y vivir la vida que hubiera sido de Ben. Sus padres lo entenderían, no tendrían otra alternativa.

No se había dado cuenta de que se había alterado tanto hasta que se pasó el antebrazo cubierto de pintura por la frente y descubrió que estaba perlada en sudor. Acababa de tomar la que probablemente fuera la decisión más importante de su vida y ahora sentía una enorme sensación de alivio. Se había deshecho por fin de las cadenas que la mantenían anclada al pasado para convertirse en una mujer libre con un futuro lleno de posibilidades por delante. Definitivamente, se dijo, volver a pintar le había abierto los ojos y le había dado el valor para colocar las cartas sobre la mesa: tenía un hombre que la quería, era joven y estaba dispuesta a comerse el mundo. Solo tenía que intentarlo y otorgarse a sí misma una segunda oportunidad para ser feliz. Ahora sabía lo que quería y pensaba ir a por todas en su decisión.

Respirando hondo, tomó de nuevo el pincel y, con mano decidida, comenzó a repasar con sumo cuidado unas largas pestañas que enmarcaban unos pequeños ojos de un bebé que dormía. Pero cuando Madison entró en el apartamento tal y como lo haría una manada de elefantes en la quietud de la sabana, Phoebe estuvo a punto de echar a perder su trabajo.

—*We can do it!* —le gritó Madison, rompiendo a reír después.

Phoebe colocó los brazos en jarras sobre la cintura mientras su amiga reía a carcajadas y la señalaba con el dedo al reparar en su atuendo. Le gustaba colocarse su *ropa de guerra*, como ella solía llamarla, cada vez que empezaba un cuadro, pues siempre acababa repleta de manchas de colores. En aquella ocasión había elegido unos pantalones cortos y desgastados, una vieja camisa vaquera y llevaba el pelo recogido con un pañuelo rojo, de modo que su amiga no había dudado en utilizar el viejo eslogan de la Segunda Guerra Mundial con la imagen de *Rosie, la Remachadora* para referirse a ella.

—Muy graciosa —Phoebe le sacó la lengua—. ¿Se puede saber dónde estabas?

Con cuidado de no pisar la sábana que su amiga había colocado en el suelo para no mancharlo con sus productos, Madison se acercó hasta ella y ladeó la cabeza para contemplar su obra.

—Por ahí —contestó; centró su atención en la imagen que le servía a Phoebe como guía para realizar su pintura y después en el resultado de su trabajo—. ¡Es la leche! Fíjate en las caras, ¡son iguales! —Y empujó a Phoebe a un lado para demostrarle su valía—. Al final va a resultar que sabes pintar y todo. ¡Son idénticos!

Regresando al lado de Madison, las dos amigas contemplaron el cuadro en silencio durante unos minutos.

—¿De verdad te lo parece? Aún quiero retocar un poco las sombras y darle algo de profundidad, pero...

—¡Déjate de peros! —Madison le rodeó los hombros con un brazo y asintió con la cabeza—. Lo vas a tener comiendo de tu mano. —Al ver que Phoebe se sonrojaba y se mordía los labios, Madison exclamó—. ¡Eres una perversa! Así que buscándote los favores sexuales del papi sexy ¿eh?

—¡Yo no he dicho eso! —Phoebe le lanzó un pincel sin usar—. Cierra el pico y ayúdame a recoger.

—Ni de coña. Estoy estrenando esta blusa y tengo planes luego. No pienso tocar tus pinturas.

Mientras se llevaba el cuadro a su habitación, Phoebe se dio cuenta de que su amiga se había puesto especialmente guapa esa tarde y no es que Madison fuera vestida de cualquier manera, todo lo contrario. Ella siempre se preocupaba de que el nuevo pantalón conjuntara con la blusa que compró la semana anterior y que los zapatos fueran lo suficientemente altos como para que le estilizaran las piernas; pero aquella tarde se la veía distinta. Ansiosa, a decir verdad.

—Así que tienes una cita ¿eh? —la provocó.

—No es exactamente una cita —contestó Madison después de chasquear la lengua. Daba la impresión de que para ella fuera un fastidio tener que hablar de ello—. Liam y yo vamos a tomar algo después.

La mandíbula de Phoebe se desencajó al escucharla.

—¿Liam y tú?

—No pongas esa cara —se quejó Madison—. Te recuerdo que eras tú la que me empujaba a salir con él.

—Creí que no era tu tipo. Y como es el mejor amigo de Marcus pensé que no querrías tener nada que ver con él.

—Ya, bueno... Pues he cambiado de idea —le hizo ver Madison, aunque por dentro el corazón se le acelerase cada vez que pensaba en las perspectivas que se abrían ante ella con aquella cita—. Y solo es una copa. Tú te acuestas con el doctor macizo todas las noches y no te digo nada.

Phoebe rompió a reír a carcajadas cuando escuchó el nuevo apelativo que Madison le había otorgado a Marcus.

—Creo que los de *Anatomía de Grey* tienen derechos de autor por esa frase —le dijo entre risas—. Pero esta noche seré una chica buena y veré dibujos animados con Violet. Marcus tiene guardia.

—No me das ninguna lástima. ¿Te das cuenta de que probablemente seas la única estudiante de todo el campus que

haya disfrutado del sexo más increíble de la galaxia y con un tío que está cañón?

—¡Madison!

Y las dos rompieron a reír como adolescentes. Ni Phoebe ni tampoco Madison lo sabían aún, pero Liam y Marcus estaban sacando lo mejor de ellas mismas.

—¿Ya has decidido qué vas a ponerte en la gala benéfica? —le preguntó Madison.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—Cuando pienso que he encontrado el vestido perfecto siempre hay algo que no sale bien. O la falda es demasiado corta y debe ser un vestido de noche largo hasta los pies o el precio es superior al alquiler del apartamento o no encuentro los zapatos adecuados... —Suspirando desesperada, Phoebe se dejó caer en el sofá—. Empiezo a plantearme si es buena idea que acompañe a Marcus. No quiero hacer el ridículo.

—Es que no vas a hacer el ridículo —le aseguró Madison, sentándose a su lado—. Levanta el trasero, quítate el uniforme de chica dura y date una ducha. ¡Nos vamos de compras!

Phoebe negó con la cabeza. Sabía lo que era ir de compras de Madison y no creía que ni su paciencia ni su cartera pudieran soportar una jornada de tiendas con ella.

—Te lo agradezco, Maddy. Pero estoy sin blanca, ya lo sabes. No me parece bien que Marcus me pague por hacerle de canguro después de que nosotros...

—Ya, ya —la interrumpió Madison—. Sexo y trabajo mala combinación. Pero es que ni tú ni yo vamos a pagar.

Phoebe se la quedó mirando sin entender, temiendo que su amiga hubiera perdido del todo la cordura. La vio sacar una tarjeta dorada del bolso y colocarla a escasos centímetros de su rostro.

—Papá —se limitó a decir, con una enorme sonrisa en sus labios perfectamente pintados de rojo.

No tuvo opción de réplica; antes de que pudiera decir que no le parecía buena idea usar la tarjeta que el señor Carter le había dado a su hija para casos de emergencia en una tarde de compras, Madison la había empujado a su habitación y prácticamente la había desnudado ella misma. De nada le servían las quejas y súplicas.

Madison condujo encantada, cantando a voz en grito una pegadiza canción de Bruno Mars, hasta Union Street, la calle de tiendas y boutiques más exclusivas de todo San Francisco.

—¿Eres consciente de que va a costarnos una fortuna? —le susurró Phoebe cuando entraron en un pequeño pero elegante local.

Phoebe estaba segura de que les cobrarían por el aire que respiraban.

Madison, en cambio, soltó una risita traviesa y dio unos golpecitos en el bolso, donde guardaba la preciada tarjeta.

A pesar de todo, tenía que reconocer que era mucho más fácil ir de compras cuando Madison la acompañaba. Su amiga tenía un gusto exquisito —y también muy caro— al vestir, y la ayudaba a elegir las prendas que mejor le sentaban.

—El rojo no es mi color —le hizo ver Phoebe.

Pero Madison insistía en que se probara el vestido color rojo Valentino que acababan de ver tras un escaparate.

—Confía en tu *personal shopper*, querida.

—¿Mi *qué*?

—Calla y pruébatelo de una vez.

Poniendo los ojos en blanco, Phoebe tomó la percha que Madison le tendía y se perdió tras la cortina del probador.

—Además —continuó quejándose—. Es demasiado ceñido. ¿Cómo quieres que camine con esto? ¡Y con tacones, nada menos!

—¿Quieres salir de una vez?

—No me queda bien.

—Phoebe Hadley —la amenazó Madison—, si no sales de una vez juro por la *Visa* de mi padre que llamaré a los bomberos y montaré un espectáculo que saldrá en el periódico local. Sal, ¡ahora!

Soltando un taco, Phoebe apartó la cortina y quedó a la vista de una Madison que la miraba boquiabierta.

—Te dije que no me quedaba bien —murmuró, recolocándose el escote palabra de honor del vestido.

Pero Madison levantó un solo dedo y negó con la cabeza.

—Solo te diré una cosa. —Y mirándola a los ojos, sonrió—. ¡Joder! Marcus se va a morir cuando te vea con este vestido.

—Pero, Maddy...

—¡Nos lo llevamos! —gritó Madison para que la dependienta la oyera—. Y ahora, ¡vamos a elegir la lencería que deje a tu hombre sin habla!

Los extensos y cuidados terrenos del Presidio Club de Golf de San Francisco tenían el honor de acoger un año más la gala benéfica que los Graham celebraban con el fin de apoyar a las familias de niños enfermos de cáncer. Desde que comenzara a celebrarse el acto, seis años atrás, el célebre y exclusivo campo de golf situado en la zona alta de la ciudad había sido el lugar elegido por Bianca Graham para organizar lo que ella llamaba la noche de la solidaridad. Dada la larga lista de amigos y conocidos del matrimonio, cada año aumentaba el número de invitados, de modo que la recaudación final siempre superaba las expectativas iniciales.

Bianca tenía motivos para sentirse orgullosa de su labor. Lo que al principio había sido tan solo un mero entretenimiento para ella —encontrar el lugar adecuado, elaborar las invitaciones, contactar con la prensa...—, se convirtió en su principal razón para luchar día a día por esos niños cuando entregó el primer cheque con los fondos recaudados al ala oncológica del hospital donde Marcus trabajaba; allí recibió los abrazos y agradecimientos de los padres de los niños enfermos. Con el dinero donado no solo se financiaba la investigación de la enfermedad, sino que servía como ayuda para las familias que llegaban desde muy lejos para tratar a sus hijos y que no podían costearse la estancia en un hotel durante un tiempo tan prolongado.

La de esa noche no solo era una fiesta de reencuentro entre viejos amigos cuyos bolsillos estaban llenos de billetes; aquella noche suponía la esperanza para muchas familias y Bianca no podía estar más satisfecha del resultado final.

Phoebe quedó impresionada por el resplandor de centenares de pequeñas lucecitas colocadas en el horizonte a modo de carpa sobre lo que supuso que sería una pista de baile. Mientras Marcus entregaba las llaves al aparcacoches y ayudaba a uno de los muchachos a descargar el lienzo envuelto que ella había pintado días atrás, Phoebe se llevó una mano al

pecho para contener los nervios que acababan de apoderarse de su cuerpo. Sabía que los padres de Marcus eran muy conocidos entre los grupos más selectos de la sociedad de San Francisco, pero jamás imaginó el gran esplendor de aquella velada.

Frente a ella, sobre las verdes pistas de golf, había colocadas alrededor de treinta mesas elegantemente vestidas de al menos diez asientos en cada una de ellas, una orquesta formada por media docena de músicos amenizaba la noche con una música suave que no impedía las múltiples conversaciones entre los muchos —muchísimos, a decir verdad— invitados. Hombres y mujeres de diferentes franjas de edad lucían sus mejores galas, mostrando lo mejor de sí mismos. Desde la distancia, Phoebe pudo contemplar el brillo de las carísimas joyas que adornaban los bustos de las damas e instintivamente se llevó una mano a su cuello desnudo. Nunca se había sentido tan expuesta como en aquel momento y temió no estar a la altura.

Al contemplar el gesto de preocupación en ella, Marcus no tardó en situarse a su lado. Tomó entre las suyas la mano que permanecía en el pecho de Phoebe y se la llevó a los labios.

—Respira hondo —le susurró—. Esta noche estás fantástica, cariño. Y yo soy el hombre más afortunado de la fiesta.

Phoebe intentó sonreír para agradecerle sus palabras, pero ella no tenía tanta seguridad como Marcus. Cuando él la había visto salir de la habitación, después de haberse pasado una hora de reloj arreglándose, se había quedado sin habla. Estaba realmente deslumbrante. Había elegido un vestido de un color rojo intenso largo hasta los pies y sin tirantes, por lo que podía lucir sus jóvenes hombros de piel tersa y perfecta. Además estaba altísima, pues los zapatos de tacón que llevaba la hacían estar a su misma altura. Pero Marcus había quedado prendado de su peinado; su larga melena castaña estaba ligeramente rizada y descansaba sobre uno de sus hombros, dejando el otro completamente expuesto. Le había costado mucho no besar

sus clavículas, que lo provocaban constantemente. Se dijo que era un hombre con suerte por tenerla a su lado.

—Tú también estás muy guapo —le susurró Phoebe, mientras le colocaba correctamente la pajarita—. Me recuerda a la primera vez que te vi con un traje.

Él le sonrió. En aquella ocasión no eran más que unos amigos que comenzaban a conocerse y ahora ella dormía todas las noches entre sus brazos.

—Hemos avanzado mucho desde entonces —le dijo él, y se inclinó para robarle un beso.

—Y que lo digas. —Phoebe le deslizó un dedo sobre los labios para limpiarle los restos de carmín—. Tu madre sí que sabe cómo organizar una fiesta.

La sonrisa nerviosa que acompañó su frase le hizo ver a Marcus lo alterada que estaba. Era su obligación tranquilizarla y así lo haría. Aquella noche era para los dos y pensaba aprovecharla para demostrarle al mundo que era un hombre nuevo. Un hombre enamorado.

—Solo sé tú misma —le dijo él y se colocó el brazo de ella en torno al suyo—. ¿Preparada?

—No creo que lo esté nunca, pero... —suspirando para intentar serenarse, asintió—. Allá vamos.

Nada más poner un pie entre la multitud fueron recibidos por los afectuosos brazos de la madre de Marcus, que ya había sido avisada de la llegada de su hijo. Phoebe permaneció en un segundo plano mientras madre e hijo se saludaban y se quedó impresionada al advertir lo joven que era Bianca Graham. Llegó a la conclusión de que a pesar de sus problemas para concebir, Marcus debía haber nacido cuando ella aún era muy joven. A pesar de que era una mujer madura, se conservaba en plena forma y el vestido gris perla que dejaba sus brazos al descubierto no hacía más que resaltar su favorecida figura. Bianca llevaba el cabello rubio recogido en un moño de estilo italiano y sus ojos azules le sonrieron cuando repararon en ella.

—Tú debes de ser Phoebe, imagino.

Phoebe sintió que sus mejillas se calentaban a causa del rubor y deseó bajar la cabeza hasta hacerse muy, muy pequeña. Pero cuando vio que el pecho de Marcus se hinchaba de orgullo al presentarla ante su madre y que esta le sonreía a la espera de una respuesta, extendió el brazo y estrechó la mano que Bianca le tendía.

La sorpresa fue mayúscula para ella y para Marcus cuando su madre le dio un cariñoso abrazo.

—Me alegra mucho que hayas decidido acompañarnos esta noche —le dijo a Phoebe—. Mi hijo no deja de hablar de ti y tengo entendido que has conectado muy bien con mi nieta.

—Es una niña encantadora —le respondió Phoebe, halagada—. Muchas gracias por haberme invitado. Todo está precioso. Me encanta.

—Tonterías. —Bianca le dio una palmadita en la mano y luego acarició la mejilla de Marcus—. Me hace muy feliz volver a ver a mi hijo tan contento. —Y mirándola a ella añadió—. Gracias.

—Para, mamá. —La frenó el Marcus más sonriente que Phoebe había visto nunca—. Acabarás asustándola.

—¿Reunión familiar y nadie me ha avisado?

Al levantar la mirada, Phoebe vio que un hombre atractivo de mirada seductora y que lucía una juvenil perilla se acercaba hacia ellos cargado con dos copas de champán. No tuvo problemas en reconocerlo; aunque no hubiera visto nunca ninguna fotografía del doctor Paul Graham, la sonrisa torcida que lucía lo hubiera delatado, pues Marcus había heredado ese gesto de su padre con el que ella estaba ya tan familiarizada.

—Querida... —Entregándole una copa a su esposa, Paul Graham se situó a su lado—. Creo que no me equivoco al decir que tengo el gusto de conocer por fin a la famosa señorita Hadley.

Ella se mordió los labios para contener una sonrisa cuando el padre de Marcus tomó su mano y se la llevó a los labios para depositar en ella un galante beso.

—Marcus no me había dicho que fuera tan caballeroso —comentó Phoebe.

—Llámame Paul, por favor —le dijo el hombre y le guiñó un ojo—. He de reconocer que mi hijo tiene buen gusto.

—Vale, ya es suficiente —se quejó Marcus.

Tanto sus padres como la propia Phoebe rompieron a reír cuando él le deslizó un brazo alrededor de la cintura y atrajo su cuerpo hasta pegárselo al costado.

—¿Intentas levantarme la chica, papá?

Su padre rio entre dientes, entrecerrando los ojos del mismo modo que hacía Marcus.

—No se me ocurriría, hijo. —Y para demostrarlo, le robó un tierno beso a su ruborizada esposa—. Yo ya cacé a la chica más maravillosa que un hombre pueda encontrar por muchos años que viva.

Bianca apoyó la mejilla sobre el hombro de su esposo y Marcus sintió que Phoebe se aferraba a su cuerpo al ver a sus padres mostrar aquella cariñosa prueba de amor ante ellos.

—Y los dos somos hombres afortunados —sentenció Marcus—. Mamá, Phoebe ha insistido en traeros un regalo esta noche.

Mientras conducía a sus padres y a Phoebe, que iba cogida de su mano, al edificio principal del club de golf, Marcus iba explicándoles que su chica era una artista y que había querido compartir su talento con los demás invitados.

—No tenías que haberte molestado. —Bianca la miró con una sonrisa; pero Phoebe percibió el brillo de entusiasmo en sus ojos azules.

—No ha sido ninguna molestia —le aseguro ella—. Quería colaborar esta noche, pero Marcus no me permitió hacer una

donación así que pensé que podría donar una de mis pinturas.

—¿Puedo?

Bianca sostenía la fina tela oscura con la que habían cubierto el cuadro y cuando Phoebe asintió, dando su consentimiento, este fue retirado.

Phoebe ni siquiera había permitido que Marcus viera su obra hasta ese preciso momento y lo que vio en el rostro de los Graham le hizo saber que había hecho un buen trabajo y que podía sentirse orgullosa. Había plasmado en el lienzo aquel esbozo que trazó una vez en su cuaderno de dibujo la mañana que se encontró a Marcus durmiendo en el sofá con Violet sobre su pecho. La pintura representaba el amor más sincero y absoluto que existe en el mundo: el de una hija y su padre. Phoebe había conseguido capturar ese momento tan tierno y tan íntimo y se vio recompensada con la emoción que mostraban los ojos de Bianca, el agradecimiento de los de Paul y el amor con el que Marcus la abrazaba.

—Pueden donarlo a la fundación o tal vez subastarlo — sugirió ella, nerviosa.

Pero los padres de Marcus se negaron inmediatamente.

—No podías colaborar de mejor manera —le aseguró Paul—. Gracias, querida.

—Saquémoslo fuera para que puedan verlo los invitados. Gracias, Phoebe. —Bianca la abrazó, sorprendiéndola de nuevo—. Es el mejor regalo que podrías hacerme.

Mientras sus padres decidían qué lugar sería el más adecuado para colocar el lienzo, Marcus la llevó a un rincón apartado, apoyó la espalda de Phoebe contra la pared y la besó de manera apasionada.

—¿Y esto?

—Si sigues así acabaré muy enamorado —le susurró él sobre sus labios.

A ella le temblaron las piernas al escucharlo. Para ella ya era tarde, su corazón latía por él.

Después de besarla nuevamente, Marcus la tomó de la mano y la condujo al exterior, donde la fiesta los esperaba. De inmediato, Phoebe se vio rodeada por decenas de conocidos que se acercaban a saludar a Marcus y de paso conocer la identidad de su misteriosa acompañante. Las mariposas que Phoebe sentía en el estómago se multiplicaron por mil cada vez que él la presentaba como su novia. Saludaron a eminentes doctores, famosos deportistas e incluso a políticos de renombre que estrecharon sus manos y cuyas mujeres alababan su exquisito vestido. Ella trataba de devolverles los cumplidos, pero a duras penas le salían las palabras de tan abrumada como se sentía.

Cuando un grupo de doctores reclamaron la atención de Marcus para debatir algún asunto médico, este intentó eludirlos, ya que no quería dejar sola a Phoebe. Sin embargo, fue ella quien insistió para que se reuniera con sus colegas, asegurándole que estaría bien y que se distraería contemplando la bonita y elegante decoración que Bianca había elegido para engalanar la fiesta.

Estaba paseando cerca de la orquesta cuando reparó en lo sedienta que estaba, así que su misión mientras esperaba el regreso de Marcus sería dar caza a un camarero. Pero estos parecían deslizarse con ruedas sobre el entarimado, ya que cada vez que intentaba interceptar a uno, la bandeja pasaba frente a su nariz tan rápido que no le daba tiempo de coger una copa de champán.

Estaba a punto de desistir cuando una elegante copa llena con un dorado y burbujeante líquido apareció ante su rostro como por arte de magia.

—Sería injusto impedir que la mujer más hermosa de toda la fiesta calme su sed.

Girando sobre sus pies, Phoebe se encontró frente a un atractivo hombre vestido de esmoquin que le estaba dedicando una preciosa sonrisa de dientes blancos y le tendía una copa de champán. Era guapo, como la mayoría de los invitados de aquella fiesta, pero más joven que el resto y con una abundante

mata de pelo dorado perfectamente engominado y unos bonitos ojos azules.

Ella le agradeció la copa con una sonrisa antes de darle un pequeño sorbo.

—Gracias. Me temo que con estos zapatos me hubiera resultado imposible seguir al camarero.

El hombre rio; luego tomó su mano y se la besó en el dorso.

—Ya es la segunda vez que un caballero me besa la mano esta noche —comentó divertida.

—Tal vez sea porque no hemos podido apartar los ojos de ti desde que has aparecido. —Y le guiñó un ojo—. Me llamo Ashton, por cierto.

—Phoebe —le sonrió ella—. Exageras, Ashton. Creo que nunca he visto a tanta gente guapa reunida como esta noche.

Los dos compartieron una sonrisa. Era un hombre agradable que se había molestado en acercársele cuando la había visto sola y sedienta. Le estaba agradecida por ello, pero se preguntó qué pensaría Marcus si la encontraba hablando animadamente con un desconocido.

—No puedo creer que tu acompañante te haya dejado sola. Si hubieras venido conmigo me habría asegurado personalmente de que no te separaras de mi lado.

Ella se ruborizó, un tanto incómoda por la confianza que Ashton se estaba tomando con ella.

—Marcus volverá enseguida —se apresuró a decir Phoebe.

Como si él la hubiera escuchado, de repente sintió el fuerte brazo de Marcus rodeándole el cuerpo en un gesto marcadamente posesivo. Al levantar la vista hacia él, vio que apretaba la mandíbula y que su mirada se había endurecido.

—¿Qué haces aquí, Ashton?

El cuerpo de Phoebe se tensó al escuchar el frío tono de voz que había utilizado Marcus para dirigirse a su nuevo

amigo. Algo se le escapaba.

—Siempre tan cortés, Graham. Un placer conocerte, Phoebe. Pero me temo que nuestros caminos se separan aquí. —Dirigiéndose de nuevo a Marcus, añadió—. Sigues teniendo un gusto exquisito para elegir mujeres. Volveremos a vernos.

Lo vieron marcharse y mezclarse de nuevo entre los demás invitados. Phoebe sintió que el brazo con el que Marcus la sujetaba se relajaba notablemente a medida que perdían de vista a Ashton.

—¿De qué iba eso? —le preguntó—. ¿Algún viejo compañero? ¿Le robaste una chica?

A pesar de que ella trataba de relajar la tensión que se había apoderado del cuerpo de Marcus, este lanzó un gruñido y la condujo hacia la pista de baile. No habló hasta que la orquesta comenzó a tocar *The way you look tonight* y solo Phoebe podía escucharlo.

—Ashton es el hermano de Amelia —le susurró.

Phoebe levantó la cabeza de su hombro, sorprendida por lo que acababa de oír.

—¿Amelia? ¿La madre de...?

Marcus asintió.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó ella.

—Ashton es un conocido abogado de California, y los Wilson han sido siempre unos buenos mecenas —resopló—. Voy a matar a mi madre.

Phoebe le deslizó las manos por la espalda, intentando tranquilizarlo mientras ella misma trataba de entender la situación. Acababa de estar con el hermano de la mujer que había abandonado a Marcus y a su propia hija. Sintió náuseas al recordar que le había parecido atractivo. Al parecer, todos los Wilson eran unos traidores sin honor ni escrúpulos.

—Estoy segura de que no lo sabía —le susurró ella—. Baila conmigo, doctor Graham.

Phoebe lo sintió sonreír contra la curva de su cuello.

—No es la primera vez que me lo dices.

Ella levantó la cabeza para mirarlo y le sonrió.

—Pero ahora soy toda tuya —le susurró.

Marcus la recompensó besándola de manera intensa, sin que le importaran las miradas curiosas que pudiera atraer.

—Gracias por traerme esta noche. Lo estoy pasando muy bien.

Él gruñó al recordar su reciente encuentro con el que un día fue su cuñado.

—¿A pesar de los encuentros indeseados?

—A pesar de ellos —le aseguró Phoebe—. Además, no ha ido tan mal con tus padres ¿verdad? —Le sonrió—. Creo que les gusto.

—Te los has metido en el bolsillo. Mi padre acaba de felicitarme, otra vez, por haberte convencido para salir conmigo.

Ella estalló en carcajadas.

—Es todo un caballero. Y se le ve muy recuperado.

—Es terco como nadie —resopló Marcus—. Quiere reincorporarse al trabajo la próxima semana.

—¡Eso es fantástico! Así estarás más libre y tu padre volverá a sentirse útil.

Marcus hizo una mueca.

—¿Qué ocurre?

—Me han pedido que asista a un congreso sobre ginecología en Los Ángeles.

—¿Ah, sí?

Marcus asintió. Le apetecía mucho poder compartir unos días de conferencias con sus antiguos compañeros de

universidad, pero aquello suponía tener que pasar un tiempo alejado de ella.

—Todavía no he aceptado —le dijo él—. Quería hablarlo contigo primero.

—Tienes que ir. No puedes perdértelo, Marcus. Los dos sabemos que te mueres de ganas por ir a esa conferencia.

—Pero ¿qué pasa con Violet? ¿Y nosotros?

—Yo cuidaré de Violet los días que estés fuera. —Phoebe le sonrió y entrelazó sus manos sobre la nuca de él—. Y seguiré aquí cuando vuelvas. Pero te echaré de menos.

Marcus apoyó la frente sobre la de ella y cerró los ojos al mismo tiempo que lanzaba un suspiro.

—Enamorado... —murmuró él, en voz muy baja.

Phoebe se mordió los labios, intentando controlar la emoción que sentía cada vez que él le hablaba de amor. Luego se rindió a sus besos.

—Llévame a casa y hazme el amor —le susurró Phoebe—. Dame un motivo para que no te olvide durante estos días.

Marcus gruñó al escucharla y su bragueta cobró vida propia anticipándose al intenso placer que le esperaba al volver a casa.

—¿Qué estás haciendo conmigo?

—Lo mismo podría decirte. —Phoebe sostuvo el lóbulo de su oreja entre los dientes—. Hazme feliz, Marcus.

Y él, completamente rendido, así lo hizo durante el resto de la noche.

A pesar de ser la primera vez que Madison hacía de canguro, lo cierto es que no se le estaba dando del todo mal. Aunque era una chica extrovertida que siempre intentaba afrontar la vida de forma positiva, nunca había prestado demasiada atención a los niños; con Violet, en cambio, el mundo de la infancia estaba siendo todo un descubrimiento.

Se había ofrecido a cuidar de la hija de Marcus para que Phoebe y él pudieran disfrutar de la elegante cena benéfica que organizaban sus padres y no tuvieran que preocuparse por volver pronto a casa donde les esperaba el bebé. Si ella hubiera estado en el lugar de Marcus, como madre, no habría dejado a su hija a cargo de una persona que tenía tan poca experiencia con niños; pero Violet y ella habían conectado desde el primer momento. Así que Madison ahora era la tía Maddy y, como tal, pensaba malcriar a la niña hasta que esta se matriculara en la universidad. Solo esperaba que Phoebe y Marcus siguieran juntos para entonces.

Madison se sentía muy feliz al ver que su amiga había encontrado por fin a un hombre que la trataba como ella merecía. Después de Álex, su ex novio, Marcus era justo lo que necesitaba. Era bastante evidente que estaba loco por ella; el modo que tenía de mirarla, completamente hipnotizado, cuando ella no prestaba atención, los roces furtivos de sus manos, la forma en que sus cuerpos se movían en sincronía cuando estaban en la misma habitación... Phoebe merecía ser feliz, pero a pesar de la alegría que Madison sentía por su ella, no podía evitar la pequeña punzada de envidia en su corazón cada vez que la veía junto a Marcus.

Aunque Madison era una chica dura, y así le gustaba mostrarse ante el mundo, en su interior custodiaba un corazón vulnerable y romántico que esperaba poder entregar a un hombre algún día. A sus veinte años había conocido a una gran cantidad de hombres que mostraban abiertamente su interés por ella, y no es que los culpaba. Madison sabía que tenía un

bonito físico que atraía al sexo masculino, pero ella quería algo más que sexo de una noche. Quería su gran historia de amor.

Aquello la llevó a pensar en Liam. Había cambiado mucho desde que se conocieron y ahora se mostraba atento y cariñoso con ella, e incluso se molestaba en llamarla diariamente para darle las buenas noches aunque se encontrara cubriendo su turno de noche en el hospital. Ya no era el mujeriego caradura que había sido y aunque tan solo hubieran pasado unas cuantas semanas desde la primera vez que se vieron, Madison sabía que Liam ya no era el mismo.

Un par de noches atrás él la había llevado a cenar a un bonito restaurante; habían charlado, compartido risas y confidencias y ella finalmente había acabado besándolo cuando la acompañó de vuelta a casa. Sabía que él había cambiado por ella pero, a pesar de todo, Madison tenía miedo de comenzar una relación. No por él; el problema era ella. Y Liam era la única persona en el mundo que conocía su secreto: jamás había tenido novio y aún era virgen.

Pero no creía que aquel fuera el mejor momento para pensar en Liam. Aún seguía enfadada con él y no por los avances que intentaba hacer en su relación, precisamente. Cuando Phoebe le contó que Marcus quería que fuera su acompañante en la fiesta de esa noche, Madison pensó que Liam también le pediría que lo acompañara, al menos en calidad de amigos. Dado que era el mejor amigo de Marcus, estaba claro que él también estaba invitado. Madison estuvo días esperando a que Liam se lo pidiera, que al menos dejara caer la típica frase de tíos de <<Oye, ¿qué tal si tú y yo...?>>, pero ni siquiera eso. Había llegado la noche de la gala y allí estaba ella, cambiando pañales y preparando la cena a un bebé de diez meses. Al menos esperaba que Phoebe estuviera disfrutando y que le contara los detalles de la fiesta al día siguiente.

Estaba tratando de decidir cuál era la potencia adecuada para calentar al microondas el puré que Marcus le había dejado preparado a Violet —Madison pensó que si su amiga pretendía

que la niña se comiera esa pasta verde es que era una auténtica madrastra de cuento—, cuando tocaron con insistencia a la puerta. Intentó hacer oídos sordos, ya que no sería la primera vez que un repartidor de pizzas de equivocaba de piso, pero los golpes no cesaron.

Fastidiada, se colocó a Violet sobre la cadera y fue a ver quién la reclamaba.

Madison se quedó boquiabierta cuando se encontró a Liam al otro lado de la puerta, vestido con un elegante esmoquin de marca, con el nudo de la pajarita deshecho y una bolsa en la mano. Aun así, frunció el entrecejo y fingió desinterés cuando recuperó el habla.

—¿Qué haces tú aquí?

—Yo también me alegro de verte, cariño. —Acercándose unos pasos, Liam le dio un rápido beso en los labios y revolvió el pelito rubio de Violet con la mano que le quedaba libre—. ¿Me dejas pasar o no?

—No hasta que me digas qué estás haciendo aquí. —Y acomodándose a Violet en la cadera, espetó—. ¿No tenías que estar en la fiesta de los Graham?

Liam resopló, consciente de que la había cagado. No se le había ocurrido pensar que a Madison le hubiera gustado acompañarle, pero era evidente que ella estaba enfadada y que él era el único culpable.

—Iba a ir, sí. Estaba en casa terminando de vestirme cuando me di cuenta de que no me apetecía pasar la noche solo, saludando a unos cuantos capullos a los que les gusta que le laman el culo.

—Estoy segura de que también hay mujeres muy guapas y elegantes que están encantadas de que les prestes atención.

—No me interesa —respondió él.

Liam apoyó la cabeza en el marco de la puerta y miró a Madison directamente a los ojos para hacerle ver que hablaba completamente en serio.

—¿Pretendes que te crea?

—Escucha. —Dando un paso hacia ella, la tomó de la mano. —Sé que estás enfadada conmigo. La he cagado, lo sé. Tenía que haberte propuesto que fueras mi acompañante. Pero todo esto es nuevo para mí y cuando me he dado cuenta de que lo que de verdad me apetecía era estar contigo, sea en el sitio que sea, lo he mandado todo a la mierda, he comprado la cena y he conducido hasta aquí. Ahora, ¿dejas que pase, por favor?

Sin saber qué decir, Madison se hizo a un lado permitiéndole entrar en su apartamento. Si las palabras de Liam eran ciertas, ella corría serio riesgo de licuarse delante de él.

—Gracias.

Liam cerró la puerta a sus espaldas y dejó la bolsa con la cena en la cocina.

—¿Ya habéis cenado?

Madison negó con la cabeza.

—Estaba a punto de calentar ese moco verde para Violet. —Madison hizo una mueca al mirar el contenido del plato—. Seré una mala tía si permito que se lo coma.

Liam sonrió al escucharla; tomó el plato con la cena de Violet y lo volcó en el fregadero.

—¿Qué haces? —La pequeña gorjeó y dio palmadas cuando vio que Liam se deshacía de su cena—. Y tú no lo animes. ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora?

Liam se le acercó y tomó a la pequeña en brazos.

—¿Sabes lo sexy que estás cuando te enfadas? —le susurró, dándole un toquecito con el dedo en la nariz—. Deja de preocuparte, tía Maddy. Nosotros nos encargamos de la cena.

—Pero...

—Nada de peros. Ve a darte un baño. Para cuando hayas terminado, el chef Liam y su pinche te habrán preparado un

festín.

—¿Seguro? —Madison no terminaba de confiar en dejarlos a solas en la cocina.

Liam se acercó y la besó despacio en los labios. Para disgusto de Madison, él se apartó en seguida y ella corrió al baño a darse una ducha bien fría.

Cuando hubo regresado, Liam había bajado la intensidad de las luces del salón y en la pequeña mesa frente al sofá había tantos platos que Madison pensó que podrían alimentar a todo el edificio. Aun así no pudo evitar sonreír al recordar el primer picnic que habían organizado en aquella misma mesa unos días atrás. Él acababa de descubrir que era virgen y la había tratado con respeto, sin burlarse de ella.

Tenía que reconocer que Liam estaba ganando puntos y a ella se le estaban acabando las excusas para rechazarlo.

No necesitó girarse para saber que tenía a Liam a escasa distancia de su espalda y, a pesar de que no había hecho ruido al acercarse, ella notaba su presencia y su cuerpo reaccionaba al de él. ¡Malditas hormonas!, se quejó Maddy mentalmente. No pensaba permitir que sus bajos instintos guiaran sus acciones aquella noche. Pero no pudo evitar que la piel se le erizara cuando el aliento de Liam se derramó sobre su cuello al hablar.

—¿Te gusta? —le susurró él.

Madison trató de que su voz sonara lo más relajada posible, pero no lo consiguió.

—Veo que estás hambriento.

—No sabes cuánto. —Liam le deslizó los dedos por el brazo hasta entrelazarlos con los de ella; luego la hizo girar para quedar frente a él—. Violet ya ha cenado y está durmiendo.

—¿Ah, sí? Qué eficiente. —Le sonrió—. ¿Y qué me has traído?

Después de indicarle que tomara asiento, Liam comenzó a explicarle el menú de aquella noche. De nuevo había vuelto a elegir el mismo restaurante, pues sabía que Maddy tenía debilidad por la comida asiática. Mientras él le contaba cómo solían ser las fiestas de los Graham, Madison no perdía detalle de los movimientos de sus dedos al cortar algún trozo de comida para llevárselo a la boca. Liam tenía los dedos largos y se movían con delicadeza, y Madison se preguntó si se habrían movido de igual manera cuando los introdujo en su interior para explorarla. Pensar en ello provocó que un súbito rubor le cubriera las mejillas y acabó por beberse de un trago la copa de vino blanco para refrescarse.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió con la cabeza pero él, no del todo convencido, extendió una mano y la colocó sobre su mejilla.

—Maddy, estás ardiendo.

—No es nada —le dijo ella, evitando mirarlo a los ojos—. Es solo... Me he acalorado, nada más.

Él le sonrió de medio lado, esa sonrisa pícaro y atrevida que Madison había empezado a adorar, pero que solo conseguía aumentar aún más su temperatura.

—¿Te has acalorado mientras te hablaba de la tempura?

Ella asintió mecánicamente y Liam rompió a reír.

—Es imposible que un hombre no se vuelva completamente loco por ti, Madison.

Y acercándose a ella, hizo que recostara la espalda contra el sofá para que estuviera más cómoda mientras sus bocas se besaban. Madison lanzó un lánguido gemido de rendición cuando sintió la lengua de Liam enredándose con la suya. Había estado deseando que la besara así desde la última vez que se vieron, a pesar de que ella había tratado de convencerse de que su enfado con él era real.

Las manos de Liam sujetaban su cuerpo de manera suave pero firme, como si quisiera impedir que ella se moviese por

miedo a que pudiera cambiar de idea. El exquisito ronroneo que hizo Maddy dentro de su boca incidió directamente sobre su entrepierna, que cobró vida de inmediato bajo el pantalón. Él intentó moverse para evitar que Madison se rozara con su bragueta hinchada y se escandalizara, pero ella no dejaba de retorcerse bajo las caricias de sus manos, y su erección acabó rozándose contra el terso muslo de ella.

Liam estaba preparado para el bofetón que sin duda Maddy le daría al notar la evidencia de su deseo, pero su sorpresa fue mayúscula cuando ella le enterró los dedos en el pelo, incitándolo a besarla más profundo. Excitado como nunca, Liam se lanzó a acariciarle un pecho sobre la camiseta y de su garganta surgió un gruñido cuando la mano de ella cubrió la suya y lo animó a que apretara un poco más.

Sobre sus hombros tenía la responsabilidad de ser el primer hombre para Madison y no quería que ella malinterpretara sus intenciones. Estaba excitado y el miembro le dolía de tan duro como lo sentía, pero por nada del mundo se atrevería a perderla. Si tenía que guardarse el calentón para sí mismo, así lo haría. Si ella se lo pedía, pararía de inmediato.

Pero no lo hizo. Madison lo sorprendió aún más cuando arqueó su cuerpo bajo él y le hizo sitio entre sus piernas.

—Liam...

Que ella pronunciara su nombre entre gemidos lo excitaba aún más y sin darse cuenta de lo que hacía, Liam comenzó a mecer la pelvis contra la de ella. Ahogando un gemido en el cuello de él, Madison se aferró a su duro trasero cubierto por el elegante pantalón de esmoquin.

—Tenemos que parar... —le susurró ella, aunque no dejaba de besarlo—. Tenemos que...

Él se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos y preguntar:

—¿Quieres que pare?

Madison negó con la cabeza. Tenía la respiración acelerada, el escote de la camiseta había bajado hasta mostrar

las copas de color rosa de su sujetador y tenía los labios hinchados a causa de los besos. No quería que Liam parara, pero...

—Por favor, para.

Colocando las manos sobre el pecho de él, Madison lo empujó hacia atrás para quitárselo de encima. Él la miró sin entender, tomando cortas bocanadas de aire al respirar.

—Yo, no... No puedo.

Liam le acarició la mejilla y la besó en el pelo. Intentaba tranquilizarla con sus caricias, pues lo último que quería era que se sintiera avergonzada.

—No pasa nada —le aseguró—. Entiendo que no estés preparada.

Madison negó con la cabeza.

—No es eso. Yo... te deseaba —le dijo—. Te deseo.

—Entonces, ¿por qué...?

Ella resopló con fastidio y se apartó de su lado para arreglarse la ropa.

—Tengo la regla, listillo.

Era lo último que Liam se esperaba. Como ginecólogo, había sido una metedura de pata por su parte olvidar que las vírgenes también tienen el período.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Más lo siento yo.

Ya más calmada, Madison comenzó a recoger las sobras de la cena. Tenía que hacer algo, mantener las manos ocupadas o perdería la cabeza y se lanzaría como una leona hambrienta sobre Liam.

—¿Quieres que me vaya?

Ella lo miró mientras se lo pensaba. Lo más sensato sería que él le diera un poco de tiempo y que los dos se calmaran

antes de volver a hablar, pero Madison no quería que se marchara.

—Puedes quedarte esta noche —le dijo finalmente—. Ya recogeremos todo esto mañana.

Cuando vio que Liam comenzada a ahuecar los cojines con la intención de dormir en el sofá, se le escapó una risita.

—¿Se puede saber qué haces?

—Prepararme para acostarme. —Y le sonrió—. No te preocupes por nada. Seguiré aquí por la mañana.

Maddy puso los ojos en blanco; luego cogió la mano de Liam y tiró de él.

—Anda, vamos a la cama. No pensarás que iba a dormir sola después de lo que casi hacemos ¿verdad?

Sorprendido y contrariado a partes iguales, Liam dejó que Madison lo guiara hasta su habitación.

—Las manos quietas, Wright —le advirtió Maddy—. Pero puedes abrazarme toda la noche.

Lo que para Armstrong el hecho de ser el primero en pisar la Luna fue tan solo un pequeño paso en su condición de hombre, para Liam, que Madison compartiera su cama con él, representaba toda su felicidad.

A Phoebe los días se le hacían mucho más largos, casi interminables, desde que Marcus se marchó a Los Ángeles para asistir a unas jornadas de conferencias ginecológicas. Era la primera vez que pasaban separados unos días desde que comenzaran su relación —desde que se habían conocido, en realidad— y Phoebe ya esperaba ansiosa su regreso. Le parecía increíble la importancia que Marcus y su hija habían adquirido para ella en el escaso mes que había transcurrido desde que se conocieron. Ya no se imaginaba su vida sin la compañía de Marcus, sin disfrutar de su amor y el de Violet, a la que empezaba a querer como si fuera su hija.

Ella pertenecía a esa clase de personas que piensan que solo es posible enamorarse de verdad una vez en la vida y estaba convencida de que el amor de su vida era Marcus. Deseaba con todas sus fuerzas que su relación tuviera futuro, compartir con él sus penas y alegrías y, por qué no, también tener más hijos. Cada vez que la pequeña reclamaba su atención lo hacía llamándola *mamá*; las primeras veces, Phoebe no había podido ocultar su nerviosismo, ya que no sabía cómo se lo tomaría Marcus. A ella no le importaba que Violet pensara que era su madre. No podía culpar a un bebé por confundirla a ella con su madre biológica, pues tan solo había sido una víctima más del repentino abandono de Amelia. Así pues, una vez recuperada de la sorpresa del primer ¡mamá! y al entender que Marcus se sentía cómodo con ello, Phoebe comenzó a acostumbrarse y ahora incluso respondía a la llamada de la pequeña.

Violet se merecía una madre y, aunque fuera presuntuoso por su parte, Phoebe reconocía que quería ocupar ese papel. Como también quería ser la compañera que compartiera la vida con Marcus. Ella aún era joven pero nunca había tenido las ideas tan claras como en aquel momento. Quería a Marcus, quería a la pequeña y estaba decidida a cumplir su sueño de dedicarse a la pintura.

Así que unos días antes de que Marcus volviera a casa, se decidió a hacerles una visita a sus padres para comunicarles su decisión de abandonar la universidad y dedicarse a lo que verdaderamente la apasionaba. Madison la estaba ayudando a guardar en el coche la bolsa que había preparado con todo lo que Violet pudiera necesitar —pañales incluidos— mientras ella sostenía a la pequeña en brazos. Le había propuesto a Madison que las acompañara, pero su amiga declinó su invitación alegando que tenía trabajo de clase por adelantar.

A decir verdad, Maddy estaba más callada de lo habitual y cuando vio que rechazaba una llamada en su móvil por cuarta vez aquella mañana, Phoebe se decidió a averiguar qué era lo que le ocurría.

—¿Problemas con Liam?

—No —le limitó a decir Maddy mientras plegaba el cochecito.

—Entonces es que habéis discutido.

Madison forcejeó con el cierre del coche de paseo hasta que este cedió y acabó doblado en dos en mitad de la acera.

—No hemos discutido.

—¿Y por qué no respondes sus llamadas?

Phoebe sabía que se estaba pasando, pero no soportaba ver a su amiga tan alicaída.

—¿Quieres saber por qué llevamos dos días sin hablar? — Su amiga cruzó los brazos a la altura del pecho, en actitud claramente defensiva. Era evidente que Madison estaba molesta—. Porque no tengo ni idea de qué puedo decirle.

Phoebe se la quedó mirando sin entender y Madison le puso los ojos en blanco.

—Liam es un capullo —le explicó Maddy—. Pero estas últimas semanas con él...

—Ha cambiado por ti, Maddy.

—¡Lo sé! Eso es precisamente lo que me da miedo. Ya no tengo ninguna excusa para no aceptar salir con él.

—Estás asustada.

—Sí, maldita sea. —Madison resopló—. Ya lo pensaré más tarde. Vosotras marchaos antes de que pierdas todo el día aquí conmigo.

Phoebe la abrazó; era lo único que se le ocurría hacer para que Madison se sintiera mejor. Era ella quien tenía que poner en orden sus ideas y decidir si dejarse llevar o no por sus sentimientos. Phoebe le hizo prometer que la llamaría si necesitaba hablar con alguien, pero antes de que pudiera entrar en el coche, la voz de un hombre llamando a gritos a Madison la detuvo.

Liam acababa de girar una esquina y se acercaba a ellas a grandes zancadas. A juzgar por su respiración jadeante cuando las alcanzó, debía haber corrido al menos media docena de calles antes de llegar a su destino.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó Madison—. ¿Vienes corriendo desde San Francisco o algo parecido?

Él levantó un dedo para pedirle un minuto mientras recuperaba el aliento. Phoebe intentaba controlar la sonrisa mientras sus ojos pasaban de uno a otro de manera alternativa.

—No contestas mis llamadas —le dijo Liam finalmente.

—Muy agudo.

—Maddy, yo... —Acercándose a ella, le tomó las manos entre las suyas—. Sé que estás asustada, pero ya no puedo soportarlo más. Si no te tengo me muero.

—¿Qué?

—Y para demostrarte que he cambiado y que para mí no existe nadie más excepto tú, he venido a enseñarte algo.

Liam se llevó las manos al cinturón que sujetaba sus pantalones color *beige*. Luego sus dedos abrieron el botón y bajaron la cremallera de su bragueta.

—Ay, madre...

Phoebe tuvo que tapar los ojos de Violet cuando el mejor amigo de Marcus se bajó los pantalones en mitad de la calle y se giró para mostrarles una de sus bonitas nalgas, en la que acababa de tatuarse el nombre de Madison.

El resto de viandantes que caminaban a su alrededor estallaron en carcajadas al ser testigos de tan cómico espectáculo. Phoebe continuaba tan sorprendida que ni siquiera fue capaz de parpadear, hasta que comprendió lo que iba a suceder. Conocía a Madison lo suficiente como para saber que estaba a punto de propinarle una sonora bofetada a Liam por avergonzarla en mitad de la calle.

Esa vez Phoebe se equivocaba. Contempló con asombro cómo su amiga se arrojaba a los brazos de Liam tras lanzar un gritito muy agudo. Liam y Maddy se besaban con tanta pasión que él estuvo a punto de caer al suelo.

Comprendiendo que su presencia estaba de más, dejó que la nueva pareja diera rienda suelta al incipiente amor que nacía entre ellos y sentó a Violet en su sillita mientras le susurraba al oído:

—Espero que nunca seas como la tía Maddy, cariño. ¡Está loca!

* * *

Contarles a sus padres su decisión de abandonar los estudios de medicina no fue tan terrible como Phoebe había imaginado. Abigail pareció entender sin dificultad la elección de su hija y la respetaba; sin embargo, su marido no era tan comprensivo como ella así que, después de escuchar lo que su hija tenía que decirles, Nathan Hadley se levantó de la mesa sin pronunciar una sola palabra, tomó en brazos a una llorosa Violet y sin más salió de la casa.

—¿Crees que estarán bien? —le preguntó Phoebe a su madre, visiblemente preocupada.

Abigail palmeó cariñosamente las manos de su hija y le sonrió para tranquilizarla.

—Tu padre es un buen hombre, pero te aseguro que no conocerás a nadie más terco que él en toda tu vida, créeme. — Abigail le sonrió—. No te preocupes por la niña. Al parecer es el único que es capaz de calmarla.

Phoebe suspiró, algo más tranquila. Pero a pesar de todo no podía evitar sentir que acababa de defraudar a su padre.

—Lo entenderá —le aseguró Abigail—. Puede que tarde un poco, pero no olvides jamás que es tu padre y que te quiere muchísimo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Phoebe miró a su madre, con lágrimas en los ojos—. Ha cambiado, mamá. Desde que perdimos a Ben ya no es el mismo.

Phoebe vio el gesto de dolor en el rostro de su madre cuando hizo mención a su hermano fallecido. La naturaleza optimista y cariñosa de su madre le hacía olvidar a veces que ella también había perdido a un hijo. Phoebe jamás lograría comprender el dolor que debía albergar el corazón de una madre cuando la vida le arrebató a sus hijos.

—Perdona —se disculpó de inmediato—. Sé que también es muy duro para ti, pero papá...

—Necesita un poco más de tiempo para asimilar lo que pasó, cariño.

—¿Pero a qué precio, mamá? Cada vez que miro a papá a los ojos siento que le he decepcionado.

—Eso no es verdad —se apresuró a decirle Abigail—. Tu padre te quiere muchísimo y solo quiere tu felicidad.

Phoebe miró a su alrededor, tratando de contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Aquel había sido su hogar y su refugio durante toda su vida; cada habitación estaba repleta de recuerdos, algunos felices, otros amargos y muy duros. Ahora tenía la sensación de que ya no era la misma. Aquella era la casa de sus padres pero la suya... Su lugar estaba allá donde Marcus se encontrara. Lo echó de menos en aquel instante y deseó que estuviera a su lado.

—He roto con Álex. —Phoebe no se atrevía a levantar la mirada por temor a echarse a llorar antes de haber acabado de hablar—. Ya no seré doctora, tal y como quería papá, lo que hubiera sido Ben si no nos hubiera dejado tan pronto. Y ahora salgo con un hombre unos años mayor que yo y que tiene una hija con otra mujer. Tiene motivos para estar enfadado conmigo.

Abigail se acercó a su hija y le rodeó los hombros en un cálido y maternal abrazo. Su hija lloró contra su pecho tal y como hiciera otras muchas veces cuando aún era su niña pequeña; pero ahora había crecido y su corazón de mujer se encargaba de hacer más intensas sus emociones. La consoló en silencio hasta que los hipidos cesaron; luego le secó las mejillas con las manos y se aseguró de que su sonrisa le hiciera ver que todo se arreglaría.

—Dime una cosa, cariño. ¿Eres feliz?

Phoebe asintió con la cabeza una vez.

—Pues entonces el resto no importa. —Abigail le recogió el pelo tras las orejas—. Para tu padre y para mí eres lo más importante de nuestras vidas y si Ben estuviera con nosotros, te diría exactamente lo mismo.

—Pero la universidad...

—¿Qué más da la universidad? Cariño, construye tu propia vida. Si ese chico te hace feliz y te quiere, y creo que realmente te quiere a juzgar por el modo en que te miraba la última vez que estuvo aquí, entonces sigue adelante. Nosotros te apoyaremos.

—¿Papá también?

Abigail le sonrió antes de depositar un beso en la nariz de su hija.

—Papá también. Y ahora, ¿qué te parece si dejamos que la extraña pareja se conozca un poco mejor y tú y yo nos vamos de compras?

Después de pasar unas horas muy agradables en compañía de su madre recorriendo las céntricas y acogedoras calles de Half Moon Bay, Phoebe se sentía mucho mejor. Al principio se había preocupado por haber dejado solo a su padre con la pequeña Violet, pero cuando ella y su madre quisieron despedirse, se encontraron a Nathan recostado sobre la hierba que crecía en el jardín con la hija de Marcus sentada a su lado, enseñándole pacientemente los nombres de todas las flores que su mujer había plantado durante la primavera.

Tal vez su madre tuviera razón y se estuviera convirtiendo en un cariñoso abuelo después de todo. Albergaba la esperanza de que su padre comprendiera y aceptara su decisión. Sabía que tenían pendiente una conversación y estaba decidida a hacerle ver que ella no era Ben y que si quería verla feliz tenía que asumir los cambios que Phoebe había realizado en su vida recientemente.

Antes de ir a buscar a la niña, Phoebe se tomó unos minutos para enviar un mensaje a Marcus. A pesar de que hablaban por teléfono varias veces al día —reconocía que las llamadas nocturnas eran sus favoritas, y también las más calientes— necesitaba mantenerse en contacto con él. A juzgar por la voz susurrante y profunda de Marcus, él la echaba de menos tanto como ella a él. Phoebe daba gracias a que tan solo quedaban un par de días para su regreso.

<<Te estás perdiendo a Nathan Hadley ejerciendo su papel como paciente abuelo. Se lo he contado todo a mis padres. No ha ido tan mal como pensaba pero te echo mucho de menos. Doctor Graham, ¿qué has hecho conmigo? Creo que me he enamorado de ti.>>

La respuesta de Marcus no se hizo esperar y provocó una sonrisa en los labios de Phoebe.

<<¿Tenemos su bendición? Me alegra saber que ha ido bien la conversación con tus padres. Me hubiera gustado estar a tu lado para apoyarte. En cuanto a tu última frase...

También yo estoy enamorado.

M.>>

Phoebe se guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros y atravesó el garaje para ir en busca de su padre, sintiendo el ánimo renovado y el corazón a punto de salirse del pecho. Sin embargo, la dicha no le duró mucho, ya que antes de que pudiera llegar al jardín se encontró con un rostro familiar que le resultaba muy desagradable.

Los ojos verdes de Álex la miraban con desprecio; tenía la frente perlada de sudor y respiraba con dificultad. Estaba tan cerca de él que Phoebe pudo apreciar el intenso olor a alcohol que desprendía su ex novio. Era la última persona con la que esperaba encontrarse.

—¿Qué estás haciendo aquí, Álex? —preguntó, cuando finalmente reunió el valor suficiente para hablar.

Él sonrió de medio lado y dio un tambaleante paso hacia ella. Phoebe retrocedió al instante y su nerviosismo quedó expuesto, para regocijo de Álex.

—He oído que ahora eres madre, cariño —le espetó—. Quería comprobar si los rumores eran ciertos.

—Álex, tú y yo ya no somos nada. Será mejor que te vayas antes de que...

—¿Antes de qué, eh?

Álex acortó la escasa distancia que los separaba y sujetó con fuerza el brazo de Phoebe, inmovilizándola contra su pecho. Apestaba a whisky barato y era más que evidente que necesitaba una ducha.

—¿Antes de que tu fulano me de otra paliza? —le dijo al oído, derramando su pestilente aliento sobre su mejilla; ella se encogió de puro asco—. No eres tan buena en la cama como para retenerlo ¿lo sabías? Tarde o temprano se cansará de ti.

—Estás borracho, Álex. No sabes lo que dices.

Ella trataba de deshacerse de su agarre pero, a pesar de todo el alcohol que debía haber tomado, su ex novio seguía siendo mucho más fuerte que ella. No quería empezar a gritar

y montar una escena, pero si Álex no la soltaba no le quedaría otra alternativa.

—Te dije que no se había acabado, nena. —Álex la tomó de la nuca hasta conseguir aplastar su boca contra la de Phoebe—. No puedes dejarme.

Asqueada, Phoebe se retorció entre sus brazos y consiguió morderle los labios hasta hacerlo sangrar. Álex gritó y después lanzó una maldición antes de empujarla con fuerza. Phoebe pensó que se daría un buen golpe contra el duro suelo pero acabó impactando contra el pecho de su padre. No lo había oído llegar y al ver el miedo reflejado en los ojos de Álex, él tampoco.

—Fuera de aquí —gruñó Nathan entre dientes. Tenía los puños apretados a ambos lados de su cuerpo—. ¡Largo!

—Nate, espera. No es lo que te piensas.

Álex retrocedía con paso inseguro a medida que el padre de Phoebe se le acercaba. El labio inferior le sangraba a causa del mordisco que ella le había dado pero sintió verdadero pánico cuando Nathan cogió un bate de beisbol que guardaba en el garaje.

—Nate, ¿qué haces? Vamos, baja eso. Tú y yo siempre nos hemos entendido. No ha sido más que una pequeña pelea de pareja. ¡Yo quiero a tu hija!

—Debí haber escuchado a los vecinos —murmuró Nathan, que continuaba acechando al ex novio de su hija—. Tú ya no eres bueno para mi hija. ¡Fuera de aquí antes de que recibas tu merecido!

Álex tropezó varias veces antes de marcharse corriendo, atemorizado por la amenaza de Nathan. Cuando el hombre se volvió hacia su hija y la vio temblando, abrazándose el cuerpo, toda la tensión desapareció y en bate acabó cayendo al suelo.

—Papá...

Sollozando, Phoebe caminó hacia él hasta que quedó refugiada entre los fuertes brazos de su padre y lloró contra su

hombro mientras él la abrazaba.

—Lo siento... —hipó contra su camiseta.

—Soy yo el que lo siente, Phoebe. —Nathan la besó en la cabeza—. Siento no haber estado a tu lado para ver lo que ocurría. Pero eso se ha acabado. —Estrechándola contra su costado, miró a los ojos a su hija—. Vamos a casa.

* * *

Tras asegurar a sus padres que se encontraba bien y que la tensión nerviosa después del encontronazo con Álex había desaparecido, Phoebe condujo de vuelta a San Francisco con Violet dormida en su sillita colocada en el asiento trasero. A pesar de lo desagradable que había sido tener que volver a ver a su ex, esperaba que este hubiera aprendido la lección y que sus caminos no tuvieran que volver a cruzarse. Gracias a eso había podido hablar con su padre y Nathan al fin había comprendido que con su comportamiento de los últimos años solo había conseguido contribuir a la infelicidad de su hija. Después de despedirse de ella y de Violet con un tierno beso en la cabeza, le había prometido que todo sería diferente en el futuro. Phoebe comprendió entonces que la vida puede ser maravillosa cuando no nos preocupamos por hacerla más difícil de lo que por norma es, y ahora que había recuperado a su padre y tenía a Marcus a su lado sabía que tenía un futuro muy feliz esperándola.

Tras compartir un baño con Violet, darle la cena y acostarla en su cunita, Phoebe se vistió con una camiseta de Marcus y se dispuso a disfrutar de la conversación nocturna con su novio. Tumbada en la enorme cama de él, deseó que Marcus estuviera a su lado y la relajara con las caricias de su cuerpo.

Sin embargo, ni siquiera tuvo tiempo de marcar su número cuando alguien llamó a la puerta. Era ya tarde para recibir una visita, pero Phoebe imaginó que debía tratarse de Madison. Tras el espectáculo que les ofreció Liam en mitad de la calle y ver cómo su amiga se lanzaba a sus brazos, supuso que Maddy se moría por contarle las últimas novedades.

Pero cuando abrió la puerta no era Madison quien estaba al otro lado. Una mujer rubia y muy guapa, vestida con ropas caras y a la última moda, la miraba de forma interrogante. Tenía alzada una de sus bien depiladas cejas y sus labios perfilados hicieron una mueca de disgusto cuando sus ojos recorrieron a Phoebe de arriba abajo.

—¿Puedo ayudarla?

Sintiéndose como si estuviera desnuda, Phoebe comenzó a tirar de la camiseta hacia abajo para intentar cubrir lo máximo posible sus piernas descubiertas.

—Creía que este era el apartamento del doctor Graham. — Incluso la voz de la mujer resultaba seductora y elegante—. Pero veo que me equivocaba.

—No se equivoca. —Le sonrió de manera tímida—. Marcus vive aquí, pero no se encuentra en casa en este momento.

La mujer le sonrió y volvió a recorrerla con la mirada. A Phoebe le pareció que estaba tratando de adivinar quién era y qué relación la unía a Marcus

—¿Puedo saber cuándo podré verle?

—Volverá en unos días. —Haciéndose a un lado, Phoebe le preguntó—. ¿Le apetece pasar?

Pero la mujer levantó una mano para declinar su invitación, como si el hecho de entrar en el apartamento la asqueara. Aparentemente ella estaba muy por encima de aquello.

—Dígale que una vieja amiga quiere verle.

Phoebe asintió, tragando saliva.

—Lo haré, por supuesto. ¿Puedo saber su nombre?

La mujer ya había dado media vuelta y estaba esperando la llegada del ascensor. Mientras se abrían las puertas, giró el bonito pero frío rostro y miró a Phoebe por encima del hombro.

—Amelia. —Le sonrió—. Dígale que tenemos una conversación pendiente.

Y dicho lo cual, Amelia entró en el ascensor y las puertas se cerraron tras ella.

Phoebe permaneció inmóvil sujetando el pomo de la puerta. Ni siquiera era capaz de hablar ni de mover un solo músculo. Cuando recuperó la movilidad, volvió a la habitación con paso inseguro y tecleó con dedos rápidos un mensaje para Marcus.

<<Tienes que volver. YA. Amelia ha vuelto>>

Cuando era pequeña y su padre regresaba a casa después de un largo viaje de negocios, Madison sentía la felicidad más plena que puede sentir una niña de diez años cuando el hombre más importante de su vida la estrecha entre sus brazos y la hace girar una y otra vez, susurrándole al oído que es una princesa. Y ella realmente lo creía. Imaginaba a su padre como el príncipe del cuento que acudía a rescatarla tras pasar largo tiempo separados. Después, cuando sus padres se divorciaron y ella llegó a la adolescencia, los logros académicos fueron su mayor alegría. Semana tras semana, se encerraba en su habitación con la cabeza metida en los libros, ansiosa por superarse a sí misma. Su constancia y tesón fueron recompensados al finalizar el instituto, cuando se graduó con méritos e incluso le reconocieron con un diploma su dedicación al estudio. Madison jamás se había sentido tan plena como aquel día.

Hasta que Liam apareció en su vida y derribó todas las barreras que había levantado en torno a su corazón.

Le había sorprendido el modo en que Liam la aturdió. Lo que al principio no era más que una mera atracción había dejado paso a un fuerte latir en su pecho cada vez que él estaba cerca. Liam se había preocupado por demostrarle que había cambiado por ella, porque le importaba tanto como para arriesgar sus futuras conquistas solo por pasar una noche con Madison. El hecho de que se tatuara su nombre en el trasero, allí donde sus amantes verían que había sido marcado por otra mujer, acabó por convencerla.

¿De qué le servía tener un corazón si nadie lo amaba nunca? Prefería vivir con las heridas de un amor fallido a guardar el corazón intacto y no haber amado en toda su vida. Fue por eso y por los profundos sentimientos que comenzaba a tener por Liam por lo que decidió entregarse a él sin reservas.

Madison acababa de descubrir que hacer el amor era la experiencia más extraordinaria que el ser humano podía llegar

sentir si el amante al que se le entrega el cuerpo, el alma y el corazón es el adecuado. Y Liam sin duda lo era para ella.

A pesar de que prácticamente lo había arrastrado al interior de su apartamento y de que las prisas y el ansia de acostarse con él se habían apoderado de ella, Liam había sabido refrenar su feroz impulso pasional y tomar las riendas del momento. Era la única persona que conocía que Madison era virgen y, a pesar de lo excitado que estaba y las enormes ganas que tenía de hacerla suya, por nada del mundo permitiría que su primera vez fuese un polvo rápido con el que satisfacer su deseo. Y aunque hubiera permitido que ella lo empujara hasta caer sobre la cama y que se le colocara encima, Liam sabía muy bien cómo tenía que actuar.

Sentía el acelerado latido del corazón de Madison contra su cuerpo y la manera que ella tenía de moverse encima lo estaba volviendo loco, pero tenía que calmarla antes de que fuera demasiado tarde y no pudiera hacerle todo aquello con lo que se había pasado semanas soñando. Así pues, tomando a Madison de las muñecas, rodó sobre la cama y la hizo girar hasta quedar encima de ella. Los ojos verdes de Madison brillaban de excitación y deseo, pero también con una pizca de miedo que a Liam le enterneció el corazón. Entendía que estuviera asustada ante su primera vez, pero él iba a encargarse de que fuera memorable.

Y así lo hizo.

Mientras permanecía recostada contra su pecho desnudo, Liam le acariciaba la espalda arriba y abajo hasta rozar el inicio de sus nalgas; Madison sentía que sus mejillas se ruborizaban al recordar todo lo que acababan de hacer. Había descubierto que Liam tenía un interés especial por los preliminares. Usando sus largos y hábiles dedos y su diestra lengua la había hecho alcanzar dos orgasmos espectaculares antes de penetrarla. Se mordió los labios al pensar en lo relajada que sus atenciones la habían dejado, tanto que apenas sintió dolor cuando el miembro de Liam se adentró en ella, dejando atrás su virginidad para siempre.

Y lo que vino después fue sencillamente glorioso.

Sintiendo la sonrisa de Madison sobre su pezón oscuro, estrechó más su abrazo.

—¿Qué es tan divertido?

Su voz, ligeramente enronquecida tras los incontables gemidos que había lanzado antes, y su cálido aliento sobre su rostro, hicieron estremecer a Madison.

—Esto —comentó ella con un suspiro, deslizando la mano abierta por la extensión del pecho de él—. Lo que acabamos de hacer.

Sintió la risa de Liam crecer en su garganta y ella lo besó en ese lugar.

—Me alegra saber que te ha gustado.

Liam enredó un mechón de su pelo rojizo entre los dedos y luego se lo acercó a la nariz para aspirar su aroma. Olía a Madison, a sexo y a él. Después de hacer el amor habían permanecido en silencio y él se moría por saber qué le había parecido. Con cuidado, se removió sobre la cama y levantó la sábana que los cubría en busca de alguna mancha de sangre de la que debiera preocuparse. Suspiró aliviado cuando no vio ninguna.

—Tranquilo, Romeo. —Madison levantó la cabeza para mirarlo y apoyó la barbilla sobre su esternón—. Estoy muy bien.

—¿En serio?

La voz de Liam sonaba algo angustiada por la preocupación. Ella le sonrió.

—Más que bien —le aseguró—. No tenía ni idea de que me estaba perdiendo todo esto. Eres todo un Don Juan.

Liam estalló en carcajadas. Sujetándola de la nuca, la acercó lo suficiente para poder besarla en los labios.

—Casanova, Romeo, Don Juan... —enumeró—. ¿Te dejas algún conquistador más?

—Déjame pensar... —Chasqueando la lengua, negó con la cabeza—. Creo que por ahora está bien así. Y sí, eres todo un conquistador.

Usando ambas manos, Liam recorrió las sedosas curvas del cuerpo desnudo de Madison. Tuvo que cerrar los ojos y suspirar, enfrascado como estaba en todas las sensaciones placenteras que le producía tenerla a su lado. <<*Toda mía*>>, pensó antes de volver a abrir los ojos y encontrarse muy de cerca con los de Maddy, que le estaba dando cortos besos en torno a la mandíbula.

—Un conquistador ¿eh? —Le sonrió—. ¿Porque he clavado mi bandera allí donde nunca ha estado nadie antes?

Madison casi se atraganta con su propia risa. Liam acababa de usar una metáfora muy acertada de acuerdo a su nueva situación. De virgen a mujer. Y además, profundamente satisfecha.

—¿Te arrepientes? —le preguntó él, una vez pasada la diversión.

Ella tardó unos segundos en responder y Liam temió que su respuesta fuera afirmativa.

—No —contestó Maddy al fin—. Siempre había imaginado que mi primera vez sería en una bonita habitación de hotel, que el chico dejaría pétalos de rosas sobre la cama y velas alrededor... Un poco como *Titanic*. —Liam la miró con una ceja levantada y ella se apresuró a matizar—. Sin la parte del naufragio, claro. Pero supongo que nunca es como lo planeamos.

Ella volvió a recostar la mejilla sobre el firme pecho de Liam y jugueteó con uno de sus pezones entre los dedos.

—Pero ¿te ha gustado? —insistió él y Maddy sonrió.

—Mucho. Y no me ha dolido nada —le aseguró—. Bueno... solo un poquito. Sabes lo que te haces, no tengo dudas. Cuando me has besado ahí abajo, yo...

—¿Sí?

—Bueno... Creo que ya sabes lo que he sentido.

Él sonrió, encantado y sintiendo el ego un poquito inflado.

—Pero quiero oírtelo decir.

Madison le pellizcó el pezón.

—¡Au!

—Presumido.

—Vamos, que no te dé vergüenza. ¿Te ha gustado probar el sexo oral?

Ella asintió, sintiéndose un poquito avergonzada a pesar de lo que habían hecho.

—¿Crees que podrías... volver a hacerlo?

Liam soltó una carcajada.

—Dios mío, ¡he creado un monstruo!

—¿Te estás riendo de mí?

Él le acarició el entrecejo fruncido, relajando la expresión molesta de Madison. Al mirarla a los ojos se sintió completamente cautivado por ella, y la idea de acostarse con otras mujeres dejó de resultarle atractiva de inmediato. Para él solo existía Madison.

—No se me ocurriría, cariño. —La besó en la punta de la nariz—. ¿Estás preparada para intentarlo?

Ella fingió no entender a qué se refería.

—Estoy hablando de un *nosotros* —le dijo él, de pronto muy serio—. De empezar algo juntos.

—Tú no eres de los que se atan a una relación. Phoebe me ha contado que hace años que no tienes una novia. ¿Por qué conmigo debe ser diferente?

Acariciándole los dedos, Liam se los llevó uno a uno a los labios para besárselos ceremoniosamente.

—¿Tengo que enseñarte mi culo otra vez? —Le sonrió—. No me hubiera tatuado tu nombre si no estuviera cien por cien

seguro de que quiero estar contigo. Para mí no existe nadie más desde que te conocí.

—¿Estás seguro? Acabamos de acostarnos y los hombres soléis decir cosas bonitas que sabéis que a las chicas nos gusta escuchar.

—No sabía que tenías tanta experiencia en el post coito.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sé que quiero estar contigo —le aseguró—. No he tenido pareja antes porque no imaginaba tener una relación con ninguna de las mujeres con las que he salido en estos últimos años. Ahora estoy preparado.

Vio el miedo y la indecisión en los ojos de Madison. Estaba asustada y de hecho él también sentía vértigo ante la posibilidad de embarcarse en una relación a largo plazo. Pero también sabía que si no se lanzaba se lo reprocharía durante el resto de su vida.

—De acuerdo —le susurró Madison—. Pero si me fallas, sufrirás. Te lo advierto.

Liam se incorporó y la rodeó con sus brazos hasta dejarla tumbada de espaldas, con él encima. Su enorme sonrisa satisfecha casi ciega a Madison.

—No esperaba menos de ti, cariño.

Inclinándose hacia adelante, tomó los labios de Maddy con los suyos y aprovechó que ella los separaba unos milímetros para introducirle la lengua en la boca y darse un festín con su sabor.

Ella gimió, rendida a sus besos, y le enterró los dedos en el pelo, aferrándose a su nuca. Liam sonrió al sentir cómo separaba las piernas para dejarle espacio y mecer las caderas contra su incipiente erección.

<<*Esa es mi chica*>>.

Sin embargo, él tenía otros planes. Una hora antes, Liam había descubierto que Madison disfrutaba tanto con los

preliminares del sexo como él y pensaba proporcionarle una buena ración de ellos antes de volver a enterrar su pene en ella.

—No tan rápido, cariño...

—¿Qué? Liam, estoy preparada.

Madison se removió inquieta y se quejó cuando Liam se incorporó sobre sus rodillas, dejándole una desagradable sensación de pérdida. Sin embargo, podía deleitarse con la magnífica visión de la desnudez del hombre y su imponente erección apuntando hacia ella. El hecho de saberse el objeto del deseo de Madison y escuchar sus protestas por haberse apartado de ella, le endurecieron tanto el miembro que Liam se quejó de dolor.

—Vamos a jugar un poco antes.

—¿Ju... jugar?

Madison ahogó un grito cuando Liam descendió por su cuerpo, llenándolo de besos desde el ombligo hasta los muslos. Una vez llegó a la altura de sus piernas, se colocó ambas sobre los hombros y sin dejar de mirarla a los ojos, enterró la cabeza en la unión entre sus muslos.

Madison estaba aún muy sensible después de la primera vez, por ello no pudo evitar gritar su nombre cuando la lengua de Liam le rozó apenas el hinchado botón de su entrepierna.

—Espera, espera...

Removiéndose sobre la cama, extendió los brazos hasta que sus dedos dieron con la cabeza de Liam; él gruñó entre dientes cuando Madison le tiró del pelo.

—Creo que no es buena idea —jadeó ella.

La sonrisa perversa de Liam le decía todo lo contrario.

—Cariño, confía en mi. Te gustará.

—Pero gritaré. —Madison se mordió el labio inferior, avergonzada.

—Estoy deseando que lo hagas.

Volviendo a colocarse los muslos de Maddy sobre los hombros, abrió la boca y comenzó a deleitarla con una de sus técnicas preferidas.

Al alcanzar el orgasmo por cuarta vez en una noche, Madison gritó el nombre de su amante a voz en grito.

Sentada junto a uno de los enormes ventanales del restaurante del hotel donde se hospedaba, Amelia Wilson repasaba en su cabeza el encuentro que acababa de tener con la que sin duda alguna sería la nueva novia de Marcus.

Con la vista clavada en el frío cristal, mirando sin realmente ver a los viandantes que disfrutaban de la noche de San Francisco, Amelia sonrió para sí mientras daba un sorbo al elegante cóctel que le había servido el camarero. Sin embargo, aquella noche necesitaba algo más fuerte. Poco le importó el gesto de disgusto del joven barman cuando ella levantó una mano y le exigió un whisky doble; era evidente que el hombre había acabado su turno y quería marcharse a casa, pero por nada del mundo se le ocurriría contravenir los deseos de la hija de un reputado senador.

Desde que recibiera la inesperada llamada de su hermano Ashton, con el que apenas mantenía contacto, y que este le hablara sobre su asistencia a la recepción que los Graham organizaban anualmente, y en la cual había tenido ocasión de conocer a la nueva pareja de su ex prometido, todos los sentidos de Amelia se pusieron en alerta. Y cuando encontró en el periódico una fotografía de dicha recepción en la que aparecía la familia Graham al completo en compañía de *la intrusa*, como ella había apodado a la tal Phoebe, supo que debía tomar cartas en el asunto.

Según escribía el periodista en su artículo, al parecer el hijo del doctor Graham había elegido la elegante cena benéfica de sus padres para presentar en sociedad a su nueva conquista, y a tenor de los últimos rumores, Marcus estaba preparado para proponerle matrimonio. Tan alto era su nivel de compromiso con la chica como para que Bianca y Paul se mostraran encantados de conocer a su nueva nuera, a la que habían recibido con los brazos abiertos.

Amelia maldijo en silencio a la joven que había ocupado su lugar. Cuando el camarero le sirvió el whisky, ella lo

despachó con un desdeñoso gesto de su mano y vació el contenido de la copa de un solo trago. Luego arrugó entre sus largos dedos de elegante manicura la fotografía que días atrás había recortado del periódico. No hacía mucho tiempo había sido ella la que recibiera halagos por parte de su prometido y los padres de este, despertando envidias entre el gran número de conocidos de la familia.

Para una mujer como Amelia, la posición lo era todo. Y durante el tiempo que duró su relación con Marcus ella se había mezclado con las más selectas compañías de California. Sin embargo, un embarazo no deseado lo cambió todo y, a pesar de que logró convencer a Marcus para ocultar tal información a la prensa, lo cierto era que el que ella había creído que era un hombre voluble al que podía moldear a su antojo se había mostrado firme en su determinación de ser padre. Y Amelia no podía permitir que un niño modificase sus planes de vida; simplemente, la idea de cambiar pañales y soportar llantos y berrinches no encajaba con ella. De modo que decidió que Marcus ya no tenía cabida en su vida y tras dar a luz tomó la determinación de abandonarlos a él y al bebé. Por supuesto, la prensa se había hecho eco de su ruptura y de la repentina paternidad del hijo del doctor Graham pero, por fortuna para ella, la identidad de la madre del bebé continuaba siendo un misterio, aun cuando ya casi había pasado un año desde el nacimiento.

Y aunque no podía quejarse de cómo le había ido la vida desde que abandonara a Marcus, lo cierto es que pensaba cambiar la situación en la que se encontraban ambos.

Y muy pronto.

Empezaría por sembrar la duda y los celos en la bonita pareja. Si tenía en cuenta lo joven y descarada que se había mostrado su novia unos minutos antes con ella, a Amelia no le resultaría difícil convencerla de que lo mejor para Marcus y para la niña era que ella volviera a sus vidas. La prensa centraría toda su atención en ellos; la bonita y perfecta familia que vuelve a reunirse. Sería de ella de quien hablara la prensa

y su imagen aparecería junto a la de Marcus ocupando las portadas de las revistas.

Nadie, y mucho menos una colegiala sin experiencia, iba a arrebatarse el lugar que le correspondía. Cuando Amelia Wilson tomaba una decisión ni siquiera su influyente padre podía hacerla cambiar de idea.

Había vuelto para quedarse.

Marcus decidió regresar de inmediato a San Francisco cuando recibió el mensaje de Phoebe que lo alertaba del regreso de Amelia. Al escuchar la voz alterada de su chica cuando la llamó para conocer los detalles de su breve encuentro, Marcus ni siquiera encontraba las palabras adecuadas para tratar de calmarla. De todas las noticias que podía haberle dado mientras él estaba fuera, la de la aparición de Amelia en su apartamento ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Entendía que Phoebe estuviera asustada, él mismo lo estaba. Después de un año sin tener noticias de su ex, esta aparecía sin previo aviso y sin ningún motivo aparente.

Durante el vuelo que lo llevaba de regreso a San Francisco intentó encontrar alguna explicación coherente, pero no se le ocurría ninguna. Y cuando al fin llegó a casa donde Phoebe lo esperaba, Marcus pudo percibir la tensión que se había apoderado de ella y el brillo de angustia en sus ojos claros.

—Ya estoy aquí —le susurró cuando Phoebe acudió al abrigo de su pecho, entre sus brazos—. Cuéntame qué ha pasado.

Ella procedió a relatarle el desagradable encuentro con Álex del día anterior antes de hablarle de Amelia. Demasiadas emociones acumuladas en un corto espacio de tiempo y ella necesitaba desahogarse con un adulto después de pasar horas en compañía de un bebé de apenas un año. Marcus la escuchó pacientemente, sujetándole las manos cuando comenzó a moverlas nerviosamente al llegar al momento en que había conocido a Amelia.

—Fue muy... educada —le dijo—. Era evidente que no esperaba encontrarme aquí y me radiografió de arriba abajo cuando me vio vestida con tu camiseta.

Marcus se pasó una mano por la cara, apretando los dedos sobre los ojos bajo los que se habían formado unas oscuras sombras a causa de la noche de insomnio.

—Siento que estuvieras aquí sola —se disculpó. Después se llevó los nudillos fríos de Phoebe a los labios—. ¿Vio a Violet?

Phoebe negó con la cabeza.

—Era ya tarde cuando se presentó y Violet estaba durmiendo. No me preguntó por ella.

—Bien. No me gustaría que mi hija se viera envuelta en todo esto.

—También es su hija.

Phoebe se arrepintió de sus palabras al instante y se apresuró a disculparse al ver la dura mirada que Marcus le lanzó.

—Lo siento —murmuró; la cabeza gacha y los labios temblorosos—. Haber dado a luz a Violet no la convierte en su madre.

—No lo es. —La voz de Marcus sonaba más fría y cortante de lo que él había pretendido—. Perdona. Es que todo esto me supera. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Phoebe permaneció sentada mientras Marcus se paseaba de un lado a otro frente a ella. Era consciente del temblor de sus manos y del nerviosismo que debía sentir, pues no hacía otra cosa más que resoplar y llevarse las manos a la cabeza.

—Tienes que llamarla. —Phoebe intentó que su voz sonara lo más suave posible, pero terminó fallándole en el último momento—. Quiere verte, Marcus. Amelia es el tipo de mujer que no se detiene ante nada.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ahora, maldita sea?

Ella encogió sus delgados hombros y, al mirarla, Marcus se dio cuenta de lo joven e indefensa que se la veía. A pesar de que solo hubieran pasado unas horas desde que tuviera que vérselas con Amelia, Marcus juraría que encontraba a Phoebe más delgada y su rostro tenía el mismo aspecto desesperado y lleno de cansancio que el de él. Odiaba hacerla sufrir, pero era algo que se escapaba de su control.

Marcus volvió a sentarse a su lado y le rodeó el menudo cuerpo con uno de sus brazos. Suspiró cuando Phoebe se recostó sobre su pecho y permitió que ella lo acariciara por encima de la camiseta. La había echado de menos pero no era ese el rencuentro que él había imaginado.

—Es muy guapa —oyó que le decía Phoebe—. Y muy elegante. Ahora entiendo por qué la elegiste. Debíais formar una pareja muy atractiva.

Marcus la besó en la cabeza y se perdió en el aroma de Phoebe que siempre le hacía sentirse como si hubiera vuelto a casa después de un largo viaje.

—Amelia es solo una fachada. Todo cuanto es y representa es lo que tú viste anoche.

Ella levantó la cabeza para mirar el hermoso rostro de Marcus. Los grandes ojos grises de él estaban muy abiertos y llenos de preocupación. De pronto, la posibilidad de perderlo la sobrevino, e inevitablemente los ojos se le llenaron de lágrimas. No sabía qué hacer ni cómo actuar si aquello acababa con su floreciente y prometedor relación.

—No llores —le susurró él, mientras le limpiaba una lágrima solitaria que recorría una de sus mejillas—. Lo solucionaré, te lo prometo.

Ella asintió, sin saber qué decir e intentando convencerse de que no había motivos por los que preocuparse.

Aún.

—Tal vez quiera recuperar el contacto contigo. Por Violet. Puede que quiera estar junto a vosotros y...

—Eso es imposible.

—¿Por qué? Marcus —Phoebe le acarició las cálidas y grandes manos—, un día la amaste tanto como para engendrar un hijo con ella.

Él apartó la mirada y abandonó todo contacto físico con Phoebe. Al parecer el recuerdo de su amor fracasado lo asqueaba.

—Aquello no fue amor. No por su parte. Me hizo vivir una mentira durante años, ¿y pretendes que ahora permita que vuelva a entrar en mi vida como si nada hubiera pasado?

—Yo no he dicho eso —se apresuró a decir Phoebe—. Pero quizá debas pensar en lo que te une a ella. Violet es el recuerdo constante de que un día compartiste tu vida con Amelia.

—¡Ya basta!

Phoebe se encogió cuando vio a Marcus golpear la pared que estaba tras ella con el puño cerrado. Nunca lo había visto tan fuera de sí, y aquello la asustaba. La visita de Amelia había sacado al exterior todos los demonios que Marcus guardaba bajo llave en su corazón y hacerle recordar su pasado junto a ella no hacía más que aumentar la rabia y la impotencia que sentía. No sabía cómo manejar una situación en la que su pasado colisionaba con su presente y amenazaba con la posibilidad de cambiar su futuro.

Tras llenar de aire sus pulmones para serenarse, Phoebe intentó acercarse a él, pero el rechazo que sintió cuando Marcus dio unos pasos hacia atrás para alejarse de ella la dejó noqueada. Sin pensar que Marcus se estaba rechazando a sí mismo por su arrebatado de furia y no a ella, Phoebe se mordió los labios para contener las lágrimas y buscó su bolso con la mirada.

—Tengo que irme.

Él no dijo nada y ni siquiera se acercó a ella para decirle adiós; estaba demasiado conmocionado como para actuar con claridad. La mirada tan triste que Phoebe le lanzó desde la puerta incidió directamente sobre el corazón de Marcus, haciendo pedazos las piezas que ella misma había conseguido reconstruir desde que posó por primera vez la mirada en él. Solo ella podía curarlo, pero no sabía si podrían superar juntos el obstáculo que Amelia suponía.

Respirando hondo, tomó una decisión.

Era hora de volver a encontrarse con la única mujer a la que había amado hasta que Phoebe apareció en su vida.

* * *

Como era habitual en Amelia, llegaba tarde a su cita. El recuerdo del tiempo que habían compartido juntos era más vívido que nunca, tanto, que Marcus se vio a sí mismo esperándola pacientemente en algún restaurante, hall de hotel o simplemente en el salón de su apartamento en infinidad de ocasiones. Solo que en esa ocasión Amelia había agotado su paciencia y ahora se removía inquieto en la silla de un conocido restaurante situado en Union Square.

No había reunido el valor suficiente para llamar a Amelia por teléfono, pues estaba seguro de que si escuchaba su voz antes de encontrarse con ella, tal cita nunca tendría lugar. En su lugar le había enviado un escueto mensaje que la apremiaba a que se vieran cuanto antes y Amelia no había tardado en enviarle una respuesta afirmativa, señalándole el lugar y la hora donde lo esperaría.

A Marcus no le había sorprendido que ella eligiera el mismo restaurante en el que tuvieron su primera cita; Amelia sabía jugar muy bien sus cartas, pero él no pensaba dejarse dominar esa vez. Él había cambiado.

Miró a su alrededor, ansioso por acabar con aquello cuanto antes, pero no había ni rastro de Amelia. Reclinó la espalda contra el asiento mientras tamborileaba con los dedos sobre el mantel; su gesto nervioso atrajo la atención del matrimonio que cenaba tranquilamente en la mesa de al lado. Una mujer rubia de gafas y pelo corto le sonrió cuando sus miradas se cruzaron y continuó conversando con su marido. Marcus había prestado suficiente atención en sus clases de español en el instituto como para reconocer el idioma en el que hablaban y llegó a la conclusión de que debía tratarse de un par de turistas. Al contemplar mejor a la pareja, y ver cómo el hombre lograba hacer sonreír a su esposa, Marcus se preguntó si algún día él y Phoebe conseguirían ser como aquel matrimonio.

El sonido de unos tacones al acercarse lo sacaron de sus pensamientos y al alzar la vista se encontró frente a frente con una Amelia muy poco cambiada; de hecho, estaba igual a como él la recordaba. De pie a su lado, ella le sonreía del mismo modo que antaño, tal y como solía hacer cuando intentaba convencerlo de que tenía que acceder a sus deseos. Y Marcus siempre lo hacía, se dijo. Pero no aquella noche.

Sintió una punzada de satisfacción al ver el gesto de fastidio en el rostro de Amelia cuando comprendió que él no iba a levantarse para saludarla y que tampoco pensaba apartarle la silla para que tomara asiento.

Con un bien definido movimiento de cuello, Amelia se apartó la cuidada melena rubia del rostro y ocupó su lugar frente a él. Seguía siendo una mujer muy atractiva que vestía con elegancia siguiendo las últimas tendencias en moda. Al mirarla a los ojos, Marcus supo que ella había tomado una decisión y que no daría su brazo a torcer a menos que consiguiera cualquiera que fuera su propósito. Solo esperaba que se marchara pronto de su vida y para siempre.

—¿Ni siquiera vas a saludarme?

La aterciopelada voz de ella le provocó una sensación de desagrado que le revolvió el estómago. Sin embargo, se obligó a sonreír.

—Te veo muy bien, Amelia. Casi como si el tiempo no hubiera pasado.

Ella le sonrió y Marcus estuvo a punto de salir corriendo del restaurante.

—Es que *apenas* ha pasado el tiempo —le aseguró ella, mirándolo directamente a los ojos—. Estás tan guapo como siempre.

Marcus sonrió; aquello era lo más irónico y surrealista que le había ocurrido después de que ella lo convirtiera en padre y lo abandonara días después.

—¿Intentas adularme? Muy buena táctica. —Colocando los antebrazos sobre la mesa, le preguntó directamente—. ¿A

qué has venido?

Ella fingió sentirse ofendida por su rudeza y se llevó una mano al pecho. El generoso escote de su ceñido vestido dejaba al descubierto el inicio de sus senos.

—Me ofendes, Marcus. Después de todo lo que tú y yo hemos vivido juntos...

—Te conozco, Amelia —la interrumpió, molesto por los devaneos de su ex—. No te hubieras presentado en mi casa en mitad de la noche si no quisieras algo de mí.

—Bueno, al fin y al cabo tenemos una hija juntos. ¿Qué otra cosa podría querer?

Que ella hiciera mención a Violet acabó con la escasa paciencia que Marcus había conseguido reunir esa noche. Amelia no era quién para hablar de su hija y no iba a tolerar que la usara para conseguir su propósito.

—Tú no tienes ninguna hija ¿ya lo has olvidado? Así que te agradecería que fueras directa al grano, por favor.

Amelia cruzó sus largas piernas bajo la mesa y se tomó su tiempo para contestar mientras tomaba la elegante carta y le echaba una ojeada.

—¿Y si cenamos mientras? Creo recordar que te encantaba aquel hummus con...

—Te encantaba a ti, yo lo detestaba —la corrigió él; armándose de paciencia. Marcus se llenó de aire los pulmones antes de continuar—. He aprendido a vivir sin ti, Amelia. He rehecho mi vida. ¿Qué es lo que quieres?

Que él hiciera mención a la chica que ella había conocido la noche anterior en el apartamento de Marcus atrajo la atención de Amelia.

—Ah, sí. —Dejando la carta a un lado, cruzó las manos sobre la mesa y lo miró a los ojos—. ¿Te refieres a la chica que estaba anoche en tu apartamento? No tenía ni idea de que te gustaban las jovencitas sin estilo, querido.

—No voy a consentir que te refieras a ella usando ese tono —gruñó—. Mis gustos ya no tienen nada que ver contigo ni con las mujeres como tú. Y sí, Phoebe es diferente. Es lo que necesito. Así que te agradecería que desaparecieras de mi vida para siempre.

—Quiero verla.

Aquello lo dejó sin palabras y solo consiguió aumentar su disgusto.

—¿Para convencerla de que lo mejor es que se aparte de mi lado, tal y como hiciste tú? Me parece que no.

—No me has entendido. —Recogiéndose el pelo tras la oreja, Amelia se inclinó hacia adelante—. Me importa muy poco a quién metas en tu cama. Pero quiero ver a nuestra hija. Déjame conocerla.

—Ni lo sueñes.

La respuesta de él fue dura y cortante, pero dejaba a las claras su determinación de impedir que Amelia se acercara a Violet.

—No puedes impedir que una madre vea a su hija, Marcus.

—Tú no eres su madre.

Los ojos azules de Amelia le lanzaron una mirada tan fría como el hielo.

—Si yo no soy la madre de Violet dime entonces qué pretendes. ¿Acaso quieres que tu nueva novia sea su madre? Dímelo, Marcus. ¿Has pensado qué pasará cuando ella se canse de jugar a las familias y se olvide de vosotros?

—Basta, ¡basta!

Al darse cuenta de que había atraído la atención de varios de los comensales de las mesas vecinas —incluida la pareja de españoles—, Marcus moderó su tono de voz y se recompuso en su silla.

—Se acabó, Amelia —le aseguró—. No vuelvas a acercarte a mi o a mi hija o de lo contrario serás tú quien

pague las consecuencias de tus propios actos, no yo.

Con la intención de marcharse, Marcus se levantó de su asiento. No había dado ni un solo paso cuando la delicada y fría mano de Amelia se cerró sobre su muñeca. Sintió un escalofrío bajo el contacto de los dedos de ella y el pasado que tenían en común, cuando aún eran felices, le sobrevino como una pesada carga sobre la espalda.

—Espera, por favor —le suplicó—. Siento haber sido tan brusca. Y aunque pienso de veras lo que acabo de decirte sobre esa chica, no soy quién para decirte qué debes hacer. Pero, por favor, deja que vea a Violet. Serán solo unas horas.

Marcus se la quedó mirando durante varios segundos, en completo silencio. Sabía que Amelia y él estaban ofreciendo un animado espectáculo a los clientes y él no tenía intención de prolongarlo por más tiempo.

Soltándose de su agarre, se colocó las mangas de la camisa y murmuró:

—Te llamaré. Pero no esperes más de lo que estoy dispuesto a darte.

Sintiéndose triunfante, y sin importarle que Marcus la dejara sola, Amelia chasqueó los dedos y de inmediato un atractivo camarero estuvo a su lado dispuesto a cumplir sus deseos. Mientras el joven tomaba nota, ella comenzó a trazar su plan.

Phoebe no podía desembarazarse de la sensación de angustia y desasosiego que se había apoderado de ella desde que se marchara el día anterior del apartamento de Marcus, donde los dos habían acabado discutiendo a causa de Amelia, su *casi* ex mujer.

En cierto modo, entendía que la presencia de Amelia alterara el estado de ánimo de Marcus, pero ella tan solo pretendía ayudar e intentar mostrarle todo su apoyo en un momento tan delicado como aquel. Ni Marcus ni ella sabían el motivo por el que Amelia había decidido regresar después de tanto tiempo, pero algo estaba bastante claro: no sería un asunto agradable. Phoebe albergaba la esperanza de que su relación, aunque aún breve, fuera lo suficientemente resistente como para soportar ese obstáculo. Pero después de haber visto a Marcus tan alterado, tenía serias dudas de que pudieran superar la visita de Amelia.

Después de haber conocido a la elegante y bella mujer con la que había compartido su vida en el pasado, Phoebe se sentía pequeña e inferior a su lado. Al ver a Amelia, entendía por qué Marcus se enamoró de ella nada más conocerla y aunque él negara que lo que sintiera por ella fuera realmente amor, Phoebe sabía que era muy probable que Amelia se hubiera llevado consigo la parte más bonita del corazón del joven médico, y su vuelta no hacía más que poner en peligro los cimientos de la relación que ambos habían comenzado.

A pesar de que al llegar a su apartamento en Palo Alto se había encontrado con Madison y Liam haciéndose arrumacos en el sofá, su amiga no había dudado en despedir a su chico al ver el rostro de Phoebe carente de expresión y los ojos enrojecidos por el llanto. El propio Liam no puso objeción alguna cuando Madison lo instó a que se marchara, a pesar de que estaban disfrutando del comienzo de algo muy bonito.

Una vez que las dos chicas se quedaron a solas, Phoebe se permitió al fin derrumbarse y llorar de forma desconsolada

contra el hombro de su amiga. Como pudo, le narró entre hipidos su último encuentro con Álex, la posterior escena con Amelia y la consiguiente discusión con Marcus.

—No se merece tus lágrimas —le aseguró Madison, mientras le apartaba el pelo de la cara—. ¿Me has oído? Los tíos son unos completos gilipollas.

A pesar de lo difícil de la situación, Phoebe no pudo evitar sonreír.

—Creía que habías superado tu aversión por los hombres. Te he visto muy bien con Liam.

—Bah. —Madison le restó importancia con un gesto de la mano—. Estamos hablando de Marcus y la zorra de su ex.

Phoebe se apartó un poco para limpiarse los ojos.

—Es muy guapa.

—Esas son las peores, cariño.

Madison pasó el resto del día consolándola y aunque Phoebe insistió en que debía disfrutar de su relación con Liam, Madison no quiso ni oír hablar del tema y se ofreció a acompañarla en un día para chicas.

Así pues, ambas pasaron el domingo tumbadas en el sofá, comiendo pizza y palomitas y viendo películas de terror de calidad bastante discutible. Cuando decidieron que era hora de irse a la cama, Phoebe escuchó a Madison hablar por teléfono con Liam y, a juzgar por las sonrisas de su amiga, el chico estaba ganando cada vez más terreno. Se alegraba por ellos, por supuesto, pero no podía evitar sentir una punzada de dolor en el pecho cuando recordó que Marcus ni siquiera la había llamado para disculparse o preguntarle cómo se encontraba. Tal vez necesitase tiempo y espacio para pensar en su siguiente movimiento, pero ella quería tenerlo a su lado.

Después de una noche en la que apenas había conseguido pegar ojo, se levantó de la cama dispuesta a hacer que el día fuera diferente del anterior. Había tenido muchas horas para pensar y, aunque Marcus no quisiera hablar aún con ella,

pensaba hacerle ver que no estaba solo y que le gustase o no tenía que contar con ella para tomar una decisión. Puede que ella no fuera la madre de Violet, pero sin duda tenía más derechos sobre la pequeña que su propia madre, que la había abandonado casi al nacer.

Con ese ánimo, se puso unos vaqueros y un jersey de manga larga con el que protegerse de la fresca pero soportable brisa propia de mediados de noviembre que había comenzado a azotar la ciudad de San Francisco, y salió de su habitación dispuesta a hacerle una visita a Marcus.

Sin embargo, Phoebe tuvo que aplazar sus planes cuando vio que Madison abría la puerta del apartamento para dejar pasar a Bianca. La madre de Marcus era una mujer hermosa y elegante incluso cuando vestía de manera informal. Sus miradas se cruzaron antes de que la mujer hubiera podido entrar en el apartamento; Bianca le dedicó una sonrisa cálida y afectuosa que provocó que Phoebe volviera a sentir lágrimas en los ojos. Esta vez, en cambio, logró controlarlas y corresponder a la sonrisa que Bianca le dedicaba antes de que la mujer la abrazara a modo de saludo.

—Siento mucho presentarme sin avisar —se disculpó ante ellas; luego se dirigió directamente a Phoebe—. Me gustaría hablar contigo unos minutos, si no tienes inconveniente, por supuesto.

—Será mejor que os deje. —Madison les sonrió a ambas y con su mirada le deseó suerte a su amiga—. Liam insiste en llevarme a tomar un *brunch*. Ha sido un placer conocerla, señora Graham.

Una vez se quedaron a solas, Phoebe invitó a Bianca a tomar asiento mientras ella servía un par de tazas de café. Cuando le tendió la suya, Bianca se lo agradeció con una sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada de formalismos, por favor. —Bianca extendió una mano que colocó sobre las que Phoebe tenía en su regazo—.

Ante todo, quisiera pedirte perdón, querida.

Contrariada, Phoebe parpadeó varias veces sin saber qué decir.

—¿A mí? Bianca, no creo que...

—Te juzgué sin tan siquiera conocerte —continuó la madre de Marcus—. Reconozco que al principio no me tomé demasiado bien tu relación con mi hijo. Pero debes entenderme, Phoebe. A ninguna madre le gusta ver sufrir a un hijo y yo ya he visto al mío sufrir más de lo que merecía.

—Comprendo...

Phoebe se aferró a la mano que Bianca tenía sobre las suyas. Entendía las reservas que la mujer pudiera tener con respecto a ella. A fin de cuentas, su hijo le había confiado el cuidado de su única nieta a una completa desconocida y además había comenzado una relación con ella. Si ella estuviera en su lugar, probablemente hubiera reaccionado del mismo modo.

—Cuando se comprometió con Amelia sentí una gran felicidad —continuó Bianca—. Todo era como debía ser. Hacían una pareja preciosa, ella provenía de una buena familia, se movían en los mismos círculos... Encajaban. —Al ver que Phoebe agachaba la cabeza, Bianca le sostuvo la barbilla y la miró a los ojos—. No pude estar más equivocada.

La manera que Bianca tenía de mirarla, como si pudiera ver más allá de sus ojos hasta llegar a su interior, conmovió a Phoebe y tuvo que morderse los labios en un intento por no derramar ninguna lágrima.

—Marcus lo pasó muy mal cuando ella se marchó. Perdió el brillo en su mirada y se convirtió en una especie de... máquina. Trabajaba por las mañanas, cuidaba de la niña hasta que los dos caían rendidos por las noches. Pero se olvidó de sí mismo. Hasta que apareciste tú. —Le sonrió—. Nunca antes había visto a mi hijo mirar a una mujer del modo en que te miraba a ti en la fiesta. Realmente te quiere, Phoebe. Y yo te

estoy profundamente agradecida por el cambio que has logrado dar a las vidas de mi hijo y mi nieta.

—Bianca, no es necesario que me agradezcas nada. En estas semanas he aprendido a querer a Violet como si de verdad fuera mi hija, y Marcus...

—Estás enamorada de él —la interrumpió.

¿Qué podía decirle? Bianca se había presentado en su apartamento para pedirle perdón por haberla prejuzgado; le estaba ofreciendo una información muy valiosa sobre el doloroso pasado de Marcus. Lo único que Phoebe podía ofrecerle a cambio era su completa sinceridad. Y a decir verdad, ella misma necesitaba compartir con alguien lo que era ya un secreto a voces. Amaba a Marcus con todo su corazón.

Sin necesidad de decir nada más, Phoebe asintió con la cabeza.

—Mi hijo es tan buena persona como cabezota. —Le sonrió—. Pero supongo que ya lo has averiguado por ti misma ¿no es cierto?

—Estos últimos días están siendo algo extraños. El viaje a Los Ángeles, la distancia...

—Sé lo de Amelia.

Le sorprendió que Bianca se hubiera enterado tan pronto. Después de todo, parecía que Marcus había estado tan ocupado contándose a todo el mundo que ni siquiera había tenido tiempo para llamarla por teléfono. Se preguntó cuántas personas más sabrían del regreso de Amelia.

—No te preocupes, querida —la tranquilizó—. Solo lo sabemos mi marido y yo. Pero quiero decirte algo: no te precipites. Si algo he aprendido en el último año es que las cosas no son siempre lo que parecen. Dale tiempo a mi hijo pero no te apartes demasiado. Te necesita.

—Hemos discutido —le confesó Phoebe llevada por un impulso. Por alguna razón sentía la necesidad de contarle la

verdad—. No sé si querrá verme después de lo de ayer. Nos gritamos y...

—Te entiendo, querida. Cuando Marcus vino a casa anoche tenía la misma expresión de angustia en su cara que tienes tú ahora. Amelia saca lo peor de él, pero no puedes juzgarlo después de lo que le hizo.

—No lo hago, Bianca, tan solo quiero ayudar.

La madre de Marcus le colocó el pelo tras la oreja y le acarició la mejilla en un gesto maternal. Phoebe le agradecía que estuviera de su lado y no del de su ex nuera.

—Vuestros problemas solo podéis solucionarlos vosotros, Phoebe. Pero te daré un consejo: desconfía de Amelia. Esa mujer es capaz de cualquier cosa para conseguir lo que se propone.

Ella asintió y agradeció el apoyo que le brindaba. Antes de marcharse, Bianca la abrazó tal y como hubiera hecho su propia madre.

—Casi lo olvido.

La madre de Marcus estaba ya en el umbral de la puerta; se giró y le tendió a Phoebe una tarjeta de visita.

—Eleanor Reese —leyó—. No sé quién es.

—Es una buena amiga de la familia. La conociste en la fiesta, aunque imagino que verías tantas caras que probablemente no la recuerdes. Es marchante de arte y quedó impresionada por la pintura que hiciste de Marcus y mi nieta.

Phoebe abrió mucho los ojos, sorprendida como estaba, y de inmediato su mente comenzó a funcionar a toda velocidad. Había oído hablar del matrimonio Reese, la pareja más influyente en el mundo del arte de toda la costa Oeste. Se rumoreaba que preparaban una gran exposición de pintura contemporánea que pensaban llevar a Europa.

—Está interesada en conocerte —continuó Bianca—. Ahí tienes su teléfono. Eleanor y yo estamos de acuerdo en que

tienes un don para captar la belleza interior de las cosas, no solo en tus obras.

Bianca le dedicó una sonrisa al tiempo que le guiñaba uno de sus bonitos ojos azules.

—Piénsalo, Phoebe. Es una gran oportunidad.

—Lo haré —le aseguró—. Bianca, no sé cómo agradecerte que...

—Shh, no digas nada. Sé paciente, querida. Todo en esta vida tiene solución. Recuerda eso.

* * *

Las últimas luces del día se perdían en el horizonte y formaban una paleta de suaves colores que iban desde el rosa al naranja, pasando por el amarillo, justo cuando Phoebe llegó al apartamento de Marcus. El ocaso se cernía sobre San Francisco al mismo tiempo que el miedo y la preocupación inundaban su pecho. Hacía una hora que había recibido el mensaje de Marcus que la citaba en su apartamento y desde entonces su nerviosismo no había hecho más que crecer. Phoebe sabía que debían hablar, pero temía que el desenlace de su conversación fuera parecido al de la última vez que se vieron. No quería discutir con Marcus pero tampoco sabía de qué humor estaría su novio y cómo se tomaría todo lo que tenían que decirse con respecto a Amelia y el futuro que les esperaba a ambos.

No pudo evitar recordar la primera vez que pisó el edificio, cuando Marcus le ofreció el puesto de canguro. Aquel día el ascensor no funcionaba y a Phoebe el corazón le latía desbocado sin saber a qué debía atenerse con el misterioso hombre de voz seductora con el que había hablado por teléfono la noche anterior. Después de subir cinco pisos a pie y acabar sin aliento, Phoebe se había encontrado con Marcus al otro lado de la puerta. Entonces no lo sabía, pero acababa de conocer al hombre de su vida y ahora temía estar a punto de perderlo.

Esta vez, en cambio, hizo uso del ascensor, pues estaba lo bastante nerviosa como para sufrir un colapso si privaba a su cerebro del oxígeno que necesitaba para poner en orden sus ideas y mantenerse tranquila.

Sintió una punzada de dolor cuando Marcus abrió la puerta y la hizo pasar al interior del apartamento. Todo estaba en silencio y ni siquiera se habían dicho una sola palabra; los ojos de Marcus le transmitían todo el pesar y la incertidumbre que no sabía expresar con palabras. Phoebe suspiró hondo y se quitó la chaqueta que dejó sobre el sofá antes de encararse a él. Por muy doloroso que fuera lo que tuvieran que decirse, debían ser valientes y hacer frente a la situación.

—Siento cómo me comporté ayer —susurró Marcus; su mirada estaba atormentada y tenía los grandes ojos grisáceos hundidos, como si no hubiera dormido en dos días—. Sobre todo siento haberte asustado. Phoebe, yo...

Marcus dejó caer los párpados y lanzó un profundo suspiro cuando sintió la mano de Phoebe acunándole la mejilla, acariciándole la barba mientras su dedo pulgar le rozaba los labios.

—Marcus, yo solo quiero ayudar. —Sujetándole el rostro entre las manos, Phoebe le hizo inclinar la cabeza hacia abajo, hasta que sus frentes descansaron la una contra la otra—. Por favor, no me apartes de tu lado.

Él negó con la cabeza y a continuación aplastó su boca contra la de Phoebe sin poder resistir un solo segundo más las ganas que tenía de besarla. Se había arrepentido de su comportamiento la noche anterior desde el mismo momento en que ella se hubo marchado; la había echado de menos a pesar de lo difícil que se había vuelto su vida en apenas cuarenta y ocho horas y había comprendido que no podía —ni quería— estar sin ella.

Un ronco gemido salió de su garganta cuando sintió los brazos de Phoebe rodeándole la espalda y a continuación sus manos aferrándose a su nuca para atraerlo más hacia ella para profundizar el beso. Se sintió aliviado cuando ella separó los

labios para permitir la entrada de su lengua y cuando la entrelazó a la suya, Marcus comprendió que Phoebe le estaba diciendo con su beso las palabras que aún no había pronunciado: ella lo amaba.

—Todo saldrá bien —oyó que le susurraba ella—. Si permanecemos juntos, de una manera u otra, los dos encontraremos una manera de solucionarlo.

Marcus dejó escapar todo el aire que guardaba en sus pulmones y después se apartó de su lado. Phoebe lo vio sentarse en el sofá, colocar los codos sobre sus rodillas y llevarse las manos a su cabeza despeinada; sintió un súbito acceso de ternura al verlo, como si él tan solo fuera un niño perdido y asustado. Apartándole los brazos, se sentó sobre su regazo y peinó con sus dedos los mechones dorados de su pelo. Permanecieron así unos minutos en completo silencio, hasta que Marcus deslizó un brazo alrededor de su cintura para pegarla más a su pecho.

—Anoche estuve con Amelia.

Aquella frase tan sencilla compuesta tan solo por cuatro palabras impactó directamente en el corazón de Phoebe, provocando de inmediato un desagradable sentimiento de celos que la hizo quedarse inmóvil sobre el regazo de Marcus. Por eso no la había llamado. Ella apenas había pegado ojo esperando que el teléfono sonara, y él había estado ocupado con su ex. Sin embargo, Phoebe hizo un esfuerzo por mantenerse en silencio y esperar a que Marcus se explicara.

—No tenía intención de verla —continuó—. Pero después me di cuenta de que tenía que hacerlo si quería saber qué es lo que se trae entre manos y por qué ha vuelto justo ahora.

—¿Y bien?

Ni siquiera Phoebe reconocía su propia voz aguda y entrecortada, pero tenía que calmarse y escuchar lo que Marcus tuviera que decirle.

—Sabe lo nuestro. Lo sabía antes de venir aquí. Y ahora quiere pasar tiempo con Violet.

Los dedos con los que Phoebe le acariciaban la nuca se detuvieron de golpe, petrificados sobre su cabeza.

—¿Quiere recuperarla?

—No lo sé.

El susurro angustiado de Marcus le encogió el corazón. Estaba asustado y ella no sabía qué hacer ni qué decir para calmarlo.

—¿Qué vas a hacer?

—Es la hija del senador. —Marcus giró la cabeza para mirarla y la mano de Phoebe cayó inerte sobre su regazo—. No puedo negarme, Phoebe. Amelia renunció a sus derechos como madre pero tiene una familia con contactos y...

—Shh...

Marcus dejó caer la cabeza sobre el pecho de Phoebe, derrotado. No lloró pero necesitaba el consuelo de su mujer para poder soportar los duros momentos que estaba viviendo.

—Lo arreglaremos —le susurró ella—. Te lo prometo.

—Abrázame, por favor.

Phoebe lo hizo, cobijándolo contra su cálido pecho y aferrándose a su ancha espalda con los brazos. Marcus susurró su nombre en un jadeo ronco y Phoebe sintió la urgencia de su deseo por ella bajo la bragueta de sus vaqueros. Tal vez no fuera el momento adecuado para un encuentro íntimo, pero Marcus la necesitaba. Necesitaba perderse en ella y dejar su mente en blanco durante el tiempo que durase la pasión.

Le arrancó un gemido ahogado cuando ella se removió sobre su regazo y la creciente erección rozó la íntima unión entre sus muslos aún cubiertos. Marcus levantó la cabeza y tomó posesión de su boca con un hambre voraz, desesperado como estaba por tenerla. Él apenas le daba tregua para devolverle los besos y sus lenguas se enzarzaron en una ardiente batalla por dominar la boca del otro hasta hacerles perder la cordura. Phoebe dejó caer la cabeza hacia atrás cuando Marcus aferró su larga melena en una de sus manos y

tiró de forma suave pero firme para poder acceder a su garganta. Su lengua la lamió de arriba abajo mientras la mano que le quedaba libre se amoldaba a uno de sus pechos. La urgencia con la que la boca de Marcus la besaba y la presión que su mano ejercía sobre su pezón la estaban volviendo loca.

Phoebe consiguió apartarse lo justo para poder sacarse la camiseta por la cabeza antes de que Marcus se lanzara a atacar con la lengua y los dientes sus pechos aún cubiertos. Tuvo que aferrarse a sus hombros para no caer cuando él levantó la cadera con ella encima para abriese los pantalones y extraer su dura erección. Phoebe estaba impresionada por la celeridad de sus movimientos y su boca ansiosa apenas le otorgaba unos minutos para tomar aire. Cuando miró hacia abajo, al lugar donde sus caderas se mecían la una con la otra, Phoebe ahogó un gritito de sorpresa al comprobar que Marcus acababa de protegerse el miembro y que sus dedos forcejeaban con los botones de sus vaqueros.

Cuando él la penetró, Phoebe se aferró con brazos y piernas a su cuerpo. Los dedos masculinos la mantenían sujeta con firmeza por las caderas y la instaban a alzarse para dejarle espacio y que su duro pene pudiera entrar más hondo. Ella siempre había disfrutado con esa postura pues podía sentirlo bien encajado en su interior, pero en aquella ocasión era diferente. No quería dejarlo marchar y cuando se contrajo alrededor de su miembro, Marcus gruñó con la boca enterrada en su cuello y la instó a moverse más deprisa.

Estaba siendo un acto desesperado y los dos lo sabían; buscaban hambrientos la potente liberación que dejara sus cuerpos laxos y sus mentes vacías de todo pensamiento que no fueran ellos mismos y el placer que sus cuerpos se regalaban. Cuando el orgasmo sorprendió a Phoebe en mitad de sus rítmicas cabalgadas, clavó las uñas en la camiseta que Marcus no se había molestado en quitarse y se dejó caer contra su pecho. Cerró los ojos al sentir el acelerado corazón de él latiendo con fuerza bajo su oído y percibió la fuerza de su clímax cuando al fin se liberó dentro de ella.

Era la primera vez que se acostaban sin que los sentimientos tuvieran poder sobre ellos. No se habían mirado a los ojos y tampoco se habían desvestido. Algo había cambiado entre ellos. Phoebe no podía evitar tener la sensación de que Marcus se estaba despidiendo de ella.

Con su miembro aún encajado en su interior, Phoebe se aferró a su cuello y dejó que una lágrima solitaria corriera por su mejilla, pensando que aquello podría significar el fin de sus días felices.

Phoebe apenas fue consciente de que Marcus se movía debajo de ella. Se sentía desfallecida después del encuentro íntimo que acababan de compartir, pero era su mente la que se había desprendido de su ser al llegar la culminación y ahora todas sus emociones estaban a flor de piel, aunque en aquel momento era incapaz de articular una sola palabra. Dejó escapar un suspiro entrecortado cuando Marcus abandonó la calidez de su cuerpo, y se dejó hacer cuando él le rodeó el cuerpo entre los brazos y la levantó a horcajadas para llevarla a la habitación.

Habían compartido infinidad de momentos en silencio desde que se conocieron, todos ellos cómplices, partícipes de ese sentimiento cálido y emocionante que comenzaba a nacer entre los dos y que no era otra cosa que amor. Esta vez no se habían dicho ni una sola palabra y la quietud que acompañaba al silencio que los rodeaba mientras Marcus la desvestía, caía sobre ellos como un manto frío e impenetrable que hacía estremecer el cuerpo sensibilizado de la que todavía era su chica, pero... ¿por cuánto tiempo más?, se preguntaba.

Ninguno de los dos pronunció una palabra mientras desnudaban sus cuerpos; una vez estuvieron despojados de todas sus ropas, Marcus abrió la cama y la ayudó a meterse bajo las frías sábanas. Después él se acostó a su lado, tras su espalda, aferrándola contra el calor de su pecho. Phoebe sentía el latir desbocado de su corazón, quería susurrarle cuánto lo amaba, pero sabía que probablemente no fuera una buena idea.

Marcus no quería hablar, tan solo quería sentir en la que puede que fuera su última noche juntos. Y ella no podía evitar pensar que después de aquella noche se separarían para siempre. Pero, ¿quería aquello realmente? Lo más sensato era aclarar sus sentimientos y luchar juntos contra cualquier obstáculo que Amelia estuviera dispuesta a interponer en su camino. Pero se había quedado sin fuerzas.

Cerró los ojos y se dejó arrastrar por el sueño mientras sentía el cuerpo de Marcus muy pegado al suyo, como si estuviera protegiéndola.

El último pensamiento coherente que cruzó la mente de Phoebe fue que no soportaría perderlo.

* * *

Marcus no estaba a su lado cuando Phoebe se despertó, unas horas después. Sentía entumecidas las piernas a causa del sueño inquieto que apenas le había permitido descansar y el corazón le dolía por la incertidumbre que debía enfrentar aquella mañana cuando viera a Marcus. Era innegable que tenían que hablar seriamente. Aunque Marcus no quisiera involucrarla en sus problemas, tenían una relación y ella estaba tan comprometida como él. No quería quedarse al margen como una mera espectadora esperando a que Amelia diera el siguiente paso que bien podía suponer el final de su historia con Marcus. Si lo que la mujer pretendía era destruir su relación no le estaba costando serios esfuerzos conseguirlo.

Intentó sin mucho éxito que el torrente de agua caliente de la ducha calmara sus músculos acalambrados y serenara su nerviosismo, pero estaba demasiado alterada como para poder relajarse, de modo que se secó lo más rápido que pudo y se vistió con la ropa del día anterior que Marcus había dejado doblada sobre una silla del dormitorio. Tenía intención de abordarlo antes de que se marchara al hospital pero al pasar frente a la habitación de Violet y que esta reclamara su atención al llamarla *mamá*, las escasas defensas que le quedaban se desvanecieron y acudió a estrechar entre sus brazos a la pequeña.

Mientras se daban mutuamente los buenos días y Phoebe le susurraba lo mucho que la quería, sintió un potente nudo de tristeza en su garganta. Le dolía el pecho tan solo de pensar en la posibilidad de perder a Marcus, pero el corazón se le rompía a pedazos cuando se imaginaba lejos de Violet. En las semanas que habían transcurrido desde que empezara a cuidar de ella, la pequeña había hecho aflorar en Phoebe el instinto maternal

que ella misma había mantenido dormido. No era su verdadera madre pero así era como se sentía. Quería acompañarla en su primer día de colegio, curarle las heridas, ayudarla con los deberes, consolar su corazón roto en su primer amor, asistir a graduaciones... No podía permitir que Amelia le arrebatara algo que le era tan querido, algo a lo que ella había renunciado en el pasado.

Antes de que pudiera salir de la habitación de Violet, dispuesta a mantener la conversación que tenía pendiente con Marcus, la voz alterada de una mujer frenó sus pasos cuando estaba a punto de llamar a Marcus. Despacio, se acercó al salón para poder escuchar.

—Te dije que te llamaría, Amelia —le estaba diciendo Marcus. Estaba alterado, a juzgar por cómo pasaba las manos por la cabeza—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No puedo esperar más, Marcus. Quiero ver a mi hija —le exigía Amelia—. Me lo debes.

Oculto tras la puerta que comunicaba la sala de estar con los dormitorios, Phoebe se mordió los labios para contener una respuesta mordaz. Marcus no le debía nada a Amelia, pero ahora al verlos juntos en la misma habitación y aunque estuvieran discutiendo, experimentaba el amargo sabor de los celos. A pesar de lo temprano que aún era, Amelia estaba guapísima luciendo un maquillaje impecable y un conjunto de blusa y pantalón que decía a gritos lo caro que era. Phoebe se veía insignificante a su lado.

—¿Te lo debo?

Marcus se movió a su alrededor, incapaz de creer lo que Amelia le decía. Estaba fuera de sí pero intentaba hacer esfuerzos por controlarse.

—Amelia, te marchaste. Nos abandonaste. ¿Cómo puedes venir ahora a exigirme que te deje entrar en la vida de mi hija?

—Nuestra hija —corrigió ella.

Phoebe contempló la chispa que acabó por encender la furia en los ojos de Marcus y decidió intervenir antes de que

llegara a explotar y se arrepintiera de sus palabras.

—Marcus, ¿va todo bien?

En el mismo momento en que los ojos de Marcus se posaron en ella, Phoebe respiró aliviada al ver que la tormenta en su mirada había pasado pero no así su ánimo enfadado y su incomodidad por tenerla a ella y a Amelia juntas en la misma habitación.

Acercándose despacio hacia Marcus, le colocó una mano en el brazo; era muy consciente de la mirada de desprecio que Amelia le lanzaba, pero se dijo que era ella quien compartía ahora su vida con Marcus y no podía dejarse intimidar.

—Así que lo vuestro va en serio. —La mirada de Amelia tenía un brillo malicioso cuando clavó sus ojos azules directamente en Phoebe—. ¿Por qué no te marchas y dejas a los mayores hablar, querida?

—¡Ya basta! —Marcus avanzó un paso hacia Amelia, con mirada amenazante, pero ella ni siquiera parpadeó—. No vuelvas a hablarle así.

Amelia le sonrió, despreciando las palabras de Marcus como si estas no tuvieran importancia alguna para ella. No iba a dejarse acobardar por una cría que estaba jugando a papás y a mamás con un hombre al que ella aún consideraba de su propiedad.

Decidió hacer oídos sordos a su malicioso comentario y los sorprendió a los dos cuando habló con voz serena.

—¿A qué has venido, Amelia? ¿Realmente te importa Violet o solo pretendes hacer más daño del que ya has causado?

Phoebe 1, Amelia 0, pensó cuando los ojos de la rubia la delataron al abrirse tanto como el bótox inyectado le permitía. La había sorprendido al mismo tiempo que dejaba patente que no pensaba dejarse ganar terreno. Pero Amelia no tardó en recuperar la compostura y continuó directa en su ataque.

—¿Crees que voy a hablar contigo cuando es evidente que no eres más que un bonito pasatiempo? —Y mirando a Marcus, añadió—. No estoy dispuesta a seguir tolerando esto, Marcus. Tenemos que solucionarlo nosotros y tu novia nos sobra.

Phoebe estaba a punto de comenzar a gritar. No tenía por qué soportar los insultos de una mala mujer incapaz de reconocer algo bueno aunque lo tuviera pegado a su frente. Con su comportamiento, Amelia había demostrado ser muy inferior a ella y Phoebe estaba dispuesta a gritárselo si era necesario, pero Marcus se interpuso en su camino. De hecho, se colocó entre las dos mujeres.

—¡Ya está bien! Amelia, si no eres capaz de comportarte te sugiero que te olvides de ver a Violet. ¿Te ha quedado claro?

En silencio, ella asintió, no sin antes clavarle una dura mirada a Phoebe. Ella estaba alterada y lo único que quería era perder de vista a la ex de Marcus y poder quedarse a solas con él.

Sin embargo, las palabras que pronunció Marcus a continuación fueron como un golpe directo en su estómago.

—Phoebe, por favor, déjanos a solas.

—¿Qué?

Ella se lo quedó mirando, dolida. Podía sentir el triunfo en los ojos de Amelia clavados en su nuca mientras ella trataba de que Marcus la mirara y le dijera que se quedara a su lado.

—Marcus, no puedes pedirme que me vaya.

Él sabía que le estaba haciendo daño, pero sería aún peor si permitía que se quedara con él. Amelia no iba a darse por vencida y Marcus no pensaba consentir que su ex continuara insultando a Phoebe.

—Ya hablaremos después. Ahora márchate, por favor.

Nunca se había sentido tan herida. No pensó que Marcus pudiera hacerle tanto daño y mucho menos que la apartara de su lado sin una explicación, y ante la presencia de Amelia

además. Conteniéndose para no derramar unas lágrimas que luchaban por salir de la prisión de sus ojos, Phoebe tomó su bolso y se marchó sin tan siquiera mirar atrás.

El sonido que hizo la puerta al cerrarse cuando Phoebe se marchó incidió directamente sobre el corazón de Marcus. Era un miserable y un desgraciado que estaba haciendo daño a la mujer que le había devuelto la ilusión y le había hecho volver a creer en el amor. Pero no tenía alternativa.

Desesperado, se dejó caer en el sofá y enterró la cabeza entre las manos. Incluso se había olvidado de Amelia hasta que esta le enterró los dedos en el pelo. Marcus se apartó de golpe, asqueado. La noche anterior había sido Phoebe quien le había proporcionado el consuelo que necesitaba. Con Amelia, en cambio, sentía repulsión.

—No merece la pena que estés así ¿sabes? —le susurró, con su voz relajada y seductora—. Te conozco, sé lo que te gusta y lo que te hace feliz. Cariño, ella solo es un capricho pasajero.

Amelia se arrodilló frente a él y le sujetó las manos para poder mirarlo a los ojos. Aquella mujer hermosa cuya mirada lo había enamorado una vez y con quien se había imaginado pasando el resto de su vida, ahora le resultaba una completa desconocida. No veía el brillo en su mirada, el mismo que siempre encontraba en los ojos de Phoebe cada vez que la sorprendía contemplándolo. Su sonrisa era tensa y no le alcanzaba los ojos y las caricias de sus manos estaban carentes de sentimientos.

—Podemos recuperar lo que teníamos —continuó ella en un susurro—. Sé que he hecho las cosas mal, que te he defraudado. Era joven y estaba asustada. No sabía lo que quería.

—¿Y ahora sabes lo que quieres?

Ella alzó la mano y le acarició la mejilla cubierta de una ligera barba.

—Por supuesto que sí. Marcus, nos merecemos otra oportunidad, no solo por Violet. Sé que todavía sientes algo por mí.

Antes de que pudiera negar que aquello fuera cierto, antes de poder apartarse, se encontró con la firmeza de los labios de Amelia que aplastaban los suyos y los recuerdos lo asaltaron como balas de cañón. La boca de Amelia siempre había sido exigente y pedía más de lo que ofrecía. En aquella ocasión no fue diferente pero en lugar de apartarla, Marcus se dejó hacer. Discutir con ella, lastimar a Phoebe... Amelia había acabado con sus fuerzas.

Cuando sus labios se separaron, ella no tuvo reparos en mostrar la expresión de victoria en su rostro, pero no dijo nada. Marcus se puso en pie y la ayudó a levantarse para llevarla hasta la habitación de Violet.

—Solo tengo unos minutos antes de tener que ir al hospital —le explicó, con la voz carente de emoción—. Tendrás que conformarte con esto por ahora.

Ella le sonrió y en su rostro apareció una bien fingida máscara de emoción cuando Marcus le puso a su hija en los brazos.

—Esta es Violet. Ha cambiado mucho desde la última vez que os visteis.

—Ahora tenemos todo el tiempo del mundo. Hola, mi amor. Mamá ha vuelto.

Marcus salió de la habitación, incapaz de ver a su hija en brazos de la mujer que la había abandonado. Necesitó unos minutos para poder tranquilizarse antes de volver junto a ellas, mientras el llanto de Violet se volvía cada vez más desesperado.

Cuando Amelia se marchó, abrumada por el incesante llanto de Violet, Marcus mandó recado al hospital informando que se tomaba libre aquella mañana por un asunto familiar. Su hija se calmó en el mismo instante en que Amelia abandonó el apartamento y aquello le confirmó que ni siquiera era bien recibida por su propia hija. Amelia nunca había tenido instinto maternal y este tampoco había aflorado durante el año que habían pasado separados. Mientras tenía a Violet en brazos se la veía incómoda y sin saber cómo comportarse con un bebé, e incluso trataba de mantenerla todo lo apartada que pudiera de su cuerpo para evitar que la pequeña manchara su carísima ropa.

No, Amelia no estaba preparada para tener más hijos ni tampoco para encargarse de una a la que había llevado en su interior durante nueve meses y a la que había renunciado sin sentir el más mínimo atisbo de arrepentimiento o tristeza.

Además, Marcus no solo tenía que hacer frente al supuesto deseo de Amelia por recuperar el contacto con su hija; lo había besado, había intentado seducirlo y hacerle creer que aún seguía enamorada de él. No la había apartado mientras sus labios recorrían los suyos, pero Marcus sabía que todo era una mentira para intentar recuperarlo. Durante el tiempo que estuvieron juntos, Amelia disfrutó de una buena posición como hija del senador y siendo él su pareja, el hijo de una conocida e importante familia de California, rara era la semana que su rostro no aparecía en la prensa. No había fiesta a la que acudían en la que Amelia no fuera el centro de atención y su imagen llenaba las portadas de las revistas de toda la costa oeste; pero todo aquello cambió cuando el embarazo se hizo evidente y tuvo que recluirse, pues no quería que su estado fuera conocido.

Ahora, después de todo ese tiempo, Marcus era consciente de que Amelia ya había planeado abandonarlos antes incluso de que Violet naciera.

Su hija no se merecía una madre como ella, con la que tan solo compartía parte de su ADN. Pero a fin de cuentas ella era su madre. No importaba lo que él sintiera o deseara, Marcus nunca se perdonaría privar a la pequeña de la presencia de Amelia.

Tenía que hablar con Phoebe y hacerle ver que por muy fuertes que fueran sus sentimientos hacia ella, su hija siempre estaría por encima de todo. Sabía que le haría daño, mucho más del que ya le había hecho. Su comportamiento de los últimos días no había estado a su altura, ella que siempre le había sido fiel y permanecía a su lado en los momentos más difíciles. Sería franco con ella, pues no podría soportar que pensara que la dejaba para estar con Amelia. Lo suyo con la madre de su hija estaba muerto, pero tenía que estar a su lado para que juntos pudieran criar a la hija que un día habían concebido juntos.

Pero primero tenía que convencerse a sí mismo de que la decisión que había tomado era la mejor para todos. Aunque Amelia hubiera renunciado a todos sus derechos con respecto a Violet, seguía siendo su madre. Si quería que fueran una familia por el bien de la niña, así sería. Pero su corazón estaba blindado para ella. Jamás volvería a amarla.

En cambio, rezaba para que Phoebe llegara a perdonarlo algún día y pudiera recomponer los pedazos de su corazón roto para permitir que otro hombre la amara como ella se merecía.

* * *

En la otra punta de la ciudad, al margen de los pensamientos de un hombre atormentado, Amelia visitaba las tiendas más exclusivas de San Francisco. No necesitaba nada de lo que compraba pero se merecía un capricho. Tenía mucho que celebrar: estaba segura de que Marcus la perdonaría y le permitiría volver a su lado. La mujer que ahora ocupaba su lugar no era más que un mero entretenimiento para él, una muchachita sin experiencia que le calentaba la cama mientras ella estaba ausente. Ya se imaginaba los titulares en la prensa: <<*la hija del senador Wilson y su prometido vuelven a estar*

juntos y nos descubren a la hija que tienen en común>>. Serían el bombazo de la temporada y todo el mundo querría saber qué había sido de ellos y por qué habían mantenido en secreto su misteriosa paternidad.

Por supuesto, Amelia también barajaba la posibilidad de que Marcus continuara siendo el hombre terco que ella había conocido en el pasado y se negara a permitir que visitara a su hija. Y lo que era peor, se negara a volver con ella. En ese caso no le quedaría más alternativa que la de recurrir a las influyentes amistades de su padre y conseguir que invalidaran el documento que ella misma había firmado renunciando a todos sus derechos maternos. Si era necesario pensaba acudir a los tribunales y pelear por la custodia de la niña. Ella no la quería, por supuesto, pero si organizando un escándalo volvía a ser noticia, estaba dispuesta a llegar hasta el final.

Con suerte, Marcus seguiría siendo el mismo muñeco que bailaba al son que ella marcaba y muy pronto tendría todo lo que se merecía. Estaba decidida a volver, cualquiera que fuese el precio a pagar.

Encontrar a Madison y a Liam en su apartamento probablemente consiguió evitar que Phoebe acabara por derrumbarse definitivamente. Su cabeza no dejaba de funcionar, evocando una y otra vez el enfrentamiento con Amelia y la forma en que Marcus le había pedido que se marchara, sin ninguna explicación. Después de haber hecho el amor de manera desesperada en el sofá, sin tan siquiera quitarse la ropa, había esperado encontrar unos momentos para poder hablar con Marcus pero, justo cuando se había decidido a abordarlo, Amelia había aparecido poniéndolo todo patas arriba nuevamente. Ahora dudaba de que su relación con Marcus tuviera un futuro por delante.

Cuando entró en el apartamento, Madison no necesitó preguntarle qué había ocurrido; le bastaba con ver su mirada perdida y sus manos temblorosas para saber que su amiga necesitaba desahogarse. Bajo la desconcertada mirada de Liam, Madison corrió a su lado y estrechó a Phoebe entre sus brazos. Su amiga lloró en silencio contra su pecho sintiendo que al fin había alguien que pudiera consolarla.

—Ya estás en casa —le susurró Maddy, acariciándole el pelo—. Tienes que tranquilizarte ¿de acuerdo? Luego me contarás qué ha pasado.

—¿Por qué todo ha tenido que estropearse? ¿Por qué?

Madison trató de calmar sus sollozos y la llevó al sofá para que pudieran estar más cómodas mientras Phoebe aliviaba un poco su dolor a través de las lágrimas. Liam se hizo a un lado para dejar espacio a las chicas, pero era evidente que sentía que estaba de más y que la situación lo incomodaba. Cuando Phoebe cruzó una mirada con él, la chica lanzó un sollozo agudo al darse cuenta de que probablemente había vuelto a interrumpir a la feliz pareja.

—Te llamaré más tarde, Maddy. Creo que será mejor que me vaya.

Había recogido su abrigo y estaba abriendo la puerta cuando la voz de su chica lo detuvo.

—No seas ridículo y haz algo de provecho —le ordenó—. Trae la botella de vodka para emergencias.

Obediente, Liam hizo lo que ella le pedía y al cabo de unos segundos colocó sobre la mesa una botella junto a tres vasos. Nervioso como estaba, no pudo esperar a que la chica se calmara y él mismo se sirvió un trago que vació en un abrir y cerrar de ojos.

—No seas nenaza —oyó que le susurraba Maddy al verle frotarse las manos en los pantalones—. Phoebe nos necesita.

Él asintió; Madison tenía razón, por supuesto. Marcus debía de haberla cagado mucho para que Phoebe estuviera hecha un mar de lágrimas. A pesar de su pasado como seductor, Liam jamás había podido soportar ver llorar a una mujer. Pensó que más le valía a Marcus tener una buena excusa.

—Lo... lo siento... —se disculpó Phoebe mientras aceptaba el *kleenex* que Madison le tendía—. Os he estropeado otra cita.

—No has estropeado nada —le aseguró Madison y dirigiéndose a Liam, preguntó—. Díselo, Liam.

—De hecho, acababa de llegar.

Por supuesto, no era cierto. Había pasado una noche increíble en brazos de su novia pero la cruda mirada que esta le lanzó para que le echara una mano con Phoebe, le hizo saber que era mejor mentir un poco.

Cuando hubo recuperado parte de la calma que se había permitido perder, aceptó el trago que Liam le ofrecía y se lo agradeció con un gesto de cabeza. Verlos allí a su lado la hacía sentirse mejor, pues a pesar de la angustia que le oprimía el pecho, no quería estar sola. La caricia de Madison al frotarle la espalda para intentar reconfortarla hizo que sintiera ganas de llorar nuevamente, pero se contuvo al ver el nervioso movimiento de piernas de Liam. Entendía que se sintiera

incómodo; a fin de cuentas el pobre estaba allí por Madison, ya que como íntimo amigo de Marcus debería haberse marchado.

—Ahora cuéntanos —la voz de Maddy sonaba suave pero firme—. ¿Has vuelto a discutir con Marcus?

Phoebe intercambió una mirada con Liam y se lo pensó bien antes de dar una respuesta. En realidad era una pregunta difícil de contestar, porque ni siquiera habían discutido.

—Sí —dijo finalmente—. No, en realidad no. No sé qué nos está pasando. Ni siquiera hablamos pero todo va de mal en peor cada vez que nos vemos.

—¿Es por Amelia? —preguntó Liam, muy serio.

Marcus y él eran amigos desde hacía años y aunque Liam fuera un par de años más joven que él, se habían conocido cuando comenzó a trabajar en el hospital junto a Marcus, por lo que había tenido oportunidad de conocer a Amelia y ser espectador de primera fila cuando la relación de su amigo comenzó a deteriorarse. Él mismo tuvo que recoger los pedazos de Marcus cuando ella se marchó dejándolo solo con un bebé recién nacido. Desde entonces, Liam siempre había defendido a Marcus pero había pasado el tiempo y su amigo había cambiado. Ahora era feliz junto a Phoebe y si permitía que Amelia estropeará su relación, entonces Marcus le estaría decepcionando.

Después de llenar de aire sus pulmones, Phoebe asintió con la cabeza.

—Se ha presentado sin avisar esta mañana. Quiere recuperar a Violet y...

Tuvo que hacer una pausa y respirar. Decirlo en voz alta era como confirmar lo inevitable.

—No estarás insinuando que pretende volver con Marcus ¿verdad?

La aguda voz de Madison no ocultaba su sorpresa y cuando Phoebe volvió a asentir, confirmando así la suposición

de su amiga, se llevó una mano a los labios para ahogar los insultos que se le estaban ocurriendo sobre la ex de Marcus.

Les contó todo, desde la brusca e inesperada forma en que había conocido a Amelia hasta el último encuentro de esa mañana en el que incluso había llegado a insultarla. Cuando Liam le preguntó por Marcus, ella se limitó a decir que simplemente le había pedido que se marchara, sin darle ninguna explicación.

Estaba dolida, pero poder desahogarse con Liam y Madison había calmado su estado de ánimo. Más le valía a Marcus darle una buena explicación porque si no era así, por más que le doliera y lo profundos que fueran sus sentimientos hacia él, ella no iba a permitirle que la alejara de nuevo de su lado.

Madison y Liam pasaron el resto del día haciéndole compañía y aunque Phoebe insistió en que se encontraba bien, Maddy no quiso escucharla e incluso convenció a Liam para que las llevara a San Francisco, a la zona de la costa, donde una de sus hermanas regentaba un conocido restaurante.

Phoebe nunca había visto a su amiga tan ilusionada y era evidente que Liam estaba loco por ella. Descubrieron que el chico era el más pequeño de cinco hermanos, además del único varón, y que tenía debilidad por sus dos sobrinas, dos niñas preciosas de dos y cinco años de edad. Chloe, la hermana de Liam, les aseguró mientras este jugaba con las niñas en la playa, que era la primera vez que su hermano les presentaba a una de sus novias. Madison no pudo sentirse más complacida.

Al caer la tarde, los tres regresaron al apartamento de las chicas. Phoebe había recuperado parte de su buen ánimo aunque no lograba sacarse a Marcus de la cabeza. Durante la tarde se había preguntado varias veces qué estaría haciendo y si Amelia seguía con él. No la había llamado por teléfono pero tampoco había podido comprobarlo tanto como quisiera, puesto que Madison le había quitado el móvil cuando la pilló revisándolo por tercera vez en apenas cinco minutos.

Al bajar del coche de Liam, Phoebe pudo ver a Marcus esperándola sentado frente a la puerta de su edificio. A juzgar por su aspecto él había pasado un día mucho peor que ella. Se le veía atormentado y ni siquiera se había cambiado de ropa. Se estremeció al pensar en lo que les depararía la conversación que tenían pendiente.

—No tienes por qué hablar con él si no quieres.

Madison estaba a su lado, apoyándola como siempre. Phoebe le sonrió para hacerle ver que podía soportarlo.

—Tengo que hacerlo —le susurró—. Estaré bien, no te preocupes.

Madison asintió, no del todo convencida.

—Liam y yo daremos un paseo. Llámame si me necesitas.

Después de conseguir que su amiga le diera su palabra de que acudiría en su ayuda en caso de necesitarla, Madison entrelazó su mano a la de Liam y los dos se perdieron calle abajo. Phoebe cerró los ojos y rezó para que no le doliera tanto como sabía que sucedería; luego caminó hacia Marcus, que ya se había puesto en pie y la estaba esperando.

—No tienes buen aspecto.

Marcus se metió las manos los bolsillos del abrigo negro y encogió sus anchos hombros. A pesar de su aspecto decaído, ella lo encontraba más guapo que nunca y se le rompía el corazón al pensar en la posibilidad de...

Negando con la cabeza, introdujo la llave en la cerradura y lo invitó a seguirla. Ninguno de los dos habló hasta que llegaron al interior del apartamento. Phoebe sintió un escalofrío cuando una fría ráfaga del aire de noviembre se coló a través de la ventana que se habían dejado abierta. No pudo evitar pensar que aquel no era un buen presagio y se estremeció al escuchar la voz ronca y susurrada de Marcus a su espalda.

—No tengo excusa para haberte tratado como lo hice esta mañana. —Sin quitarse el abrigo, Marcus se sentó en uno de

los brazos del sillón—. Solo puedo pedirte que me perdones y decirte que siento el daño que te estoy haciendo.

Negando con la cabeza y mientras luchaba con el nudo que sentía en la garganta, Phoebe se acercó a él.

—Claro que tenías excusa. Marcus, entiendo que todo esto no está resultando fácil para ti. Amelia te había alterado y...

—Amelia no tiene ningún derecho a hablarte del modo en que lo hizo esta mañana —la interrumpió.

—Tienes razón. No lo tiene.

De nuevo el silencio entre ellos. Ella intentaba mostrarse comprensiva, hacerle ver que estaba a su lado y que no pensaba darle la espalda, pero el Marcus que tenía frente a ella no era el mismo que había conocido. Había perdido la ilusión y el halo de bondad que Phoebe había visto en él. Marcus era un buen hombre que pedía a gritos ser amado; ella había escuchado su llamada pero ahora había duda en sus ojos cada vez que él la miraba.

Se abrazó a sí misma, rodeándose el pecho con los brazos cuando vio el dolor en el rostro de Marcus antes de que empezara a hablar.

—La cuestión es que no puedo impedirle que conozca a Violet.

Phoebe asintió aunque por dentro temblaba como un cervatillo perdido.

—Lo entiendo, claro. Aunque me parece un poco extraño después de que ella misma decidiera renunciar a sus derechos como madre. Pero estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo.

Alzando la cabeza para mirarla, Marcus se mordió los labios.

—No, Phoebe. No es eso lo que pretendo decir.

—Te escucho.

Marcus se puso en pie y caminó sin rumbo por la habitación mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas que explicaran lo que tenía que decirle.

—Mi relación con Amelia se terminó hace mucho tiempo, antes de que ella se marchara —murmuró, sin mirarla a los ojos—. Tienes razón cuando dices que Amelia no tiene ningún derecho sobre Violet, pero es su madre y nunca me perdonaría privar a mi hija de su compañía. —Al fin, Marcus reunió el valor suficiente para mirarla—. Tengo que intentarlo de nuevo. Por Violet.

—¿Intentas decirme que tú y Amelia...?

Dejó la pregunta en el aire cuando vio que Marcus asentía. Esta vez fue ella la que tuvo que sentarse para asimilar sus palabras.

¿Dónde quedaba ella en la ecuación?

—Pero... ¿y nosotros?

Inclinándose hacia ella, Marcus tomó una de sus manos entre las suyas. Estaba helada y no era por la baja temperatura del apartamento.

—No quiero hacerte daño, cariño. Si de mí dependiera todo seguiría como hasta ahora. Phoebe, me haces feliz.

—Entonces, ¿por qué me estás dejando?

Phoebe no se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que sintió los dedos de Marcus recogiendo las lágrimas que corrían por sus mejillas e iban a parar a su propio regazo.

—Porque quiero evitar que sigas sufriendo —le susurró él, con la voz rota de dolor.

—No puedes decidir por mí, Marcus. Yo elijo estar contigo.

—No lo estás entendiendo, Phoebe. Amelia te destruiría. Yo puedo soportarlo, puedo aguantar un escándalo. Pero tú...

—Te quiero, Marcus. ¿No es eso suficiente?

No supo qué contestar. Él también la amaba pero no tenía ningún derecho a confesarlo ahora que había tomado la decisión de romper su relación. Conocía muy bien a Amelia y también a su familia; los Wilson tenían el poder de arrebatarse a Violet y hacer ver al mismo tiempo que Amelia nunca había renunciado a su hija. No podía arrastrar a Phoebe con él. Era joven, se repondría y tal vez algún día sus caminos se volvieran a cruzar. Si ella le perdonaba.

—Tengo que irme.

No se movió cuando Marcus se acercó a la puerta. El dolor la mantenía paralizada; sus peores temores acababan de hacerse realidad: Marcus le había roto el corazón. No podía negar que no hubiera esperado ese desenlace, aunque rezara para que este fuera diferente.

—Adiós, Phoebe. Ojalá algún día puedas perdonarme.

Cuando levantó la mirada, lo único que llegó a ver fue la espalda borrosa de Marcus al marcharse entre un rebotante manto de lágrimas.

La ruptura con Marcus había convertido a Phoebe en un ser muy parecido a un robot. Cada movimiento que hacía resultaba tan mecánico que no había lugar para la naturalidad ni para los gestos espontáneos. Por las mañanas se levantaba de la cama porque Madison la empujaba a hacerlo, comía porque su estómago se lo requería y también respiraba, aunque esto último era lo más difícil.

Acostumbrarse a estar sin Marcus y sin la niña estaba resultando más difícil y doloroso de lo que había imaginado. Echaba de menos las carcajadas de Violet cuando jugaban juntas en el suelo de su habitación, los brazos de Marcus rodeándola en mitad de la noche cuando se giraba en la cama para buscarla. Era como si le hubieran arrancado el corazón del pecho y ya nada podía ayudarla a recuperarlo. No era la primera mujer ni tampoco la última a la que la dejaba su pareja, pero aquello no hacía más fácil la ruptura ni tampoco mitigaba el sufrimiento.

En la semana que siguió desde el último encuentro con Marcus, Phoebe había perdido algo de peso y ahora sus grandes ojos azules la hacían parecer una muñeca frágil y asustada. Incluso su larga melena castaña había perdido el brillo dorado del que tan orgullosa estaba, por ese motivo decidió coger unas tijeras y pedirle a Madison que se la cortara.

—¿Estás segura?

Madison permanecía indecisa con las tijeras en una mano y varios mechones de pelo marrón en la otra.

—Está demasiado largo y ya estoy cansada. Corta.

Para cuando Madison acabó de hacer de peluquera, Phoebe lucía un bonito corte de pelo que le rozaba los hombros pero que no conseguía hacerla sentir diferente. Al comprobar que su amiga continuaba si levantar cabeza y que se paseaba por el

apartamento como un fantasma, Madison decidió tomar cartas en el asunto y la obligó a escucharla.

—No puedes seguir así.

—Así ¿cómo? Te recuerdo que no tienes por qué quedarte aquí conmigo —le contestó a la defensiva—. No voy a hacer ninguna locura, si es lo que te preocupa.

—Precisamente lo que me preocupa es que no estás dispuesta a hacer nada. ¡Mírate! —La señaló Madison—. Estás hecha un asco. La Phoebe que yo conozco es mucho más fuerte que todo esto. Tienes que pasar página.

Phoebe se levantó del sofá, incapaz de permanecer quieta ni un segundo.

—¿Te crees que no lo sé? Pero no es fácil ¿me oyes? Yo le quería.

—Y él ha sido un completo gilipollas —añadió Maddy y se acercó a su lado—. Pero no puedes dejar que la pena te consuma. Vales más que ese capullo y lo sabes.

—Es que estoy tan perdida...

Madison la abrazó, compadeciéndose de la mala suerte que su amiga había tenido con sus parejas. Ella misma, que siempre había pensado que lo mejor era recluirse y no conocer a ningún hombre que pudiera lastimarla, ahora compartía su vida con un chico que solo con pensar en él conseguía arrancarle una sonrisa. En cambio Phoebe siempre se había sacrificado por los demás, incluso había pospuesto sus deseos a los de otros, pero no obtenía ni una pizca de la felicidad que se merecía.

—Lo sé, cariño —le susurró, apartándole los ahora cortos mechones de pelo para verle el rostro—. No ha quedado tan mal ¿eh? Debería dejar medicina y montar mi propia peluquería ¿qué te parece? Te dejaría lavar las cabezas.

Su comentario consiguió sacarle una sonrisa y le agradeció que se preocupase tanto por ella.

—¿Por qué no te tomas un descanso? —le sugirió—. Ya habías pensado volver a casa para pasar las Navidades. Adelanta el viaje. El aire de la costa te sentará bien y seguro que encuentras la inspiración para volver a pintar.

Phoebe recordó entonces la propuesta de la señora Reese. No la había llamado, pero pensar en la posibilidad de pintar una serie de cuadros que pudiera exponer la ilusionaba. Tal vez en Half Moon Bay consiguiera encontrar la tranquilidad de espíritu que necesitaba para poder volver a tomar un pincel entre sus dedos.

—Tal vez tengas razón. Pero tendré que hablar con mis padres primero. No les he contado nada.

Madison le dio un apretón a la mano que mantenía sujeta para infundirle ánimo y valor.

—Todos te apoyaremos siempre, decidas lo que decidas.

Así pues, antes de que noviembre llegara a su fin, Phoebe volvió a casa, donde su madre la recibió con los brazos abiertos. Los recuerdos la asaltaron mientras Abigail la estrechaba contra su pecho y Phoebe regresó a su niñez, cuando recibía el calor de su madre después de un día duro en el colegio cuando algún niño se había metido con ella. El olor a comida casera que le llegaba desde la cocina la transportaba a aquellos momentos en los que experimentaba nuevas creaciones culinarias junto a su padre, hasta que conseguían crear un plato que sabía mejor de lo que parecía. Recordó las tardes de domingo jugando con Ben en el jardín e incluso cuando Álex y su hermano la echaban de su habitación porque era demasiado pequeña para entender las cosas de los chicos mayores. A pesar de todo, la nostalgia que experimentó consiguió reconfortarla. Necesitaba el calor de su familia y sabía que con el apoyo de sus padres conseguiría recuperarse antes de lo que lo hubiera hecho si se hubiera quedado encerrada en el apartamento.

Encontró el ánimo suficiente para llamar a Eleanor Reese y ofrecerse a colaborar con el matrimonio en la exposición de arte que estaban organizando y que pretendían llevar a Europa

el año próximo. Para su sorpresa, la señora Reese se mostró emocionada al recibir su llamada.

—Imaginé que Bianca había olvidado darte mi tarjeta. — Eleanor no ocultó el entusiasmo que le provocaba la idea de una colaboración con Phoebe—. Querida niña, no sabes cómo me alegra que hayas llamado. A mi marido y a mí nos encantaría contar con tu talento.

Phoebe sintió el rubor ascender por sus mejillas al escuchar los elogios de la mujer; ella no era una artista profesional y siempre había pintado por placer siguiendo la inspiración que le surgía en cada momento.

—Me halaga, señora Reese, pero...

—Eleanor, por favor —le pidió ella.

—Eleanor. Verás, me alegra saber que te gustó el cuadro que pinté para la fundación de los Graham pero yo no tengo formación. No conozco las técnicas y...

—Pero tienes talento.

Sin saber qué contestar, Phoebe se tumbó sobre la cama y enrolló el cable del teléfono alrededor de un dedo. Al parecer, Eleanor estaba decidida a ofrecerle el trabajo.

—Escúchame, Phoebe. No te estoy pidiendo que nos crees una colección exclusiva para nosotros pero estoy segura de que puedes cedernos algunas de tus obras. Mi marido y yo estamos interesados en exhibir pinturas de nuevos talentos y tú, querida, nos has cautivado a todos.

—No quisiera decepcionarles.

Eleanor sonrió al otro lado.

—Estoy segura de que no lo harás. Además, los europeos son los que mejor entienden el arte. Ya nos demostraste que puedes hacer cualquier cosa que te propongas con esa magnífica pintura. Lánzate a intentarlo.

Las palabras de la señora Reese acabaron por convencerla y aceptó la propuesta que ella le ofrecía. Daría lo mejor de sí

misma pero no pensaba enviarle los cuadros que ya había pintado, ya que ella misma consideraba que eran muy mejorables. Pensaba entregarse como nunca, y cuando Eleanor le aseguró que le enviaría en unos días su contrato, la mente de Phoebe comenzó a pensar en colores y nuevas texturas.

La señora Reese le había dado carta blanca para decidir la temática de sus obras, de modo que disponía de total libertad para crear sobre el lienzo en blanco; la única condición que le habían impuesto era que debía tener listos los cuadros para antes de Navidad. Aunque fuera un leve soplo de aire fresco, la pintura le hacía recuperar un poco la ilusión que había perdido.

Con el ánimo renovado, Phoebe aceptó la invitación de su madre a acompañarla a realizar unas compras para la cena. Hacía mucho tiempo que no pasaba unos días en casa y aunque su visita no se produjera por un motivo positivo, Abigail se alegraba de tener a su hija de vuelta. Sin entrar en demasiados detalles, Phoebe le había hablado de su ruptura con Marcus y de los motivos que le habían llevado a acabar con la relación; Abigail no podía evitar sentirse defraudada por el joven médico, ya que estaba convencida de que Marcus era el hombre adecuado para su hija y no tenía dudas de que había sabido hacerla muy feliz hasta el final de sus días como pareja.

A pesar del aspecto desmejorado de su hija, Abigail decidió otorgarle el tiempo que necesitaba para superar los primeros días de duelo; después de aquello, se abriría a su madre, que sin duda estaría a su lado para consolarla y asegurarse de que Marcus Graham no se había llevado lo mejor de su hija. Había conseguido hacer sonreír a Phoebe en un par de ocasiones al contarle los últimos chismorreos que recorrían el vecindario, pero el semblante de su hija se ensombreció al reconocer a Marcus en una de las revistas colocadas en la sección de prensa del supermercado.

La fotografía había sido tomada hacía tan solo un par de días, según podía leer, y en ella aparecía en compañía de Amelia. Al parecer, el senador Wilson había organizado una exclusiva recepción previa a las fiestas navideñas para sus más

allegados —que debían ser cientos, a juzgar por la gran cantidad de personas que se veían en las restantes fotografías — y su hija había acaparado todas las miradas en su reaparición tras un año de silencio. Phoebe quedó atrapada por la imagen de Marcus, elegantemente vestido con aquel esmoquin negro que tan buenos recuerdos le traían; sin embargo, sus ojos grises reflejaban la tensión que debía de sentir en el momento en que tomaron la foto. Amelia se esforzaba por sonreír y hacer ver que eran la pareja perfecta, pero ella sabía muy bien que aquello distaba mucho de la realidad.

En los escasos dos meses que hacía desde que se conocían, Phoebe había llegado a entenderlo muy bien y sabía lo que pasaba por su cabeza aunque Marcus se empeñara en guardar silencio: a ella le había bastado con ver la fotografía para saber que Marcus no era feliz. Tal vez lo más lógico hubiera sido decir que se lo merecía, pues había sido él quien decidió romper la relación, pero a pesar de todo seguía amándolo y lamentaba que la decisión que Marcus había tomado le trajera infelicidad.

Al ver los ojos acuosos de su hija, Abigail se apresuró a deslizarle un brazo alrededor de la cintura para mostrarle su apoyo.

—Pasaré —le susurró—. Te lo prometo.

Phoebe asintió con la cabeza y apartó la mirada de la revista.

—Vámonos a casa, mamá.

Más tarde, después de una cena en la que su padre había tratado de ser el hombre que había sido antes de la muerte de Ben, intentando hacerla sonreír y acompañándola a dar un paseo a lo largo de la calle en la que vivían, Phoebe se retiró a su habitación donde permaneció tumbada sobre la cama con la vista fija en el techo.

Su cabeza era un continuo ir y venir de ideas y pensamientos. Sabía que debía estar trabajando en sus

próximos cuadros, ya que disponía de muy poco tiempo para plantearlos y llevar la obra a cabo, pero era incapaz de sacarse a Marcus de la cabeza. Se preguntaba si sería cierto lo que él le dijo la noche en que la dejó en su apartamento, si sería verdad que permanecía al lado de Amelia por el bien de Violet y no porque hubiera decidido darle una oportunidad a su fallida relación.

Amelia no se lo merecía, ni tampoco el amor de su hija. Phoebe extrañaba la risa de la pequeña y su voz aguda llamándola *mamá* al despertarse por las mañanas. No la había llevado en su vientre durante nueve meses pero tampoco necesitaba aquel vínculo para quererla como si fuera su propia hija. Solo esperaba que Amelia aprendiera a tener paciencia y que le diera todo el amor que un día no supo entregarle cuando era una recién nacida.

El sonido del teléfono la sacó de sus pensamientos y contestó sin molestarse en comprobar quién la llamaba.

—¿Sí?

—¿Te parece bonito tenerme esperando una llamada como si fuera una novia desesperada? —le espetó Maddy al otro lado—. Me has tenido preocupada desde que te marchaste. Y de eso hace ya tres días. ¿Estás con tus padres, al menos? Pienso arrancarte uno a uno todos los pelos que te dejé en ese bonito corte que te hice.

Phoebe sonrió al escuchar la retahíla que su amiga le había soltado. Había estado tan ocupada inmersa en su dolor y posteriormente pensando en la exposición de los Reese que se había olvidado de llamarla.

—Tienes razón, perdona. Sí, estoy con mis padres. Todo va bien, siento haberte preocupado.

Madison chasqueó la lengua al otro lado.

—Más te vale tener una buena razón para haberte olvidado de mí. Y no me digas que te has pasado los tres últimos días llorando encerrada en tu habitación.

—¿Crees que mi madre lo hubiera permitido? Además, tengo novedades.

Phoebe casi se queda sorda de un oído cuando Maddy gritó entusiasmada después de conocer la oferta que Eleanor Reese le había hecho para exponer en apenas tres semanas.

—Habrás aceptado ¿verdad? ¡Dime que sí!

—Por supuesto que he aceptado —le aseguró—. Y es probable que lleven mis cuadros a Europa la próxima primavera.

—¡¡¿Qué?!! ¡Eso es la leche! Pero ¿por qué tengo la impresión de que me lo cuentas como si acabaras de descubrir que tienes un chicle pegado a la suela del zapato?

—No es verdad. Estoy emocionada, lo prometo.

Silencio al otro lado. Y no era buena señal. Cuando Madison se callaba era prueba de que estaba enfadada. O que su retorcida mente tramaba algo. Aquella vez, se trataba del primer caso.

—Desembucha.

—Eres muy cargante. —Phoebe resopló y se sentó sobre la cama con un cojín en el regazo—. He visto una fotografía de Marcus y Amelia en una revista ¿contenta?

Si no conociera lo suficiente a Madison y supiera que su amiga era toda una señorita, Phoebe juraría que acababa de escupirle al teléfono a juzgar por el bufido que escuchó.

—No hagas caso a lo que dice la prensa. Esa mujer es la reencarnación del diablo sobre unos Manolos y unas mechas mal puestas.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, vamos. Es evidente que necesita un cambio de peluquero.

—No me refiero a eso. —Y se cambió el teléfono de oreja—. ¿Cómo sabes que Amelia no es trigo limpio? ¿Los has visto? ¿Has hablado con Marcus?

—Te dije que te olvidaras de él. Además ¿para qué quieres saberlo? ¿Te has vuelto masoquista?

—Maddy...

—¡Está bien! Por suerte para él, no. No lo he visto. Pero Liam sí.

—Y...

Madison resopló. A pesar de que se moría por compartir con su amiga la información que había descubierto no quería que sufriera más por su causa.

—Marcus está hecho polvo —le dijo finalmente—. Según Liam, ni siquiera lo había visto tan mal cuando Amelia se marchó. Te echa de menos y sabe que la ha cagado.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que mi chico lleva mi nombre tatuado en su culo. Y hay más.

Exasperada, Phoebe tuvo que controlarse para no gritarle a Madison.

—¿Quieres contármelo de una vez?

—Amelia lo tiene cogido por los huevos. No literalmente, claro. Pero ha mostrado sus cartas y ahora le está haciendo chantaje. Y con chantaje me refiero a que si Marcus no accede a fingir que son una familia perfecta, ella jugará su baza como hija del senador y amenaza con quitarle a la niña.

Aquello no podía ser. Amelia había renunciado a Violet prácticamente tras el nacimiento. Marcus tenía los documentos firmados que daban fe de ello. Pero su padre era un hombre poderoso conocido en toda California y no le costaría mover a sus contactos para destruir toda prueba de la renuncia materna de su hija.

Phoebe se llevó una mano al pecho; el corazón le latía desbocado y apenas podía llenar de aire sus pulmones. ¿Por qué Marcus no se lo había contado? Ella hubiera estado ahí para él, juntos hubieran encontrado una solución. Sin embargo,

él había preferido dejarla al margen para que el posible escándalo no la salpicara.

La voz de Madison la trajo de vuelta al presente.

—¿Sigues ahí?

Con la voz entrecortada, Phoebe logró contestar.

—¿Y ahora qué va a pasar? ¿Crees que debo...?

—No. —La respuesta de su amiga fue firme y cortante—. Marcus es mayorcito para saber lo que se hace. Mantente al margen y no intervengas.

—¿Crees que estará bien?

—No lo sé. Te mantendré informada ¿de acuerdo? Ahora ve a demostrarle a toda Europa lo artista que eres.

Al concluir la primera semana que había pasado junto a Amelia, Marcus comprendió que no podía haberse equivocado más. Su ex seguía siendo la misma mujer superficial y de carácter narcisista que un día había conocido, pero el paso del tiempo había acrecentado el egocentrismo en Amelia y la frivolidad con la que se enfrentaba a todo aquello que la rodeaba.

Al aceptar el trato que ella le proponía, coaccionado por la amenaza de quitarle la custodia de Violet, Marcus era ahora una marioneta en sus manos. Habían acudido a tres recepciones en apenas cinco días con el único propósito de dejarse ver en público y levantar la sospecha de que volvían a ser pareja. Amelia no había corregido a todo aquel que había dado por supuesto que habían retomado su relación y ahora la fotografía de los dos ocupaba todas las portadas de la prensa amarilla del país. El padre de Amelia, el senador Wilson, se había mostrado sumamente satisfecho por su reconciliación, a pesar de conocer de primera mano el chantaje que su hija ejercía sobre él. Estaba pletórico, puesto que la relación de su hija con un joven médico de buena familia relanzaba su carrera hacia la Casa Blanca.

Era imposible sentirse más utilizado, pero Marcus sabía que había perdido todo derecho de protesta. Él y solo él, junto a sus propias decisiones, se había colocado en aquella situación. Lo único que lamentaba era que con ellas había logrado hacer daño a la única persona que lo había querido por cómo era realmente y no por los beneficios que una relación con él pudieran otorgarle. Romper con Phoebe era lo más difícil que Marcus había tenido que hacer en toda su vida, mucho más que sacar adelante a una hija en soledad. Estar sin ella era como estar incompleto y ni siquiera la marcha de Amelia hacía un año le había provocado un dolor tan intenso en el corazón. El amor dolía, ¡vaya que si dolía! Y él estaba sufriendo de manera directa el tormento de no estar junto a Phoebe y tener que compartir cada uno de los días con otra

mujer. Su ex no se había molestado en ocultar la satisfacción que sintió al saber que Phoebe ya no suponía ningún obstáculo para ella y así se lo había hecho saber a Marcus.

—Has tomado la decisión adecuada, cariño —le había dicho—. Te aseguro que no te arrepentirás.

Pero tan pronto como Amelia hubo pronunciado aquellas palabras, el peso de la culpa y el arrepentimiento cayó sobre la espalda de Marcus como una pesada losa con la que tendría que cargar durante el resto de su vida. A pesar de todo, albergaba la esperanza de poder hacer entrar en razón a Amelia. No le impediría ver crecer a Violet, pero haría cuanto estuviera al alcance de su mano para evitar que recurriera a los tribunales y acabara por hacerse con la custodia de la pequeña. Solo necesitaba un poco más de tiempo... si es que lograba soportarlo.

A pesar de que daba gracias porque Amelia no hubiera sugerido que debían convivir bajo el mismo techo como cualquier otra familia, Marcus tenía que soportar su presencia mañana, tarde y noche. Si tan solo fuese él quien tuviese que vérselas con ella no diría una sola palabra, pero comenzaba a perder la paciencia cada vez que Amelia se acercaba a Violet. Su hija parecía haber desarrollado un creciente rechazo hacia su madre biológica y cada vez que Amelia trataba de sostenerla en brazos, la niña rompía a llorar de manera desesperada y era Marcus quien tenía que separarlas a las dos antes de que la pequeña se alterara más.

—No entiendo qué es lo que le pasa, Marcus —se quejó Amelia una noche cuando intentó acostar a Violet y esta acabó lanzando agudos chillidos de protesta—. Estoy segura de que todo esto es cosa de esa canguro tuya. ¡Soy su madre, por el amor de Dios!

A Marcus no le gustó el modo despectivo que Amelia utilizó para referirse a Phoebe, pero decidió optar por guardar silencio y calmar a su hija para que pudiera dormirse.

—Tienes que darle tiempo —le dijo con voz cansada—. Recuerda que para ella eres una desconocida.

—Pues tendrá que empezar a acostumbrarse. No pienso irme a ninguna parte, ya lo sabes.

Después de aquello, Amelia se marchó para regresar a la mañana siguiente y comprobar que la pequeña seguía rompiendo en un mar de lágrimas cuando la sostenía en brazos. Si aquello iba a ser siempre así, Marcus no estaba dispuesto a tolerarlo. Al contrario que Amelia, él no creía que Violet fuera a aceptarla como a una madre. Amelia carecía de la paciencia y el amor necesarios para cuidar de un niño, de modo que el rechazo de su hija estaba más que justificado.

—¡Maldita sea!

Marcus se giró cuando oyó el juramento exclamado por Amelia. Había insistido en darle el desayuno a Violet y la última vez que las miró, su hija se negaba a separar los labios cuando le acercaba la cuchara con pequeños copos de cereales y leche. Ahora todo el contenido del plato resbalaba sobre las piernas de Amelia hasta caer al suelo.

—¿Es que no sabes comportarte? ¡Haz algo, Marcus! ¡Mira cómo me ha puesto!

Al bajar la mirada hasta el regazo de su ex, Marcus no pudo evitar alzar la comisura de sus labios en un amago de sonrisa al comprobar que Violet acababa de echar a perder la carísima falda de diseño que llevaba su madre.

—¿Qué quieres que haga? Ha sido un accidente.

—¡¿Un accidente?! ¡Ella fue un accidente!

La boquita de Violet hizo un puchero cuando Amelia comenzó a gritar señalándola a ella con el dedo.

—Los bebés lo manchan todo. No respetan nada. Por esto no quería tener hijos, Marcus. Por su culpa todo se estropeó entre nosotros.

Aquello era lo último que Marcus podía tolerar. No quería que su hija oyera que había sido un error y que no debería haber nacido. Violet era muy pequeña pero Marcus creía

firmemente que comentarios como aquel podían marcar el crecimiento de un niño.

No dijo ni una sola palabra de tan enfurecido como se sentía y se limitó a tomar el bolso de Amelia y acompañarla hasta la puerta.

—¿Qué demonios estás haciendo? No puedo irme así. Marcus, ¡mírame!

—Estás alterada —le dijo entre dientes, haciendo esfuerzos por contener su rabia—. Pero no quiero volver a oírte decir algo así delante de *mi* hija— y remarcó especialmente el posesivo para referirse a Violet—. Si piensas compórtate así en el futuro, no te molestes en volver.

Y sin más le cerró la puerta en las narices, no sin antes deleitarse al ver el rostro indignado en ella.

Tras recoger los restos del desayuno y calmar de nuevo a su hija, Marcus decidió que lo que ambos necesitaban era respirar un poco de aire fresco. A pesar de la ligera brisa que anunciaba la llegada del suave invierno en California, Violet parecía estar encantada con todo lo que sus ojitos azules veían mientras su padre empujaba el cochecito en el que iba sentada. Suponía un alivio no tener que escuchar a Amelia durante unas horas y Marcus incluso se permitió imaginar que ella no había regresado y que Phoebe los estaba esperando en casa. Aquello era un sueño imposible después del modo en que él la había tratado, pero al menos su recuerdo volvía a hacerle sentir la esperanza que había perdido.

Tan inmerso se encontraba en su ensoñación con Phoebe que no oyó cómo Liam pronunciaba su nombre hasta que su amigo le colocó una mano sobre la espalda, consiguiendo sobresaltarle.

—Joder, tío. ¡Ni que hubieras visto un fantasma!

—Perdona, iba distraído.

—Pensando en qué, si se puede saber. ¡Aquí está mi chica preferida!

Mientras Liam se agachaba para quedar a la altura de la pequeña y poder llenar su carita de besos, Marcus tuvo que tragar saliva al darse cuenta de que su amigo no estaba solo. La dura mirada que Madison le lanzaba le hacía sentir incómodo, pero no podía culparla ni tampoco reprochárselo. Es más, se lo merecía.

Aunque sabía que no debía preguntar por Phoebe, Marcus lo hizo:

—¿Cómo está?

Madison no necesitó que Marcus especificara a quién se refería. El hecho de que su pregunta llevara implícito el nombre de Phoebe hizo que Madison se enfadara aún más con él. Marcus no tenía ningún derecho a interesarse por su amiga, no después de cómo se había comportado con ella.

—¿En serio me lo estás preguntado? —Acercándose a él, Maddy cruzó los brazos a la altura del pecho en una clara postura defensiva—. Creí que ella te importaba una mierda.

—Maddy...

Liam se incorporó cuando vio que su chica estaba a punto de lanzarse a la yugular de Marcus y, aunque este lo tuviera más que merecido, su deber como amigo y como novio era el de evitar el derramamiento de sangre. Madison, sin embargo, hizo oídos sordos a la advertencia de su novio.

—La dejaste tirada, Marcus —continuó—. No tienes ningún derecho a preguntarme por ella.

—Lo sé.

La sencilla respuesta de Marcus la sorprendió tanto como para que Liam respirara aliviado al ver en los ojos de su chica que lo peor de la tormenta había pasado.

Marcus estaba hecho un desastre y el arrepentimiento y tristeza que sentía podían verse a kilómetros de distancia.

—Sé que no me merezco tu perdón, Madison. Ni tampoco el de ella. Pero por favor, necesito saber cómo está.

—La has cagado de verdad. —Los labios de Maddy hicieron un mohín al contestar, pero se relajó cuando Liam deslizó un brazo alrededor de su cintura—. Ha vuelto a casa con sus padres y el trabajo la está ayudando a reponerse. Eso es todo lo que puedo decirte.

Marcus asintió. Podía imaginarse a Phoebe en mitad de la playa, sentada en la arena y con la mirada perdida en el horizonte. Odiaba pensar que mientras contemplaba el atardecer de la bella costa de California, sus mejillas estuvieran llenas de lágrimas sabiendo que él era el causante de ellas.

—Tío, ¿va todo bien?

Marcus alzó la vista hacia su amigo. Liam abrazaba el cuerpo de Madison contra su costado y se les veía felices, cómodos el uno con el otro, disfrutando de su incipiente y prometedor amor. A pesar de lo mucho que se alegraba por ellos, no pudo evitar sentir una punzada de envidia. Él también deseaba lo que Liam y Madison tenían. Echaba de menos a Phoebe y dudaba que algún día pudiera recuperarse si no buscaba pronto una solución.

—Aún no —se limitó a contestar—. Pero espero poder cambiar eso muy pronto. Me alegra haberte visto, Madison. Y dile que...

—No, Marcus —lo frenó ella—. Si quieres decirle algo tendrás que ser tú mismo el que mueva ficha esta vez. Se lo debes.

Marcus lo sabía, por supuesto. Pero antes tenía que arreglar muchas cosas de su pasado y poner en orden sus ideas. Era hora de tomar una decisión.

La Navidad siempre había sido la época del año favorita de Phoebe. Cuando era una niña le encantaba recorrer las calles engalanadas de la ciudad costera en la que había nacido. Era emocionante ver llegar a Santa Claus en una lancha y sentarse en sus rodillas en mitad de la playa. Recordaba con cariño los momentos cuando ella y su hermano Ben adornaban el árbol de Navidad, fingiendo que fuera hacía frío y que incluso nevaba. Pero todo se truncó el verano que Ben murió; desde entonces, las fiestas navideñas se habían convertido en un triste recordatorio de que ya nada volvería a ser igual y su ausencia en la mesa durante la Navidad resultaba tan dolorosa que su padre había decidido suspender las celebraciones en el hogar de los Hadley. Phoebe se había mostrado en desacuerdo con él y, aunque entendía su dolor, Nathan olvidaba que aún tenía una hija por la que debía luchar. A pesar de que su madre y ella hubieran intentado convencerle para que pudieran celebrar una Navidad tranquila los tres en casa, el hombre se había negado en rotundo.

Sin embargo, aquel año era ella misma la que no sentía deseos de celebrar nada.

Se había pasado las dos últimas semanas encerrada en el desván trabajando mañana y tarde en los nuevos cuadros que enviaría a Eleanor Reese en apenas unos días. De todas las habitaciones de la casa, aquel era su lugar favorito para pintar; la luz que entraba a través de la única ventana y las preciosas vistas que tenía de la playa le otorgaban la inspiración que necesitaba. El atardecer era el momento preferido de Phoebe para pintar, puesto que las luces anaranjadas que anunciaban el final del día la llenaban de emoción, y eso, junto a un lienzo en blanco y su paleta de colores, eran las únicas herramientas que necesitaba para ponerse a trabajar.

Al contrario de lo que había imaginado, su actual estado de ánimo no estaba siendo ningún impedimento para realizar su trabajo. Los poetas, novelistas, pintores... todos los artistas

realizan sus mejores obras cuando tiene el corazón roto y eso era exactamente lo que le estaba sucediendo.

Cuando aceptó la oferta de Eleanor, Phoebe llegó a pensar que tal vez había sido un error, pues no tenía el ánimo suficiente como para dar lo mejor de sí y no quería defraudarla. Pensó que sus cuadros serían obras tristes llenas de melancolía que provocarían la angustia en el espectador. Nada más lejos de la realidad. El amor que sentía por Marcus la ayudaba a buscar la perfección en cada pincelada, en cada trazo que realizaba con el pincel. Los colores que había elegido eran cálidos y suaves y el resultado final siempre sugería pasión, seducción. Amor. Ese era el protagonista principal en la media docena de cuadros que había creado en exclusiva para los Reese.

En cada una de sus pinturas se apreciaba la desgarradora fuerza de la pasión de los amantes. Los trazos fuertes de su pincel y las sutiles curvas le daban realismo al cuerpo de sus protagonistas: la firmeza de los brazos del hombre al rodear una desnuda espalda femenina, los dedos aferrándose a la carne y los labios entreabiertos en un suspiro. Los rostros siempre quedaban en la sombra pero no cabía duda de que los había representado a ella y a Marcus en sus momentos más íntimos, aunque estos tan solo hubieran tenido lugar en su imaginación.

A pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos, le debía a Marcus la inspiración y el contrato que de no ser por él no hubiera conseguido. Si él no se hubiera cruzado en su camino lo más probable es que continuara en la universidad estudiando algo que no le gustaba ni para lo que tenía vocación, y aunque fuera el hombre que más daño le hubiera hecho, también era al que más había amado. Marcus había cambiado su vida para bien y jamás se lo agradecería lo suficiente.

Sintiéndose satisfecha con el resultado de su trabajo, decidió tomarse un descanso y dejar los últimos retoques que faltaban para el día siguiente. Pensaba darse una ducha para destensar los músculos agarrotados de su cuello y tal vez

llevarse algo de cena a su habitación. Sabía que sus padres se preocupaban por ella, así que decidió que, después de acabar los cuadros, dedicaría todo su tiempo a estar con ellos. Su padre había cambiado desde la última vez que ella había estado en casa, de modo que Phoebe tenía la certeza de que si Nate era capaz de reponerse a la muerte de su hijo ella también superaría la ausencia de Marcus.

Al pasar frente a la antigua habitación de Ben vio que la puerta estaba abierta y que había luz en el interior, algo fuera de lo común, ya que desde la muerte de su hermano nadie entraba en su dormitorio y todo seguía exactamente igual a la última vez que él estuvo allí.

La curiosidad pudo más que ella y al acercarse a la puerta, Phoebe vio a su padre sentado en la cama sujetando una fotografía entre las manos. Que Nate hubiera decidido entrar en el dormitorio de su hijo podía significar dos cosas: que comenzaba a ser consciente de que debía volver a ser el que era por el bien de su mujer y su hija o que la pena por la pérdida era más fuerte que nunca. Cuando se decidió a entrar suspiró aliviada al ver que los labios de su padre se curvaban en una leve sonrisa.

—¿Recuerdas este día? Creo que nunca había visto a Ben tan feliz.

Al sentarse junto a su padre, Phoebe pudo ver la foto que sostenía entre los dedos y supo a qué se refería. Su madre había tomado la instantánea apenas unos segundos después de que Ben hubiera pescado un pez enorme del que presumía sonriente frente a la cámara. No debía tener más de doce años y Phoebe sonreía junto a su hermano mientras trataba de meter un dedo en la boca del pez y su padre los rodeaba a los dos con ambos brazos. Le gustaba pensar en aquel día y en todas las risas que habían compartido durante la excursión que la familia hizo al lago Tahoe.

—Recuerdo ese día. No conseguí pescar ni una mísera sardina pero Ben dejó que tirara con él de la caña cuando sintió que ese bicho enorme había picado el anzuelo.

Su padre sonrió y deslizó los dedos por la imagen de su hijo impresa en el papel fotográfico.

—No podía haber deseado unos hijos mejores —murmuró.

Phoebe sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. En raras ocasiones escuchaba a su padre hablar de Ben porque le causaba un gran dolor; ahora, en cambio, parecía que las palabras afloraban de su garganta de una manera tan sencilla que no se molestaba por retenerlas. Ella también echaba de menos a su hermano y aún sufría su ausencia. No debería haber sido tan dura con su padre. Ahora que era ella misma la que se veía apartada del lado de Violet entendía su dolor a la perfección.

—Me alegra verte aquí, papá.

Al levantar la cabeza y ver las lágrimas en los ojos de su hija, Nate dejó la fotografía a un lado y rodeó los hombros de su hija con un brazo para recostarla contra su pecho.

—Siento haber tardado tanto, cariño. Lo siento mucho.

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos, dejando así que las lágrimas fluyeran libremente por sus mejillas.

—No sabes cuánto me duele verte llorar —continuó Nate, con los labios sobre la cabeza de su hija—. Y aún me duele más saber que yo he sido el causante de muchas de tus lágrimas y también de las de tu madre.

—Tú no tienes la culpa, papá. El accidente nos cambió a todos.

—Eso no es excusa para mi comportamiento. Perdí a un hijo, sí. Pero tú perdiste a tu padre. Cielo, siento no haber estado cuando me necesitabas y lamento no haber sabido comprenderte.

—Ahora ya no importa.

Después de enjugarse las lágrimas, Phoebe clavó sus ojos azules en los de su padre, ambos idénticos.

—Has estado trabajando muy duro estas últimas semanas. ¿Seguro que todo va bien?

Agradeciendo el cambio de conversación, se dispuso a tranquilizar a su padre.

—Los cuadros están casi listos pero me gustaría que me echaras una mano a empaquetarlos antes de enviárselos a Eleanor.

—Cuenta con este viejo.

Phoebe le dedicó una de esas sonrisas que no se conforman con quedarse en los labios sino que alcanzaron sus grandes ojos y reconfortaron el corazón de su padre. Estaba a punto de sugerir que bajaran a cenar cuando su padre la sorprendió al preguntarle por Marcus.

—Sé que no te lo he preguntado antes pero me preocupo por ti, cariño. Ese chico, ¿te ha tratado mal?

Ella negó con la cabeza y apretó los labios para contener el torbellino de emociones que se congregaban en su garganta y que le impedía respirar.

—No, papá. Él... es complicado —terminó por decir en un suspiro.

—Las relaciones nunca son complicadas, cariño. Somos nosotros quienes las hacemos difíciles. Dime una cosa; estás enamorada de él ¿verdad?

Sin atreverse a hablar por miedo de que las compuertas del llanto volvieran a abrirse, Phoebe asintió una vez.

—Y él te quiere a ti.

—Yo no estaría tan segura —discrepó—. Si de verdad me quisiera estaría aquí conmigo y no me habría dejado de lado.

—Te quiere, cariño. Sé que no estuve demasiado simpático cuando lo trajiste a casa, pero vi el modo en que te miraba. Y había amor en sus ojos, Phoebe.

Su hija hizo un mohín con los labios, exacto al que hacía su mujer cuando la hacía enfadar.

—Ni siquiera salíamos juntos entonces.

—Más a mi favor ¿no te parece? Escucha. —Nathan tomó las manos de su hija y las frotó entre las suyas antes de besárselas—. No soy el más indicado para darte consejos de amor. Tienes la prueba en lo equivocado que estaba con Álex, pero si de verdad quieres a Marcus entonces lucha por él. ¿De verdad estás dispuesta a pasar el resto de tu vida reprochándote el haberte quedado cruzada de brazos en lugar de luchar por vuestra relación?

Que su padre estuviera animándola a pelear por Marcus y no dejarse amedrentar por Amelia era como un sueño para ella. Sabía que Marcus la amaba aunque nunca se lo hubiera dicho y también sabía que él debía estar pasándolo tan mal como ella. Si era cierto lo que Madison le había contado y Amelia estaba amenazándolo con arrebatarse la custodia de su hija entonces las últimas semanas deberían haber sido un infierno para él. Y Phoebe no quería que estuviera solo; a pesar de lo terco que podía llegar a ser, ella le quería.

—Además —añadió Nate con una sonrisa—. Ya me había hecho a la idea de ser abuelo.

Su comentario consiguió sacarle una sonrisa.

—No lo estás diciendo en serio.

—Lo estoy diciendo muy en serio —le aseguró—. Tu madre y yo te apoyamos, cielo. Si ese chico te hace feliz, entonces adelante. Pelea por él

Por primera vez desde que Ben murió, el corazón de Phoebe quedó liberado. Al mirar la fotografía que su padre había dejado a un lado sobre la cama se encontró con la sonrisa de felicidad de su hermano, como si Ben también estuviera dándole su apoyo y su bendición.

Después de disfrutar del abrazo del padre que acababa de recuperar, Phoebe se armó de valor y le preguntó:

—Papá, ¿crees que podrías llevarme a San Francisco?

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba esperando a que Amelia acabara de arreglarse. Sentado en el cómodo sofá de la elegante suite que su ex ocupaba en uno de los hoteles más exclusivos de San Francisco, Marcus había tenido tiempo para sopesar su situación durante el largo rato de espera. La noche anterior, Amelia le había enviado un escueto mensaje al teléfono móvil en el que le informaba de que los esperaban en el *brunch* al que habían sido invitados por unos de los altos cargos del Partido Republicano en el que militaba su padre. Marcus ni siquiera estaba de acuerdo con las ideas que defendía el padre de Amelia, de modo que el último sitio en el que le apetecía estar era precisamente donde se encontraba en aquel momento.

Se removió inquieto en el sofá preguntándose cuánto tiempo más tendría que seguir esperando; cruzó y descruzó las piernas varias veces hasta que al fin consiguió relajarse un poco al ver el rostro dormido de su hija. Violet había decidido aprovechar la espera para dar una temprana cabezadita sentada en la silla del cochecito. Cuando Amelia los recibió en su habitación puso el grito en el cielo al ver a la niña vestida con unas mallas azules y un sencillo jersey de rayas. Según ella, era un *look* totalmente desacertado para aquella ocasión en la que se dejarían ver como una familia y no había cejado en su empeño hasta lograr colocarle a Violet un exagerado vestido de tul rosa y una diadema a juego. Al mirar a su hija, Marcus no podía evitar pensar en un merengue y se veía a las claras que ella estaba tan incómoda como él.

Sin ser consciente de ello, su mente evocó nuevamente a Phoebe. Ella jamás usaría a Violet como si fuese una muñeca y él mismo había podido comprobar lo cómodas que se sentían las dos cada vez que estaban juntas, tanto que incluso la niña había comenzado a sentirla como a una madre. Cada vez que Marcus escuchaba la vocecita de su hija llamando *mamá* a Phoebe su corazón se saltaba un latido. Él ya se imaginaba pasando el resto de su vida junto a ella, compartiendo

cumpleaños, celebraciones, incluso una boda, y por qué no, también hijos. Y si tenía que ser del todo sincero consigo mismo, aún creía que todo aquello era posible.

Después de su conversación con Madison, Marcus no había dejado de darle vueltas al asunto. A juzgar por la animosidad con la que la chica lo había tratado, no cabía duda de que Phoebe seguía sufriendo por él y, aunque su dolor provocara aún más pesar en él, también le hacía sentir esperanza. No debería haberla apartado de su lado sin tan siquiera darle la oportunidad de decidir por ella misma si estaba dispuesta a continuar junto a él a pesar de las trabas que Amelia interponía en su relación. La había tratado como alguien inmaduro que no era capaz de enfrentarse a la adversidad, cuando él mismo había comprobado que era una mujer muy fuerte. Al romper su relación lo había fastidiado todo y si quería recuperarla tenía que hacer algo más que pedirle disculpas. Tenía que demostrarle que era la mujer de su vida.

—Bueno, ya estoy lista. ¿Qué te parece?

Amelia se giró frente a él para presumir de silueta enfundada en un ajustado vestido blanco con escote palabra de honor. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño alto y tanto maquillaje que a Marcus le resultaba difícil encontrar el rostro de la mujer que una vez lo engañó.

—Excesivo —contestó él.

—No digas tonterías. Tenemos que hacernos notar. —Y después de dar su aprobación al traje de color claro que Marcus llevaba puesto, añadió—. Tal vez deberías ponerte una corbata. No te sienta bien el *look* informal, querido.

Él puso los ojos en blanco y no se molestó en levantarse cuando Amelia tomó su bolso y se dirigió hacia la puerta.

—No tenía ni idea de que teníamos que ir disfrazados al almuerzo.

—No es un almuerzo, Marcus. Es un *brunch*. Y si no nos ponemos en marcha, llegaremos espantosamente tarde. Y

despierta a Violet, por favor. No quiero que aparezca en las fotos con los ojos entrecerrados.

Al contemplar a Amelia mientras esta se retocaba el carmín de sus labios frente al espejo y ver la mujer en la que se había convertido o que probablemente ya fuera cuando la conoció, sintió repulsión hacia sí mismo. ¿Cómo pudo creer una vez que ella lo amaba? ¿Tan ciego había estado? Se imaginó repitiendo esa escena una y otra vez durante los próximos años. Con Amelia a su lado no tenía duda de que así sería su vida: de fiesta en fiesta, de posado en posado, exhibiéndose como monos en una feria. Él era mayorcito para saber dónde se estaba metiendo pero no pensaba involucrar a su hija en ese mundo superficial en el que ni siquiera su madre se preocupaba por ella.

De pronto abrió los ojos y contempló la realidad tal y como era: Amelia no pensaba bajar la guardia y continuaría con su amenaza hasta que Violet fuera lo suficientemente mayor como para no tener poder sobre ella. Marcus no pensaba hipotecar así la vida de su hija. Y tampoco la suya propia.

—¿Qué haces ahí parado? —le gritó Amelia—. ¡Muévete, vamos!

Inclinándose para quitarle a Violet la horrenda diadema rosa que llevaba en la cabeza, Marcus la hizo girar entre los dedos al tiempo que se volvía hacia Amelia.

—No.

—¿Cómo has dicho? Marcus, no tengo tiempo para tus juegucitos. ¡Nos están esperando!

—No vamos a ir contigo, Amelia. Ni ahora ni nunca. Esta farsa termina aquí.

Marcus fue testigo de cómo el maquillado rostro de Amelia adquiría una profunda tonalidad rojiza y no pudo evitar deleitarse al apreciar su indignación.

—Te has vuelto loco. Te recuerdo, querido, que no estás en disposición de negarte.

—Ya lo creo que me estoy negando. Amelia, se acabó. No pienso seguir tu juego y tampoco tengo la intención de permitir que utilices a mi hija a tu antojo. Ella no es tu juguete.

—¡También es hija mía!

Marcus ni siquiera se movió cuando Amelia le colocó las manos sobre el pecho y lo empujó. A diferencia de ella, estaba muy tranquilo, pues por fin había tomado una decisión y ella ya no entraba en sus planes.

—Nunca ha sido tu hija —le susurró él—. Tú no la quieres, nunca la has querido.

—Cuida bien lo que dices porque puede salirte muy caro. ¿Es que no te das cuenta de la cantidad de oportunidades que tenemos si seguimos juntos? Tu carrera despegaría, cariño. Ya no tendrás que seguir en ese hospital de mala muerte. ¡Podrías montar tu propia clínica! Papá te ayudaría.

—¿Te estás escuchando? —Marcus la sujetó por los brazos para impedir que las manos de Amelia se enroscaran en su cuello—. Todo eso es lo que tú quieres, no yo. Ni Violet ni yo encajamos en tu vida, Amelia. Y sinceramente, ya no quiero estar en ella.

—¡Sí que quieres! —le gritó—. Un día me quisiste ¿por qué no puedes volver a hacerlo? Por Violet, Marcus. Se lo debemos.

Que Amelia estuviera utilizando a su hija ya no solo para hacerle chantaje, sino también para retenerlo a su lado era lo más más bajo que podía caer como mujer. Le estaba diciendo que no le importaba que no la quisiera siempre y cuando el resto del mundo creyera que eran una pareja bien avenida. Si Violet no existiera y él siguiera siendo el imbécil que fue cuando la conoció, probablemente estaría planteándose su oferta pero ahora era padre y estaba enamorado de otra mujer. Tenía motivos suficientes por los que luchar y hacerle frente.

—Lo único que le debes a mi hija es tu perdón por haberla abandonado. ¿Por qué ahora, Amelia? Nunca has querido ser madre y no quieres empezar a serlo ahora. No soportas a

Violet y ella apenas puede contener el llanto cuando estás a su lado. Lo mejor será que te marches por donde has venido y nos dejes continuar con nuestras vidas.

—¡Y un cuerno!

Amelia lanzó el bolso contra el sofá y volvió a empujar a Marcus, y hasta lo hizo retroceder unos pasos.

—No puedes echarme así de tu vida. ¡No tienes ningún derecho!

—¿Que no tengo ningún derecho? Tú tampoco puedes decidir por mí, Amelia. No soy tu juguete.

—¡Casi fuiste mi marido, maldita sea!

Al recordar que un día se arrodilló frente a ella y le pidió que compartiera su vida con él casi sintió asco de sí mismo. Si algo le había enseñado Amelia era el valor del amor verdadero. La próxima vez que se arrodillara frente a una mujer —y esperaba que esa mujer fuera Phoebe— se aseguraría de que sus sentimientos fueran correspondidos.

—Sé que aún puedes intentarlo —le susurró ella muy cerca de su rostro, tanto que sus labios le rozaron la barbilla—. Recuerda cómo nos divertíamos, las cosas que hacíamos... Podemos volver a tenerlo, Marcus. Sabes que lo deseas...

La boca de Amelia se aplastó contra la suya y a pesar de los intentos de ella por seducirlo, Marcus no sintió nada. Lo que tiempo atrás había provocado fuegos artificiales en él ahora era un páramo helado de indiferencia.

Intentando no ser demasiado brusco, colocó las manos en sus hombros y la apartó a un lado.

—No te rebajes así, Amelia. Se acabó. Acéptalo.

Desconcertada, Amelia tuvo que darse unos segundos para asimilar el rechazo. A ella jamás la habían rechazado; estaba acostumbrada a utilizar a los hombres a su antojo y despacharlos cuando ya no podía conseguir nada más de ellos. Había pensado que Marcus sería el mismo chico ingenuo que había conocido en la universidad y que podría manipularlo a

su antojo una vez más, pero al parecer la mosquita muerta de la canguro le había cambiado y había convertido al muchacho en un hombre. No iba a consentir que se saliera con la suya, nadie la rechazaba. Nadie.

Marcus recogió la bolsa que siempre llevaba consigo en la que guardaba pañales y algo de ropa limpia para Violet y llevó el carrito hacia la puerta, dispuesto a marcharse.

—¿Y qué vas a hacer sin mí ahora? —le espetó Amelia. Su voz se había vuelto fría y dura como el hielo—. Te recuerdo que ahora todo el mundo sabe que tenemos una hija. ¿Cómo le explicarás a Violet que me apartaste de su lado?

—Esa es tu verdad, Amelia, no la mía. Y te recuerdo que no soy yo quien vive para contentar a los demás.

—¿Te vas con ella?

La pregunta fue tan directa que sorprendió a Marcus; aun así, respiró hondo y asintió.

—Siempre ha sido ella.

—Muy bien. —Amelia golpeó el brazo de Marcus con el suyo propio al pasar por su lado y abrió la puerta de manera brusca—. Márchate con ella, vamos. Dale un anillo y llénala de mocosos. Pero te aseguro, te juro, que esto no va a quedar así. Pienso pelear hasta el final y para entonces ya no te quedará nada.

Marcus sintió lástima por ella. A pesar de que no había jugado limpio y de que aún pretendía hacerle daño, no podía evitar compadecerse de Amelia, pues al fin y al cabo él tenía a Violet, pero ella estaba sola.

—Adiós, Amelia.

Ni siquiera intentó despedirse de su hija y a Marcus su falta de afecto por Violet no le extrañó, todo lo contrario. Aquello era justo lo que se podía esperar de alguien que había dado a luz sin la intención de ser madre.

La voz de Amelia le llegó justo cuando entraba en el ascensor:

—Recuérdalo, Marcus. Te acordarás de mí, no te quepa duda.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron tras él sus pulmones se vaciaron por completo, la opresión que llevaba semanas sintiendo en el pecho desapareció y Marcus por fin pudo respirar aliviado. Ya no le importaban las amenazas de Amelia ni las consecuencias que estas pudieran tener en el futuro. Si intentaba arrebatarse a la niña, estaba dispuesto a pelear con uñas y dientes y salir vencedor. Pero no tenía en mente luchar solo.

Ahora lo único importante era encontrar a Phoebe y arrastrarse de rodillas ante ella si era necesario. Pensaba recuperarla y lo haría, porque con ella nada podría salirle mal.

Entrar en la oficina postal de los Johnson era como realizar un viaje al pasado. Hasta donde Phoebe podía recordar, el matrimonio se había encargado del servicio postal de aquella pequeña ciudad costera de California desde hacía años; el mobiliario seguía siendo el mismo, el trato con el cliente era directo y no existía ni una sola empresa de mensajería que cuidara con tanto mimo los paquetes que se enviaban como lo hacían los Johnson. Hacía años que Phoebe no entraba en el local pero el matrimonio la había recibido con los brazos abiertos cuando ella y su padre llevaron aquella mañana los cuadros embalados listos para enviárselos a la señora Reese a Nueva York.

—¿Cree que llegarán a tiempo? —le preguntó a la mujer, mientras su padre y el señor Johnson envolvían por segunda vez los cuadros con plástico de burbujas—. Tienen que estar en Manhattan antes de Nochebuena.

—Ya sabes que son unas fechas señaladas, cariño. Pero te aseguro que tus cuadros llegarán sanos y salvos. ¡Y a tiempo! Aunque tenga que llevarlos mi marido en persona.

Phoebe se lo agradeció con una sonrisa y aceptó encantada el abrazo que la señora Johnson le dio al despedirse. La ciudad comenzaba a adornarse con luces y guirnaldas para festejar la Navidad e incluso los barcos anclados en el puerto colocaban un pequeño abeto en el mástil que sostenía la vela mayor. Era extraño celebrar la Navidad en una ciudad costera donde el frío y las nevadas brillaban por su ausencia, pero no por ello eran unas fiestas menos especiales. La noche de Fin de Año la mayoría de vecinos y algún que otro turista se congregaban en la playa para disfrutar de los fuegos artificiales que daban la bienvenida al nuevo año y Santa Claus nunca faltaba a su cita aunque no hubiera un solo hogar en todo Half Moon Bay que tuviera chimenea. Era una ciudad turística de California, pero también un lugar familiar y acogedor perfecto para criar a los hijos. Al pasear por sus calles, Phoebe recordó que su sueño

siempre había sido tener una casita cerca del mar en la que poder pintar y cuidar de su familia.

—Bueno, ¿lista para volver a la ciudad?

Su padre mantenía sujeta la puerta del copiloto a la espera de que ella subiera al coche. La noche anterior le había prometido llevarla de vuelta a San Francisco para que ella y Marcus pudieran arreglar su relación y Nathan pensaba cumplir con su promesa. Aquella mañana veía en el rostro de su hija una nueva luz y sus ojos volvían a brillar. Tal vez aún hubiera esperanza para ella y el médico, pero si no fuera así, estaría esperándola en el coche y se reservaba el derecho de saldar cuentas con él.

Al ver que su hija parecía no haberle oído volvió a insistir.

—¿Phoebe?

—En realidad me gustaría dar un paseo por la playa primero. ¿Te importa si salimos más tarde?

—Tú mandas —le aseguró su padre con una sonrisa—. ¿Quieres que te lleve o...?

—Iré andando. No tardaré, te lo prometo.

Pasear por su ciudad natal le devolvía la paz y tranquilidad de espíritu que Phoebe necesitaba para decidirse de una vez por todas a arreglar lo suyo con Marcus. Apenas había dormido durante la noche pensando qué podría decirle y cómo reaccionaría él después de saber que ella no pretendía irse a ninguna parte y que su lugar estaba a su lado. Corría el riesgo de que volviera a rechazarla o que ni siquiera le abriera la puerta, pero tenía que intentarlo o de lo contrario jamás se perdonaría haberlo dejado pasar.

Se quitó los zapatos al llegar a la playa y enterró los dedos de los pies entre la arena que los rayos del Sol habían calentado. Todo aquel que nace cerca del mar siente que pertenece a él y tarde o temprano siempre regresa, por muy lejos que se encuentre. Corría una ligera brisa que alborotaba los cortos mechones de su pelo y le agitaba el vuelo de la larga falda. Phoebe caminó con los ojos cerrados hacia la orilla,

disfrutando de la sensación de calma que le transmitía el vaivén de las olas y el suave sonido que hacían al chocar contra sus pies. Era muy fácil verse a sí misma en aquella playa jugando con Violet o construyendo un castillo de arena juntas mientras Marcus se daba un chapuzón. Si todo salía bien, aún podía albergar la esperanza de que pronto pudiera hacer realidad la imagen que se había formado en su mente sin tener que contentarse tan solo con pintarla en un lienzo.

Si echaba la vista atrás hasta su infancia, Phoebe debía reconocer que estaba en el lugar exacto en el que ella misma soñó una vez cuando era niña. Le gustaba fantasear con que al crecer, un hombre guapo y generoso se enamoraría de ella y que juntos vivirían una vida feliz mientras ella se convertía en una pintora famosa. No era más que el sueño de una niña pero ahora que era adulta estaba muy cerca de conseguirlo.

Estaba a punto de exponer en una galería de la Gran Manzana gracias a los contactos de la madre de Marcus y era muy probable que después de aquello le surgieran más trabajos. Tan solo le faltaba el hombre a su lado, pero muy pronto le pondría solución. Había encontrado el valor que le faltaba para lanzarse a conseguir lo que quería; Marcus aún no lo sabía pero estaba decidida a tenerlo a su lado.

A pesar de lo solitaria que se encontraba la playa, Phoebe oyó a lo lejos la voz de un hombre que la llamaba. Al principio pensó que era el silbido del viento contra sus oídos pero la voz insistía y ella pudo escuchar su nombre con total nitidez. Cuando se giró para saber quién la llamaba, la brisa le agitó el pelo y este impidió que reconociera al hombre que caminaba hacia ella hasta que lo tuvo a escasa distancia.

Sintió que su corazón se saltaba un latido cuando Marcus llegó hasta ella, acercándose tanto que le bastaría con alzar una mano para tocarlo. Pero no estaba solo. Violet descansaba en brazos de su padre, acurrucada contra la curva de su cuello; la pequeña le sonreía como si fuera cómplice del secreto que ocultaba su progenitor.

Estaba más guapo de lo que ella podía recordar, vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta azul con cuello de pico; a pesar de su aspecto cansado, la risa que adornaba sus bonitos labios le iluminaba también los ojos. Aquel hombre era absolutamente irresistible y estaba ahí por ella. Se le secó la garganta y apenas le salieron las palabras cuando habló.

—¿Qué haces aquí?

Ni siquiera ella misma reconocía su voz, más aguda de lo normal a causa de la emoción. Marcus sonrió aún más y ella tuvo que abrazarse a sí misma para tener conciencia de que él había ido a buscarla realmente.

—Tu padre me dijo dónde estabas. —Su voz grave, susurrada, hizo que le temblaran las rodillas—. Fui a buscarte a tu casa antes de venir aquí y debo decir que fue muy amable conmigo. ¿Qué le has dicho?

—Puede que haya cambiado un poco en estas semanas. —Tuvo que morderse los labios para contener su nerviosismo—. ¿A qué has venido, Marcus?

Él cambió el peso de un pie a otro y dejó a Violet sobre la arena, a su lado. Su hija se sujetó a una de sus piernas mientras miraba alternativamente a los dos adultos que se cernían sobre ella. A pesar de su inocencia, incluso ella parecía entender que de aquella conversación dependía el futuro de los tres.

—Tenía que verte —le dijo él—. Probablemente debería haberte llamado primero pero no estaba seguro de si querrías cogerme el teléfono y no podía arriesgarme. Yo... Lo siento, Phoebe. No sabes cómo lo siento. Tenías razón, como siempre, y yo me dejé llevar por el pánico y el miedo a que Amelia pudiera hacerte daño a ti también.

—Amelia nunca ha tenido el poder para hacerme daño, Marcus. Tú en cambio...

—Lo sé —suspiró él.

Marcus hundió los hombros y bajó la mirada hacia su hija. Sabía que no bastaba solo con disculparse, pero ahora que la

tenía delante la emoción, el arrepentimiento y el amor que sentía por ella lo embargaban y no encontraba las palabras adecuadas con las que expresarse.

—¿Qué ha pasado con Amelia?

Él volvió a mirarla; estaba nerviosa, podía verlo con total claridad. Había llegado a conocerla de verdad y el modo en el que se frotaba los brazos y se mordía los labios de manera compulsiva la delataban. Y él no pudo evitar sonreír ligeramente.

—Se ha acabado. Yo no podía seguir, Phoebe. Lo intenté por Violet, pero es imposible. Ni ella quiere estar con su madre ni Amelia pretende ejercer como tal.

—Pero ¿y su amenaza? ¿Ya no pretende quitarte a Violet?

Marcus agitó la cabeza y se llevó una mano a los cabellos rubios y despeinados.

—Seguirá adelante. Es una mujer ambiciosa y no parará hasta conseguir lo que quiere.

—Pero ella no quiere a Violet.

—No. Pero quiere notoriedad y está dispuesta a llegar hasta el final para conseguirla.

—Lo siento.

Y era cierto. De verdad sentía que todo se hubiera complicado tanto como para que a Amelia, carente de escrúpulos, no le importara jugar con los sentimientos y el bienestar de una niña inocente.

—Te has cortado el pelo.

Phoebe alzó la cabeza, sorprendida cuando Marcus sujetó entre los dedos un mechón de su pelo, que ahora llevaba bastante más corto. Era un gesto tan normal y a la vez tan cargado de sentimientos que ella se ruborizó.

—Me gusta —continuó Marcus—. Estás preciosa.

—Necesitaba un cambio.

Él le sonrió.

—¿Y lo has conseguido?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que voy por buen camino. —Cuando Marcus le acunó la mejilla en la palma de su mano, Phoebe no pudo evitar girar el rostro para sentir mejor su contacto—. Marcus, yo...

—Te he echado de menos.

La emoción no solo alteraba la voz de Marcus sino que también velaba sus ojos, que ahora la miraban tras una capa vidriosa.

—Sé que no tengo derecho a pedirte esto —le susurró, colocando su frente sobre la de ella—, pero te quiero conmigo, Phoebe. Ahora y siempre. No será fácil la mayoría de las veces, pero si algo me han enseñado estas semanas que he pasado sin ti es que te quiero y que no soporto no tenerte a mi lado.

—Ha sido muy duro...

—Lo sé.

Phoebe no era consciente de que lloraba hasta que sintió los labios de Marcus enjugándole las lágrimas. Besó cada parte de su rostro: los párpados mojados, su estrecha nariz, las mejillas y por último los labios. Fue un beso suave, apenas un roce, que les supo a reencuentro.

—Te quiero —le susurró ella.

—Y yo te quiero a ti, mi amor. Siento haber tardado tanto en decírtelo. Te juro que todo saldrá bien ¿y sabes por qué?

Ella sorbió por la nariz y se apartó un poco para poder verle.

—¿Por qué?

—Porque te mereces ser feliz.

Aquello era lo que ella había esperado escuchar. Recordaba que le había contado una vez, la primera noche que compartieron juntos, que lo único que ella quería era que alguien la abrazara y le dijera que merecía la oportunidad de ser feliz.

Ahora él cumplía su deseo.

—Te quiero, Marcus. Y no me importa el ultimátum que Amelia te ha dado. No pienso separarme de tu lado, te guste o no.

Él le sonrió y se inclinó para volver a tomar a Violet en brazos antes de estrechar a Phoebe contra su pecho.

—Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos.

Aquella promesa fue sellada con un beso bajo la atenta mirada de una niña como único testigo del amor que aquella pareja había encontrado tras decidir darse una nueva oportunidad.

Epílogo

Junto al mar, las altas temperaturas del verano eran siempre mucho más llevaderas que en mitad de una gran ciudad, donde el tráfico y los altísimos edificios incrementaban la sensación de ahogo durante el período estival.

Durante los últimos cinco años, Half Moon Bay había sido su refugio, el lugar en el que Phoebe siempre encontraba la paz que necesitaba y donde podía relajarse junto a su familia. A pesar de que su día a día se desarrollaba por completo en San Francisco, donde tenía sus obligaciones en un pequeño estudio en el que exponía sus últimas obras, donde Violet iba al colegio y Marcus mantenía su trabajo en el Hospital General, siempre que podían se escapaban a pasar unos días en la casita que habían comprado hacía un par de años junto a la costa.

Si alguien le hubiera dicho el día que llegó tarde a la universidad, cuando el coche se negó a arrancar después de que la despidieran del trabajo, que tiempo después tendría su propia familia y que sería feliz junto al hombre que amaba, Phoebe no lo hubiera creído. Pero ahora Marcus y ella disfrutaban de una vida tranquila en la que cada uno se dedicaba a su vocación y tenían una hija que colmaba de felicidad cada uno de sus días.

Por supuesto, el camino que habían seguido para alcanzar aquella felicidad no había sido fácil. Amelia cumplió con sus amenazas y llevó el caso de la custodia de Violet hasta los tribunales. Al ser hija de un conocido e influyente senador, Amelia no había barajado la posibilidad de que su demanda cayera en saco roto, tan convencida estaba de que el poder y los contactos de su padre la harían salir vencedora del proceso judicial. Sin embargo, el documento que ella misma había firmado renunciando a la custodia de Violet era incuestionable se mirara por donde se mirase y ni los contactos de su padre ni los recursos que ella interpuso una vez desestimada la demanda, consiguieron llegar a buen puerto. A pesar de todo sí

que había logrado parte de su propósito: la prensa había centrado toda su atención en ella mientras duró su paso por los tribunales y ahora era considerada en toda California como una mujer sin escrúpulos que tan solo buscaba la fama, no el amor de su hija. Y por supuesto, como consecuencia de las malas artes de su hija, la carrera del senador Wilson se vio truncada para siempre.

Fueron unos meses difíciles en los que Phoebe se mantuvo al lado de Marcus hasta que todo llegó a su fin y pudieron disfrutar sin limitaciones de su hija y de su relación como pareja. Ahora que Violet tenía casi cinco años; Amelia se limitaba a enviarle escuetas tarjetas de felicitación en sus cumpleaños, pero Phoebe era realmente su madre y nadie nunca había dudado de ella. Si alguien le preguntaba por Violet, era evidente el orgullo materno de Phoebe cuando hablaba de su hija y sus padres ejercían su papel de abuelos consentidores como si la pequeña hubiera nacido del vientre de su hija.

La vida les sonreía y su relación de pareja se había afianzado con el paso de los años. Phoebe no creía posible querer a Marcus más de lo que ya hacía cuando comenzaron su relación, pero cada mañana al abrir los ojos y verlo a su lado sentía una opresión en el pecho que solo podía explicarse como una profunda felicidad. A pesar de todo, sabía que Marcus quería dar un paso más y formalizar su relación con una boda. Al principio ella quiso esperar un poco, pues no se sentía preparada para dar un paso tan importante cuando hacía tan poco tiempo que salían juntos, pero ahora le resultaba muy difícil darle esquinazo cada vez que Marcus sacaba el tema en una conversación.

Y el hecho de que estuvieran preparando la boda de Madison y Liam le daba la excusa perfecta para hablar de ello.

Su mejor amiga se había prometido hacía dos años, durante unas vacaciones que ella y Liam pasaron en el Caribe, pero habían esperado a que ella terminara sus estudios y encontrara un puesto de trabajo en uno de los muchos hospitales de San Francisco para celebrar la boda. Aquel era el

motivo por el que se encontraban en la costa, ya que Madison había decidido que una boda íntima en la playa rodeados de su familia más directa y unos amigos era perfecta para ellos y como Liam estaba tan loco por ella, el chico fue incapaz de negarse a los deseos de la novia.

Tan solo faltaban un par de días para que Madison se convirtiera en la señora Wright y Phoebe ni siquiera tenía un minuto libre, tan centrada estaba en que todo resultara perfecto en el día más especial de su mejor amiga. Habían instalado una tarima de madera en la playa que terminaba en un arco con flores donde los novios se darían el *sí, quiero*.

Marcus y ella colocaban las sillas en las que se sentarían los invitados cuando Violet llegó corriendo hasta ellos.

—¡Papá, papá! El abuelo dice que me invita a otro helado. ¿Puedo ir, *porfa*?

Marcus se incorporó para mirar a su hija y considerar su respuesta. Violet era una niña alta para su edad y tan guapa que ya estaba temiendo el día en que llegara del colegio diciéndole que tenía novio.

—Pues no sé. ¿Por qué no se lo preguntas a tu madre? Por mí puedes ir.

Excitada, Violet corrió hacia el otro lado donde Phoebe continuaba colocando sillas y se aferró a su cadera cuando llegó hasta ella.

—Papá dice que puedo ir. ¿Puedo ir mamá? *Porfaaaa...*

Phoebe miró a Marcus, que se encogió de hombros y señaló a su espalda, donde Nate estaba riéndose mientras esperaba a que ella diera su aprobación para poder llevarse a su nieta.

—Pero solo uno ¿de acuerdo? —Claudicó finalmente—. ¡Y dile al abuelo que compre uno pequeño o no cenarás!

Esto último tuvo que decirlo a voz en grito puesto que Violet ya había salido corriendo hacia donde la esperaba el

padre de Phoebe. Ella puso los ojos en blanco y resopló; su padre era incorregible en cuanto a Violet se refería.

—Tu padre la malcría.

Marcus se acercó hasta ella y le rodeó la cintura con las manos, pegándosela a su pecho. Seguía tan guapo como de costumbre a pesar de que había alcanzado la mitad de la treintena. Ella se perdía en sus ojos grises cada vez que la miraba.

—¿Te sorprende? Está loco por ella.

—Tanto como yo por ti.

Phoebe sonrió cuando Marcus la besó en el cuello y se retorció para librarse de su abrazo antes de que se pusiera cariñoso y no pudieran acabar de colocar todas las sillas.

—Para, Marcus. ¡Ay! —se quejó cuando él la sujetó del trasero y sus dedos traviosos le dieron un pellizco—. ¡Estate quieto! No acabaremos nunca si empiezas así y enfadaremos a los novios.

Marcus le mordisqueó de forma suave la clavícula y después se apartó. Le sonreía igual que un crío travieso y Phoebe no podía evitar derretirse entre sus brazos.

—Los novios... —susurró con la voz enronquecida por el deseo—. ¿Cuándo lo seremos tú y yo? ¿Te parece que ya ha pasado tiempo suficiente para demostrarte que voy en serio contigo?

—Aún no.

Phoebe vio la decepción en los ojos de Marcus cuando se zafó de sus brazos y procedió a colocar las sillas que le quedaban. Sin embargo, no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—Es que no creo que sea el momento adecuado con todo el follón de la boda de Madison, la exposición en Nueva York...

—Ya, te entiendo. No pasa nada.

Marcus no dijo nada más; se limitó a darle la espalda y acabar con la tarea antes de que el sol comenzara a desaparecer por el horizonte.

—No me apetece acudir a mi propia boda tan enorme como un tonel, la verdad —continuó ella—. ¿Te imaginas cómo murmurarían? Se estarían preguntando si te he llevado a rastras al altar por culpa del bebé.

Sus palabras tuvieron el efecto que ella había esperado. Nada más pronunciar la palabra <<*bebé*>> la espalda de Marcus se tensó hasta ponerse rígida y los ojos se le abrieron como platos al clavarlos en su vientre aún plano, aunque no por mucho tiempo más.

—¿Has dicho *bebé*?

Phoebe se mordió los labios pero no pudo esconder la enorme sonrisa que iluminó su rostro.

—Ajá...

Despacio, fue acercándose hasta ella y no tardó ni un segundo en pegarla a su pecho y alzarla varios palmos del suelo.

—¿Tuyo y mío?

—Es lo más probable, sí —rio Phoebe—. ¿Estás contento?

—¿Contento? ¡Estoy pletórico! —gritó Marcus haciéndola girar sobre la arena—. Nunca me había alegrado tanto de que no quieras casarte conmigo.

—¡Eh! Yo no he dicho que no quiera casarme contigo. ¡Claro que quiero!

—¿Después del bebé?

Cuando Marcus la depositó de nuevo sobre la arena, Phoebe se alzó sobre las puntas de sus pies y entrelazó los dedos alrededor de su nuca. Se iba a pasar el resto de su vida contemplando aquel rostro hermoso, pensó. Marcus iba a ser su marido y el padre de todos sus hijos.

—Después del bebé —le susurró ella—. Y ahora, ¡bésame!

FIN

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir la historia de Marcus y Phoebe fue por el puro placer de probar a hacer algo diferente. Después de dos novelas de género histórico-romántico y con otras tantas planeadas en mi mente, me apetecía centrarme en el género contemporáneo y probarme a mí misma para ver si era capaz de sacar una novela adelante. Fue algo así como una superación personal, sin la pretensión de publicarla algún día. Durante algo más de tres meses Phoebe, Madison, Marcus y Liam me acompañaron día tras día, noche tras noche, durante los viajes en autobús, tomando un café con amigos, en fiestas de cumpleaños... Tenía muy claro cuál iba a ser su final y, sin embargo, no por ello me resultó más fácil decirles adiós.

Todos nosotros tenemos a nuestro lado a esa persona en la que nos apoyamos cuando sentimos que necesitamos una mano amiga; Phoebe tenía a Madison y yo te tengo a ti, Patri, Si no llega a ser por ti, esta historia que ahora todos podemos leer no existiría. Gracias por darle rostro a Marcus, por tus locuras que inspiraron a Maddy, por tu apoyo constante y tu fe ciega en mí. GRACIAS por estar en cada paso del camino.

Gracias a mis padres y hermanos. Gracias a ti, papá, por preguntarme qué tal llevo la novela al final de la jornada y a ti, mamá, por darme alas y animarme a continuar. A mis hermanos, Carmen y Andrés, porque aunque no compartamos gusto por lo romántico siempre me regaláis una sonrisa cuando os hablo de un nuevo objetivo conseguido.

Gracias a mi familia de Madrid, a mis tíos y primas, que me acogéis con los brazos abiertos cada vez que tengo que subir y dejarme envolver entre libros.

Gracias también a Aitor, por ser una figura constante de apoyo y por esos resúmenes que te hago de mis novelas. Y gracias a Toñi y su marido Jose; si Marcus y Phoebe viven en San Francisco es por vosotros, así que un cameo vuestro era tarea obligada. Gracias por permitírmelo.

Gracias a mi amiga Yolanda; a veces mi paño de lágrimas a través de Facebook y otras mi confidente con quien comparto risas y momentos de locura.

Por último, gracias infinitas a Lola, a Ilu y a todo el equipo del Sello Selección RNR y Ediciones B que me habéis hecho sentir cómoda desde el primer minuto. Gracias por la oportunidad y la facilidad que me habéis dado a la hora de trabajar con vosotros.

Y a vosotros, los lectores. Gracias por hacer vuestra esta historia y por darles vida a sus personajes.